

J A I M M E
CAMPMANY

EL ABRAZO
del AGUA

Lectulandia

El abrazo del agua, la nueva novela de Jaime Campmany, cierra la trilogía iniciada en 1998 con *El pecado de los dioses* y continuada con *La mitad de una mariposa*, una trilogía, como dice el propio autor, «morita y sin bautizar» que bien podría llevar el nombre de Villa Luce, escenario común en buena parte de los tres relatos donde los personajes de la tragedia van entrando en el sueño de la muerte. Tanto en *El abrazo del agua* como en las otras dos obras anteriores, este novelista tardío y maduro que es Jaime Campmany refleja sentimientos profundos propios de la tragedia clásica, como el incesto, la homosexualidad, la venganza, los amores desordenados y con la muerte siempre acechando. Todo ello armado en una prosa rica, en la que encontramos destellos de poesía, bondad, ternura e incluso fino sentido del humor.

El abrazo del agua añade a este conjunto nuevos personajes, una intriga que apasiona al lector desde la primera página y un personaje central, el Oso, comisario de policía belga, digno de figurar entre los grandes investigadores de la literatura del género. No defraudará al lector esta novela, aunque no haya leído las anteriores; muy al contrario, le llevará probablemente a querer saber más de los habitantes y la historia de Villa Luce, un relato de pasiones escrito desde la lucidez y la sabiduría de la vida.

Lectulandia

Jaime Campmany

El abrazo del agua

Trilogía de Villa Luce - 3

ePub r1.0

Titivillus 16.03.16

Título original: *El abrazo del agua*

Jaime Campmany, 2000

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1. El paso del Oso

Las compuertas del cielo estaban abiertas de par en par. Varias legiones de invisibles Manneken Pis se meaban esa mañana sobre la ciudad recién despierta. Tampoco ése era un suceso insólito en Bruselas. Al contrario, lo extraordinario habría sido el sol, no ya esplendoroso, fenómeno poco frecuente en los noviembre de allí, pero al menos habría podido brillar un sol tibio y tímido, filtrado por la enorme claraboya celeste de perpetua neblina, lo más frecuente que en los meses del otoño y del invierno regala el cielo a la ciudad. Los bruseleses se echaban a la calle en busca de sus obras y trabajos bajo la mañana inhóspita, oscura, ventosa y torrencial. Caía la lluvia fuerte y de través, unas veces hacia un lado y luego hacia otro, al capricho del viento cambiante que convertía los paraguas en grandes e inservibles pajarracos negros. De vez en cuando se escuchaba el chillido espeluznante de una gaviota perdida, arrastrada por el viento bajo la lluvia hasta que se estrellaba contra un muro, contra una ventana o contra la copa de un árbol. Había que agradecer a los cielos que no mandasen también nieve o granizo, agua en copos o en pedruscos. Cuando se instalara el invierno definitivamente, todo eso se haría posible. En Bruselas, cualquier inclemencia meteorológica es posible, incluso la inclemencia múltiple. Allí, Europa se reúne políticamente casi a la intemperie.

Ni siquiera el diluvio y el viento sacaban de su andar tardo y acompasado al sujeto alto, grueso y fornido que avanzaba por la acera. Se comprende enseguida que muchos en la División Central y en toda la policía le llamen el Oso. Camina como un gran plantígrado, a un trote lento y corto, balanceándose sobre un pie y después sobre el contrario, siempre al mismo ritmo y moviendo a compás la cabezota para echar miradas instintivas y rutinarias hacia la derecha y hacia la izquierda, y también algún reojo hacia atrás. En ese momento, son miradas inútiles, porque la calle está casi desierta. Sólo dos o tres transeúntes, encorvados sobre sí mismos, se aventuran bajo la lluvia, pegados a los muros. El hombre se guarece, es un decir, bajo un enorme paraguas negro que se infla con el viento y tira de su dueño hacia arriba, hacia el manantial desatado de las aguas. Parece que de un momento a otro fueran a doblarse las varillas. También se podría imaginar algo más divertido, por ejemplo, que el paraguas se elevara hacia el cielo llevando al dueño agarrado fuertemente al puño de metal forrado de cuero. Pero, claro, el dueño del paraguas no es precisamente una grotesca, inflada y enlutada Mary Poppins, porque en un cálculo no demasiado exagerado tendríamos que echarle ciento veinte kilos de peso. El Oso, además del paraguas inútil, lleva para defenderse de la lluvia un impermeable igualmente negro, muy largo, que le cubre casi hasta el tobillo. Calza unas botas de media caña, en las que remete los bajos de los pantalones. Como maniquí en un escaparate de moda masculina resultaría una verdadera calamidad. El Oso vive en un piso amplio de la Rué Saint-Gery, muy cerca de la División Central, a menos de trescientos metros del número 30 de la Rué Marché au Charbon, y lógicamente siempre va a la oficina

andando desde su casa. Es persona sistemática y rutinaria, de costumbres invariables. Sale de su apartamento con media hora de anticipación sobre el horario normal de entrada al trabajo. Se detiene en el café Jean Pierre para tomar un vasito de leche muy caliente con coñac, y llueva, truene, nieve o granice, traspasa el umbral de la Comisaría a los veintiocho minutos exactos de haber salido de su osera.

El diálogo es breve y se repite cada mañana.

—Buenos días, *mesié* Battut. Hoy diremos buenos días por decir algo.

—Buenos días, Jean Pierre.

—¿Lo de siempre?

—Lo de siempre.

El paraguas, plegado, queda colgando de la barra del mostrador y gotea sobre el suelo formando un charquito en el suelo. El diálogo de despedida es aún más lacónico. «Hasta mañana, Jean Pierre.» «Hasta mañana, *mesié* Battut.» En la puerta, abrir el paraguas contra el viento supone una dura pelea. Al final, vence el hombre, que reanuda su andar tardo y rítmico.

Héctor Battut, el hombre del gran paraguas negro, presumía lo que le aguardaba en su oficina esta lluviosa mañana de otoño, y seguramente por eso había acelerado excepcionalmente el paso. Sobre su mesa de trabajo le esperaban ya tres sobres cerrados. Uno de ellos contenía una colección de fotografías del empalado, antes de que el juez levantara el cadáver. Eran fotografías tomadas desde diversos ángulos, desde uno y otro lado, desde arriba o abajo, encaramado el fotógrafo al capó de uno de los coches de la policía, o tirado en el suelo, casi tendido. Con toda seguridad se trataba de instantáneas tiradas por Leproux, el fotógrafo más minucioso de toda la policía de Bruselas. No era precisamente un álbum de grata contemplación. El segundo sobre incluía el informe del resultado de una autopsia, y había sido enviado con la indicación «Urgente» desde el Instituto Forense de la Rué aux Laines. En el tercer sobre el inspector Coleman ha puesto en orden varios documentos: la ficha policial del muerto, sus datos personales y una primera investigación acerca de su familia, domicilio, ocupación y lugar de trabajo. A *mesié* Battut lo único que puede sacarle alguna vez de su tarda marcha de oso imperturbable es la sosegada excitación que se apodera de él cuando recibe el encargo de investigar un misterio que parece indescifrable. Por ejemplo, este crimen enigmático. Estaba recién llegado de Londres, donde había colaborado con la policía británica en el atraco a mano armada perpetrado en un tren cerca de Liverpool. Habían muerto en él dos súbditos belgas. Apenas desembarcar del avión, el domingo 7 de noviembre, se había encontrado con el encargo de la investigación del asesinato del empalado, que había aparecido muerto dos días antes, la mañana del viernes. El inspector Coleman le había suplido hasta su llegada y se había ocupado en cumplimentar los primeros trámites de rutina. Battut disimulaba la excitación. No todos los días se puede investigar la muerte de un empalado, joven, maricón, vestido como un muñeco y expuesto en plena calle de un barrio céntrico de Bruselas.

Marzia permaneció poco tiempo entre los curiosos que contemplaban el macabro espectáculo del empalado. Amanecía la luz tímida y difusa del viernes, 5 de noviembre de 1993. Un fotógrafo, sin duda de la policía, tomaba instantáneas desde diversos ángulos. Se movía con rapidez de experto alrededor del cadáver, como si jugara en su torno a un corro de luces que decoraban el escenario con relámpagos de flas y que le obligaba a adoptar posiciones ridículas. Retrataba al muerto, ensartado por el culo, con la misma indiferencia profesional que si retratara a una modelo con el biquini de moda para el verano próximo. A Marzia le pareció que el búho rosa pintado en la muestra del cabaret, ante cuya puerta se encontraba el empalado, contemplaba con maliciosa ironía la patética y grotesca figura del muerto, metido así en sus pantalones verde billar y en su camisa de un rojo brillante y chillón. Parecía la figura de un guiñol macabro, doblado como estaba sobre sus rodillas y sentado sobre la estaca erigida en el macetero. La policía había acordonado el lugar y no permitía que nadie se acercara. Sólo al fotógrafo y a los agentes les estaba permitida la permanencia en el recinto prohibido. Tampoco Marzia tenía interés por mirar el espectáculo desde más cerca. Cuando oyó la sirena de los automóviles que se acercaban y que sin duda traerían a las autoridades judiciales que habrían de levantar el cadáver, echó una última mirada sobre el empalado, quizá de desprecio, quizá de triunfo, endureció casi imperceptiblemente el gesto, buscó su coche, abandonado varios metros más allá del lugar del suceso, y salió de allí sin prisa, sorteando a los curiosos retrasados que todavía llegaban y que estiraban el cuello por encima de los que se apelotonaban en las primeras filas delante del escenario. Al entrar con descuido en el utilitario, Marzia mostró bajo la falda remangada una pierna larga y torneada que hizo sonreír con picardía a un muchacho que pasaba en ese momento junto al coche y que se quedó mirando con avaricia. Ella le devolvió la sonrisa con gratitud.

Pasó por el hotel Conrad. Cuando abrieron la floristería compró las dos rosas rojas que luego adornarían la mesa vacía, triste como un perro sin amo, del pobre Giorgio. Eran dos capullos de color muy encendido que empezaban a abrirse. Aspiró su perfume y los besó con la ternura de quien besa a un niño muerto. Todavía era temprano para acudir al trabajo en la oficina de los Electrodomésticos Notti en la Avenue Louise, así que regresó a su mesa del bar, donde había esperado hasta entonces la hora de comprar las flores, y continuó leyendo el periódico. Leía sin leer. Pasaba los ojos sobre el texto sin poner atención, sin enterarse de lo que leía. Todo aquello que se ofrecía en las páginas del periódico no le interesaba nada. El diario todavía no daba noticias del insólito y horrible suceso del muchacho empalado delante mismo del cabaret donde trabajaba, *Le Hibou rose*.

Necesitaba meditar escrupulosamente acerca de todas las operaciones que tendría que realizar desde aquel momento. Se le agolpaban los pensamientos en la mente, y eso perturbaba su costumbre de ordenar sus acciones de acuerdo con un sistema

premeditado. Lo mejor sería escribirlo todo en un papel. Pero no. Movi6 la cabeza con desaprobaci6n. Nada de papeles. Desech6 r6pidamente la desafortunada idea. Tendr6a que extremar las precauciones y no era prudente dejar rastros. Era obligado confiar en la memoria. Por otra parte, ella la pose6a excelente, adem6s de una cabeza perfectamente organizada. En cuanto pasaran estos primeros momentos de inevitable aunque imperceptible excitaci6n, sobrar6an las notas escritas y los recordatorios.

Vamos a ver. Ten6a que hablar a solas con Giacomino tan pronto como 6l volviera del Lago Maggiore. Tal vez estuviese a punto de llegar, porque su prop6sito era regresar a Bruselas despu6s de dejar las cenizas de Giorgio en el pante6n de la familia Duchessi y descansar en Villa Luce algunas horas para reponerse de la paliza f6sica y psicol6gica de los 6ltimos d6as. Hablar6a con Giacomo en la propia oficina, donde el encuentro pod6a desarrollarse con la mayor naturalidad. Buscar un lugar escondido parec6a m6s arriesgado. Cualquiera conocido que les sorprendiese entrar6a en curiosidad y tal vez en sospecha de algo clandestino. Bien es verdad que una larga conversaci6n entre ella y Giacomo Grande en un despacho de la oficina tambi6n podr6a despertar sospechas entre los empleados.

Cuanto antes pudiera pagar a Moloch la cantidad convenida, mejor, porque el dinero le permitir6a desaparecer de Bruselas por largo tiempo o para siempre. A Moloch resultar6a ocioso aconsejarle que abandonase B6lgica en coche, nada de avi6n ni de tren, y adem6s, no demasiado pronto, pero desde luego antes de que la investigaci6n del crimen pudiera conducir hasta 6l. No deb6a dejar evidencias de que escapaba de Bruselas apenas cometido el asesinato. Lo m6s probable es que los servicios de contraespionaje ya tuvieran localizado al hebreo. El peligro de que alguien sospechara de Moloch parec6a una hip6tesis muy dif6cil, casi imposible. De todas formas, le recordar6a la conveniencia de tomar estas precauciones, aun a riesgo de recibir sus burlas, porque, de precauciones, poco pod6a nadie aconsejarle a Moloch. Era un viejo zorro de la ilegalidad. Obviamente, Moloch no se llamaba Moloch, pero 6se era su 6nico nombre permanente e invariable, y por tanto el m6s conocido, porque los otros nombres que usaba, que eran varios, los tomaba y los abandonaba con toda naturalidad.

Marzia pens6 que deb6a destruir enseguida todos los recuerdos de Giorgio Notti, aquellos que hab6a sacado esa misma ma6ana del maldito apartamento del Square Marie-Louise, el lugar siniestro donde se hab6an desarrollado todas las desgracias que llevaron a la tumba a aquel muchacho adorable y diferente. Todav6a llevaba las pertenencias de Giorgio en el maletero del coche. Aprovechar6a una hora discreta, preferiblemente de la noche, para subirlo todo a su casa y proceder a la destrucci6n. Deb6a deshacerse de aquellos vestigios, ropas, libros, revistas, y sobre todo de algunos juguetes sexuales y de las cintas de v6deos pornogr6ficos.

Ten6a que decidir qu6 iba a hacer con su propia vida profesional. Marzia se hab6a despedido ya de la firma de los Electrodom6sticos Notti para fundar un despacho propio, especializado en la gesti6n de asuntos comunitarios y el asesoramiento de

empresas, pero un sentimiento casi maternal la empujaba a permanecer al lado de Giacomino en estas circunstancias. Además, el hecho de dejar su puesto en los momentos presentes sí que podría levantar sospechas. Claro está que habiendo sido ella la secretaria particular de Giorgio Notti, a nadie podía extrañar mucho que al morir el jefe se despidiera la secretaria. A Marzia le parecía, no ya probable, sino inevitable, que tarde o temprano la investigación del crimen de Dan, el empalado, condujera al despacho donde trabajaba Giorgio Notti y se descubriera la relación de éste con el muerto.

Otra cosa. Debería hablar con el doctor Cohen y avisarle de los acontecimientos. Una investigación minuciosa llevaría también necesariamente al interrogatorio del doctor Cohen, y se descubriría enseguida el uso del pasaporte falso de Giorgio Notti, convertido en Ezequiel Cohen, precisamente el mismo apellido del médico, y el viaje de los dos al hospital de Aquisgrán para rehacer el intestino de Notti después del terrible episodio de la pinza de la cigala clavada en el ano. Se descubriría que Giorgio Notti había adquirido la enfermedad del sida, contagiada seguramente por algún homosexual de los que frecuentaba y agravada por el consumo frecuente de drogas y alcohol. La brutal agresión con la pinza de la cigala era un hecho que no dejaría de levantar sospechas de una probable venganza. Y aunque Giorgio Notti no lo había confesado ni a Marzia ni al doctor, era muy probable que, tanto el contagio del sida como la agresión de la cigala, fueran responsabilidad de Daniel Cordonnier, el chapero empalado en la Rué des Chartreux y pareja frecuente de Giorgio Notti. Cualquier investigador avezado pensaría inmediatamente que aquel crimen tenía todas las apariencias de un asesinato por encargo.

«Con italianos de por medio —pensó Marzia— sospecharán de un *trabajo* ejecutado por la mafia, pero la aparición en escena del doctor Cohen, hebreo, y de mí misma, hebrea, y además de hebrea casada con un antiguo miembro del Mossad, quizá oriente también la investigación por este segundo camino. Hay que tomar desde este mismo momento algunas decisiones, por ejemplo, extremar la precaución y mantener la naturalidad. Nadie debe sorprendernos un gesto de inquietud o un temblor de nerviosismo. Debo convencer de esto a Giacomino, más ingenuo y desprevenido que yo. Menos mal que los belgas son torpes como bueyes, pero también es verdad que son empecinados como osos.» Al pensar en osos, Marzia había tenido una extraña intuición.

Se había hecho la hora de entrar en la oficina. Cuando llegó, ya estaba allí, como siempre, Franco Monteverde. Cruzaron un apagado saludo de circunstancias. Depositó Marzia las rosas en la mesa de Giorgio y las arregló con mimo en el pequeño jarrón de cristal. Fue a su mesa y se aplicó a trabajar como todos los días. A las diez en punto, también como siempre, llamó el abuelo Gregorio Notti, presidente y propietario de la empresa fabricante de electrodomésticos. No podía preguntar por su nieto Giorgio, convertido en cenizas y cautivo ya para siempre en una pequeña urna de jade, como un genio de fábula víctima de una maldición. Tampoco podía

preguntar por Giacomino, que todavía no habría llegado desde Villa Luce. Giacomino Grande, hermano de Totoya, la mujer de Giorgio, era el tercer lado de un triángulo isósceles, sentimental y sexual, formado por los dos hermanos y el marido de la chica.

Antes de que Gregorio Notti pidiera hablar como cada mañana a esa hora con «*il signore Monteverde*», preguntó, excepcionalmente, por Marzia.

—Le paso, señor Notti —informó la telefonista con sonsonete impersonal.

Es muy bello el cementerio del Lago, acostado en la ladera del monte entre árboles altos con caminos umbrosos que bordean panteones, tumbas y macizos de flores. Entre las ramas de las grandes coníferas, se puede vislumbrar, abajo, la larga pupila del Lago Maggiore, y un cielo a trozos, arriba. Beben los ojos del espectador la gama de verdes, que pasan de oscuros a tiernos, azules intensos o desvaídos, grises de plata o plomo, el gozo multicolor y floral del bosque, poblado todavía de grandes pomos de hortensias agonizantes. Desde la puerta de aquel panteón de los Duchessi custodiado por dos grandes ángeles de mármol rosa, la vista alcanza la orilla lombarda del Lago y se distingue el castillo de Angera con su Torre Castellana. Y en la misma ribera piemontesa donde se recuesta el camposanto, se alza la gigantesca estatua de San Carlone, el Borromeo. Todo allí es Borromeo. Las tres islas del Lago son las Islas Borromeas, los palacios son vivienda y pompa de los Borromeo y hasta los peces del Lago son todavía propiedad de la familia Borromeo.

Ya desciende el anuncio del invierno desde las montañas alpinas y el día es triste y destemplado, un día para el llanto del alma y el estremecimiento de la carne. No llueve. Un sol débil e indeciso envía su luz perezosa mientras busca ya el consuelo violeta del ocaso. Se oye, lejano, el tañido de las campanas de una iglesia, que tocan a muerto, a otro muerto. La carretera asciende hasta una pequeña explanada. Al fondo, una verja de hierro enmohecido da paso al camposanto. Hasta la explanada pueden llegar los automóviles. Desde allí a las tumbas, el camino hay que hacerlo a pie. Es un camino sombreado y florido. Las copas de los árboles se abrazan por encima de los senderos, formando altas galerías vegetales. Si los cadáveres alcanzaran el privilegio de conservar vivos los ojos, la muerte, desde allí, sería un retiro ameno.

Al aeropuerto de Malpensa acudió el Rolls del abuelo Notti con el conductor uniformado, que llevaría a los padres y a los abuelos de Giorgio, Gaspare y Matilde, Gregorio y la *nonna* Leonarda. El Jaguar de los Duchessi, conducido por Fiorenzo, el jardinero de Villa Luce, trasladaría a don Pelayo y Elettra, padres de Totoya, la joven viuda de Giorgio, y de Giacomino, el jovencísimo cuñado del singular triángulo amoroso, roto ahora por la muerte. El vuelo Bruselas-Milán lo hicieron en un pequeño avión de alquiler que Marzia decidió contratar por cuenta de la firma sin que nadie se lo hubiera ordenado. «Gracias, Marzia. Está usted en todo», la premió el abuelo, y le tocó la mejilla con la punta de los dedos. Durante todo el viaje, el abuelo

Notti permaneció en silencio y mantuvo la serenidad con entereza. Quiso sentarse junto a Totoya, y le acariciaba continuamente las manos que apretaban la urna de jade dentro de la bolsa de fieltro. La *nonna* lloraba sin ruido, con lagrimones lentos que le dejaban un surco en las mejillas. Gaspare Notti mantenía un gesto de pasmo, no hablaba, no lloraba, no movía el rostro ni las manos, y parecía que ni siquiera cerrara y abriera los párpados. Era difícil sorprender una palabra o un ademán expresivo de Gaspare, hombre oscurecido y silencioso, apabullado por la personalidad de su padre, el abuelo Notti. Y Tilde, la pobre y simple Tilde, la madre de Giorgio, se apoyaba desmayadamente en el brazo de su marido, hipaba ruidosamente, exhalaba profundos suspiros, casi lamentos, y liberaba dos manantiales desde sus ojos inagotables. Elettra también lloraba aunque mansamente, y don Pelayo mantenía un digno gesto de pesar. Giacomino apretaba los dientes con rabia y de vez en cuando sepultaba el rostro en las arrugas húmedas de un pañuelo convertido en un gurullo húmedo. Totoya miraba con fijeza al frente, clavando los ojos en un paisaje inexistente, y acariciaba una y otra vez, sin descanso, la urna de jade y su propio vientre ya un poco henchido. Tenía los ojos rojos, casi secos de lágrimas, y a veces los volvía hacia donde se sentaba su hermano, buscando fuerza, consuelo, seguridad, amor, quizá algo de todo eso.

Luego, en el cementerio, se despidieron todos con abrazos, nuevos llantos, expresiones de cariño y frases de condolencia y ofrecimiento. Antes de la despedida, Giacomino hizo un breve aparte con el abuelo Notti, y al viejo empresario se le vio asentir con la cabeza al oír las palabras del muchacho. Los Notti partieron para Milán y los Duchessi para Villa Luce, cerca de Lesa. Totoya y Giacomino dormirían un par de noches en la casa del Lago y saldrían después en avión para Bruselas. Quedó acordado que en Navidad los dos muchachos pasarían unos días en Villa Luce, y Totoya alguno más en Milán con los Notti. A Totoya, sin saber bien por qué, le horrorizaba la idea de dar a luz en el Lago o en Milán, y prefería tener el niño en Bruselas. Elettra y don Pelayo se trasladarían al piso de su hija, en la Avenue Louise, en el mes de marzo, antes de que abril acercase la fecha en que debería producirse el parto de aquel incestuoso «hijo de los tres».

Lunes, 8 de noviembre. Abrió primero el abultado sobre de las fotografías. Dejó la mesa libre de teléfonos, carpetas y cachivaches y extendió el contenido del sobre, ordenándolo cuidadosamente encima del tablero. Todas las fotografías habían sido tomadas en color, así que se distinguía el extravagante verde billar de los pantalones y el rojo chillón de la camisa, abierta hasta casi la cintura, las extrañas ropas que vestía el muerto. Llevaba al cuello una cadena gruesa, aparentemente de oro. Por los bajos del pantalón asomaban los calcetines blancos. Unos zapatos color corinto completaban la pintoresca indumentaria. Battut movía levemente la cabeza a un lado y otro con evidente desaprobación. Podía ver con precisión los chorros del líquido negruzco, sangre y heces, que descendían por la estaca hasta quedar enterrados en la

tierra oscura del macetero, pero ni siquiera inició un gesto de repugnancia. Era poco expresivo Battut. Sólo cuando algo le interesaba o le sorprendía especialmente, se le cazaba un guiño que le empequeñecía aún más los ojos, de abultados párpados. Durante varios minutos mantenía la vista fija en cada fotografía, sin duda para retener en la memoria todos los detalles. La memoria de precisión de Battut era proverbial en el Cuerpo. Se le sabía capaz de recordar durante largo tiempo los más nimios pormenores de un «caso». Ahora, detenía largamente la mirada en el rostro de los curiosos que rodeaban el cadáver. Quizá intentaba adivinar por algún detalle de su aspecto o de su fisonomía, o por algún objeto que portaran, un libro, un cesto, un envoltorio de ropa, o por su manera de vestir, o por lo que fuese, qué jodida obligación les había forzado a darse el jodido madrugón aquel día y qué jodida curiosidad les hacía permanecer ante un espectáculo tan desagradable. Volvió al movimiento de cabeza, reprobatorio.

Más de dos horas consumió Battut en la contemplación y el estudio de las fotografías, a pesar de que todas tenían el mismo argumento. Se alzó del sillón, fue a la ventana y se desperezó teatralmente frente a ella. Parecía, en efecto, un oso que fuera a caer pesadamente sobre una presa, aplastándola. Apretó un timbre de pared. No se volvió para mirar hacia la puerta. «Que me traigan un café», pidió sin dejar de mirar a través de la ventana. Ni siquiera se enteró de quién había recibido aquella orden escueta. Qué más daba. Regresó a la mesa. Apiló las fotografías y las introdujo de nuevo dentro de su sobre, que fue a parar a uno de los cajones del escritorio.

Dudó un momento ante los otros dos sobres que esperaban su atención. Por fin, apartó el del Instituto Forense y tomó el informe del inspector Coleman. Charles Coleman era el inspector más sistemático y minucioso de toda la División. Carecía de fantasía, de imaginación, de agudeza y de intuiciones, pero era implacable en la aplicación del sistema rutinario de investigación. Apuraba la búsqueda de datos hasta el aburrimiento. Tenía 42 años y llevaba diecisiete en el Cuerpo. Estaba casado con una mujer más bien fea, dentona, de ojos saltones, pómulos prominentes y boca hundida, pero que disponía de un cuerpo que era puro sexo. El color de la piel, demasiado oscuro, la prominente provocación del trasero y la sólida firmeza de dos senos desafiantes hacían pensar en algún antecedente familiar negro o mulato. Eso era lo más probable, porque la mujer de Coleman era paraguaya y se llamaba Encarnación. En la División se decía que la madre de Encarnación era cuarterona. Delannoy, que era el más rijoso de todos los habitantes de aquel edificio, decía que la mujer de Coleman «es capaz de levantarle el mango a todos los clientes del depósito de cadáveres». Encarnación le había dado tres hijos a Charles Coleman, uno querido y buscado, el segundo de la píldora antibaby y el tercero de preservativo. Por fin, a Encarnación le ligaron las trompas.

El informe de Coleman era minucioso y casi prolijo, como suyo, y en algunos puntos reiterativo. Llenaba varias hojas de ordenador. Héctor Battut lo leyó atentamente hasta una docena de veces. Seguramente, había grabado en su prodigiosa

memoria un resumen de los datos más relevantes. Daniel Cordonnier, alias *Le Concombre*, 19 años. Vivía en una pobre casa del suburbio, con sus padres, ya muy mayores. Homosexual desde niño. Drogadicto moderado, aficionado sobre todo a la coca. Durante el día trabajaba de camarero en un café llamado *La Cage*, de la Avenue Louise, donde acuden a desayunar y a tomar el café de media mañana los empleados de las oficinas de aquella zona. La casa cuyo bajo ocupa el café es fácil de encontrar porque se encuentra tres o cuatro portales más arriba del hotel Conrad y cuelga en la puerta una jaula con periquitos. El café es propiedad de un tal Martin, un sujeto avaro, panzudo, de grandes bigotes y de malas pulgas. Además de Cordonnier, en el bar trabaja una hija del dueño, gorda y fea, a la que llaman Sissí, y un camarero viejo y reumático, flamenco, llamado Maarten. Por la noche, el joven Cordonnier permanecía y actuaba en un local de pésima reputación llamado *Le Hibou rose*, un cafetín de espectáculos pornográficos, lugar de reunión de maricones, lesbianas, travestidos y transexuales, en la Rué des Chartreux, detrás de la Bolsa. Funciona como un club en el que hay que inscribirse mediante el pago de cinco mil francos. Pero no guardan rigor alguno en las inscripciones, y cualquiera puede ser socio amparado bajo un nombre falso. Si se trata de clientes con aspecto de gastar dinero en consumiciones, dispensan la cuota de inscripción. Daniel Cordonnier hacía allí un número de estriptís y además ejercía la prostitución. Era uno de los más famosos y pícaros chaperos de aquella zona. Uno de los más bellos y atractivos también. Administraba sabiamente sus relaciones y elegía con cálculo a sus clientes. Es conocido como *Le Concombre* por el tamaño de su miembro, que causaba admiración en los números escénicos cuando se desnudaba totalmente. *Le Hibou rose* es propiedad de un marsellés llamado Bernard Le Muy. Una vieja prostituta a la que llaman Madame la Marquise controla la entrada, y un camello, también marsellés, llamado René vende la droga, principalmente coca y, a veces, heroína. El verdadero nombre de Madame la Marquise es Bernadette Tessier y trabajó de pupila y luego de encargada en un burdel de Lyon conocido con el extraño nombre de *La Maison de l'Abbé*. Bernard Le Muy era su amante, su rufián y, según la policía de Lyon, su hermanastro. La puerta de *Le Hibou rose* está guardada por un tipo atlético, de mediana edad y apariencia complaciente, pero duro y expeditivo en cualquier conflicto. Al parecer, su nombre es Marcel, pero todos allí le llaman Max. Tiene la nariz hundida, sin hueso. Probablemente se trata de un antiguo boxeador retirado. Hay también cuatro camareros, una puta vieja que atiende el guardarropa y los lavabos, y profesionales del porno que actúan contratados como si fueran espontáneos para estimular las actuaciones del público *amateur*. Si usted no manda otra cosa, me dedicaré desde ahora mismo a buscar la ficha policial y los informes que pueda obtener de cada uno de ellos. Ahí terminaba la relación de Coleman.

Bien por Coleman. Conocía la rutina y la seguía escrupulosamente. No pensaba, pero obedecía. Tampoco improvisaba, pero nadie tenía que señalarle el camino trillado que hay que emprender en cualquier investigación.

Se habían dado prisa, más de la habitual, en hacer la autopsia, sobre todo teniendo en cuenta el fin de semana. El informe del Instituto Forense traía noticias interesantes acerca de la muerte del muchacho. Daniel Cordonnier no había muerto a causa del empalamiento. Falleció algunas horas antes de aparecer empalado frente a *Le Hibou rose*, desde la medianoche a las cuatro de la madrugada, aproximadamente dos o tres horas antes, con toda seguridad durante la noche del jueves al viernes, 5 de noviembre. El óbito se había producido por una dosis brutal de heroína purísima inyectada en vena. El cuerpo no presentaba señal alguna de violencia, sólo el picazo de la aguja de la jeringuilla en la vena del brazo, pero era seguro que lo habían dormido con un paño empapado en cloroformo, que había dejado leves huellas alrededor de la nariz y la boca. El uso del cloroformo descartaba por completo la hipótesis de un suicidio o de un error involuntario del muerto al administrarse la dosis de heroína. Además de las huellas que había dejado el cloroformo, el posterior empalamiento era un indicio que conducía inexorablemente a la hipótesis de un asesinato. La última frase explicaba lacónicamente que Daniel Cordonnier era portador del sida.

Héctor Battut leyó y releyó el informe de la autopsia con la misma atención que el del inspector Coleman. Se alzó de nuevo y otra vez fue a la ventana a desperezarse brutalmente, y esta vez acompañó el desperezo con un sonido gutural y sordo como el rebudio de un jabalí herido.

Cuando llegaron a Villa Luce, se produjo otra escena de aflicciones y llantos. Doña Elettra había prohibido expresamente que nadie del servicio acudiera al cementerio, ni siquiera la fiel Marcela, la sirvienta que la propia Elettra se trajo de España cuando don Pelayo abandonó su cátedra del Instituto para quedarse a vivir en Villa Luce. Marcela, cuando le dijo doña Elettra que no iría al aeropuerto, se quedó llorando a mares y haciendo aspavientos. La única excepción permitida fue la de Fiorenzo porque debía conducir el Jaguar, pero, al igual que el conductor del abuelo Notti, quedó esperando lejos del panteón, fuera de la puerta del cementerio, junto a los coches. A pesar del cansancio y la tristeza, tanto Totoya como Giacomino quisieron detenerse unos breves instantes, dedicar un recuerdo y quizá musitar una oración, sobre la tumba de Faustina, aquella sumisa y desinteresada consolación carnal de don Salvatore Duchessi, padre de doña Vittoria, la *vecchia signora*, y abuelo de Elettra. María Luce, esposa de don Salvatore, había muerto al nacer Giacomo, su segundo hijo, y don Salvatore se emparejó enseguida con Faustina, que había crecido con María Luce en casa de los padres de ésta, casi más como amiga que como sirvienta. ¿Con quién mejor y más cómodamente que con aquella mujer abnegada que criaba a sus hijos, que los amaba como una madre y que poseía unas carnes por nadie manoseadas, dóciles, cercanas y apetecibles?

Junto a la tumba de Faustina estaba también la de Enrico, el jardinero vidente,

pozo de talento, de lógica y de gramática parda, que hablaba con los perros, que recibía la visita de las gaviotas y que durante casi un siglo había sido como un árbol más del parque, leal e inmovible. Enrico, el viejo jardinero, conocía de aquella familia Duchessi «hasta las pulgas que cada uno tenía escondidas en su culo». Ambas tumbas habían sido dispuestas muy cerca del panteón de los Duchessi. A Faustina, habría querido enterrarla la *vecchia signora* en el mismísimo panteón familiar, pero desistió de la idea para no alimentar las habladurías de la gente sobre su relación secreta con don Salvatore. Fiorenzo había llevado brazadas de hortensias y adelfas, ramilletes de geranios y dalias, y Elettra llenaba con ellas los floreros del panteón. Totoya tomó unas cuantas y las esparció sobre las tumbas de Faustina y de Enrico. Releyó la inscripción que la *nonna* Vittoria mandó esculpir en el mármol: «Faustina. 1900-1989. Fue la madre que nunca tuve. Vittoria.» Y la de Enrico, con este epitafio escrito por Giacomino: «Enrico. Jardinero de Villa Luce. 1904-1993. Cultivaba y hablaba a las flores, amaba y entendía a los animales, y veía más allá del tiempo. Jamás hizo mal a nadie.»

Marcela, tan pronto como tuvo a su alcance a Totoya, la apretó contra su pecho hasta dejarla sin aire que respirar, la metió entre las grandes tetas vacunas en las que tan frecuente y caluroso placer había encontrado el *bell'uomo*, la llamaba incesantemente y en italiano *figliola, figliola, figliola, povera figliola mía*, y se puso de rodillas para hacerle en el vientre con el dedo pulgar la señal de la cruz y llenárselo de besos. Giustina esperaba turno impaciente. Después del parto del cherro, hijo secreto del panadero, de don Pelayo o de quien fuese, de cualquiera menos de Fiorenzo, que pasaba por ser el padre, a Giustina le había engordado gloriosamente aquel trasero donde antaño sepultaba noche tras noche sus embestidas don Pelayo, allá arriba, en la Torre de los telescopios. Giustina hacía muchos más aspavientos que Marcela y daba gritos desgarrados de plañidera. Cecilia, la doncella bizca y patizamba, tendió la mano hacia Totoya y llegó a tocarle los dedos con la punta de los suyos, y lo mismo hizo con el señorito Giacomino, y Pasqualina, la otra sirvienta, tonta y pazguata, murmuró unas palabras ininteligibles mientras hacía una especie de reverencia ante la señorita Vittoria y se quedaba mirando alélada y boquiabierta al señorito Giacomino, Mino, sin atreverse a decirle nada ni a acercársele demasiado. Celina, la hija de Marcela, que fue, ya desde Madrid, niñera de Totoya, había quedado en Bruselas con el encargo de poner orden en la casa de la Avenue Louise, después del desbarajuste de los últimos días, y de guardar en un armario las ropas, útiles de aseo y demás pertenencias del infortunado señorito Giorgio.

Marcela había preparado una merienda-cena ligera en previsión de que todos traerían más ganas de descansar que de comer. Las habitaciones de Totoya y Mino, en el primer piso, estaban limpias y dispuestas. Las camas, con las ropas oliendo a membrillo, tenían el embozo abierto, y un pomo de dalias alegraba sin estridencia la mesilla de noche. Desde que Marcela llegó de Madrid a Villa Luce y se hizo cargo de la casa, todo funcionaba allí bajo su mando. En aquel tiempo, Totoya, muy niña

todavía, estaba al cuidado de Celina, y Elettra traía a Giacomino en el vientre. De doña Vittoria, la *vecchia signora*, se cuidaba Faustina y sólo el cáncer y la muerte lograron apartar a la sirvienta del celoso cuidado maternal que dispensó siempre a su señora.

Terminaron pronto de tomar el caldo caliente, las verduras a la plancha y las lonchas de jamón de Parma que había dispuesto Marcela. Giacomino echó su brazo por encima del hombro de la hermana y la condujo así hacia el piso de arriba, donde estaban las alcobas, después de besar a los padres. Don Pelayo hubo de apartar dulcemente a Elettra del abrazo de su hija, porque se reproducían los llantos y el gimoteo. Cada hermano entró en su dormitorio. Antes de ocupar el suyo, Totoya se empinó hacia el rostro de él, lo besó largamente en una mejilla y le murmuró al oído:

—Hasta ahora, rey mío. —Y dejó colgada de los ojos del hermano una mirada de súplica.

—Hasta ahora mismo —repitió él, y le devolvió el beso con otro tierno e infantil sobre los labios.

—El señor Notti está al teléfono. Se lo paso.

—Pero el señor Notti querrá hablar con el señor Monteverde. ¿Acaso no está en la oficina el señor Monteverde?

—Sí, señora. El señor Monteverde se encuentra en la oficina, pero el señor Notti ha preguntado por usted.

—Está bien. Páseme.

—*Pronto*, ¿Marzia...?

—Sí, señor Notti.

—Marzia, ¿va todo bien por ahí? ¿Hay alguna novedad?

—Que yo sepa, todo está en orden, señor Notti. Alguna novedad sí que la hay. Aquel muchacho que tanto daño le hizo a su nieto Giorgio, ¿sabe usted a quién me refiero, señor Notti? El camarerito de *La Cage*. Sí. Pues ha aparecido esta mañana muerto en una calle de Bruselas y en circunstancias especialmente trágicas. Estaba empalado en la estaca de un macetero, frente al maldito local donde trabajaba por las noches.

—Ése es el mismo chico descarado que usted tuvo que expulsar de la oficina una mañana que quería visitar a mi nieto, ¿no?

—El mismo. Sí, señor Notti.

—Ese crimen, con la crueldad añadida de la estaca, y así, en plena calle, no sé, pero todo eso huele a venganza, ¿no le parece, Marzia?

—Estoy casi segura de que es una venganza, señor Notti. Eso tiene que ser una venganza. No estaría mal que fuese una venganza.

—Ya.

Se le notó en la respiración y en un cierto balbuceo una leve duda, rápidamente

resuelta, antes de hacer la pregunta siguiente:

—¿Ha visto usted el cadáver?

—Sí, señor Notti. Esta mañana temprano pasaba casualmente por las calles de la espalda de la Bolsa, y he podido contemplar el repugnante espectáculo. Allí estaba el empalado porque todavía no había llegado el juez a levantar el cadáver. No sé si me tomará por una persona vengativa, cruel y de corazón duro, pero le aseguro, señor Notti, que no he sentido compasión alguna.

—Lo comprendo, Marzia. En este momento, toda nuestra compasión la merece Giorgio y los que lo hemos querido, y a mí me consta el respeto y el afecto que usted sentía por mi pobre *ragazzo*. Y no se preocupe demasiado por ese sentimiento sin piedad. La venganza es placer de dioses, es el único placer que queda después de perder el amor. Otra cosa, Marzia.

—Diga, señor Notti.

—¿Necesita usted algo?

—¿Algo, como qué?

—No sé, algunos días de permiso, dinero, ¿necesita dinero, facilidades para hacer un viaje, un descanso que le ayude a serenarse y a quitarse de la cabeza el recuerdo, ahora tan cercano, de Giorgio? Mire, Marzia, usted tiene planteada su marcha de la firma Notti para abrir un despacho de gestión por su cuenta. Me ha informado de ello el señor Monteverde. ¿Es cierto?

—Es cierto, señor Notti.

—Bueno, usted no se va a marchar de esta empresa. Le asignaré una cantidad como compensación a su renuncia, una prima de fichaje, que dicen ahora. Yo haré todo cuanto tenga que hacer para que eso de su marcha no suceda, y claro está que eso no va a suceder. Le tengo reservada una alta función en los Electrodomésticos Notti. He de reorganizar la delegación allí después de la muerte de Giorgio, y cuento con Giacomo Grande y con usted como pilares principales. A Monteverde habrá que ir dándole descanso. Su experiencia es muy útil, pero ahí hace falta empuje. Pasaré por Bruselas dentro de unos días, cuando me recupere un poco de este terrible golpe, y si tardo en ir, viene usted a Milán y quedaremos de acuerdo. Tengo la seguridad de que quedaremos de acuerdo. Y perdóneme que insista, Marzia. Habrá tenido usted, o tendrá ahora, con todas estas desgracias, gastos extraordinarios. Dígame dónde puedo enviarle una cantidad sin que pase por las manos y la contabilidad del señor Monteverde, aparte de la prima que le he asignado y que le harán efectiva por el procedimiento ordinario.

—No necesito nada, señor Notti. Todo está en orden así. Por lo demás, aplazo sin fecha mi decisión de dejar la firma Notti. ¿Me autoriza a tomarme por una sola vez en la vida una confianza excesiva con usted?

—Tómesela, Marzia. Estoy deseando que se la tome.

—Apenas le conozco, pero le he tomado mucho cariño, abuelo.

Y ella, tan dura, tan adusta, tan seca, se echó a llorar como una niña. Se oían los

sollozos al través del teléfono. Las lágrimas del abuelo estaban más justificadas. Los viejos lloran por nada. O sea, por todo.

El diluvio de las primeras horas se había convertido en un leve goteo perezoso e intermitente. Pidió un coche y le asignaron el de Luc, un Peugeot 405 negro y viejo. Hizo un gesto de resignación. Luc tenía un carácter apacible y jovial, y era paciente y respetuoso, pero conducía a tirones, casi a saltos, de modo que le parecía cruzar por las calles de Bruselas como si fuese metido en la bolsa de una hembra de canguro. Coleman explicaba que Luc conducía como si tosiera. Battut sonrió al recordarlo. «Al Instituto Forense, Luc», ordenó lacónico, y se metió dentro de sí mismo mientras el coche avanzaba a brincos sobre el asfalto mojado.

El médico forense no estaba en el edificio de la Rué aux Laines.

—Ahora vendrá, supongo. Siéntese y tenga paciencia, *mesié* Battut. Si quiere usted, le llamo por el móvil. Desde que tiene un móvil, aquí para poco tiempo. Quizá esté tomando un café y vuelva enseguida.

Quien hablaba así era el ayudante del forense, un tipo al que llamaban el Muertero, Dios sabría su nombre auténtico, con aspecto de ser un muerto más entre los pálidos inquilinos del Instituto. Llevaba una bata que alguna vez fue blanca, muy larga, que le llegaba casi hasta los pies, y unos guantes, también blancos y sucios. Todos se dirigían a él llamándole así, Muertero, con toda naturalidad, y él lo aceptaba sin disgusto, como si se tratara de un apellido corriente.

—No es necesario que le espere. Ande, Muertero, dígame si encontró algo que le llamara la atención en el cadáver, no sé, cualquier pequeño detalle que no esté reflejado en el informe de la autopsia.

El Muertero sacó al empalado del nicho frigorífico y lo depositó sobre una mesa metálica. El juez todavía no había dado orden de entregarlo a la familia. Battut lo examinó cuidadosamente, sin tener idea de lo que buscaba. De otra parte, el cuerpo estaba sajado por diferentes lugares con el bisturí y recosido después de la autopsia. El forense ya habría buscado alguna señal en la piel o un roce que revelara una violencia. Nada. Sólo encontró la señal del pinchazo de una aguja hipodérmica en el brazo izquierdo, en la parte anterior del codo, y eso había sido puntualmente reseñado en el informe. También lo encontró Battut. «El pinchazo de la heroína —pensó—, el pinchazo de la muerte.» El Muertero le ayudó a darle la vuelta al cadáver. Le habían taponado con algodón el boquete que dejó la estaca. Del muerto ascendía un olor penetrante y mareante, característico del formol. A pesar de ello, Battut se detuvo pacientemente en el examen del cadáver.

—¿La nariz? —preguntó.

—Sí, en el vómer, las llagas de la coca. Más que inyectarse, esnifaba. No hemos encontrado estragos de heroína. La dosis que le ha ocasionado la muerte debía de ser una de las primeras. O tal vez la primera.

El comisario movía levemente la cabezota de arriba abajo. Seguramente, estaba almacenando datos en su memoria de elefante.

—¿Las pertenencias?

—Fueron enviadas a la policía científica. Como siempre, señor comisario.

—Claro.

Llamó desde allí con el portátil a la policía científica. «¿Es Colbert? ¿Quién? Es lo mismo. Soy Battut, Maurice, usted podrá informarme. Me han encargado de la investigación del empalado. Sólo quiero saber un par de detalles, qué ropa interior llevaba el muerto y si el pantalón estaba agujereado por la culera, desgarrado a causa del extremo agudo de la estaca, o había sido cortado previamente con cualquier instrumento, una navaja, unas tijeras, o sencillamente descosido por la costura.» «Un momento, Battut. El muchacho llevaba unos calzoncillos decorados con corazoncitos rojos, la camisa chillona de color sangre de pichón, el pantalón verde billar, los calcetines blancos y los zapatos color corinto. La tela de los pantalones había sido cortada por el fondillo con una tijera para abrir un ojal que permitiera el paso de la estaca del empalamiento. Llevaba al cuello una gruesa cadena de oro falso y una sortija con un rubí grande, desde luego falso también, una cartera con el documento de identidad, un manojito de llaves y un llavín suelto marcado con el número dos. Eso es todo, comisario.»

—¿Dinero?

—Ni un franco. Eso es todo.

Se entretuvo unos minutos para escribir notas minuciosas en un pequeño cuaderno recién estrenado. Y se despidió con el consabido «Adiós, Muertero».

De nuevo, al Peugeot 405 negro y viejo. Coleman se había encargado de dar la noticia a los padres de Dan *Le Concombre*, dos viejitos que vivían en la parte sur de la ciudad, en un barrio popular y en una casa pobre, limpia y arreglada de la Chaussée de Wavre y hacia allí se encaminó Battut. El señor Cordonnier aparentaba más de setenta años, y Battut lo clasificó inmediatamente como un hombre pusilánime y falto de carácter, resignado ante cualquier suceso del destino, y la señora Cordonnier habría pasado de los sesenta, y era pequeña, dulce y parlanchína. Su marido la oía hablar y asentía continuamente con la cabeza.

—Daniel llegó al mundo cuando ya no lo esperábamos. Fue una alegría muy grande y una bendición de Dios. Yo tenía ya más de cuarenta años. Ahora, aquella alegría es una tristeza que acabará con nosotros. Nuestra vida ya no tiene sentido. ¿Tiene usted hijos, señor? ¿No? Es una pena. La vida sin hijos es una soledad muy aburrida. Dan era un niño muy guapo. Fue muy guapo desde pequeño. Mire qué precioso está en esta fotografía. Cuando lo sacaba a pasear de la mano, alguna gente me paraba por la calle y lo miraba con admiración. Enseguida me preguntaban si era niño o niña. Tenía un pelo precioso. Ha tenido siempre un pelo precioso, el pelo de mi madre, que era muy hermosa. Muchas noches no venía a dormir a casa, pero con nosotros ha sido muy cariñoso. Y era trabajador. Siempre me traía algo de dinero.

Desde que tenía diez o doce años, me traía dinero, y me echaba las monedas por el escote, el muy sinvergüenza. —Y la señora Cordonnier reía. De pronto se ponía seria, se compungía y se deshacía en lágrimas—: No sé cómo han podido matarlo y hacerle eso tan horrible que le han hecho. ¡A un muchacho tan guapo! Seguramente ha sido un error. Lo habrán confundido con otro, ¿no cree usted, señor policía? El otro policía que vino no quería decirme la manera tan horrible que han tenido de matarlo.

—Hijos de puta —masculló el viejo Cordonnier, y ésa fue la única frase que salió de sus labios.

—Yo habría preferido morir mil veces antes que ver así a mi hijo, a mi Dan —prosiguió la madre—. Van ustedes a coger al asesino, ¿verdad? Eso merece mucho castigo, señor policía. Merece un castigo muy grande. Aunque, a mí, nadie me va a devolver a mi niño, nadie puede devolverme a mi niño.

—¿Conocen ustedes a alguien que le quisiera mal, que tuviera motivos para vengarse?

Había hecho la pregunta para cumplir con la rutina del interrogatorio, pero ya conocía la respuesta sin escucharla. No, nadie odiaba a Dan. «¿Quién podría querer vengarse de Dan? Estamos seguros de que Dan, pobrecito mío, jamás le había hecho mal a nadie. A nadie.» Era inútil insistir. A pesar de que esa declaración no valiera para nada, lo anotó todo en su cuaderno además de almacenarlo en su memoria. El Oso se había puesto en marcha y daría todos los pasos, uno a uno, sin despreciar ni un detalle, con todo cuidado, con escrúpulo de miniaturista.

2. Alice cabalga de nuevo

Giacomo se desnudó rápidamente y se vistió el pijama que Marcela había dejado, desdoblado y dispuesto, encima de la cama. Se asomó con cuidado al pasillo desierto. «Tampoco es necesario que guarde demasiadas precauciones. Es natural que esta noche quiera consolar a mi hermana, y a nadie extrañaría verme entrar en su cuarto», pensó. En aquella casa, la única que conocía la relación incestuosa entre los hermanos era Celina, pero Celina había quedado en Bruselas, y Giacomino estaba seguro de que el secreto no había salido de sus labios ni siquiera para confiarlo a Marcela, su madre. Totoya había dejado la puerta un poco entreabierta, sin terminar de cerrar, y salía al pasillo un filo de luz. Se coló en la alcoba y cerró totalmente. Totoya estaba ya metida entre las sábanas. Había apilado dos almohadas bajo la cabeza y le esperaba incorporada, con los brazos al aire, y ahora extendidos, ofrecidos en un abrazo. Estaba hermosa, su hermana. El embarazo le estiraba la piel y le daba un suave brillo, una pátina casi luminosa, y la tristeza y las horas de llanto añadían paradójicamente un extraño y morboso atractivo a aquella belleza. Se sentó junto a ella y la besó en la frente.

—Mino, estoy muy triste. No hemos sabido salvar a Giorgio. Él era de los dos, tuyo y mío, y nosotros no hemos sabido salvarlo. Hemos dejado que se pudra de cuerpo y alma, que se nos vaya de entre los dos cuando él era lo que más queríamos. Tengo muchos remordimientos. Y encima, este niño que me crece en el vientre y que llevará su nombre sin ser de verdad suyo...

—No te atormentes con esos pensamientos, Totoya. Ese niño que llevas en el vientre es también suyo. Lo dijo el propio Giorgio: ése es el hijo de los tres, ¿recuerdas? Es el hijo tuyo, suyo y mío. Nunca hemos engañado a Giorgio, tampoco en eso. Fue Giorgio quien llegó contigo a mi cuarto la noche de vuestra boda y me llevasteis entre los dos a tu alcoba de novios. Le hemos amado juntos. Le hemos dado todo lo que nos pedía. Y después hemos hecho todo lo posible por no dejarle caer en esas sucias costumbres, en esos vicios horribles que le han llevado a la muerte. Nos tenía a los dos. ¿Qué más podía querer? ¿Por qué se empeñó en buscar gente sucia, enferma, miserable y repugnante? ¿Qué jodido placer podía proporcionarle esa gente podrida? Nos despreció a los dos y a los dos nos traicionó con un maricón de alquiler, prostituido y sidoso. No le des más vueltas a la cabeza, Totoya. Ése era el destino de Giorgio y ni nosotros ni nadie podía hacer nada por salvarlo.

—¿Qué va a ser de mí ahora? Mírame, Mino. Soy joven, con un hijo en las entrañas y amándote a ti que eres mi hermano. Tú te enamorarás de una muchacha normal y querrás casarte y tener tu familia normal y tu vida normal...

—Eso exactamente es lo que me dijiste aquella tarde en que ya habías decidido casarte con Giorgio, cuando yo te reprochaba que te disponías a marcharte de aquí, de Villa Luce, y a dejarme solo, sin el amor tuyo, que era lo único que me importaba en este mundo. Y en cambio, la que quiso casarse con un muchacho normal, y tener una

familia normal, y llevar una vida normal fuiste tú, Totoya. Luego, todo salió de otra manera. Pero aquello fue por el amor que Giorgio me tenía, más que por el tuyo. No quiero reprocharte nada en estos momentos, pero nunca sabe uno por dónde va a salir el Destino. Giorgio quiso tenernos a los dos. Y nos tuvo. Bueno, eso se ha acabado; lamentablemente, pero se ha acabado. Y ahora, yo no te abandonaré nunca. Viviré siempre a tu lado y al lado del niño. Viviré contigo como tú quieras que vivamos, como hermanos o como amantes, pero juntos.

—Repite eso muchas veces, Mino. Dime que me quieres de todas las maneras que se puede amar. Dime que siempre te tendré a mi lado. Dime que siempre serás mío, sólo mío, hermano mío, amor mío, defensor mío, caballero mío. ¿Te acuerdas de cómo me defendiste aquel día cuando el cabrón de Giacinto quiso forzarme? —Le buscó una pequeña carnosidad que se le había quedado en el labio partido por el puñetazo de aquel Giacinto violador, y se la besó y lamió con dulce lentitud—. Prométeme, júrame que no me abandonarás como ese pobre cabrón de Giorgio.

—Eres cruel, Totoya. ¿Por qué insultas ahora a Giorgio, que está muerto y al que has amado por lo menos tanto como a mí, o quizá más que a mí? ¿Más que a mí? Dime, ¿más que a mí? —Pero Totoya no respondió a eso.

—Lo insulto porque sí. Porque ha sido un cabrón que nos ha dejado solos, condenados a amarnos de mala manera. O condenados a odiarnos, quién sabe.

Giacomino había pasado el brazo izquierdo por debajo de la espalda de Totoya. La hizo resbalar sobre las almohadas, para acomodarla en una posición que favoreciera el sueño. Con la mano derecha le acariciaba el cabello, la frente, las mejillas. Inclinado sobre ella, la besaba en los ojos, obligándola a mantenerlos cerrados. Le hablaba en voz cada vez más baja, en un susurro.

—Estás muy cansada, amor mío. Tienes la cabeza llena de presagios y de malos pensamientos. Y ahora sólo debes pensar en tu hijo y en mí, que te querré siempre, siempre, siempre. Te lo repito. Te lo repetiré mil veces. Estés donde estés, pase lo que pase, me ames como a un amante o como a un hermano, o como a un esclavo, me quieras o me odies. Mino siempre estará junto a ti, como esta noche, siempre, siempre, siempre, siempre. ¿Lo sabes, Totoya, que te querré siempre?

Pero Totoya no podía contestar. Se había quedado dormida sobre el brazo de su hermano. Permaneció él así un largo rato, sin moverse, para no despertarla. Después, aprovechando un movimiento de Totoya durante el sueño, sacó el brazo y se fue silenciosamente hasta su cuarto. También él tenía la cabeza llena de presagios, de interrogantes sin respuesta y de tristes pensamientos. Y además, tenía, naturalmente, muchas ganas de llorar. Al fin y al cabo, era casi un niño. Bueno, un niño.

—Luc, vamos a la Petite Rué des Bouchers, ya sabe, a *La Chaire*. Me deja allí, coma y luego espere en la División. Le llamaré si le necesito.

Casi siempre comía en *La Chaire*, solo. Comía solo, vivía solo y trabajaba en

soledad. Una sirvienta de mediana edad, madame Nicole, limpiaba y arreglaba el piso, lavaba y planchaba la ropa, acudía al teléfono durante las largas ausencias de Battut, recibía a los recaderos, recogía la correspondencia y preparaba el desayuno y, cuando el señor se quedaba trabajando en casa, dejaba hecha una cena sin gracia, helada y detestable, casi siempre huevos duros, ensalada y pollo frío. Monsieur Battut era un animal de acoso y presa, extraño y solitario. Además de sus honorarios de comisario de policía, Battut disponía de otros ingresos que le permitían mantener una economía holgada y ciertos caprichos de coleccionista. Había coleccionado sucesivamente bastones, plumas estilográficas, pipas, relojes de arena y antiguas muñecas de porcelana. Abandonaba temporalmente una colección y comenzaba otra, y ésa era, quizá, una manera de curarse de la rutina tediosa en que lo engolfaba su carácter sistemático y ordenado. Lo único que Battut dejaba a medio completar en su minucioso entendimiento de la vida eran sus colecciones de cachivaches.

Héctor Battut era propietario del edificio donde vivía, una casa de seis pisos, con dos apartamentos por planta, parte de la herencia de su madre, que le había dejado otro par de inmuebles en las afueras de Bruselas, más pequeños y modestos. El apartamento frente al suyo, en la planta segunda, lo tenía alquilado a la viuda de un policía, compañero y amigo de Battut, muerto joven en un tiroteo con unos atracadores de bancos y grandes almacenes. La viuda atendía al tierno nombre de Alice, acababa de llegar a los cuarenta años, conservaba una razonable hermosura y, a pesar de su delgadez casi adolescente, estaba de buen ver. Además, era tierna, cariñosa, callada y nada exigente. Un delicioso ejemplar del género femenino, prudente, dócil, inteligente y de buen conformar. Cuando murió el marido de Alice, Battut le ofreció una desinteresada protección. Le alquiló el apartamento frente al suyo, que él había preferido mantener vacío. No se lo cedió gratuitamente para evitar habladurías en el Cuerpo y acordaron un precio simbólico. De vez en cuando, en fechas señaladas, le enviaba con madame Nicole algún pequeño obsequio para señoras, un pañuelo, un perfume, un bolso, un paraguas. Alguna noche, sin demasiada frecuencia, la invitaba a cenar a un buen restaurante, aunque extremaba siempre el respeto y aun la lejanía. La trataba como si aún viviera su compañero.

Así permanecieron casi cinco años. Pero todos esos melindres, ese trato lejano y exquisito acabó de repente una noche al volver de cenar en una marisquería. Era verano y regresaban andando a casa. Ella se colgó de su brazo y le acercó al codo uno de sus pequeños pechos puntiagudos. Lo frotaba contra él mientras caminaban. Al llegar a sus apartamentos, Alice no sacó la llave del suyo y se coló tranquilamente en el de Héctor. Una vez dentro, sin más preámbulos comenzó a desnudarse con toda naturalidad. Battut hacía gestos con las manos para detenerla, y balbucía unas protestas incoherentes:

—No, si yo... por favor, es que yo... yo...

—Que sí, hombre, que ya lo sé. Que tú no tienes intención alguna de casarte, ni de complicarte la vida conmigo ni con ninguna otra mujer, que tú quieres seguir

siendo el animal suelto y libre que eres, el oso solitario. Pues así seguirás. Yo nunca voy a pedirte nada. No me verás si tú no me llamas. No entraré aquí si no me traes. ¿Quieres que me vaya ahora?

—No. Claro que no.

Se acercó a ella, y así, a medio desvestir como estaba, la estrechó en un abrazo prolongado, apretado, fuerte como el de un oso. Alice, desnuda, era aún más leve y frágil que vestida. Tenía un cuerpo pequeño pero muy proporcionado y sugerente, senos breves y altos, agresivos, cintura estrecha, culito remangado, piernas torneadas y se movía de modo insinuante y oriental, como una bayadera. Aquella primera noche, cuando ya estaban en la cama, él rodó trabajosamente para echarse encima.

—Ah, no, no. De ninguna manera. Tú lo que quieres es aplastarme. Quédate así, boca arriba, no te muevas, no me abras y espera. Yo lo haré todo. Tú eres muy grandote y muy torpe, Battut.

Se encaramó ágilmente sobre él. Se le tendió encima, cuerpo contra cuerpo, y comenzó una especie de lento masaje oriental, en el que utilizaba las mejillas, los antebrazos, los pechos, Dios mío, los pechos, el vientre, los muslos. Después, cabalgaba muy erguida, arqueándose en busca del placer, o se acostaba sobre el hombre y se fundía con él, como para iniciar un galope tendido agarrada a las crines del caballo. Alice tenía del acto sexual una idea musical, un concepto sinfónico. Marcaba un ritmo lento, lentísimo, maestoso, y luego pasaba al andante, al andantino, al alegre, hasta culminar en un desenfreno desbocado, y volver, para terminar, a un pian, piano casi inmóvil.

Cuando terminaron, Alice se quedó un buen rato así, tendida panza abajo sobre el cuerpo de su protector. Lo besó varias veces en el rostro y en la pelambreira del pecho. Le murmuró al oído «gracias, gracias, ya no me acordaba de lo que era la gloria».

—A la gloria me has llevado tú, Alice. Nunca, nunca había sido tan feliz como tú me has hecho esta noche. Yo no había, bueno, nunca había encontrado...

—Una mujer como yo. Ya lo sé, Héctor. Por eso me he quedado esta noche contigo, así, tan... descaradamente. Porque tú, tan ordenado para todas las cosas, no sabes ordenarte la felicidad.

Recogió su ropa, le tiró un último beso desde la puerta entreabierta y cruzó el rellano de la escalera para entrar en su apartamento. Alice, después de cinco años de vivir solitaria y apeada, cabalgaba de nuevo. Y Héctor Battut durmió aquella noche a la sombra del paraíso sobre una nube vaga que algunos hombres llaman felicidad.

Madrugó aquella mañana del martes y salió de su casa en el Square Ambiorix. Avisó a Monteverde de que llegaría tarde aquella mañana o quizá no pudiera ir a la oficina en todo el día.

—No se preocupe, Marzia. Disponga con toda libertad del tiempo que necesite.

Pasó por su banco y sacó de su cuenta quinientos mil francos belgas. Disponía de una buena cantidad de dinero. Tenía sin tocar el seguro de vida que un organismo israelí, en nombre del Gobierno, había suscrito a nombre de su marido, Benjamín Bachner, antiguo miembro del Mossad. Bachner estaba paralítico, condenado a pasar toda su vida en un sillón de ruedas y a necesitar ayuda para todo a causa de una incurable esclerosis en placas. Dudó un momento con las llaves del garaje en la mano. Pero despreció su propio coche y tampoco quiso pedir un taxi. «Un coche en aquel maldito barrio donde vivía Moloch, detenido a la puerta de un edificio, siempre puede ser recordado por alguien, y un taxista es, por definición, un testigo», pensó. «Las precauciones nunca son excesivas. O son precauciones o son imprudencias», y con eso remachó el pensamiento. Se decidió a utilizar una combinación de autobús y tranvía para llegar a casa de Moloch, en una modesta calle de las afueras, a pesar de llevar en el bolso una considerable cantidad de francos. Aquellos barrios podrían ser peligrosos para una mujer sola con mucho dinero encima. Moloch ocupaba provisionalmente un piso amueblado que había alquilado a nombre de Dios sabe quién. Disponía en cualquier momento de documentos de identidad, carnés de conducir y pasaportes de cualquier nacionalidad, todos ellos muy hábilmente falsificados. Sin duda fue Moloch quien le había proporcionado a Marzia la documentación con que Giorgio Notti fue trasladado a Aquisgrán bajo el nombre de Ezequiel Cohen para que le curaran aquella feroz herida de la pinza de cigala que le había destrozado el ano.

Marzia llamó al timbre del portero automático. Un leve chasquido le advirtió que habían levantado el auricular, pero no salió ningún otro sonido por el altavoz. Marzia no insistió en la llamada. Ya sabía lo que tenía que hacer.

—Soy Marzia. ¿Puedo subir?

—Sube.

Antes de traspasar el umbral, Moloch se inclinó para besarla, pero ella se retiró un poco hacia atrás y le tendió la mano. Moloch tenía el aspecto de un hombre joven, aunque seguramente no lo era tanto. Más bien su edad era indefinida y tenía en el gesto un nosequé inquietante. Iba vestido, aun dentro de casa, con pulcritud e incluso con elegancia. Era rubio, con rostro de niño y mirada inocente. Sus manos eran largas, finas y cuidadas. Un mechón blondo que le caía sobre la frente acentuaba su aire adolescente, casi infantil. Sólo en los labios, delgados y largos, se vislumbraba un rictus de crueldad. Parecía un ejecutivo, o un arquitecto, o un escritor, o un artista, cualquier cosa menos un asesino.

Le tendió el sobre con los quinientos mil francos belgas, que él tomó con elegante naturalidad y lo abandonó enseguida encima de una consola casi con desdén.

—Sólo he traído quinientos mil. Moneda belga. No he querido sacar del banco una cantidad mayor ni cambiarla en otra clase de divisas. Más tarde te entregaré o te haré llegar el resto. Con esto puedes salir de Bélgica durante una pequeña temporada o para siempre, que será mejor. Yo te llevaré lo que falta de la cantidad acordada tan

pronto como me hagas saber dónde te encuentras y me sea factible el viaje. Es posible que la investigación de la documentación falsa de Giorgio Notti conduzca hasta ti. Va a ser inevitable que den con el doctor Cohen y lo interroguen.

—¿El doctor Cohen?

—No te preocupes. Eso no es cosa tuya. Estaba pensando en voz alta. De todas maneras no es un secreto importante. Saldrá en las indagaciones tarde o temprano. Pero es largo de explicar. Cuando me hagas saber dónde te encuentras, si me llamas por teléfono, usa la clave que usabas con Benjamín. Naturalmente, guardo la lista de hoteles que utilizabais siempre. La clave será: el tercer hotel hacia abajo a partir del que me indiques. No es imaginable que vaya a tener intervenido mi teléfono, pero nunca se sabe. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Tercer hotel de la lista contando hacia abajo.

—Yo acudiré cuanto antes y te entregaré el resto. ¿Tienes preparado mi pasaporte?

—Naturalmente.

Extrajo del cajón de una mesa un pasaporte holandés y lo entregó a Marzia. Miró ella el nombre.

—Esther Milstein. Suena bien.

—Te llamas como mi mujer.

—¿Como tu mujer? No sabía que te hubieras casado.

—Pues, sí. Te presentaré a mi mujer.

Fue al fondo de la habitación, abrió la puerta de un armario y allí, colgada por una cinta rodeada al cuello, había una mujer de goma, de tamaño natural, vestida solamente con un sujetador y unas bragas, ambas piezas de encaje rojo, muy poco tupido. Las copas del sujetador dejaban ver unas areolas oscuras con un pezón grande y duro en el centro, y por debajo del encaje de las bragas se distinguía la maleza negra del vello del pubis.

—Eres un degenerado, Moloch.

—No siempre logro encontrar una mujer discreta, que no haga preguntas, que no quiera entrar para siempre en mi vida y que esté dispuesta en el momento en que a mí me apetece. —Cambió el tono—. Marzia, ya sabes qué yo —dio un paso hacia ella—, daría media vida... y es que me tienes...

—Moloch, eso que quieres es innegociable.

Y le dedicó una sonrisa, fría y un poco burlona, desde la puerta.

Moloch sentía por ella una antigua atracción, que sólo había sido correspondida en una lejana ocasión no repetida. Lo primero que había hecho, meses atrás, al llegar a Bruselas, fue buscarla, invitarla a salir a cenar, a bailar, al teatro. Siempre había recibido una educada negativa. La semana anterior, Marzia lo había buscado para encargarle un trabajo delicado. Moloch había colaborado alguna vez con Benjamín Bachner, el marido de Marzia, en oscuros y sucios servicios del Mossad, y ella sabía que, por dinero, tal vez Moloch aceptara hacer un trabajo tan especial como el que

ella le encargaba. Tal vez también estuviera dispuesto a hacerlo sin dinero, a cambio de algunos favores o concesiones de Marzia, pero la que no estaba dispuesta a eso era la propia Marzia. Hacía meses que Moloch se había instalado en Bruselas. El Mossad le había pedido que ayudara a dos de sus agentes fijos a identificar la fábrica belga de armas y los directivos concretos que vendían armamento a la guerrilla palestina. Era muy probable que se tratara de la misma empresa cuyas ventas al IRA irlandés y a la ETA vasca eran sobradamente conocidas en los intrincados círculos de la venta clandestina de armas. Pero se trataba de obtener información veraz y probada, o al menos indicios muy fundados, además del nombre del directivo o directivos de la empresa o de los mediadores en la operación para poder fundamentar y presentar una reclamación de gobierno a gobierno, de Tel Aviv a Bruselas, o para amenazar con una represalia. Moloch aceptó inmediatamente, y complacido, el siniestro encargo de la viuda de su viejo amigo Bachner, y lo cumplió con toda limpieza y perfección.

Al salir de casa de Moloch, aquel asesino con rostro de niño, Marzia se detuvo en un teléfono público, buscó en su pequeña agenda y marcó el número de la consulta del doctor Ismael Cohen. El doctor no estaba en la consulta privada en ese momento. Se encontraba en el hospital, operando. «Vuelva a telefonar esta tarde, señora Bachner», le aconsejó la enfermera. Una nueva combinación de tranvía y autobús la devolvió al Square Ambiorix. Cogió su coche y marchó a la Avenue Louise. Era demasiado tarde para subir a la oficina y demasiado temprano para entrar en algún restaurancito a comer. Sin saber por qué ni para qué, entró en *La Cage*. Se sentó en una mesa. Llegó el camarero reumático y Marzia le pidió un campari con soda. El local estaba relativamente lleno, y Martin abandonaba de vez en cuando el mostrador para servir también los pedidos de las mesas. Sissí, fea como una muñecona de trapo, permanecía sentada detrás de la caja. En ese momento, entró Monteverde. «Vaya por Dios.»

O no la había visto o hizo como que no la veía. Ella lo llamó con un gesto de la mano, y Monteverde se acercó a la mesa.

—Al entrar desde la luz de la calle, en esta oscuridad del fondo, no se distingue nada. Perdone, pero no la había reconocido.

—Acabo de llegar y era ya muy tarde para subir a la oficina. He preferido entrar aquí a tomar un aperitivo. ¿Qué toma usted? ¿Me permite que lo invite?

—Claro. Tomaré otro campari. Tengo un encargo para usted. El señor Notti me ha ordenado entregarle una cantidad de dinero. Dígame si la ingreso donde siempre se ingresan sus honorarios. Se trata de una cantidad de cierta importancia, Marzia.

Si Monteverde esperaba que Marzia se interesara por la cifra exacta de aquella cantidad o por su justificación, quedó chasqueado. Marzia se limitó a decir:

—Sí, ya sé. Está bien. Sí, de acuerdo, señor Monteverde. Pueden ingresarla donde siempre.

El martes, 9, también almorzó en *La Chaire*, el pequeño restaurante de la Petite Rue des Bouchers, que caía cerca de la División y cerca igualmente de su casa. En *La Chaire* ofrecen una cocina razonablemente buena, casi casera, y un servicio familiar y atento. El local se llenaba todos los días de turistas y gente de paso, pero cuenta con una docena de clientes habituales. El comedor es largo y estrecho y en él caben dos únicas filas de mesas, no más de veinte o veintidós, que llegan hasta el fondo. A la izquierda se alza un púlpito de iglesia o de refectorio de convento, construido en mármol oscuro, y ese balconcillo de predicador es lo que da justificación al nombre. Quizá aquel salón oblongo fue antes capilla de casa grande, o logia de alguna secta religiosa, o Dios sabe qué. En las paredes se alinea una galería de grabados antiguos con figuras de oradores sagrados, gente de iglesia, frailazos, canónigos, obispos y un par de cardenales, todos ellos orondos. Las grandes panzas denotan un cultivo refinado del pecado de la gula al tiempo que sugieren algunas dificultades para el ejercicio de la lujuria. A la cabeza de la galería hay un grabado en color de santo Tomás de Aquino con el enorme abdomen metido en el rebajo de la mesa hecho en forma de media luna. Delante de los ojos del santo, bajo una mano armada de pluma de ganso, esperaban unas cuartillas en blanco encabezadas con el letrero «Summa Teologica».

El propietario de *La Chaire* era un vasco-francés casado con una española de Navarra, y en la cocina tienen un cocinero italiano. Su mujer y todos le llamaban Gorka. Cualquiera de los tres, el vasco-francés, la navarra o el italiano, está dispuesto en todo momento a preparar algún plato de su tierra que pida un cliente caprichoso. La carta es corta, pero uno de los dos camareros, chica y chico, hijos de los dueños, o los dos profesionales ajenos a la familia, le advierten al cliente que puede pedir lo que le apetezca porque seguramente le podrá ser servido si tiene la paciencia de esperar unos minutos. Al otro lado del púlpito, o sea, de la *chaire*, está la cocina y más allá una enorme despensa frigorífica donde los dueños presumen de disponer de gran variedad de alimentos, carnes, pescados, caza, verduras, legumbres, embutidos, conservas, hongos, frutas, y también de una buena bodega.

Battut no es eso que se llama un *gourmet*. Tiene buen saque, eso sí, y los italianos dirían que es una *buona forchetta*, pero suele comer mucho sin exigir exquisiteces. Es natural que coma mucho. Ha de alimentar su enorme cuerpo de oso. Pero de vez en cuando, si cena en casa, ha de conformarse con engullir apresuradamente la detestable cena que le deja preparada madame Nicole. Con frecuencia hace una excepción y busca un restaurante, preferiblemente *La Chaire*. Ya se ha dicho que a Battut le gusta de tarde en tarde llevar a Alice a una marisquería o a uno de los varios restaurantes excelentes que tiene Bruselas. Hoy, Battut ha pedido en *La Chaire* unos huevos revueltos con queso emmenthal, croquetas de bacalao, magras de cerdo español con tomate frito dulce, un postre de chocolate blanco, media botella de

margaux, un café largo y tres sorbos de armagnac. El armagnac, Battut lo mide por sorbos. Prolongó la sobremesa con una pipa de espuma de ámbar, y caminó despacio, más despacio que de costumbre, hasta *Le Hibou rose*. El local estaba cerrado, no se veía señal de vida y ni siquiera habían sacado a la puerta los carteles para anunciar el espectáculo de la noche, así que continuó el paseo hasta la División Central, tomó de nuevo el Peugeot negro y viejo de Luc y ordenó que le llevaran hasta la Avenue Louise.

—Vamos a la Avenue Louise, algo más arriba del hotel Conrad.

Está claro que buscaba *La Cage*. La encontró enseguida. Allí estaba la jaula de los periquitos. Había pasado ya la hora del café y no había llegado todavía la hora de la merienda, de modo que el local estaba vacío. Vio a Martin detrás del mostrador y a Sissí detrás de la caja. Cuando entró, descubrió también a Maarten, que dormitaba en una silla, casi oculto en el rincón que formaba la cola de la barra.

—¿Es usted el dueño? Comisario Battut. Vamos a un lugar donde podamos hablar sin que nos interrumpan.

—Viene usted por lo de Cordonnier, ¿verdad? Nos enteramos por el periódico. Es una muerte terrible. ¿Han cogido ya al asesino?

Battut hizo un gesto de impaciencia.

—Por favor, monsieur Martin, no haga preguntas y responda a las mías. Le he dicho que quiero hablar con usted en un lugar reservado. Vamos.

Había un despachito detrás de la barra, un cuchitril con una mesa y una silla, y enfrente, al otro lado, una butaca desvencijada. Junto a la puerta de entrada dormitaba Maarten, que se levantó para dejar paso. Battut miró la butaca con prevención. Estaba seguro de que no aguantaría su peso. «Siéntese», le ordenó a Martin al tiempo que le señalaba la silla, y él quedó en pie, con su contextura de oso erigida frente al dueño del café.

—Dígame, Martin.

—Que le diga, ¿qué?

—Que me diga todo.

—Todo, ¿de qué?

—Todo cuanto sepa de Daniel Cordonnier.

—No sé mucho de él. Bueno, no sé casi nada. Me he enterado por el periódico de que era homosexual. Ha sido una sorpresa a medias. Yo le encontraba, no sé, así, un poco raro, y Maarten dice que era maricón, pero aquí nunca hizo una escena ni dio un escándalo, ni venían a verlo amigos con pinta de eso. Me he enterado también de que trabajaba en un local nocturno, llamado, creo, *Le Hibou rose* o algo así, y he leído que hacía estriptís, vamos, que se quedaba en pelota delante del público. Por lo demás, era buen chico. No sé hasta qué hora trabajaría por la noche, pero él estaba aquí a las ocho en punto de la mañana, que es la hora en que abro. Se empieza a servir después de las ocho. En esta zona la gente no madruga demasiado, vamos, que no madruga, y los que madrugan no entran aquí.

—¿Se veía aquí con amigos, es decir, con clientes particulares? Ya me entiende.

—Ah, no señor. Ya le he dicho que no. Aquí entra solamente gente respetable. Por la mañana vienen los empleados de las oficinas de alrededor a desayunar y luego a tomar el café de las once, y por la tarde, gente mayor o parejas normales que se citan aquí antes de ir al cine o a cualquier otro lugar. Éste es un local serio y honesto.

—¿No venía habitualmente ninguna persona que dejara traslucir un interés especial por Cordonnier, que lo mirara de cierto modo o que hablara con él en secreto?

—Ya le he dicho que no.

Battut asintió con la cabeza. De pronto, hizo una pregunta que Martin no esperaba.

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier?

—¿Cómo? ¿Que cuánto...? No sé, tendría que mirar...

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier?

—Depende. A veces, estaba más horas y tenía que pagarle un poco más.

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier?

—Es que no era una cantidad fija..., o sea, vamos...

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier?

Battut tenía fama de aburrir a cualquiera repitiendo hasta el infinito la misma pregunta. Cuentan en la División que una vez repitió una misma pregunta, sin modificar la frase, más de doscientas veces. Jamás perdía la paciencia ni la tenacidad en un interrogatorio. Para él, acostumbrado a piezas de mayor astucia, aquel sujeto gordinflón y bigotudo, que guiñaba los ojos para aparentar astucia, era un pobre pardillo.

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier?

Martin bajó la cabeza para responder.

—Cuatro mil quinientos francos a la semana. Bueno, era muy joven y prácticamente estaba todavía aprendiendo, por eso no podía pagarle mucho. Y además tenía que correr con la cuota de la seguridad social.

—¿Cuánto ganaba aquí Cordonnier? —repitió por enésima vez Battut, y esta vez se le notó claramente la impaciencia.

—Cuatro mil francos.

—Está bien. Retírese y que pase su hija.

—¿Quién, Sissí? ¿Tiene usted que interrogar a Sissí? Pero, ¿qué va usted a preguntarle a Sissí?

—Ya le dije que no haga preguntas. Que pase Sissí.

Naturalmente, Sissí fue mucho más explícita en el asunto de la homosexualidad. Tendría unos treinta años y llevaba el rostro muy pintado. Miraba con descaro a los clientes, jóvenes o viejos, cuidando de que no la sorprendiera su padre. Sissí tenía pinta de haber salido coqueta, vamos, un poco puta, un poco bastante, y su padre la vigilaba para guardar la seriedad del local. Hablaba con desparpajo desafiante,

adrede, y estudiado para causar impresión.

—Señor comisario, Dan era un chico guapo. Reconozco que era muy atractivo, pero no había nada que hacer con él porque era un mariconazo total. Yo no me tengo por una belleza, sé que soy más bien feúcha, pero de cuerpo estoy cojonuda, perdone la expresión, señor comisario, lo que sucede es que me paso la vida detrás de la caja y solamente se me ve la cara. —Y Sissí se pasaba las dos manos por la cintura y por las caderas, y se subía un palmo la minifalda hasta dejar a la vista el arranque de los muslos, al mismo tiempo que se daba media vuelta para mostrar también el inicio de dos poderosas y apretadas nalgas.

Battut echó una mirada rápida y comprobó de un vistazo la firmeza de los senos, la estrechez de la cintura, el culo lleno y prieto y la pierna gorda pero bien formada. Y enseguida volvió la mirada ostensiblemente hacia otro lado.

—De acuerdo, señorita, pero no es necesario que me haga demostraciones.

—Lo hago porque alguna vez hice esto mismo, y de manera aún más provocativa delante de Dan, y el tío se llevó la mano al pepino, que se le señalaba por debajo del pantalón y de la servilleta que llevaba atada a la cintura, ya sabrá usted que le llamaban así, Dan El Pepino, sería por eso, digo yo, ¿por qué otra cosa podría ser?, me sacó la lengua haciéndome burla y se dio media vuelta sin tocarme ni mirarme siquiera. A ver si es que un tío así, por muy macizo que esté, no es un mariconazo, dígamelo usted, señor comisario.

—Yo no digo nada, señorita —y recalcó lo de *señorita*—. Quien tiene que decir es usted. ¿Venía a verlo algún hombre con pinta de entenderse con él, Sissí? Por favor, haga memoria. Es muy importante que usted recuerde a alguien que se encontrara aquí con Cordonnier, aunque fuese discretamente.

—Sí, sí. Recuerdo que hace unos meses venía por aquí un alemán, o por lo menos un tío que hablaba alemán, bastante mayor, rubio, alto y que vestía de una manera muy juvenil, eso, muy juvenil. Desde luego, tenía pinta de maricona vieja. Siempre quería pegar la hebra con Dan, pero Dan le dejaba con la palabra en la boca. Mi padre era muy cabrón con él y no le consentía que hablara con los clientes más de lo necesario para servir y cobrar. Dan sabía muy bien que si intentaba ligar con un cliente, mi padre lo echaría sin contemplaciones. Mire, señor comisario, a mí me gustaba mucho el muchacho y, maricón y todo, me habría acostado con él, a lo mejor con un poco de arte y de paciencia le hubiera sacado algo de hombre, pero es que no había forma de traerle los ojos a ninguna parte del cuerpo, ni al muslo ni a la pechuga, ya me entiende. Perdone que hable tanto y de estas cosas, pero es que con usted me encuentro, no sé, como muy a gusto, usted me da mucha confianza y me entran ganas de hacerle confidencias. Además, como no tengo a nadie con quien hablar...

—Hable lo que quiera. Cuanto más hable, mejor. ¿Sabía su padre que Cordonnier era homosexual?

—¡Anda, claro! Más de una vez le he oído decirle: «Como te pille ligándote a un

cliente en el café, te vas a la calle de una patada en tu jodido trasero, maricón.»

—Ya, ya. ¿Y el alemán? ¿Se acuerda de cómo se llamaba el alemán?

—Nunca lo he sabido. Una tarde no vino y luego ya no ha vuelto más por aquí. Creo que le dejaba a Dan unas propinas fastuosas. Maarten se cabreaba cuando alcanzaba a ver la propina, y quería que Dan la compartiera, pero Dan le hacía la higa o le sacaba burla con la lengua. Le gustaba sacar burla con la lengua. A veces, era como un niño, muy caprichoso, pero muy maricón, muy maricón.

—¿Y además del alemán?

—Luego empezó a venir un chico joven, alto y muy guapo que parecía italiano a pesar de ser rubio. Pedía a veces un café muy corto, como lo toman los italianos, y casi siempre intentaba charlar con Dan algo más de lo necesario para pedir una consumición, pero hace muchos días que no ha vuelto. A mí me gustaba ese chico. Una tarde vino otro italiano, más joven y más guapo que el rubio. Era muy moreno. Pero ése le hablaba a Dan como si le insultara. Yo le oí que le llamaba hijo de la gran puta, y se lo decía en voz fuerte, como si deseara provocarlo, pero Dan no reaccionó. Los italianos son muy guapos. Pero es que yo tengo la desgracia de que me gusten todos los maricones. Tengo ganas de que me guste un macho de verdad.

—Realmente, es una desgracia, *mademoiselle*. Sissí, ¿sabe usted si por aquí cerca hay alguna firma alemana, una oficina o un despacho profesional donde trabajen alemanes? ¿Suelen venir algunos alemanes al café?

—Yo no sé que haya nada de alemanes por aquí, ni tampoco vienen habitualmente al café.

—¿Italianos?

—Tampoco lo sé. Aparte del chico rubio, viene alguna vez un señor mayor con acento italiano, pero entra, toma algo, generalmente en la barra, y se va enseguida.

—Gracias. Si recuerda algo acerca de Cordonnier que no me haya dicho, llámeme a este teléfono. —Le tendió una tarjeta con su nombre, el cargo, el domicilio y los teléfonos de la División Central.

—Muy bien, señor comisario.

Al salir, tropezó con Maarten, que esperaba de pie junto a la puerta. A Maarten ni siquiera le hizo entrar en el despachito. No había nadie en el café y le dirigió la pregunta allí mismo.

—¿Qué puede usted decirme de Cordonnier, Maarten? —Le habló en flamenco. También en flamenco respondió Maarten.

—Que era maricón.

—¿Nada más que eso?

—¿Le parece poca pista?

—No. Realmente es una buena pista.

Luc lo esperaba en la Avenue Louise, delante de *La Cage*, y lo llevó a la División.

En el despacho encontró un solo recado para él. Le había llamado el juez. Tenía sobre la mesa una nota de Coleman escrita con su endiablada caligrafía. «Señor comisario: Preguntó por usted el juez Bodin. Espera que se ponga en contacto con él hoy mismo. Puede telefonarle a cualquier hora.» ¡Santo Dios, lo que faltaba! Ahora, hala, a aguantar con paciencia las impertinencias de Bodin. El «caso del empalado» había caído en manos del juez más enojoso y petulante de toda la judicatura belga. Jamás se hacía cargo de las dificultades de una investigación, y exigía una rapidez imposible en la solución de los delitos más enredados y oscuros. Luego, al momento de solicitarle un registro, la exhumación de un cadáver, la autorización para realizar unas escuchas telefónicas o una detención preventiva, ponía toda clase de obstáculos y pejiaguas. Hizo un gesto de resignación, alzó el auricular y ordenó al telefonista: «Con el juez Bodin, por favor.»

—Me alegra que esto esté en sus manos, Battut. Es una garantía de que quedará resuelto en horas. Pero estamos operando con algunos días de retraso. Sí, ya sé que el inspector Coleman ha hecho algunas diligencias rutinarias, pero la investigación en serio debe llevarla usted, y usted estaba en Londres el viernes. Eso ha sido un contratiempo. Hemos perdido tres días preciosos. Es un «caso» de mucho escándalo y hay que demostrar a la opinión pública que actuamos con extrema diligencia. Supongo que ya estará usted detrás de alguna pista prometedora. Tiene que actuar, querido Battut, con la mayor celeridad.

—Se hará lo que se pueda, señor juez. Pero temo que nos encontramos ante un misterio muy intrincado que requerirá más detención y paciencia que celeridad. Lo único que parece claro hasta ahora es que se trata de una venganza, pero ni siquiera sospecho si se trata de una venganza tomada de propia mano o de un asesinato por encargo. Si se perfilara más esta última hipótesis, tendremos que disponernos a llevar a cabo una investigación larga y dificultosa.

—¡Ah, no, Battut, de ninguna manera! Ese «misterio intrincado» que usted dice debe ser desentrañado enseguida. Eso ha sido cosa de maricones. O sea, que por ese hilo saca usted rápidamente el ovillo. Empiece a exprimir a todos los maricones que frecuenten ese cabaret, *Le Hibou rose* se llama, ¿verdad?

—Tiraremos de todos los hilos, claro, pero el ovillo puede que no lo saquemos tan rápidamente como usted dice, señor juez. De todas formas, ya le he dicho que se hará lo que se pueda. En realidad, la investigación no ha hecho más que empezar.

—Pues no se duerma, Battut. Y ya sabe que yo quiero pruebas, pruebas concluyentes. No me venga con indicios y sospechas. Pruebas, pruebas.

—Yo nunca me duermo, señor juez. Es decir, sólo duermo lo necesario. En cuanto a las pruebas, o tendremos pruebas o no tendremos nada. Los expedientes sin resolver están llenos de indicios y de sospechas que no valen para nada.

—Bueno, suerte y espero sus noticias pronto, cuanto más pronto, mejor. Téngame al corriente de cualquier novedad, claro. Usted es muy amigo de guardarse los pasos importantes de la investigación y de pronto traer todo el caso resuelto. Quiero estar al

tanto de todo, Battut. No me obligue a sacarle las novedades con sacacorchos.

«Joder, con Bodin. Este tío es insoportable. Al fin y al cabo, sólo he perdido un fin de semana. Tampoco se puede hacer mucho un sábado y un domingo. Si cree que me estoy durmiendo, que se encargue él del jodido maricón empalado y que resuelva el asunto con los cuernos. Bueno, ¿no es cosa de maricones? Pues que le vayan dando por el culo al juez.» Una vez desahogado para su colete, tomó Battut sus notas y las fue pasando con toda paciencia a unas fichas de papel rayado. En cada ficha, escribía con mayúsculas un nombre indicativo y lo recuadraba cuidadosamente. Puso en orden, por escrito, las escasas conclusiones a que había llegado.

«Primero. Cordonnier no había muerto por el empalamiento, sino por un chute brutal de heroína. No murió en el lugar donde fue encontrado. Lo más probable es que lo llevaran ya muerto y empalado en el macetero a bordo de una furgoneta cerrada y lo dejaran frente al cabaret aprovechando un momento de la madrugada en que la calle estuviera desierta. Que el empalamiento era posterior a la muerte lo demostraba el resultado de la autopsia y el corte en la culera del pantalón verde billar, hecho con tijeras.

»Segundo. Daniel Cordonnier no trabajaba en *La Cage* por dinero, ya que Martin, el dueño, le pagaba una miseria. Seguramente, quería aparentar en algún momento una vida regular y honesta, o quizá utilizara el Café de la Avenue Louise como escaparate para cazar clientes acomodados y hacerse desear. Luego, les daría cita en *Le Hibou* o en donde fuese y establecería con ellos una relación, pagada, naturalmente.

»Tercero. Cordonnier no era un chapero normal. Es probable que escogiera sus amantes entre gente rica y educada, y tal vez mantenía un cierto modo de fidelidad en las relaciones. Si estuviese dispuesto a acostarse por dinero con el primer cliente que le abordara en *Le Hibou rose*, no se habría impuesto el sacrificio de trabajar en el café por unas pocas monedas.

»Cuarto. Hay que tener en cuenta que Cordonnier era drogadicto y portador del sida. El móvil del crimen debe ser buscado por uno de estos caminos: la venganza de un contagiado, los celos que con frecuencia son violentos y terribles entre homosexuales, un arreglo de cuentas de algún camello o más improbablemente el robo. No es un indicio vehemente, pero cuando fue empalado, Cordonnier no llevaba un solo franco en el bolsillo.

»Quinto. Hay que intentar hallar las pistas del alemán y del italiano desconocidos que buscaban a Cordonnier en *La Cage*. ¿Pero cómo? No queda otro remedio que encontrar por aquella zona las oficinas donde trabajen alemanes e italianos. Tal vez eso sea como buscar una aguja en un pajar, pero paciencia. Solicitaremos la asignación de dos agentes que se encarguen de esa laboriosa misión.»

Realmente, Coleman había hecho un buen trabajo y muy rápido. Escribió en una cuartilla esta nota lacónica: «Está bien, Coleman. Continúa por ahí. Battut.» La metió en un sobre y escribió con idéntico laconismo: «Coleman.» Dio el sobre al ordenanza

y pidió un café. Fue a estirarse en su desperezo de oso delante de la ventana. Miró el reloj. Las siete y cinco. Llamó por teléfono a Alice. La cena de esa noche quedaba aplazada. Por lo tanto, la cabalgada, también.

3. Un sillón de ruedas vacío

Marzia pagó los dos campari, el de Monteverde y el de ella misma, abandonó *La Cage* y bajó andando despacio hasta el hotel Conrad. El tiempo, aunque frío, era razonablemente apacible, y Marzia caminaba recreándose en la contemplación de los transeúntes, los objetos expuestos en los escaparates de los comercios, las muestras de los establecimientos, los automóviles que marchaban por la calzada, el cartelón en color que anunciaba una exposición de Marc Chagall, el verde vegetal de los árboles, casi cobrizo en algunas ramas por la tristeza del otoño. Entró al Conrad y tomó un tentempié en el café Wiltcher's, el *lunch* que recomendaba la carta, a menos de novecientos francos. Estaba hermosa Marzia aquella mañana. Se había recogido el pelo detrás de la cabeza, sobre el cogote, y quedaba el cuello al descubierto, un cuello blanco y largo que enseguida levantaba el deseo de besarlo. Vestía un abrigo de paño grueso gris, con grandes vueltas en el cuello y en las mangas, y debajo, un traje azul oscuro, abierto y abotonado por delante hasta la cintura, con un leve vivillo blanco en el borde, una falda de vuelo y puños también blancos, éstos con filete azul.

Dejó el abrigo al desgaire en el asiento vecino. Desde la mesa de enfrente, un cuarentón presumido la miraba con insistencia, casi con descaro, repasándola desde los tobillos al cuello sugerente. Era un tipo agradable y de suave sonrisa, con aire de donjuán o de *playboy*. Ella se percató enseguida, claro, y se arreglaba la falda o montaba una pierna sobre la otra para dejar entrever algo más que la rodilla. Llegó el camarero:

—Aquel caballero le ruega que le permita invitarla.

Le dedicó al maduro galán una mirada divertida, con una mezcla de disculpa y de burla, mientras movía la cabeza negativamente.

—Dígale que se lo agradezco, pero que de ninguna manera.

«A mi edad, estas pequeñas conquistas confortan.» Pagó y salió del Wiltcher's caminando con la majestad de una reina, sin dedicar siquiera a su donjuán la limosna de un reajo. A las cuatro de esa tarde la había citado el doctor Ismael Cohen en su consulta privada.

—Ismael, tenemos complicaciones.

—Es lógico, Marzia. Determinadas cosas complicadas siempre traen complicaciones. ¿Qué complicaciones son las que tenemos? Veamos.

—Daniel Cordonnier, ese mariconcete que ha aparecido empalado en la Rué des Chartreux, es probablemente el tipo, que clavó la pinza de cigala en el ano de Giorgio Notti. El crimen tiene todos los visos de una venganza y me temo que alguna pista conduzca a las relaciones del muerto con Notti. Te van a freír a preguntas. Perdóname, Ismael. Sé que te he metido en un lío desagradable y te pido disculpas. Pero ahora lo importante es decidir qué vamos a hacer y qué vamos a decir a la policía. Inevitablemente, a poco avisado que sea el investigador, ahí salimos tú y yo.

—¿Tienes algo que ver con el crimen ese, Marzia? Dime la verdad. Es lo mejor, y

puedes confiar en mí. Seré una tumba.

—Yo no he matado a ese desgraciado, si a eso te refieres. Pero al descubrir lo de la cigala, lo del sida, seguramente también lo del viaje a Aquisgrán y el pasaporte falso, buscarán entre los familiares y amigos de Giorgio Notti un probable vengador. No tengo ningún temor ni corro un hipotético peligro, pero me fastidian las molestias. Y de molestias, a ti y a mí nos esperan bastantes.

—¿Y qué crees tú que debo hacer yo, Marzia? ¿Se te ocurre algo?

—Sólo tenemos dos opciones.

Estaban sentados en sendas butacas vecinas, frente a una mesita baja. Algo hundida en la butaca, la falda azul de vuelo le cubría las piernas casi hasta los tobillos. La subió y la dejó cerca de las rodillas, muy juntas. La verdad es que el doctor Cohen no le miraba a Marzia las rodillas sino los ojos. Los ojos de Marzia despedían chispas de astucia e inteligencia. De firmeza y energía también.

—Espera un momento. ¿Quieres tomar algo? ¿Por qué no tomamos un vasito de whisky de malta seco? Yo casi lo necesito.

Marzia recordó que a Giorgio le gustaba el whisky de malta, Glenfiddich a ser posible.

—Bueno. Me vendrá bien.

Fue él a un armarito, sacó el whisky, casualmente Glenfiddich, «qué cosas», pensó ella, mientras el doctor cerraba la puerta con el pestillo y ordenaba a la enfermera que no le pasara llamadas.

—Decías que tenemos sólo dos opciones.

—Hay dos opciones, Ismael. Una. Primera versión de los hechos. Antes del verano, te llamó por teléfono un sujeto joven, entre veinticinco y treinta años, muy probablemente homosexual, que tenía clavada una pinza de cigala en el ano. Su nombre era Ezequiel Cohen, pero la identidad de apellidos en absoluto quiere decir que entre vosotros exista parentesco alguno. Jamás en tu vida lo habías visto ni tampoco oído hablar de él. A lo mejor te eligió precisamente por el apellido. Naturalmente, tendrás que dar el domicilio al que acudiste, en el Square Marie-Louise. Ésta es la dirección completa, aunque la tendrás anotada en tu libro de visitas —y le tendió un papelito con la dirección, que ya llevaba preparado en el bolso—. El herido estaba solo en el apartamento, y dijo no tener en Bruselas familiares ni amigos a quienes dar aviso. Aseguró que lo de la cigala era un accidente, y no quiso dar más explicaciones. Negó terminantemente que se tratara de una agresión. Tú has de medir la importancia de este extremo, porque sospecho que los médicos estáis obligados a dar cuenta a la policía de haber realizado la cura de una herida por agresión.

—Habla más despacio. Intento memorizar todo lo que dices.

—De acuerdo. En su mismo apartamento, hiciste la primera y más urgente operación: la extracción de la extremidad de la cigala, pero era necesaria una cirugía más complicada. El herido te explicó que por razones personales no quería ser operado en Bruselas y que prefería ser trasladado fuera de Bélgica, a una ciudad

alemana, por ejemplo. Era una exigencia motivada muy probablemente por su homosexualidad. Tú tienes relación con un tal doctor Katz, de Aquisgrán, y allí llevaste a tu homónimo Cohen en una ambulancia. Operaste felizmente, cobraste tus honorarios, pagados por Cohen religiosamente, y ya no sabes más.

—Muy bien. Pero, ¿y si sale lo del sida? No olvides que me llamasteis luego para atender a un enfermo de sida, aquejado además de una pulmonía, que ya no se llamaba Cohen sino Notti, Giorgio Notti, y yo lo puse en manos del doctor Pingle, y el doctor Pingle lo ingresó en la clínica Saint-Paul, donde murió al poco tiempo. Si preguntan a Pingle, dirá que se trataba de un enfermo mío. Lo más probable es que la policía descubra que Ezequiel Cohen y Giorgio Notti son la misma persona.

—Es posible. Quizá sí y quizá no. Pero, bueno, ¿y qué? ¿Qué obligación tenías tú de saber que aquel enfermo de sida y de pulmonía a quien no conocías y que ni siquiera llegaste a visitar era el mismo que el herido de la pinza de cigala sólo que con otro nombre? Al doctor Pingle le proporcionaste un paciente que no era tuyo. Te llamaron para visitar a un enfermo que no tenía nada que ver con tu especialidad, y lo pasaste al doctor Pingle. Puedes recordar, o no, según te parezca, que más tarde tu amigo te informó de la muerte de aquel enfermo.

El doctor Cohen quedó pensativo durante unos minutos. Sin duda, ponderaba la verosimilitud de los hechos narrados de semejante forma. Marzia esperaba pacientemente mientras daba algún sorbito al whisky de malta.

—Todo eso no es muy convincente, Marzia. Descubrirán quién alquiló la ambulancia para ir a Aquisgrán. Alguien te vería salir de la casa conmigo y con la camilla del enfermo. Las mentiras tienen las patas cortas. ¿Quién le da mi nombre a Ezequiel Cohen, y por qué yo abandono todos mis compromisos y me dedico sólo a ese extraño paciente? ¿Y tú, cómo te las apañarás tú, que sales en cada uno de esos episodios? Además de que eras la secretaria de Giorgio Notti, mi enfermera tendrá anotadas tus llamadas, especialmente la primera, seguramente tú alquilaste aquel apartamento, y tú avisaste a la ambulancia, y tú obtuviste en algún sitio el importe de mis honorarios y los gastos del viaje a Aquisgrán, y también te hiciste con la documentación falsa...

—Ése es mi problema, doctor. Ahora se trata de resolver el tuyo de manera que sea creíble y parezca verosímil.

—Explícame la segunda versión.

—La segunda versión consiste en declarar la verdad completa y desnuda, expuesta con toda claridad y de pe a pa, con una única excepción. El pasaporte falso no lo conseguí yo, sino el muerto. Tú sólo sabes que el herido te dijo llamarse Ezequiel Cohen, extremo que yo confirmé tácitamente llamándole siempre así, y tenía en su poder una documentación italiana a ese nombre, que ni siquiera fue necesario mostrar en la frontera alemana y que sirvió para inscribirse en el hospital de Aquisgrán.

—¿Y explico que...?

—Sí, sí, todo. Que somos viejos amigos, que te llamé por teléfono para rogarte que atendieras a un amigo mío judío que casualmente se llamaba Cohen como tú, que me encontraste junto al herido en el Square Marie-Louise, que pagué yo tus honorarios, que me encargué de disponer de la ambulancia, que me hice responsable de informar a la familia y de todo lo demás. No es preciso que expliques el favor que te hizo mi marido y que te recordé para que aceptaras esa engorrosa encomienda. Meses después, volví a llamarte para que atendieras a Giorgio Notti, mi jefe, que estaba enfermo de pulmonía, complicada con el síndrome de inmunodeficiencia. Ni yo relacioné a un enfermo con el otro, ni tú tenías motivo alguno para relacionarlos. Es probable que con la verdad por delante te dejen tranquilo enseguida. Harán comprobación de todo lo que digas, y no encontrarán ninguna mentira.

Se tomó un respiro. Hablaba con rapidez, como si se hubiese aprendido de memoria cada una de las palabras.

—Ya sé que ahí empezarán mis problemas, pero mis problemas empezarían de una manera o de otra, y en realidad ya han empezado. Los problemas siempre han sido, durante toda mi vida, mi compañía más fiel. Será molesto para mí, claro. Sacarán a relucir las historias de Benjamín, el Mossad y todo eso que se dice de él, quizá querrán interrogar a mi madre, que se atolondrará sin remedio, ella, tan pusilánime, y no quiero pensar que quieran interrogar también a mi suegra, porque esa arpía me cubrirá de acusaciones y mentiras. Pero, molestias aparte, lo único que me preocupa eres tú. Me atormenta la idea de que te ocasione algún perjuicio en tu profesión el no haber dado cuenta de la herida brutal de Giorgio Notti, o sea, de Ezequiel Cohen.

—Desde mi punto de vista, miradas las cosas con egoísmo, esta segunda versión me parece mejor. De lo demás, no tienes por qué preocuparte. Tuve la precaución de informar a las autoridades alemanas de la causa de la herida, con el ruego de que pasaran el informe a la policía belga, ya que yo no tuve tiempo de hacerlo a causa de la inmediata atención que exigía el caso. En los archivos de la policía belga tendrán una nota en la que conste que el doctor Cohen llevó a Aquisgrán a otro tal señor Cohen, herido en el ano por una pinza de cigala. Es muy probable que el único comentario que despertara la nota en el funcionario belga que la recibiera fuese esta broma para algún compañero: «Mira, tú. Es cojonudo. Extraña manera de comer mariscos.»

Comenzó a redactar un informe para el juez Bodin. Sólo anotaba los hechos. Daba cuenta de los datos y se guardaba las intuiciones y las sospechas. Obtenía alguna conclusión de las revelaciones de la autopsia, los informes de Coleman y los interrogatorios «sin resultado positivo alguno». Llegó otro informe de Coleman, que le venía como anillo al dedo porque aquella noche pensaba interrogar a los personajes de *Le Hibou rose*. Grabó en su memoria los datos más relevantes del relato

pormenorizado de Coleman.

«La policía de Lyon había archivado hacía años las indagaciones fracasadas acerca del robo de unos dos millones de dólares a un tejano llamado Bud Cáster. Se trataba del propietario de unos pozos petrolíferos de Texas en viaje por Europa. Había recalado medio borracho en el burdel que regentaba Madame la Marquise llevando en un maletín de piel de vaca dos millones de dólares en billetes de cien. Había seguido bebiendo whisky y se había acostado con una putita rubia y frágil, a la que sólo había podido echarle un polvo de aliento del alcohol después de azotarle jovialmente las nalgas. La complaciente putita hizo todo cuanto se puede hacer en esos trances, pero sólo logró que el magnate del petróleo quedara dormido. Durmió durante dos horas largas y roncó tan fuertemente como una piara de cerdos. Cuando se despertó, ni la putita rubia y frágil estaba en la cama ni la maleta de piel de vaca estaba en la habitación. Salió del cuarto casi en pelota, solamente cubierto con un calzoncillo que llevaba estampada en la entrepierna la imagen de un búfalo, y empezó a tirar muebles por las ventanas y a perseguir putas por los pasillos. Hubo que llamar a la policía, que llegó cuando ya Bud, el portador de los petrodólares, había volcado el piano y le había administrado una mano de hostias a Madame la Marquise.

»La putita frágil y rubia apareció, encogida y acojonada debajo de una cama, sepultada entre un montón de ropa, pero de la maleta de piel de vaca con los dos millones de dólares, ni rastro. Llegaron más policías y registraron hasta los últimos rincones. Nada. Buscaron los agentes alguna tierra removida en el pequeño jardín, ante la posibilidad de que el tesoro hubiese sido enterrado, pero tampoco eso encontraron. Todos los testigos coincidían en su versión. Nadie había salido de la casa con maleta o sin maleta, y el testimonio fue confirmado plenamente por el portero del burdel, un boxeador retirado, con el labio partido y la nariz hundida, llamado Marcel, pero conocido como Max. La policía de Lyon hubo de archivar, sin resolverlo, el caso del robo de los dos millones de dólares y la misteriosa evaporación de la maleta de piel de vaca. El inspector que se ocupó en el caso tenía casi la evidencia de que alguien había cogido la maleta, había saltado con ella al jardín de *La Maison de l'Abbé* por alguna ventana de atrás y se había largado tranquilamente. Las sospechas recaían sobre todo en un rufián marsellés llamado Bernard Le Muy, chulo, amante y posible hermanastro de Bernadette Tessier, una ramera de padre desconocido y registrada con el apellido de la madre. Era conocida en los ambientes de la prostitución por el sobrenombre de Madame la Marquise. Pero nada de aquello se pudo probar. Al poco tiempo del robo de la maleta con los dólares, desaparecieron de Lyon los tres personajes, el marsellés, la Marquise y el boxeador, que ahora reaparecían en Bruselas al frente de un cabaret de espectáculos pornográficos y lugar de reunión de maricones, lesbianas, travestidos, transexuales y turistas curiosos o degenerados.»

Aquella información de Coleman le venía a Battut al pelo para poder apretar las tuercas a alguno de aquellos sospechosos, en algún punto incómodo de los

interrogatorios. El comisario lo archivó todo en su memoria de elefante. En *La Chaire* pidió una menestra de verduras, un lenguado a la parrilla, unas chuletas de cordero empanadas con rodajas de patatas cocidas en leche, bañadas en queso y mantequilla y doradas al horno, y terminó la cena con un milhojas de crema. Apartó de sí la tentación del vino y se metió entre pecho y espalda dos grandes jarras de cerveza.

Llegó andando hasta la Rué des Chartreux. *Le Hibou rose* estaba abierto, aunque todavía no se veía entrar un solo cliente. Madame la Marquise ya estaba en el vestíbulo, detrás de la mesita de los recibos, con la cara pintarrajeada, ilustrada con chafarrinones de colores, escapada de un retrato de Rouault. En la acera, Marcel se paseaba arriba y abajo sin alejarse de la puerta. Un poco más allá de Madame se veía de pie a Bernard Le Muy, que echaba un ojo hacia dentro y el otro hacia fuera, en espera de que llegara el primer cliente de la noche. Battut se acercó a él, desoyendo adrede la llamada de Madame la Marquise, que intentaba detenerle en la entrada. «Joder, ya está aquí el madero. Éste viene por lo de Cordonnier. Van a estar jodiéndonos a preguntas durante una temporada.» No se equivocaba Bernard. Efectivamente, Battut daba el cante de madero desde una legua.

—¿Es usted el dueño?

—Es posible.

—Volveré a hacerle la pregunta. ¿Es usted el dueño?

Battut estaba habituado a hacer ejercicios de paciencia inalterable. Estaba claro que Bernard Le Muy intentaba medir el aguante del policía. El comienzo de los interrogatorios con estos sujetos resabiados siempre era así. Huían instintivamente de la claridad y de la sinceridad, y siempre iniciaban un rodeo antes de responder.

—Digamos que bueno.

Battut le puso una mano, aparentemente amistosa, sobre el hombro e inició una leve presión.

—¿Es usted el dueño?

Le Muy comprendió enseguida.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Bernard.

—Que cómo se llama.

—Me llamo Le Muy, Bernard Le Muy, y tengo en regla mi documentación, la del local y la de todo el personal que aquí trabaja.

—¿Sabe usted quién soy yo?

—Usted es de la policía.

—Muy bien. Así me gusta. Comisario Battut. Vamos dentro. Esta puerta dará a un despachito, ¿verdad? Vamos. Señor Le Muy, cuénteme todo lo que sepa acerca de Daniel Cordonnier. Me interesa especialmente saber con quién se relacionaba en los últimos meses.

—Dan traía muy pocos socios al Club. Le gustaba escoger a sus amigos, y traía siempre a gente selecta, bien vestida y educada. En los últimos meses, que yo recuerde, sólo trajo a dos nuevos socios. Primero, un alemán de mediana edad, tal vez más viejo de lo que aparentaba, elegante y con vestidos un poco juveniles. Bueno, todos los maricas viejos se visten con ropa juvenil. Después, trajo a un italiano joven y muy educado. Dan lo besaba en la boca en plena calle, y él se avergonzaba, pero tragaba. Debía de gustarle mucho Dan. Ese italiano debe de ser un chico de dinero.

—¿Cómo se llaman ese alemán y ese otro, el italiano?

—Al italiano creo que Dan lo llamaba Giorgio. El alemán, no me acuerdo. De verdad que no me acuerdo, señor comisario. Pero sin duda se lo podrá decir Madame la Marquise, que guarda las matrices de los recibos de inscripción.

—¿Comprueban ustedes el nombre de los socios con alguna documentación?

—Suelen presentar algún papel. Otras veces nos conformamos con la palabra del socio que lo presenta. No es un requisito que exijan las autoridades. Es una precaución de la Casa. Se trata de un control interno, una identificación convencional. No a todo el mundo le gusta dar su verdadero nombre en un lugar como éste.

—Comprendo. Otra pregunta y ya le dejo. ¿Cuándo vio usted por última vez a Cordonnier?

Permaneció pensativo sólo durante algunos segundos. Respondió enseguida y con mucha seguridad.

—La noche del jueves pasado. Me acuerdo porque esa noche Cordonnier hizo su número de estriptís.

—¿Recuerda si le acompañaba alguien esa noche, algún cliente habitual?

—Recuerdo que se sentaba al lado de un cliente nuevo, un inglés elegante, no muy joven pero con cara infantil.

—¿Cómo se llama el inglés?

—Madame la Marquise lo tendrá anotado. Voy a preguntarle.

—No se moleste. Lo haré yo. Gracias. Seguramente volveré a necesitarle. Dígame a madame la Marquise que pase.

—Pero, señor comisario, madame la Marquise tiene que estar en la puerta. Debe controlar la entrada de los clientes.

—Que pase madame.

—Por favor, no puede quedarse sola la entrada.

—Que pase madame.

Y pasó madame. La recibió de pie, le estrechó la mano y le dedicó una inclinación de cabeza, casi una reverencia. Era un recurso que nunca le fallaba con las putas. Madame la Marquise estiró su pequeña estatura, se alzó sobre los tacones y levantó la barbilla. Aquel policía entrado en años y con aspecto de oso la había tratado como a una señora, y ella le correspondería con su buena voluntad.

—Por favor, siéntese, madame Bernadette —y le señaló el tresillo.

Madame dio un respingo al oír lo de «madame Bernadette». No le gustaba que le

recordaran ese nombre, y aquel policía querría indicarle, al llamarla así, que estaba al tanto de su vida anterior en el prostíbulo de Lyon. Pero eso no borró la primera grata impresión del saludo cortés del comisario. Se dispuso a responder a las preguntas con la mejor disposición.

—Necesito saber el nombre de las amistades que frecuentaban a Cordonnier en los últimos meses. Sobre todo, quiero saber el nombre de un alemán, un maricón vejestorio, y un italiano joven, también homosexual, cuyo posible nombre de pila es George o Giorgio.

—Con su permiso, señor comisario, voy a traer las matrices de los recibos de inscripción, porque allí tiene que estar registrado todo eso. Allí saldrán los socios presentados por Cordonnier en los últimos meses.

Battut le concedió el permiso con una sonrisa sabia. Demasiado presumía él que Madame la Marquise no necesitaba para nada las matrices. Desde que apareció el cadáver empalado de Daniel Cordonnier, las habría consultado varias veces, pero querría hacerse la diligente con el comisario.

—Aquí está. El alemán está inscrito como Franz Band, natural de Hamburgo. Fue presentado por Cordonnier en septiembre del año pasado. Catorce de septiembre de 1992.

A Battut, aquel apellido, Band, le sonaba de algo. Ah, sí, quizá fuese el del inventor del bandoneón, ese instrumento primo hermano del acordeón que se usa para ejecutar el tango argentino, pero no hizo ninguna observación. Battut, que era sordo para la música, se entusiasmaba solamente con los tangos y con las canciones francesas de la canalla, cantadas con letras procaces de soldadesca y burdel.

—¿Y el italiano?

—El italiano se inscribió bajo el nombre de Giorgio Bianchi, natural de Turín. También fue presentado por Cordonnier, a ver, a ver, un par de meses más tarde que el alemán, el veintidós de noviembre.

A Battut, cuando oyó ese apellido, Bianchi, se le ocurrió lo mismo que se le había ocurrido a Cordonnier. «¿Es que todos los italianos os llamáis Bianchi? También podías haber dicho que te llamas Rossi.»

—¿No hay otros?

—No hay otros, señor comisario.

Battut dedujo que la relación de Cordonnier con Bianchi venía de varios meses atrás y que durante ese tiempo el camarerito había guardado fidelidad a su amante, o al menos no había llevado otro cliente a *Le Hibou rose*.

—En la noche del jueves, a Cordonnier le vieron junto a un inglés elegante, no demasiado joven pero con cara de niño, según me ha informado el señor Le Muy. ¿Cómo se llama?

—Aquí lo tengo también. Se llama Baxter. John Baxter.

—¿Mostró documentación?

—Sí, señor. Mostró un pasaporte británico, número 0025789423, expedido en

Liverpool el 14 de febrero de 1988. Tengo anotados todos los datos.

—¿Fue presentado por Daniel Cordonnier?

—No, no. Llegó aquí completamente solo. Jamás lo habíamos visto en *Le Hibou rose*, y desde esa noche no ha vuelto.

—Está bien, está bien. Que pase Max.

Estaba extraña Totoya. «Es lógico», se decía Giacomino. La dramática muerte de Giorgio, el embarazo, la pesadumbre contagiosa del otoño y el ritmo del tiempo en Villa Luce, donde las horas transcurren lentas, monorrimas, vacías de sucesos extraordinarios, tenían a Totoya desmayada sobre una melancolía de dejadez y pereza. No sentía deseos de comer, de leer, de pasear, ni siquiera de hablar. Comía a la fuerza y paseaba por obligación. Su madre, Elettra, pasaba toda la mañana junto a ella, con una mano entre las suyas o jugando con su cabello y acariciándolo con terca ternura. Hablaba y hablaba, pero la hija respondía con monosílabos o con frases breves y desganaadas, «Sí, mamá», «Bueno», «Claro», «No te preocupes», «Lo intentaré». Al mediodía, cuando el sol entibiaba la mañana otoñal, la obligaban entre todos a dar un paseo para hacer apetito y también por recomendación del ginecólogo. Hasta don Pelayo intervenía a veces con su autoridad, ejercida tan de tarde en tarde. Entonces Vittoria se colgaba del brazo de su hermano y tomaban los dos pausadamente el Camino de los Castaños hacia el lugar secreto y sagrado de los sauces llorones, testigos de los repetidos pecados de aquella familia, las flores del mal de Villa Luce, las deliciosas y malditas diabluras de los demonios familiares. Al llegar a los sauces, Totoya se sentaba bajo sus ramas y se quedaba largo rato mirando el agua, con los ojos fijos en el fluir del Ticino y sus secuaces fluviales. En los días de calma, el discurrir del río era casi inapreciable, pero se hacía más visible en los días de viento o cuando las avenidas bajaban revoltosas desde las faldas de los Alpes. Durante esos ensimismamientos, Totoya no hablaba con su hermano, y a veces parecía que algún invisible y fantasmal habitante del lago la hubiese hipnotizado con sus ojos de agua. Luego, cerca ya de la una, próxima la hora del *pranzo*, venía Fiorenzo con el Fiat pequeño y los llevaba a casa para que la muchacha no se fatigara demasiado.

A la siesta, como Totoya se resistiera a descansar un rato en su alcoba, Elettra la tendía en un sofá del vestíbulo, frente a la cristalera que daba a la terraza grande. Le cubría las piernas y el vientre con una manta liviana y le echaba por los hombros el chal verde de ganchillo que había sido de la abuela Vittoria, la *vecchia signora*. Desde allí, la muchacha contemplaba un trocito de lago, y pedía un par de almohadas para ponerlas bajo la espalda e incorporarse en el sofá. Así podía contemplar mejor las aguas, cuyo color, a esa hora, pasaba poco a poco del azul casi intenso a la pátina refulgente de una enorme bandeja de plata.

Más tarde empezaban a llegar a Villa Luce las visitas del pésame, gentes

agobiantes que preguntaban todos los pormenores de la muerte de Giorgio, pormenores que, claro está, ya conocían de oídas en los aquellarres de las cotillas, pues volaban de boca en boca, más o menos exagerados y deformados, por todos los pueblos del alrededor. Para Totoya era una penosa y mortificante obligación escuchar las preguntas malintencionadas y curiosas, mentir en las respuestas y eludir las circunstancias más dolorosas e inconfesables de la enfermedad y de la muerte de Giorgio. Casi siempre terminaba por ausentarse de la reunión con el pretexto de sentirse fatigada o con un ligero mareo, o dolor de cabeza, incluso fingía un repentino ataque de aflicción exagerada. Lo que menos soportaba era que alguna de las comadres del lago insinuara con falsa piedad: «Lo que hay que pedir ahora a Dios es que el niño venga al mundo felizmente y que nazca sano.» Y recalcaban eso de que «nazca sano». Vittoria asentía con cara de circunstancias, fingiendo malamente que agradecía el *buen deseo*. Y al tiempo que dibujaba en los labios una dulce sonrisa, pronunciaba para sus adentros, con cólera inaudible, la frase merecida: «Hija de la gran puta.»

Por la noche, le rogaba a Mino que no entrara en su alcoba.

—No sé lo que me sucede, Mino. No me encuentro tranquila contigo, sobre todo por la noche. La cercanía de tu cuerpo me produce una especie de inquietud o de desazón que no sé por dónde me viene. Dicen que las mujeres embarazadas sienten algo así como un rechazo al hombre, una repugnancia al varón, al macho, no sé si a todos los hombres o sólo a aquel que es el *culpable* del embarazo. Bueno, perdona por lo de *culpable*, pero es que le he tomado miedo al bebé, no sé, me siento invadida por el terror al parto, y el niño me produce un temor indefinible, como si yo estuviera segura de que va a matarme al intentar nacer.

Mino no sabía qué responder a todo aquello. Era casi un niño. Bueno, un niño. Lloraba mansamente. Besaba a su hermana en la frente y se iba a su alcoba. Sentía una congoja muy parecida a la que sufrió la noche de la boda de su hermana, antes de que Giorgio y ella entraran en su cuarto para raptarlo y llevarlo al paraíso.

Marzia y Cohen quedaron de acuerdo. La declaración del doctor a la policía, si se producía el interrogatorio que esperaban, consistiría en contar la verdad, excepto en la circunstancia de la documentación falsa. La responsabilidad de haber obtenido un pasaporte falsificado había que cargarla sobre el muerto. Por ahí, por ese lado, podían sobrevenir complicaciones graves a Marzia. El secreto de ese pasaporte debía llevarse el cadáver a su tumba. Por otra parte, el doctor Cohen no tenía que inventarse ninguna novela. Lo único que él sabía es que el enfermo tenía en su poder un pasaporte italiano a nombre de Ezequiel Cohen, y basta.

Prolongaron unos minutos más la conversación, y ya un tanto relajados y tranquilos, apuraron el Glenfiddich, e Ismael Cohen llenó de nuevo los vasitos. Eran casi las cinco cuando Marzia salió de la consulta del doctor Cohen. Pasó por las

oficinas de los Electrodomésticos Notti en el 154 duplicado de la Avenue Louise, pero allí ya no quedaba nadie. Casi involuntariamente, empujada por un personaje invisible, tal vez ese personaje llamado Destino, entró en *La Cage*. Era la segunda vez en ese día que pisaba el café donde había trabajado Daniel Cordonnier. Cuando llegó Maarten arrastrando su reuma, le pidió un té con pastas.

—¿No trabaja aquí un camarero muy joven, moreno, cuyo nombre me parece que es Dan?

—Ya no, señora.

Ésa fue la lacónica respuesta de Maarten. Después preguntó si «la señora lo conocía o tenía algo que ver con él» y ella respondió que no, que su interés era pura curiosidad, porque le había visto alguna vez servir las mesas en el café. Entonces Maarten se decidió de repente a ser más explícito. Se inclinó un poco hacia Marzia y bajó la voz:

—Le han matado. Le han dado una muerte terrible. Apareció empalado el otro día en la Rué des Chartreux. Dicen que ha sido cosa de la mafia. No me extrañaría nada. Era un muchacho muy raro, homosexual y drogadicto.

Cuando llegó a casa, encontró a Manja interesada en un concurso de la televisión. Marzia miró con ternura a su madre. Aquella mujer pusilánime, menuda y activa era lo único que le quedaba en la vida, el único ser humano donde depositar amor y protección. También Marzia era la única familia de Manja, una holandesa de piel muy blanca, todavía joven. Hacía sólo dos o tres años que había cumplido los cincuenta, y se encargaba de todas las tareas de la casa mientras su hija trabajaba fuera. Ya tendría previstos y preparados, como todas las noches, los alimentos para la cena, verduras o ensalada, huevos o pescado, queso fresco y fruta.

Aquella casa había pasado de ser un infierno insoportable de constantes torturas a ser un pequeño trozo de gloria aburrada. Desde que murió Benjamín Bachner, el antiguo miembro del Mossad, todo había cambiado allí. Se acabaron las humillantes exigencias sexuales del paralítico, el espionaje constante de la madre de Benjamín, acompañado de los insultos a la nuera y de los gritos a la dulce y dócil Manja, los celos terribles del paralítico, desatados y violentos como una tormenta diaria. Marzia se decidió a ingresar a su suegra en una residencia privada para ancianos. Había cobrado un seguro de vida que el gobierno israelí, a través de una fundación privada, había formalizado a nombre de Benjamín Bachner, probablemente para pagar sus arriesgados e inconfesables servicios y compensar un probable y continuo riesgo de muerte. Era una suma importante, dos millones y medio de francos suizos, que Bachner había querido poner a beneficio de su mujer, y con las rentas de esa cantidad podía pagar una más que decorosa residencia para Sara en las afueras de Bruselas y vivir holgadamente con Manja. Sin la madre y sin el hijo, el apartamento del Square Ambiorix era una balsa de aceite habitado sólo por el sosiego y la soledad.

Pero está dicho y requetedicho que el ser humano es sorprendente, y su espíritu aparece a veces como un pozo oscuro e insondable, un jeroglífico intrincado o

incomprensible. ¿Sería posible que Marzia, humillada durante años por el marido, obligada a realizar casi todas las noches una escena sexual degradante, sintiera añoranza de aquellos juegos? En el ser humano, todo lo posible es posible, todo puede ser y suceder en cualquier momento y en cualquier persona. Marzia no había querido deshacerse de la silla de ruedas de Benjamín Bachner y la conservaba en su alcoba como una estúpida e inútil reliquia. O quizá como una reliquia no tan estúpida ni inútil. Muchas noches, en la intimidad de su cuarto, Marzia, la desconcertante y altiva hebrea, se ponía delante de aquella silla de ruedas vacía y con los ojos semicerrados se desnudaba lentamente, con la misma viciosa parsimonia que le pedía su marido, y se masturbaba como si él estuviese todavía allí, mirándola con ojos avaros y con lastimosa y patética impotencia. «El hombre es un animal de costumbres. También de costumbres sexuales —pensaba Marzia—. Bueno, el hombre y la mujer. La mujer, más.»

—Madre.

—Dime, Marzia.

—Mira, escúchame con atención, pero no te inquietes ni te apures por lo que voy a contarte.

—¿Pasa algo malo, hija?

—No pasa nada malo, mamá. Bueno, para nosotras, no. Ese chico homosexual que ha aparecido empalado en la Rué des Chartreux, lo habrás visto en los periódicos y en la televisión...

—Sí, sí, claro. Lo he visto.

—Bueno, pues ese chico es el que seguramente hirió a mi jefe Giorgio Notti ya sabes en qué parte del cuerpo.

—Sí, sí, qué horror.

—Además de herirlo, le contagió el sida, y lo más probable es que sea el culpable de su muerte. Al investigar el asesinato de ese chico, es natural que la policía indague sus relaciones, y ahí aparecerá Giorgio Notti, su herida, la operación que le hizo el doctor Cohen en el apartamento del Square Marie-Louise, la muerte de Notti, todo eso. Y tendrán que interrogar a la familia Notti y a los empleados de la oficina, empezando por su secretaria particular, o sea, por mí. Es muy probable que también quieran hablar contigo, mucho más si se enteran, por los porteros o por las mujeres que limpian aquellos apartamentos, de que tú estuviste allí algunas horas cuidando al herido.

—¿Y qué debo hacer yo, hija?

—Decir la verdad, mamá.

—Marzia, la verdad alaba al Señor, pero a veces perjudica a los hombres. Yo les diré lo que sea mejor para ti.

—Madre, lo mejor para mí es que digas la verdad. Giorgio Notti, el jefe de tu hija, estaba herido, necesitaba cuidados y por lo que fuese no quería avisar a nadie de su familia. Yo te pedí que te quedaras unas horas con él, y que te ocuparas en el

arreglo de su habitación, en darle de comer y en asegurarte de que tomaba sus medicinas. Al poco, se llevaron al señor Notti de allí, y luego te dije yo que ya estaba recuperado. Nada más.

Manja cerró los ojos y presionó sus párpados durante unos segundos con las yemas de los dedos pulgar y corazón. Levantó la cabeza:

—A lo mejor me preguntan algo acerca de tu marido, su trabajo, esas cosas...

—A eso iba, madre. Mi marido trabajaba en una oficina de la representación diplomática de Israel, su país. Estaba destinado en la agregaduría cultural o algo así, tú jamás lo has sabido con certeza. En realidad, ha trabajado en varias ciudades, siempre en las embajadas o consulados de Israel. Cuando empezó a sufrir los síntomas de la enfermedad, dejó de trabajar, se quedó a vivir en Bruselas, donde yo desempeñaba un trabajo en una gestoría alemana de asuntos comunitarios, y ya jamás salió de casa. Luego perdí ese empleo, pero me ofrecieron un trabajo más ventajoso en los Electrodomésticos Notti. Tú movías a Benjamín de una habitación a otra y lo cuidabas durante las horas en que yo trabajaba fuera de casa. Te explayas en esos detalles, y de ahí que no te saquen.

—Desde que te casaste con ese hombre he vivido en un continuo sobresalto y siempre temerosa de que sucediera algo malo. Ahora, si me pregunta la policía, me pondré muy nerviosa. Lo mejor es que diga que yo no sé nada y que te pregunten a ti todo lo que deseen saber.

—No, mamá. —Marzia se puso seria—. Eso resultaría inevitablemente sospechoso. Tú responderás a todo como yo te he dicho. No hay problema alguno ni mucho menos peligro para mí.

—¿Y buscarán también a Sara? Ella estaba aquí cuando yo fui a cuidar a tu jefe, y se quedó echando sapos y culebras por su boca, que es un lugar habitado por todos los diablos. Dijo que yo la dejaba sola para irme a cuidar a uno de tus amantes porque habías sido siempre una puta, y todo eso que solía decir de ti.

—Sara está loca, mamá. Tiene claros síntomas de demencia senil. El médico advertirá a la policía que no tenga en cuenta lo que declare porque no sabe lo que dice. Además, ¿a mí qué puede importarme ya lo que cuente Sara?

—Es muy mala, hija, muy mala. Y muy lista. En cuanto se imagine lo que sucede, inventará lo peor para ti.

Otra vez mantuvo las yemas de los dedos apretando sus ojos cerrados.

—Dios querrá que encuentres un buen hombre que te quiera y te respete. Podríamos irnos a vivir a Holanda, a algún lugar de Holanda. Con lo del seguro de Benjamín, no necesitamos nada, ni siquiera que tú trabajes tanto. Nos vamos. Nos alejamos de esta ciudad. A Sara la dejamos atendida. Y tiras de una vez ese maldito sillón de ruedas que me trae a la memoria todo lo malo y lo triste de tu vida.

4. La canción de Marilyn

Mientras llegaba Max, Battut habló por teléfono con la División.

—Coleman, estoy en *Le Hibou rose*. Dentro de una media hora, vienes por aquí, agarras a un sujeto marsellés al que llaman René y te lo llevas detenido sin explicaciones. En todo caso dices que es para un interrogatorio sin importancia. Que duerma allí esta noche.

Llamaban tímidamente a la puerta.

—Pase, pase, adelante, hombre. Pase sin miedo.

Max entró con la gorra de plato en la mano y dándole vueltas entre los dedos.

—Buenas noches. Me ha llamado usted, señor.

—Su nombre. Dígame su nombre.

—Todos me conocen por Max.

—Dígame su nombre.

—Eso, Max.

Ya habían aparecido de nuevo las consabidas reticencias. Endureció el tono.

—Dígame su nombre, Marcel. Ande, no me haga perder más tiempo.

—Marcel Lacroix, señor comisario. —El oírse llamar Marcel surtió efecto inmediato.

—Está bien, Lacroix. Quiero que me hable, uno por uno, de todos los amigos de Cordonnier. Amigos especiales, ya me entiende.

Max habló con admiración del viejo alemán que daba propinas succulentas. Había desaparecido como por ensalmo hacía ya bastantes meses, quizá más de un año.

Y habló después del joven italiano, elegante y tímido.

—Venía siempre vestido de señorito, y aquí se cambiaba, en uno de los vestidores. Se vestía con unos pantalones de color vino, muy ceñidos, y con una camisa de seda a flores estampadas, grandes y llamativas.

—¿Vestidores? ¿Qué vestidores?

—Tenemos unos pequeños vestidores, muy pocos, en la parte trasera. Algunos de los clientes habituales vienen vestidos de una manera normal y aquí se cambian. Alquilan un vestidor y nadie les toca sus cosas.

—Esos vestidores tienen una cama turca, un sofá-cama, algo así, ¿no?

—Sí, claro. Algunos de los que actúan en el espectáculo los usan no sólo para cambiarse, sino también para dormir un rato. Son actores que van de un cabaret a otro haciendo su show y Bernard, el señor Le Muy, les deja que descansen aquí en los intervalos. Los maricas los usan para estar juntos, bueno, para darse por el culo, claro, y esas cosas que hacen los maricas, ya sabe. El italiano tenía alquilado uno, y allí metía de vez en cuando a algún chapero que no era Cordonnier, y Dan entonces le llamaba cabronazo, hijo de puta, señorito de mierda y todo lo que se le venía a la boca. Era muy celoso, y al italiano lo quería para él solo. Se conoce que le sacaba mucho dinero. Pero lo que más celoso ponía a Cordonnier era que el italiano se

llevara a Marilyn el Rubio. A Marilyn no lo deja Le Muy entrar al local, porque no es mayor de edad y Le Muy no quiere líos con la policía. Siempre lo tiene todo en regla.

—El vestidor de Cordonnier era el número 2, ¿verdad?, —recordaba el llavín suelto que había aparecido en un bolsillo del pantalón verde billar de Dan Cordonnier.

—Sí, señor. ¿Se lo ha dicho Le Muy?

—No importa eso. ¿Cuál es el nombre verdadero de Marilyn?

—No lo sé. No creo que nadie lo sepa por aquí. Siempre le hemos llamado Marilyn, Marilyn el Rubio.

—¿Por qué le llaman Marilyn? —quiso saber aún Battut.

—Tampoco lo sé con seguridad. Unos dicen que en la cara se parece a Marilyn Monroe. Tiene el cabello rubio y largo, y se lo arregla para aumentar el parecido con Marilyn. Otros dicen que sabe mover el culo con la misma sabiduría provocativa que Marilyn.

—¿Dónde se llevaba el italiano a Marilyn?

—Eso sí que no lo sabe nadie. Marilyn jamás cuenta lo que hace con sus clientes ni nada referente a ellos. Es muy reservado y muy astuto. Cordonnier intentó pillarlo más de una vez para partirle la boca y a lo mejor un hueso, porque estaba celoso, se ponía celoso cuando Marilyn le quitaba al italiano, pero Marilyn sabe desaparecer como si se lo tragara la tierra. Alguna vez ha querido cogerlo la policía, pero siempre se escapa.

—¿Y dónde se citaban Marilyn y el italiano?

—Aquí mismo, por aquí. Ya debe de estar merodeando por las esquinas, y si no, aparecerá de un momento a otro. Como no lo dejan entrar en ningún local de éstos, Marilyn anda siempre en la calle, dando vueltas alrededor, y espiando desde los portales la llegada de posibles clientes. En cuanto el italiano se acercaba a la puerta, si venía a pie, o se bajaba de un taxi, Marilyn se le ponía delante y le hacía posturas. Es casi un niño y tiene aire de ingenuo e inocente, pero es más listo que el hambre, es más listo que todos los demás chaperos del barrio.

—¿Dónde se veía el italiano con Cordonnier?

—Yo creo que siempre en el vestidor. De vez en cuando se iban juntos, pero volvían después de un rato. Iban a cenar, no a acostarse. A Cordonnier no le gustaba ir con los clientes a lugares desconocidos. Lo que hiciera con ellos quería hacerlo siempre aquí.

—¿Sigue viniendo por este local el italiano?

—Ca, no, señor. Desde el día en que le robaron la ropa, no le hemos visto.

—¿Le robaron la ropa? ¿Quién le robó la ropa?

—Un maromo alto, con aspecto de rico o de persona importante, que también parecía un señorito, pero que salió rana. Se metió en el vestidor número 9 con el italiano, le cogió la ropa, un abrigo muy bueno, el traje, la camisa con unos gemelos

de mucho valor, una joya de brillantes o rubíes o así, y una cartera con billetes, no sé cuánto. Salió corriendo y se perdió por aquella esquina. No lo habíamos visto antes ni lo hemos vuelto a ver después. Estaba lloviendo a cántaros y al pobre italiano le cayó encima el diluvio mientras corría detrás del ladrón y luego buscando un taxi.

—¿Cómo se llama ese tipo?

—No sé. Pero lo sabe seguro Madame la Marquise, porque se inscribió aquella misma noche y se lo preguntó Le Muy.

Madame la Marquise se acordaba perfectamente de toda aquella historia del robo y del tipo alto y de buena presencia.

—Se inscribió con el nombre de Niño Notti, y dijo que era italiano de Milán.

—¿Mostró alguna documentación?

—De eso no me acuerdo bien. Me parece que enseñó una factura, algo así. Lo tengo anotado en la matriz. Aquí está. Me entregó un recibo de taxi, el recibo del taxi que le había traído hasta aquí.

—¡Cojonudo! —masculló el comisario.

Y se marchó, pero no se alejó ni dos pasos. Volvió sobre ellos rápidamente.

—Marcel, ¿cuándo vio usted por última vez a Cordonnier?

—A ver, déjeme que recuerde... Sí, el jueves por la noche. Había hecho su número de estriptís y poco después se marchó.

—¿Salió solo?

—No, no. Salió con un tipo elegante, con pinta de niño gilipollas, y se metieron los dos en la furgoneta de una floristería.

—¿Cómo? Explíqueme eso con detalle. Ese tipo elegante es un inglés que se inscribió aquella misma noche en el Club con el nombre de John Baxter, ¿no?

—Creo que sí, porque cuando vino se detuvo delante del mostrador de Madame la Marquise el tiempo preciso para realizar la inscripción.

—¿Y la furgoneta?

—El inglés o quien fuera llegó en una furgoneta cerrada, de color crema, que llevaba pintado en el costado un gran letrero: «Fleurs. La tulipe bleue». Y debajo daban señas, teléfonos y el aviso de que se servían ramos, plantas, *bouquets* y coronas a domicilio.

—¿Qué señas?

—En eso no me fijé, comisario. No se distinguía bien desde aquí, porque el domicilio y los teléfonos venían escritos en letras más pequeñas. Lo que sí observé es que los dos pájaros, Cordonnier y su acompañante, o sea, el inglés, se metieron en la furgoneta, y a los pocos minutos, vi que se marchaban en ella.

—¿No vio nada más?

—Nada. El inglés llevaba a Cordonnier cogido muy cariñosamente por el hombro. Era muy curioso ver la vestimenta de la pareja, tan diferente uno de otro. Porque Dan iba vestido tal y como apareció empalado, con el pantalón verde y la camisa roja. Llevaba también su cazadora negra de cuero.

—¿Cazadora?

—Sí. Pero se la debieron de robar porque luego, cuando lo vi en la televisión, ya empalado, no la llevaba. En cambio el otro vestía un traje gris oscuro, un abrigo de pelo de camello y una gorra de visera, todo gris.

—Gracias, Marcel. Si necesito algo más de usted, ya le llamaré.

Se marchó. Se marchó, pero sin marcharse. Quedó paseando pegado a la acera por la zona más oscura de la Rué des Chartreux. A ratos se metía en un portal y encendía una pipa. El más desavisado observador se habría dado cuenta de que estaba esperando pacientemente, como el más empecinado de los cazadores, la llegada de un niño blondo, con cara de ingenuo, conocido en aquellos ambientes por el nombre de Marilyn, exactamente Marilyn el Rubio.

Hacia el mediodía, Totoya y Giacomino habían llegado en avión a Bruselas desde Malpensa, el aeropuerto de Gallarate, a una media hora del Lago. Los dos muchachos estaban decididos a proseguir sus estudios en la universidad, y además Giacomino alternaría la asistencia a las clases con algunas horas en el despacho de los Electrodomésticos, en espera de que el abuelo Notti reorganizara la Oficina después de la muerte de Giorgio y de la anunciada marcha de Marzia. Habían hecho el viaje sentados el uno al lado del otro, sin hablarse apenas. Mino, desde que su hermana le confesó la repugnancia por los hombres que le había producido el embarazo, no se atrevía ni a tocarla. Fue Vittoria la que puso una mano sobre la mano de Mino y se sumergió en un largo silencio con los ojos cerrados, un duermevela agitado de suspiros sólo interrumpido para rechazar amablemente todo lo que la azafata iba ofreciendo, champán, zumos, periódicos, aperitivos, una toallita mojada y caliente, el almuerzo y algunos productos libres de impuestos, tabacos, perfumes, pañuelos o corbatas.

Celina tenía la casa dispuesta y todo a punto, las dos alcobas arregladas, la de matrimonio para la señorita Vittoria, la del cuadro de *La mitad de una mariposa* para el señorito Giacomo, el gabinete privado de Totoya, la sala de estar con el televisor grande y el salón para las visitas. Mantenía cerradas las dos alcobas de invitados, ahora vacías desde la marcha de los Notti y de los Grande. Había preparado un almuerzo ligero, de caldo, pescado, queso y fruta, previendo que «los niños» no probarían bocado de lo que ofrecieran en el avión, como así fue. Por otra parte, Celina tuvo la delicadeza de no repetir lágrimas ni muestras de aflicción, ni extremó la confianza con los señores con el pretexto del dolor, ni hizo preguntas sobre el viaje, ni sobre las horas pasadas en Villa Luce, ni sobre el cementerio ni las visitas del duelo. Ni siquiera tuvo que pedir noticias de su madre porque Totoya se las dio apenas verla y abrazarla: «Tu madre está perfectamente. Te manda besos. Esta vez no ha preguntado si tienes novio.»

Lo primero que hizo Giacomo cuando estuvo en casa fue llamar a Marzia al

despacho.

—Marzia, ¿todo bien?

—Todo bien, señor Grande. Todos sus encargos han quedado cumplidos.

—¿Ha habido alguna novedad en la oficina?

—Ninguna.

—¿No me ha buscado nadie?

—Nadie. Si hubiese surgido algo importante, le habría avisado a Villa Luce. ¿Puedo hablar con la señora Notti? Me gustaría pasar a saludarla esta tarde, pero no quisiera molestar.

Marzia, en la oficina y ante la gente, trataba a Mino de usted y de «señor Grande», y a Vittoria la llamaba «la señora Notti».

—¿La señora Notti? Ah, sí, Totoya. Claro que puedes saludarla. Te la paso.

No se puso al teléfono pero la invitó para la noche.

—Dile que venga a cenar. Invitaremos también a Anne. Pero por la tarde quiero estar sola y descansar.

—Dice Totoya que es mejor que vengas a cenar. Vendrá también una compañera suya de universidad que se llama Anne. Esta tarde prefiere descansar.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—¿A qué hora? —Consultó con la mirada a Totoya—. A las nueve. Pero será mejor que yo te recoja. Estarás en casa, ¿verdad?

Cuando lo dejó Giacomo, Vittoria cogió el teléfono para llamar a Anne.

—Anne, he recibido tus letras. No te he llamado antes porque fuimos a Villa Luce a enterrar allí a Giorgio y no he regresado hasta esta mañana. Tengo ganas de verte. Tengo muchos deseos de verte, Anne. Me siento sola y rara. No nos vemos desde aquella horrible noche en que el pobre Giorgio nos insultaba en uno de sus delirios. Me gustaría que vinieras a cenar esta noche con Mino y conmigo. Vendrá también la secretaria de Giorgio. Es una chica muy inteligente, un poco mayor que nosotras y que lo hizo muy bien con Giorgio. Yo le estoy agradecida, porque casi sin conocerlo se portó con él como una hermana. ¿Vendrás? ¿Sí? De acuerdo. Besos, Anne, muchos besos.

—Muchos besos, Totoya, muchísimos besos. Hasta luego.

Y Anne se quitó del teléfono con lágrimas en los ojos. Para ella, aquella llamada no podía dejar de ser emocionante. Tenía la garganta apretada, como si un collar de flores le presionara el cuello y la estuviese ahogando de felicidad. Luego, por la noche, fue la primera en llegar a la casa de la Avenue Louise. Giacomo había ido a buscar a Marzia. Se abrazaron las dos, y Anne llenó de besos el rostro de su amiga con tal ansiedad y profusión que Totoya, en aquellas circunstancias de desapego y rechazo, no se lo habría permitido ni siquiera al hermano.

—Anne, he sufrido mucho por ti. He recordado muchas veces aquella noche en que Giorgio parecía haberse vuelto loco y nos insultó tan brutalmente a las dos y nos llamó lesbianas y putas. Había sido siempre tan cortés, tan educado, tan galante, que

aquello me dolió mucho, me dolió sobre todo por ti.

—Aquello no tiene que preocuparte. Yo lo olvidé enseguida. Comprendí que Giorgio estaba fuera de sí, enfermo y enloquecido. Si no te llamé después fue para no violentarte.

—Pero tú no merecías aquel insulto, sobre todo porque él fue el principal causante del episodio de la cama redonda. Fue él quien te quitó a Mino de entre los brazos y a mí me rechazó sin ningún miramiento. Fuiste muy discreta y paciente, porque al insulto suyo podías haber respondido con otro de la misma clase. Él sabía que yo jamás había tenido una experiencia como aquélla. En Formentera, durante el viaje de novios, una tía quiso trajinarme, y el marido se encaprichó de Giorgio, pero les di un corte en seco. Nunca me han atraído las chicas. A Giorgio no le hubiera importado el cruce de parejas. Y luego, aquí, nos empujó a la una hacia la otra.

La vida de Vittoria se contaba por noches. No tantas como las mil y una famosas. Otra noche memorable para ella fue la de San Félix. Desde la apasionada noche de San Félix, la del amor fecundo de los dos hermanos, habían transcurrido cuatro meses. A Vittoria ya se le conocía el embarazo y se había vestido con una bata amplia y cómoda. En cambio, Anne llevaba una falda corta y plisada, y a cada momento dejaba ver los muslos largos y macizos hasta el triangulito de unas bragas blancas por debajo de los pantys. Se echó un poco hacia adelante en el asiento para acercar el rostro al de su amiga.

—Pero fue muy bonito, Totoya. Eres tan dulce, tan sabia, tan generosa, que a mí me parecía estar en el paraíso. Para mí aquello fue mucho más hondo y más emocionante que cuando lo hago con Karlo, bueno, es que Karlo es un pedazo de leño, pero ni siquiera Jim me hace sentir lo que sentí aquella noche contigo. Yo creo que todo lo que es amor, sea con quien sea, es hermoso. ¿Crees tú lo mismo?

—Claro que sí lo creo. Lo creo desde siempre, desde que era una niña. Pero bueno, Anne, calla ya, no insistas en recordar aquello.

—No te voy a pedir que lo repitamos, Totoya, pero tenía que decirte lo que te he dicho, y te juro que a mí tampoco me gustan las mujeres. Yo tampoco me había acostado con una mujer, ni se me había pasado por la cabeza esa idea. Perdóname. Ya me he liberado de mi secreto contigo, y ya no volveré a hablar de eso.

—¿Cómo vas con Jim? —Estaba claro que Totoya buscaba salida a una conversación que la azoraba.

—¿Con Jim? Después de aquella primera vez que te conté, me ha buscado un par de tardes y hemos acabado en la cama. La primera vez fue genial y me hizo gozar mucho más de lo que jamás he gozado con Karlo. Pero luego ya ha sido otra cosa. Jim toma a las mujeres como un instrumento para su placer, exclusivamente para su placer, y no se esfuerza ni se cuida de que tú también disfrutes. Es un donjuán. Es exactamente como Don Juan, y lo único que quiere es encontrar en cada momento una tía que se le tienda. Estoy haciendo un trabajo sobre el mito de Donjuán. Es interesantísimo. Parece mentira la cantidad de obras teatrales, novelas, ensayos y

cosas que se han escrito sobre ese tipo repugnante. Miles. Yo he llegado a la conclusión de que es un tío que pasa por las camas como si las camas siempre fueran la misma. Bueno, quiero decir que cuando se acuesta con una mujer es como si se estuviera haciendo con ella una masturbación historiada, algo así como una paja plateresca. ¿Comprendes?

—No te comprendo muy bien, Anne, porque jamás me he encontrado en la cama un cabrón de esa especie, pero puedo imaginarlo, claro.

En ese momento, entraron Marzia y Giacomino.

Desde el fondo oscuro de un portal llamó a la División por el teléfono portátil.

—Cuando llegue Coleman, si lleva un detenido, que lo encierre. Que se vaya a cenar, que vuelva a la División y que me vea o que me espere.

Por aquella calle que desembocaba en la Rué des Chartreux, cerca de la entrada de *Le Hibou rose*, pasaba poca gente. Transcurrió más de una hora. Battut espiaba el paso de los escasos transeúntes en espera de que el aspecto de uno de ellos se acomodara a las señas que le habían dado de Marilyno, no muchas pero suficientes, un muchacho joven, menor de edad, con melena rubia peinada a lo Marilyn, culito meneado y andares provocativos de maricón. Por fin, creyó ver llegar un chico así desde el fondo de la calle. A medida que se acercaba a él, Battut estaba más seguro. Aquel mariconcete no podía ser otro que Marilyno el Rubio. Pero el chico avanzaba por la acera de enfrente, lejos de su alcance. El Oso estaba seguro de que, con su inconfundible aspecto de policía, si intentaba aproximarse al muchacho, éste saldría corriendo y no volvería por allí en varios días. «Paciencia, paciencia, mucha paciencia, Battut. Ya caerá el lebratillo.»

Marilyno paseaba por la acera. Llegaba hasta la esquina desde donde se veía la entrada de *Le Hibou*, permanecía un rato asomado allí, de vez en cuando se aventuraba en la propia Rué des Chartreux, se exhibía bajo la luz de las farolas dejándose bañar durante unos minutos por la que salía de las puertas de los locales de espectáculos, y después volvía sobre sus pasos. Una de esas veces, regresó a la calle oscura por la acera donde se encontraba escondido Battut. El comisario se sepultó en la oscuridad del portal. Le latía el corazón un poco más deprisa, como les sucede a los cazadores cuando tienen a su alcance la pieza largamente esperada. Marilyno se detuvo delante del portal, y miró a un lado y a otro. En ese momento, el Oso descargó un rápido zarpazo y lo enganchó fuertemente por el cerviguillo. Le apresó el cuello con el brazo. Buscó las esposas, cerró una de ellas alrededor de la muñeca izquierda de Marilyno y sujetó la otra a su muñeca derecha. El muchacho hacía esfuerzos para volver el rostro y contemplar el de su cazador. Cuando ya estaba asegurado con las esposas, Battut le liberó el pescuezo, y el muchacho ya pudo mirar a su apresador. «¡Joder, qué pedazo de madero!», fue lo único que dijo. No intentó escaparse, no se tiró al suelo para armar una pataleta, no tiraba de las esposas, no pateaba las espinillas

de Battut y ni siquiera daba gritos para organizar el escándalo y llamar la atención. Marilyno era inteligente y sabía que en esas circunstancias lo más práctico es resignarse dócilmente y esperar acontecimientos. Battut llamó por el teléfono portátil a la División para pedir un coche.

—¿Está Luc?... ¿Quién?... Bueno, dígame a Leo que venga a la Rué des Chartreux, a la altura de la primera esquina después de pasar *Le Hibou rose*... Sí, claro, ahora mismo.

Le esperaba Coleman. «Tengo a René en el frigorífico.» «Déjele allí, que se refresque. Ahora venga a mi despacho que vamos a interrogar a esta monada.»

Battut se soltó la esposa, mantenida cerrada hasta ese momento, y se frotó la muñeca. Coleman se mantuvo junto a la puerta, y Marilyno cumplió la indicación de que se sentara en el sofá. Antes de comenzar el interrogatorio, el comisario hizo un ademán con la mano casi en la cara del muchacho que quería decir «trae».

—Anda, dame la nieve.

—¿Qué nieve?

—Coleman, regístrelo empezando por la bragueta, y no le importe retorcerle un poco los huevos. Creo que eso le gusta mucho al chico.

—Espere.

Marilyno buscó en la cintura de su pantalón y sacó una papelina de coca. Battut volvió a hacer el mismo ademán, «trae», y Marilyno, con gesto de resignación, extrajo de otro bolsillito escondido en la misma cintura otra papelina. Nuevo ademán.

—Venga.

Esta vez la papelina salió de debajo de un calcetín.

—¿Dónde te lleva el italiano?

—¿Qué italiano? —La voz de Marilyno fingía una perfecta inocencia.

—Te lo repetiré. ¿Dónde te lleva el italiano?

Battut le hablaba a todo el mundo de usted, a sus jefes, a sus subordinados, a los sospechosos, a los acusados, incluso a los confesos. Esta vez estaba haciendo una excepción con Marilyno.

—No sé a qué italiano se refiere.

—Bien, ya se te ocurrirá. Coleman, deje al chico esposado en... —miró a su alrededor en la habitación buscando un lugar donde sujetar la otra esposa— en el tubo del radiador, y usted venga conmigo.

René estaba en una covachuela pequeña, oscura y con mala ventilación, sólo un filo abierto de tragaluz por encima de la estrecha puerta. Lina silla era el único mobiliario del cuartucho. René se levantó del asiento cuando entraron el comisario y el inspector, pero Battut le indicó que se sentara. Ellos permanecieron en pie. Coleman le presentó. «El comisario Battut.»

—René, ¿lleva usted la mierda encima o se ha deshecho de ella?

—Yo no...

No lo dejó terminar Battut.

—No tema, René. Yo no busco hoy droga, sino otra cosa más importante. Busco al asesino de Cordonnier. Si responde con la verdad a mis preguntas, le dejaré marchar enseguida. ¿Quién tiene en Bruselas heroína pura? ¿A quién y dónde se puede comprar una buena dosis de heroína sin adulterar?

—Eso es muy difícil, señor comisario. Que yo sepa, el caballo en estado puro lo trae el Gallego, y creo que nadie más. Pero el caballo nunca sale puro a la calle. Todo el que se vende sale ya mezclado. Habría que comprárselo directamente al Gallego.

—¿Cómo se llama y dónde se le puede encontrar al Gallego?

—Huy, eso sí que es difícil de saber. Yo no lo sé. Nunca lo he visto. Como no lo sepan los maderos del narco...

—Dígame, René. ¿Se metía caballo Cordonnier?

—Yo creo que no, señor comisario. Dan esnifaba coca, pero nunca le he visto meterse un chute de heroína.

—¿Nunca, nunca?

—Nunca. Hachís, coca y alguna pastilla.

—Lo que me conteste a la pregunta que voy a hacerle ahora quedará entre usted y yo. Tiene mi palabra. En la noche del jueves pasado, ¿le vendió heroína a Cordonnier o a su acompañante?

—Le juro que no, señor comisario.

—Puede marcharse.

—¿Pero ya, así...? Gracias, muchas gracias, señor comisario.

Cuando volvieron al despacho, Coleman desencadenó a Marilyn del tubo del radiador y siguiendo la indicación de Battut cerró con llave el despacho por dentro.

—Siéntese, Coleman. Tenemos para rato.

Y Battut se puso a pasar notas desde su pequeño bloc a las famosas fichas rayadas. Ninguno de los dos hacía caso de Marilyn.

—Bueno, ¿qué? ¿Puedo irme ya?

—No. No te podrás ir hasta que cantes.

—¿Y si no tengo nada que cantar?

—Te estás ahí, pequeño, hasta que te acuerdes de la canción.

—Joder con la canción. No hay canción.

—Y si no te callas, te mete Coleman en el frigorífico.

El comisario tardó dos horas en pasar sus notas. Coleman escribía el informe de la declaración de René. Se había echado encima la medianoche. En ese momento, se escuchó la rendición sin condiciones de Marilyn.

—Venga, coño, que canto.

—Coleman, tome nota del canto del canario. A ver.

—Al Square Marie-Louise. El italiano me lleva al Square Marie-Louise. Pero ya hace varias semanas que no me busca. Tampoco viene a buscar a Dan. Hace varios

días que no aparece por *Le Hibou rose*.

—Square Marie-Louise, ¿qué número?

—No me acuerdo bien, señor comisario. Me parece que es el número 33. No es una casa corriente. Es un edificio de apartamentos que cae frente a la fuente y la estatua que hay en la plaza.

—¿Qué planta?

—Tercero, letra B.

—Repite todo.

—Square Marie-Louise, 33. Tercero, letra B.

—Está bien, Marilynno. Por cierto, ¿cómo te llamas de verdad?

—Honoré Perret, señor.

—¿Llevas documentación?

—Nunca llevo documentación encima. Así no me la quitan.

—Dame tu domicilio. —Y Marilynno pronunció de mala gana una calle y un número de un barrio del suburbio.

—Bueno, Honoré, esta noche tienes que dormir aquí. No hay otro remedio. Mañana iremos juntos al Square Marie-Louise y lo más probable, si no me has engañado, es que te deje marchar.

—¿Las papelinas? Devuélvame las papelinas. Son sólo para mi uso. Yo no las vendo.

—Ya veremos.

Marilynno se limitó a rezongar.

—Me cago en santa Gúdula.

—No blasfemes, puñetero.

—No blasfemo. Me lo ha dicho un canónigo amigo mío: santa Gúdula era una puta, que tuvieron que echarla del santoral, y yo he echado la noche a perros.

—En todo caso, la habrás echado a osos —le rectificó Battut, muerto de risa.

Marzia era la única que se había puesto de tiros largos. Totoya estaba vestida sencillamente con un traje cómodo, y Anne llevaba la falda corta plisada, una blusa de seda y un jersey de lana.

Giacomino traía en el coche a Marzia.

—Seguimos sin novedad, ¿cierto, Marzia?

—Sí, sí, sin novedad. No ha aparecido nadie por la oficina, ni por mi casa, ni por el Square Marie-Louise. Por cierto, esta mañana he avisado que el apartamento se queda libre. No importa que tengamos pagado el alquiler hasta final de mes.

—Muy bien, Marzia. —Y le apretó la mano con la suya quitándola del volante.

—Déjame, Giacomino. No sueltes el volante que vamos a estrellarnos. Le he dado parte de lo suyo a Moloch, y le he dicho que se largue. No he querido sacar del banco una cantidad mayor.

—¿Cuánto le has dado a Moloch?

—Quinientos mil.

—Te los repongo enseguida.

—No te preocupes. El abuelo Notti ha dado orden de hacerme un ingreso fuerte. De momento, todo está bien. He advertido al doctor Cohen y he quedado de acuerdo con él en que dirá la verdad. Lo único que debe callarse es que el pasaporte falso lo obtuve yo; por ahí podría empezar una pista que conduce a Moloch. También he avisado a mi madre y la he aleccionado. Tal vez la interroguen. Seguro que la interrogarán. Con mi suegra es inútil intentar hacer nada. No creo que les interese interrogarla, porque está ingresada en una residencia de ancianos desde hace algún tiempo. Y encima, está un poco loca.

—Pues con Totoya y Celina no hay problema. Que digan lo que quieran. Con el abuelo, tampoco. Es un zorro viejo, acostumbrado a no decir una palabra de más. Los padres de Giorgio no cuentan. No se enteran de nada. Además, no creo que las investigaciones lleven hasta Italia a los policías belgas. No se van a tomar tanto interés por la muerte de un chaperillo.

—Bueno, eso nunca se sabe. Los belgas son empecinados como mulos.

Habían llegado a la Avenue Louise. Antes de sentarse a la mesa, Totoya le enseñó la casa a Marzia. Apreciaba la hebrea la calidad de los muebles, de las lámparas, algunas de ellas de Murano, y las alfombras orientales. Marzia se quedó un rato extasiada contemplando el cuadro atribuido a Magritte, *La mitad de una mariposa*, un caro capricho de Totoya que satisfizo la *nonna*. En la cena, todos evitaron hablar de Giorgio. Vittoria explicaba que debía ir «un día de éstos» a que le hicieran una ecografía. Tal vez se vea ya muy claramente el sexo del bebé.

—¿Qué prefieres, Totoya? —preguntaba Anne.

—Prefiero un varón. Si es un *maschietto*, se llamará Giacomo. Eso me dijo el abuelo Notti. Él quiere que se llame Giacomo y que Mino le haga de padre.

—Y tú, Giacomo, ¿también prefieres un varón?

—No, no. Yo prefiero una niña.

—¿Por qué? —quiso saber Marzia.

—No sé. Esas cosas se prefieren porque sí.

Los temas de conversación languidecían apenas iniciados. La única que hablaba casi sin descanso era Anne. De no ser por ella, aquella sobremesa habría parecido una reunión de moribundos. Anne contaba con toda naturalidad sus extrañas relaciones con Karlo, y cómo le confiaba sus aventuras sexuales, que él escuchaba con mansa congoja. Marzia la miraba con un asombro que a veces se convertía en obnubilación. Ella era la única allí que no había participado nunca en los juegos sexuales de los tres chicos. Pero Anne hablaba del sexo con un desparpajo que no gastaban Totoya ni Mino delante de Marzia.

—Es que Karlo me quiere sin pedirme nada a cambio, ni siquiera una mínima fidelidad. Aparenta tristeza, pero yo he llegado al convencimiento de que disfruta con

aquello que yo hago en cada momento. Hace suyo el placer que yo siento. Siempre me pregunta circunstancias y pormenores de esos que a cualquier mujer tiene que darle vergüenza confiar a otra persona, y más a su novio. Sufre con esas confidencias, y a veces hasta llora, pero a lo mejor su manera de gozar es así, sufriendo. Todo eso está estudiado, ¿no?

—Es hermoso amar sin pedir nada a cambio —comentó Marzia.

—No estoy de acuerdo, Marzia —saltó Totoya—. Cuando se ama de verdad se pide todo, todo, se piden todas las pruebas de amor, se exige un amor completo, desesperado, sin límites de ninguna clase, ni legales, ni convencionales, ni morales, ni religiosos. Yo no sé amar de otra manera, y Giorgio... —Pero calló de repente, y escondió la cara entre las manos. Reaccionó enseguida e interrogó a Anne con una leve intención en el tono:

—Y si lo hicieras con otra mujer, ¿también se lo contarías a Karlo? Di la verdad, Anne.

—Pues claro que se lo contaría —respondió vivamente Anne—. De hecho, ya se lo he contado. En toda mi vida, sólo he tenido una experiencia de esa naturaleza, y muy emocionante por cierto, pero se la conté. Karlo quería saber con quién, pero el nombre de la chica lo mantuve en secreto, y eso le producía curiosidad y mayor interés. Tú conoces la historia. A ti también te la he contado. —Y devolvió la intención en el tono que antes había usado Totoya.

Se produjo un silencio de varios segundos.

—No sé por qué os habéis callado los tres como si hubiese dicho algo terrible. Sois unos hipócritas. Nada de lo que se relaciona con el sexo es sencillo, y la mujer o el hombre que no hayan tenido experiencias especiales o algún episodio con amistades particulares, habrán tenido fantasías, que prácticamente es lo mismo. Una noche podríamos jugar a que cada cual cuente sus fantasías. O sus experiencias. O algo, lo que quiera, sin explicar si se trata de una escena vivida o imaginada. Puede ser divertido. ¿Os atreveríais?

Nadie respondió a esa pregunta.

—Eso es verdad. Anne tiene razón —concedió Marzia—. Todos tenemos historias sexuales íntimas y muchas veces inconfesables. Yo también las tengo, como cualquiera. Por otra parte, eso está muy explicado en Freud. El sexo está en el fondo de todas las conductas humanas. Igual que el placer del sufrimiento está explicado en Sade. Karlo anda por esos barrios.

—Al parecer, todas las teorías de Freud están muy superadas. Son ya historia. Es natural que tú lo defiendas porque es judío. Los judíos os defendéis mucho los unos a los otros. En su tiempo, Freud fue un bombazo, pero ya nadie lo toma demasiado en serio.

Era Totoya quien hablaba.

—Sí, es posible. Pero muchos de sus descubrimientos aún son válidos y están vigentes. Metió los dedos hasta el fondo en el alma humana. Por otra parte, para

profundizar en el conocimiento de lo que sea eso que entendemos por amor, hay que acudir a los judíos, a Freud, a León Hebreo, a Salomón. Cuando uno se pone a estudiar el amor, hay que aprender hebreo y saltar de un judío a otro. Y además ir a nuestros Libros Sagrados.

—Tú saltas del amor humano al amor divino, Salomón, los Libros Sagrados...

Esta vez era Giacomino el que oponía esta leve objeción a Marzia.

—Nada de amor divino, Giacomo. Amor humano y muy humano. *El Cantar de Cantares* es el himno más hermoso que se haya escrito jamás al amor humano. Los católicos os habéis empeñado en explicar que allí está contado el amor de Cristo y su Iglesia. Eso son ñoñerías para engañar a los cándidos y a los gazmoños. Los judíos hemos elevado el sentimiento del amor a las más altas cimas de la mística, de la filosofía, de la literatura. Los judíos somos... —Cortó en seco aquel discurso. Quizá había comprendido que había llegado demasiado lejos. Recogió velas graciosamente —: Bueno, los judíos somos demasiado pretenciosos. Perdonadme todos.

Anne estaba encandilada.

—Eres estupenda, Marzia. A mí todo eso del amor me obsesiona, me tortura. Ahora estoy estudiando el mito de Don Juan, que es un tipo que degrada el amor y lo convierte sólo en sexo. A mí no me interesa el sexo por el sexo, pero es que no he conocido el amor de verdad, el amor total, como lo describe Totoya. Yo quiero amar de esa manera, pero nadie me ha amado así. Nadie me ha amado así todavía. A lo mejor, nunca conozco ese amor. Sería terrible morir una sin conocer el amor auténtico, ¿verdad, Marzia?

Estaban sentadas en un sofá, la una al lado de la otra. Enfrente, Giacomino y Totoya ocupaban dos sillones. Anne se volvió para mirar casi de frente a Marzia. La falda plisada se le había subido hasta un poco más de medio muslo. Marzia la miró con ternura, también con superioridad.

—Anda, ven aquí, pequeña. Acércate. —Le echó un brazo por los hombros y se la acercó al pecho. Anne reclinó la cabeza en un seno de la judía—. Ya verás cómo algún día tienes todo el amor que mereces. Lo que pasa es que eso nunca se sabe cuándo va a venir. Hay casos en los que tarda, y tarda, y tarda, y parece que no vendrá jamás, y una va envejeciendo, y la carne se va secando, y el corazón también.

Marzia era demasiado orgullosa como para que se le saltaran las lágrimas.

Miércoles, 10. El despertador sonó a las siete de la mañana. Saltó de la cama. Afeitó con la *gillette* de dos cuchillas su dura barba de oso. Debajo de la ducha casi fría, dedicó al aire varios abrazos, también de oso, pasó un cepillo por su cabeza, aunque en realidad aquella cabeza era un cepillo mucho más fuerte e hirsuto, y se fue andando, como todos los días, a la División. Tomó su desayuno en el café Jean Pierre. Arriba, en el cielo, el sol peleaba por romper una neblina gris y espesa. A lo mejor, cuando entrara algo más la mañana, Bruselas gozaría de un día luminoso. Pidió un

coche y allí estaba Luc con el Peugeot negro y viejo. Se ató con las esposas a Marilyno, que seguía cagándose profusamente en santa Gúdula, y ordenó alegremente: «Al Square Marie-Louise, 33, Luc.»

Marilyno confirmó que aquél era el edificio de los apartamentos donde vivía el italiano llamado Giorgio. Battut descendió solo y encargó a Luc la custodia de Marilyno. «Espótese con él, Luc, o espóselo al volante. Este pececillo es especialista en escaparse del anzuelo. Se escurre de entre las manos como una anguila.»

La portera limpiaba el zaguán y la escalera. Estaba todavía desgredada y legañososa y desde luego de mal humor.

—Battut, comisario de policía —mostró brevemente la credencial—. Necesito saber los nombres y cualquier otra información que usted tenga del propietario y el inquilino del apartamento del piso tercero, letra B.

La portera no necesitó hacer ninguna consulta. Levantó los ojos para mirar la cara del comisario, molestia que no se había tomado para examinar la credencial del policía.

—El apartamento, como otros varios del edificio, es propiedad de la Inmobiliaria Multiflat, en la Rué de la Loi. El inquilino se llama Giorgio Notti, y dejaron, como domicilio de contacto, el de Electrodomésticos Notti. Avenue Louise, 154, duplicado, piso decimocuarto, letra B.

—¿Notti, Notti? ¿Electrodomésticos Notti? ¿Sabe usted si este señor tiene un hermano o un pariente llamado Niño, y si viene por aquí?

—No lo sé, señor. Giorgio Notti es un italiano joven, muy guapo y muy raro también. No vive aquí, pero aquí se pasa muchas horas solo. Quizá ve la televisión, porque las señoras de la limpieza encuentran muchas cintas de vídeo ordenadas junto al televisor. —Bajó la voz—: Me dicen que son películas pornográficas, pero eso no sé si debo decirlo, porque la vida de los inquilinos no tiene que importarme mientras no molesten a los demás vecinos.

—No se preocupe. A la policía puede decirle todo.

—Pues ese señor trae a veces al apartamento a gente rara. Viene un muchacho rubio, con aspecto así, un poco, bueno, usted me entiende.

—Sí, sí, la entiendo perfectamente, madame. ¿Comparte el apartamento un tal señor Bianchi?

—¿Bianchi? No, no. Bueno, el apartamento no lo comparte el señor Notti con nadie. Viene alguna vez gente rara, eso sí. Para mí que en ese apartamento hay tomate. Muchas noches yo no puedo saber quién entra y quién sale porque vienen o se van cuando yo estoy durmiendo. Desde luego, escándalos no da el señor Notti. Y además, es muy educado y correcto. Hace tres o cuatro meses, el señor Notti debió de ponerse enfermo, porque vino gente durante el día, un señor joven, una señora también joven y una señora mayor, y después vino una ambulancia, lo bajaron en una camilla y se lo llevaron. Yo pregunté qué pasaba, pero me dijeron que era una indisposición sin importancia. Sin embargo, luego estuvo algunas semanas sin venir.

Después del verano siguió viniendo normalmente, casi con más frecuencia.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Señor comisario, demasiado sabrá usted que sin permiso del inquilino yo no debo abrirle el apartamento. Al menos, eso es lo que yo creo. Espere, que le preguntaré a mi marido.

Dirigió la voz hacia dentro de su vivienda:

—Jacques, aquí hay un policía que quiere entrar en el apartamento del señor Notti. ¿Se lo abro?

—Si no trae una orden del juez, no —respondió un vozarrón desde dentro de la vivienda.

—Sí, ya sé, ya sé —gruñó Héctor Battut.

—Por otra parte, no iba a encontrar usted nada en el apartamento. Sólo los muebles, que son de la propiedad. El apartamento lo alquilan amueblado.

—¿Y eso?

—Porque el viernes por la mañana, muy temprano, tan temprano que yo todavía estaba a medio vestir, vino una señora y se lo llevó todo. La misma señora joven que vino cuando se puso enfermo el señor Notti. Traía una llave del apartamento. Por eso no le dije nada. Sólo le pregunté por el señor Giorgio. «Está bien», me respondió. Tenía un coche en la puerta y allí lo fue metiendo todo. Cuando se fue, entré yo, y el apartamento estaba vacío. Sólo los muebles. Hasta el frigorífico había vaciado.

Volvió Battut al coche. Estaba seguro, pero prefería cerciorarse. Cogió a Marilynno de un brazo y lo llevó hasta la portera.

—¿Es éste el muchacho rubio que el señor Notti traía al apartamento alguna vez?

—Sí, señor, el mismo. Tiene un aire que no se despinta.

—Me cago en santa Gúdula —murmuró todavía Marilynno.

—Hala, señor Honoré Perret. Por mí, ya puede usted ir a cagarse en santa Gúdula en donde le salga de los huevos.

—¿Las papelinas?

—Toma, golfo.

Battut se las dio. Las llevaba preparadas en el bolsillo, y Marilynno salió corriendo por la primera bocacalle sin detenerse a pensar en la dirección que iba a tomar. Battut subió al Peugeot negro y viejo y ordenó mucho más alegremente que antes:

—Luc, vamos ahora a la Avenue Louise, 154, duplicado.

El sol había roto por fin la neblina del cielo gris, y Bruselas estaba hermosa bajo sus rayos.

5. Un clavo ardiendo

Gregorio Notti convocó una reunión familiar que él llamaba pomposamente Consejo de Administración, y que en realidad lo era porque allí estaban los cuatro consejeros vivos de la firma Electrodomésticos Notti S. A. y la representación del 90 por ciento del capital social. Faltaba sólo Giorgio Notti, muerto hacía una semana y convertido en cenizas. Cuando Giorgio se casó, el abuelo había modificado las participaciones para que el muchacho tuviera el 10 por ciento de las acciones de la firma, un 5 por ciento cedido por la abuela y otro 5 por ciento cedido por Matilde, su madre. La representación de ese 10 por ciento la tenía ahora Vittoria Notti, viuda de Giorgio y futura madre de su hijo póstumo. Vittoria todavía no pertenecía al Consejo. La composición social de la firma de los Electrodomésticos había quedado así:

Gregorio Notti, el abuelo, 45 por ciento. Leonarda Notti, la *nonna*, 20 por ciento. Gaspare Notti, hijo único del abuelo, 20 por ciento. Su mujer, Matilde Notti, 5 por ciento. Vittoria Notti, viuda de Giorgio, 10 por ciento. El abuelo gustaba de dar un mínimo protocolo y cierta solemnidad a esas reuniones familiares con carácter de Consejo de Administración. Pero en realidad su desarrollo era siempre el mismo. El abuelo Notti hablaba, comunicaba sus decisiones, ya tomadas de antemano, y los demás callaban y asentían. Los demás representaban invariablemente el papel de sacristán de amén. Por supuesto, nadie se atrevía a contradecir al abuelo, ni siquiera a pedirle una somera explicación acerca de los motivos que pudiera tener el patriarca para tomar una decisión. Los acuerdos se adoptaban tácitamente por unanimidad. Luego, Guido Torelli, el secretario letrado, que generalmente no asistía a las reuniones, levantaba un acta al dictado de Gregorio Notti, y todos la firmaban con docilidad de corderos.

Por lo común, se sentaban los cuatro, o los cinco, porque alguna vez asistió Giorgio, a una mesa instalada al fondo del gran despacho del abuelo. Pero esa tarde Gregorio Notti se había acomodado en uno de los dos grandes sillones del tresillo, había señalado el otro a la *nonna* y Gaspare y Tilde ocupaban el sofá. El abuelo permaneció unos minutos con las manos juntas, extendidas las palmas una contra la otra, y la punta de los dedos tocando los labios, la mirada baja como si rezara antes de comenzar a hablar. Arrancó trabajosamente, después de vencer una última tentación de duda o de silencio:

—La muerte de Giorgio Notti, miembro de este Consejo, nos obliga a tomar algunas decisiones. Por otra parte, los cambios en nuestra delegación en Bruselas vienen impuestos por la evolución, no totalmente satisfactoria, de las ventas en Europa de nuestros productos industriales. La lealtad, la eficiencia y la entrega de Franco Monteverde a nuestra firma son indiscutibles, han sido indiscutibles durante casi cuarenta años. Franco Monteverde es uno de los nuestros, uno de nuestra familia. Pero las ventas desde Bruselas están estancadas hace casi tres años. La Comunidad Económica Europea se amplía cada vez más y sin embargo las ventas de los

productos Notti apenas aumentan, y ésta es una mala señal. Fíemos entrado en una larga rutina y nos conformamos con sobrevivir, pero no hacemos nada por crecer. Monteverde merece, si no un retiro dorado, porque él no querrá abandonar del todo el trabajo, sí una jubilación a medias, en la que sólo se le exija el consejo de su experiencia y la atención de su vigilancia, que siempre ha sido extrema. La experiencia es muy necesaria para llevar adelante un negocio, pero la experiencia, si no va acompañada de la audacia, es recelosa, asustadiza y cobarde. He decidido nombrar a Monteverde asesor de la firma, con carácter general y no sólo en la delegación de Bruselas, aunque sin ninguna función ejecutiva. Se incorporará a este Consejo de Administración y recibirá la titularidad de un 2 por ciento del capital, totalmente liberado, que le cederé yo mismo con merma de mi propia participación. Propongo, pues, formalmente al Consejo el nombramiento del nuevo consejero y considero aprobada la propuesta por unanimidad.

Tomó un descanso entre el silencio de todos. Volvió a juntar las manos con la punta de los dedos en los labios, y respiró profundamente ante la mirada ansiosa de la *nonna*, que no lo perdía de vista. Espiaba, más que las palabras, sus gestos y su respiración, que se hacía fatigosa. Ella conocía perfectamente todo lo que estaba sufriendo el abuelo Notti en aquel trance solemne y emocionante.

—El puesto en este Consejo de Giorgio... del *ragazzo* —y dejó escapar un ruidoso suspiro, casi un sollozo, que Leonarda escuchó con sobresalto— lo ocupará naturalmente su viuda Vittoria, en representación propia y del hijo que lleva en las entrañas, el último Notti de esta saga cuya continuación ya no podré ver yo por muchos años que Dios me tenga en esta vida, que ya empiezan a ser demasiados. En el acta de esta reunión, constará la desolación de todos los miembros del Consejo y de todos los empleados de la firma, esta última expresada por escrito ante la presidencia, por la temprana desaparición de Giorgio Notti, y la íntima emoción con que ofrecemos a su viuda Vittoria Notti el puesto que deja vacante su esposo.

Quizá no le pasó inadvertido al abuelo un leve gesto de sorpresa o desagrado de Tilde, disfrazado enseguida de compunción. Su marido descansó una mano sobre el brazo de su mujer, con un ademán que podía ser de consuelo y también de aviso o de invitación al silencio. Prosiguió el abuelo:

—La muerte de Giorgio y la jubilación, ya tardía, de Monteverde obligan a reorganizar nuestra Delegación en Europa. Tengo decidido, y así lo aprobará el Consejo, designar Delegado en Bruselas de la firma Notti a Giacomo Duchessi, es decir, Giacomo Grande, con todos los poderes ejecutivos y las prerrogativas inherentes al cargo. El señor Grande debe terminar sus estudios universitarios. Eso es conveniente no sólo para él sino también para la firma y para el prestigio del cargo que va a desempeñar. Le asistirá en su función y le sustituirá durante las ausencias del despacho que impongan el estudio y el horario lectivo de la universidad la señora Marzia Bachner, la más capaz empleada de nuestras oficinas en Europa en este momento, que en poco tiempo se ha convertido en pieza fundamental de nuestra

Delegación en la Europa comunitaria. La señora Bachner recibirá el nombramiento de secretaria general, con los poderes ejecutivos que en cada momento delegue en ella Giacomo Grande. Sobre Marzia Bachner recaerá la responsabilidad de la administración de la firma en Bruselas, la autoridad sobre el personal, el estudio y la preparación del *marketing* de nuestros productos y expansión de la firma, y en general todas las funciones que ahora están encomendadas a Franco Monteverde. Ambos altos empleados serán retribuidos con una remuneración adecuada a los servicios que se les exige, y además la señora Bachner recibirá por una sola vez una cantidad que le compense por el sacrificio de abandonar el proyecto de establecerse por su cuenta al frente de un despacho de asesoría y consultoría de empresas, proyecto que tiene en estado muy avanzado, pero que ya no nacerá.

Esta vez el gesto de desagrado de Tilde fue más visible. Gaspare, sin entrar en el protocolo un tanto absurdo de la reunión y sin tomarse la molestia de pedir la palabra, empezó a balbucir:

—Pero, papá, ten en cuenta que esos dos, el cuñado de Giorgio y su secretaria hebrea, son unos recién llegados a la firma, sabemos muy poco acerca de ellos, y lo que sabemos...

—Calla, hijo —intervino, rápida, la abuela—. Calla inmediatamente y no sigas. No te voy a consentir que discutas con tu padre. El ha mandado siempre en esta empresa sin oposición de nadie, y todo lo que ha mandado lo ha mandado bien. Nosotros nos lo hemos encontrado todo hecho gracias a su trabajo y, a su inteligencia. Tú calla y aprende.

—Abuelo —intervino Tilde—, tú sabes que yo tengo dos sobrinos que estarían encantados de trabajar para la firma Notti, y son muy inteligentes y laboriosos. Te he hablado de ellos en otras ocasiones y seguramente ésta es una ocasión magnífica...

—Mira, Tilde, hija mía. Tú sabes cuánto te quiere el abuelo, y en estos momentos, que has perdido a tu hijo único, mucho más. Siempre te he considerado una verdadera hija y eso has sido para mí. Ya veremos lo de tus sobrinos. Pero ésta es sólo una ocasión magnífica para levantar de una vez esta sesión, demasiado larga, demasiado difícil para todos, demasiado solemne y demasiado triste. Se levanta la sesión, esta maldita sesión.

Se alzó del sillón y salió del despacho tambaleándose levemente. La *nonna* corrió, solícita, detrás de él. Corría con un trote ridículo de pasos cortos y apresurados, medio cuerpo echado hacia adelante. Corría como un perrillo, como una niñera detrás de una criatura vacilante, como un viejo y torpe ángel de la guarda.

Terminada la larga sobremesa, Giacomino llevó en el coche a las dos muchachas. Dejaron primero a Marzia en el Square Ambiorix.

—¿Vives sola? —quiso saber Anne.

—No. Vivo con mi madre.

—Qué suerte. Mis padres no viven en Bruselas y yo tengo que vivir sola, en una residencia para estudiantes.

—La soledad tiene sus compensaciones, Anne.

—Sí, claro, sobre todo la independencia. Nadie controla con quién salgo, con quién me acuesto y con quién me levanto. Es una residencia muy liberal. Lo único que exigen es silencio y compostura. ¿Vendrás a verme cualquier día? Tenemos una cafetería que es un lugar divertido. Está siempre llena de estudiantes y es toda gente muy alegre y simpática.

—Es posible. Tengo mucho trabajo, pero es posible. Casi te lo prometo.

—Avísame.

—Claro.

Se despidieron, y Anne se pasó al asiento delantero, junto a Giacomino. Desde allí, indicaba al chico el camino para llegar a la residencia, que ella pagaba gracias a una beca. Anne Puravich era yugoslava y sus padres vivían en una casa modesta de un barrio pobre de Brujas. Era bonita, Anne. Tenía la cintura estrecha, los senos breves y puntiagudos, la cadera pronunciada, quizá un tanto exagerada, y las piernas largas, dibujadas, preciosas. Sobre todo, tenía unos labios moderadamente gruesos, muy prometedores. Había dejado resbalar la falda plisada por los muslos al echarse hacia adelante en el asiento con las rodillas levantadas. Tal vez no era consciente de ello, o tal vez sí, pero Anne coqueteaba en todo momento y con todo el mundo. Disfrutaba atrayendo las miradas, y no se resignaba a pasar inadvertida. Ahora, acariciaba suavemente el cogote de Mino. Anne hacía estas cosas de forma tan natural que jamás se sabía si ponía en ellas ingenuidad o malicia. «¿Tú crees que Anne es una putita, Mino?», le había preguntado Totoya en alguna ocasión. «No, mujer. Es que le estalla el sexo. Ella dice siempre que no quiere sexo, que lo que necesita es cariño, pero el sexo le estalla por dentro. Anne es una bomba sexual que pill a todo el que se le acerca, hombre o mujer.» «Sí, será eso.»

Habían llegado a la puerta de la residencia, que permanecía abierta, custodiada por un portero de noche.

—¿Quieres subir?

—¿A qué, a tomar una copa? —preguntó Mino con sorna.

—No. No te burles. A estar un rato juntos, a hablar, a hacer lo que tú quieras hacer, lo que te apetezca. Yo padezco de soledad, Mino, y para mí la compañía es como una medicina.

—Es imposible. No puedo quedarme, Anne. Totoya se inquietará si tardo.

—Totoya no se inquietará. Pensará que te has quedado un rato para irte a la cama con Marzia o conmigo.

—Tú sabes que no. Y precisamente ahora, menos.

Y Anne no supo qué responder a eso.

—Por favor, ¿el señor Giorgio Notti?

—Un momento. Tenga la bondad de sentarse.

Delante de la recepcionista, que también atendía al teléfono, había dos butacas altas y Héctor Battut ocupó una de ellas.

—Señora Bachner, aquí hay un caballero que pregunta por el señor Giorgio Notti.

—¿Quién es? —inquirieron al otro lado del teléfono.

—¿Quién lo busca, señor?

Battut se puso en pie y se acercó a la mesa de la recepcionista. Le mostró su credencial de policía.

—Soy Héctor Battut, comisario de la policía judicial.

—Que pase —ordenó Marzia al otro lado del hilo. Sin duda había oído la respuesta del policía.

Le recibió en su pequeña antesala, delante del despacho que fue de Giorgio Notti y que estaba destinado a Giacomo Grande.

—¿Qué desea, señor? —La judía se mostraba tiesa y helada como una estalagmita.

—Me llamo Battut, comisario de policía Héctor Battut, y necesito hablar urgentemente con el señor Giorgio Notti.

—Eso es imposible. Yo soy su secretaria particular. Me llamo Marzia Bachner. Quizá pueda ayudarle. Mucho gusto, inspector. —Y le tendió una mano firme.

—Comisario.

—Comisario, perdón. Tal vez yo pueda serle útil y facilitarle lo que busca.

—No, señora. Lo que yo busco sólo me lo puede facilitar el señor Giorgio Notti. Insisto en que quiero hablar con el señor Notti, y cuanto antes, mejor.

—Y yo le insisto en que eso es imposible.

No cabía duda de que Marzia quería comprobar hasta dónde llegaba la paciencia o el aguante del comisario. Los dos estaban de pie, frente a frente. Battut miraba con insistencia casi impertinente a la secretaria del señor Notti. La miraba sin pestañear. «He visto este rostro, estas facciones, en algún sitio. Pero ¿dónde?»

—¿Por qué es imposible? ¿Se encuentra acaso fuera de Bruselas? Por favor, si es así, dígame dónde está el señor Notti y para cuándo tiene previsto su regreso. Tengo necesidad urgente de hablar con él. Se trata de la investigación de un asesinato, del asesinato de Daniel Cordonnier, ¿señora...?»

—Bachner.

—Señora Bachner, y le ruego que no use más dilaciones ni rodeos y responda con precisión a mis preguntas.

—Perdón, comisario. —Marzia evitaba llamarle «Señor comisario», olvidando su costumbre y formas de secretaria—. Por favor, pase. —Y le introdujo en el despacho de Giorgio Notti. Le invitó a sentarse en uno de los sillones del tresillo y ella

permaneció de pie. El despacho estaba vacío, todos los muebles en orden, sin un papel sobre la mesa, sólo el búcaro con dos rosas rojas y frescas.

—Bueno...

—Éste es el despacho del señor Giorgio Notti. Como ve, está vacío. El no podrá recibirle porque desgraciadamente ha muerto.

—¿Cuándo? —se apresuró a preguntar Battut, que dio un salto en el sillón.

—El miércoles de la semana pasada. Perdone usted mis vacilaciones ante sus preguntas, pero todavía no nos hemos repuesto de esa desgracia. El señor Notti era muy joven y nadie podía imaginar una muerte tan inesperada.

—Entonces, dos días antes...

—Dos días antes, ¿de qué?

—De nada, cosas mías. ¿De qué ha muerto?... Por favor, siéntese, señora. Nuestra conversación puede ser larga. ¿Dispone de tiempo para responder a mis preguntas?

—Por supuesto, comisario. Giorgio Notti murió de bronconeumonía.

—¿Dónde?

—En la clínica Saint-Paul, en la Rué...

—No se preocupe del domicilio. Sé perfectamente dónde está la clínica Saint-Paul. ¿Qué médico le atendió?

—El doctor Pingle. En algún momento, también el doctor Möller.

—¿Qué edad tenía el señor Notti?

—No lo sé con exactitud —mintió Marzia—, pero no había cumplido todavía los treinta años. Tal vez veinticinco. Quizá veintiséis. Si le interesa conocer la edad exacta, puedo mirar su expediente.

—Olvídelo. No es necesario. ¿Familia?

—Sus padres y sus abuelos viven en Milán. Son propietarios de la firma Electrodomésticos Notti S. A. Su viuda, muy joven, se llama Vittoria y se encuentra encinta del primer hijo del matrimonio. Vive en Bruselas, en esta misma calle, Avenue Louise, y en esta misma acera, varias manzanas más abajo, en el número 16 antiguo. Los padres de Vittoria Notti viven en Italia, en una finca de la orilla piemontesa del Lago Maggiore llamada Villa Luce, cerca de Lesa, y su único hermano se llama Giacomo, Giacomo Grande, vive con la hermana y trabaja aquí, pero ahora no están en Bruselas. El padre es español y se llama Pelayo, y la madre es italiana y se llama Elettra. Vittoria y Giacomo Grande se encuentran en la finca del Lago. ¿Puedo conocer qué relación guarda el señor Notti con sus indagaciones acerca de un asesinato?

—Claro que sí. Ya lo sabrá. Esté segura de que lo sabrá.

Le gustaba mantener a sus interrogados en una cierta intriga y desconcierto. El comisario tenía la seguridad de que Marzia Bachner conocía perfectamente la relación de Giorgio Notti con Daniel Cordonnier, asesinado y empalado. Las circunstancias de ese crimen habían aparecido en todos los medios de información.

Marzia estaba haciéndose la ignorante o la tonta. ¿Por qué? Tenía otra intuición. A Battut no le cabía ninguna duda. Conocía aquellas facciones, había visto esa cara de rasgos hebreos en alguna parte. «¿Estaré perdiendo memoria con la edad?», y esa idea le sobresaltó.

—¿No nos hemos visto en alguna parte, señora? Yo juraría que su rostro me es conocido.

—Pero, comisario, ¿ésas tenemos con su edad de usted... y con la mía? ¿Qué intenta, que nos pongamos a coquetear en medio de la indagación de un crimen?

—No es eso, no es eso. —Y Battut rió casi ruidosamente—. Es una curiosidad puramente profesional. ¿Dónde está enterrado el señor Notti? A veces, en estas investigaciones es necesario proceder a la exhumación de los restos.

—Eso es imposible.

—Quizá no. Ya sé que es un trámite desagradable para la familia, pero a veces resulta inevitable. Si está enterrado en Italia, se pedirá colaboración a las autoridades italianas.

—No. No es eso.

—¿Entonces?

—Entonces... La exhumación del cadáver es imposible porque Giorgio Notti ha sido incinerado.

Tal vez hubiera un leve acento de triunfo o de ironía en la voz de Marzia. En todo caso, Héctor Battut lo pasó por alto como si no hubiera reparado en él.

—¿Cuándo fue incinerado?

—Al día siguiente de su muerte. Transcurridas veinticuatro horas, claro. Enseguida fueron trasladadas las cenizas al panteón de la familia en el cementerio del lago italiano. ¿Quiere que le dé una nota con todos los datos, nombres, domicilios, lugares, fechas... que han salido en nuestra conversación, una «pro memoria»?

—No, no, gracias. Afortunadamente, tengo una memoria excelente.

Estuvo en un tris de darse una palmada en la frente o de gritar el ¡Eureka! clásico. «Ya lo tengo. ¡Claro! Lo comprobaré en cuanto llegue al despacho, pero estoy seguro, estoy segurísimo.» Repitió para sus adentros la frase que acababa de pronunciar: «Afortunadamente, tengo una memoria excelente.»

—Eso es una suerte, comisario.

—Según para quién, señora Bachner.

—Pues antes había olvidado usted mi apellido. Me obligó a repetirlo.

—Perdóneme, no lo había olvidado. Lo recordaba perfectamente. Fue una pequeña venganza porque usted me había llamado inspector, y seguramente tampoco había olvidado que no soy inspector, sino comisario. Mire, señora, hay un impulso misterioso que obliga a todos los interrogados, si son inteligentes, a empezar un juego de esgrima dialéctica con un investigador de la policía. Y usted, sin duda, es una persona inteligente. Estoy acostumbrado a eso. —Ahora Battut se puso serio y adoptó un gesto trascendente—: Señora Bachner: a veces mi profesión tiene momentos

difíciles e ingratos. Éste, para mí, es uno de ellos. No tengo más remedio que hacerle a usted una pregunta delicada, que si la hiciera sólo por curiosidad, sería absolutamente improcedente.

—Diga.

—La imagina usted, ¿verdad?

—Tengo una imaginación muy pobre, comisario. Y para imaginar impertinencias, absolutamente estéril.

—Bien. Pues allá va. Giorgio Notti, ¿era homosexual?

Marzia se puso en pie como impulsada por un resorte de la butaca que se hubiera disparado de repente. Quedaba claro que con ese ademán súbito quería expresar al comisario su decisión de no responder a la pregunta por considerarla absolutamente indiscreta.

—No se moleste, señora. Es una circunstancia que debo conocer. Puede ser de suma importancia para mi encuesta. Ya sé que el señor Notti estaba casado y esperaba un hijo. Pero no sería el primer caso de joven bisexual. Parece que eso abunda mucho en estos tiempos.

—Ignoro si abunda eso, comisario, y no me interesa saberlo —cortó de raíz Marzia aquella conversación—. No tengo noticia ni indicio alguno de que el señor Giorgio Notti fuese homosexual o bisexual, ni conozco ninguna otra peculiaridad relacionada con su vida sentimental o sexual. Y voy a decirle otra cosa para que la tenga en cuenta siempre que quiera medir hasta dónde llega la sinceridad de mis respuestas: si conociera alguna de esas peculiaridades íntimas del señor Notti, tampoco le informaría de ella. Ni a usted, ni al juez, ni a nadie. La vida privada de mis jefes no me interesa. Lo que llego a conocer de ella lo olvido en el acto y ya no lo recuerdo jamás.

—A la policía como al juez está usted obligada a responder con la verdad.

—Estoy obligada a no responder con la mentira. Es imposible dar testimonio de lo que no se recuerda. Además, nadie, ni juez ni policía, me hará revelar un secreto profesional, y para mí, secreto profesional es todo aquello de carácter confidencial o íntimo que conozco gracias a mi condición de secretaria particular del señor Notti.

—Está bien, señora Bachner. Ya he comprendido perfectamente que su jefe era homosexual. Muchas gracias y enhorabuena por la delicadeza con que ha sabido ofrecerme una información tan valiosa y tan embarazosa para usted y para el mantenimiento de su lealtad.

—Es usted odioso.

—Eso me dicen muchas personas a las que interrogo, pero sólo aquellas que tienen algo que ocultar. Espero no serle odioso en nuestras conversaciones, que tendrán que producirse sin duda en un próximo futuro. Todavía tengo que hacerle alguna otra pregunta, pero todo se hará a su debido tiempo. Por favor, dé la orden de que me envíen una relación de las personas que trabajan en esta oficina. —Y le tendió una tarjeta con los teléfonos y el domicilio de la División.

Salió del ascensor hacia la puerta de la calle. Se detuvo y por el teléfono portátil llamó a Coleman. «Quiero una investigación exhaustiva sobre la señora Marzia Bachner, que trabaja en Electrodomésticos Notti de la Avenue Louise, 154, duplicado. Por el apellido, debe de ser judía. Tal vez haya vivido en otros lugares fuera de Bélgica. Recorra a las policías amigas para disponer de datos. Me interesa todo lo que se pueda encontrar de ella, hasta los más nimios detalles. Bueno, ya sabe, una información exhaustiva.» Inmediatamente volvió sobre sus pasos. Entró de nuevo en el ascensor y presionó el botón de la planta decimocuarta.

—Perdón, señorita. Avise a la señora Bachner. Debo verla de nuevo.

La señora Bachner estaba en la puerta de la antesala, oyendo la petición de Battut. No parecía sino que estuviese esperando esta nueva visita del comisario. Sonrió con una cierta sorna y dijo:

—Pase, pase, comisario. Ya imaginaba yo que algo se habría escapado a su excelente memoria. —Y pasaron de nuevo al despacho de Notti.

—En efecto, señora. Olvidé algo, quizá sin importancia, pero no me gusta dejar cabos sueltos en mis investigaciones. ¿Conoce usted la existencia de un apartamento en el número 33 del Square Marie-Louise alquilado a nombre de Giorgio Notti?

—¿Cómo no voy a conocer la existencia de ese apartamento si yo misma gestioné su alquiler?

—¿Ah, sí? —Battut fingió torpemente su sorpresa—. ¿Y sabe también a quién recibía el señor Notti en ese apartamento?

—Eso, no. En absoluto.

—¿Sabe si frecuentaba el apartamento un muchacho muy joven, casi niño, al que en ciertos ambientes conocen con el sobrenombre de Marilyno?

—No tengo la menor idea.

—¿Qué queda allí del señor Notti?

Marzia hizo un gesto de impaciencia para demostrar su convencimiento de que el comisario estaba preguntando circunstancias que ya conocía.

—Quedaba, comisario. No queda. Quedaba. Allí ya no hay nada del señor Notti.

—¿Ah, no? ¿Y qué ha sido de ello?

—Supongo que ya le habrá informado la portera de que yo me lo llevé todo en la mañana del viernes, 5 de noviembre. Era muy temprano y la portera no estaba levantada todavía, pero observé que me miraba desde la ventana, detrás de un visillo corrido.

—Sí, efectivamente, algo de eso me dijo la portera. «Se lo llevó una señora relativamente joven, bella, que ya ha estado aquí en otras ocasiones», y yo he supuesto que habría sido usted. ¿Qué tenía allí el señor Notti?

—Nada de particular. Algunos víveres y comida en el frigorífico, alguna ropa de casa o de calle en un armario, los útiles de aseo en el cuarto de baño, algunos libros, revistas y cintas de vídeo en la salita.

—¿Filmes? ¿De qué carácter?

—De todo, películas del Oeste, policíacas, musicales... Y algunas películas pornográficas. También se lo habrá dicho la portera.

—Hum. ¿Era adicto a la pornografía el señor Notti?

—No, no. Curiosidad superficial. A lo que verdaderamente era adicto el señor Notti es a los filmes de dibujos animados de cuentos infantiles, pero quizá se propusiera hacer un estudio sobre el auge de la pornografía en el mundo moderno. En cierto modo, el señor Notti era imprevisible.

—Estoy hablando en serio, señora.

—Y yo también, comisario. La ironía es una cosa perfectamente seria, y algunas de sus preguntas la hacen imprescindible.

—¿Me permitirá examinar las pertenencias del señor Notti de las que usted se *apropió* en el apartamento del Square Marie-Louise?

—Eso es imposible. Además, yo no me *apropié* de nada. Le ruego que no haga juicios temerarios acerca de mi conducta. Jamás me he apropiado de nada que no fuese mío.

—Perdón por el juicio temerario. ¿Dice usted que es imposible examinar las pertenencias del señor Notti? Ah, ya. Eso quiere decir que las pertenencias del señor Notti están tan incineradas como su dueño, ¿no es eso?

—Exactamente. Eso es, aunque esa comparación con el dueño es de muy mal gusto.

—Ni siquiera es ironía, sino precisión. ¿Cómo se atrevió usted a tomarse esas atribuciones?

—Instrucciones concretas del señor Notti, comisario. Me lo ordenó poco antes de morir, y por eso no pude rogarle que me las diera por escrito. En realidad, era como una última voluntad. ¿Cómo iba yo, si no...?

—Basta, basta. Entendido. Otra cosa. ¿Sabe usted si Giorgio Notti frecuentaba un lugar de espectáculos nocturnos... atrevidos, o mejor dicho, pornográficos, llamado *Le Hibou rose*?

—Ignoro las costumbres del señor Notti fuera de este despacho y no tengo idea de la vida nocturna de Bruselas, comisario. No me dedico a hacer el recorrido de «Bruselas la nuit». *Le Hibou rose*. Curioso nombre, ¿verdad?

Pasó por alto la pregunta y continuó impertérrito el interrogatorio. Había llegado a la cuestión más importante.

—¿Estaba usted al tanto de la amistad y el trato de Giorgio Notti con Daniel Cordonnier?

Naturalmente, esperaba esa pregunta. Respondió sin vacilación, con absoluta seguridad.

—En cierto modo, sí. Pero esos conocimientos pertenecen a mi secreto profesional.

—Le ruego encarecidamente que me explique todo cuanto sepa acerca de esas relaciones. Es una circunstancia que puede ser muy importante para mi investigación.

No me obligue a recurrir a otros medios para persuadirla.

—¿Va usted a torturarme, comisario? Qué interesante.

—Claro está que conoce usted el terrible fin de Daniel Cordonnier. Apareció empalado hace unos días en plena vía pública.

—Sí. Lo leí en los periódicos. Qué cosas se leen en las páginas de sucesos. Debe de ser molesto adoptar una posición semejante, así, sentado sobre una estaca, qué incómodo, ¿no, comisario?

—La posición es molesta y el hecho es un crimen. Los crímenes no son cosa de broma, señora Bachner.

—Claro que no, señor Battut. Lo está diciendo usted a una hebrea. Nosotros, los hebreos, no podemos tomarnos el crimen a broma. Han matado a demasiados de los nuestros y de demasiadas maneras. Y todavía nos matan.

La telefonista de la planta decimocuarta, letra B, del 154 dpdo. de la Avenue Louise, recibió un recado fulminante de la secretaria del jefe supremo. «El señor Notti quiere ver cuanto antes en su despacho de Milán al señor Monteverde, al señor Grande y a la señora Bachner, necesariamente por este orden. Tengo entendido que el señor Grande ya está de vuelta en Bruselas. El señor Notti lamenta no haber podido darle aviso antes de que partiera del Lago Maggiore. Eso es todo. Gracias.»

Entró Monteverde al despacho grande del abuelo Notti con el pavor en la mirada. La amenaza de la jubilación le hacía temblar como una hoja. Gregorio Notti le explicó amablemente, pero con toda claridad, los planes que la firma había reservado para él. De ahora en adelante, ninguna función ejecutiva. Eso fue lo más penoso de explicar al viejo empleado, pero había que dejarlo perfectamente claro. Cuando Monteverde oyó lo del puesto en el Consejo de Administración y la participación en el accionariado de la sociedad, repitió unas «gracias» balbucientes y mantuvo unos segundos entre las suyas las manos de Gregorio Notti.

—Señor Notti, de acuerdo. He comprendido. Mi misión de aquí en adelante es asesorar y vigilar. Le daré cuenta de lo que yo crea que es un movimiento mal hecho.

—Claro, Monteverde. Usted vigile, vigile, y si ve algo grave, coge el teléfono y me lo cuenta. Pero tampoco vaya usted a llamarme todos los días para contarme pequeñeces y banalidades. Ya sabe usted que cada maestrillo tiene su librito, y a las personas capaces e inteligentes hay que dejarlas que cumplan las tareas a su modo.

—Sí, señor. Descuide, señor Notti. Mientras Monteverde esté allí, movimiento mal hecho, ninguno.

El abuelo explicó los planes a Giacomo.

—Pero, abuelo —Giacomo le llamaba abuelo desde los días de la muerte de Giorgio, aunque a veces, no siempre, conservaba el usted por costumbre—, las clases de la universidad y el despacho de los Electrodomésticos es demasiado para mí. No sé si podré con todo. Cuando termine la carrera, me incorporaré a la firma, pero ahora

me dará vergüenza cobrar esos honorarios tan altos que me ha señalado.

—No tiene que darte vergüenza ninguna. Tú tienes capacidad para sacar tus cursos en la universidad y para trabajar algunas horas en el despacho, mucho más con la ayuda de Marzia Bachner. Y además, tienes que hacer de padre de mi bisnieto cuando nazca. Ya sabes que el niño que va a traer al mundo tu hermana es la única y última esperanza de la familia Notti. Giorgio quería que tú le hicieras de padre y yo también. Estoy seguro de que lo entiendes todo sin más explicaciones. La patria potestad de ese niño, Dios querrá que sea un niño para que no se extinga el apellido Notti, le corresponde a Vittoria, y no quiero que se inmiscuya en su educación nadie que no seas tú, ni siquiera mi hijo, o sea, su abuelo. Creo que también lo entiendes. Naturalmente, la abuela está de acuerdo en todo conmigo. En cualquier momento de dificultad, si yo ya no estoy en este mundo, recurre a ella y apóyate en ella.

—No diga esas cosas abuelo. Le queda a usted mucha vida por delante.

—Me parece que no mucha, hijo mío. Estoy muy apaleado por el trabajo, y ahora he perdido ánimo y fortaleza, y lo que es peor, se me van por momentos las ganas de vivir. No me queda tiempo para casi nada, y ya nada quiero hacer en esta vida si no es dejar allanado el camino a la criatura que va a nacer. Desde la muerte de Giorgio, me siento débil y rendido. Soy como un viejo bombardero herido que, de regreso de una larga batalla, haya entrado por fin en picado. Anda, dame un beso y que Dios te bendiga.

Entró Marzia Bachner. El abuelo se alzó para recibirla y le cogió ambas manos con las suyas. Sacó un sobre medianamente abultado que guardaba en un cajón de la mesa de despacho y se lo tendió.

—Marzia, guárdese esto. Además de lo que le haya ingresado Monteverde en concepto de fichaje, recuerda que hablamos de un *fichaje*, ¿verdad? Esta cantidad es para que se tome unas vacaciones, haga un viaje por donde le plazca, o lo gaste en lo que quiera. Es una cantidad en francos suizos y nadie debe saberlo en la empresa. Podría parecer extraña, injustificada, y desde luego despertaría curiosidad o envidia, o quizá ambas cosas al tiempo. Por lo demás, ya sabe lo que quiero de usted. Debe hacerse cargo prácticamente de nuestra delegación en Bruselas, sobre todo mientras el señor Grande deba acudir a la universidad. Oficialmente, él es el delegado y suya la máxima responsabilidad. Pero si yo no contara con la colaboración y la entrega total de usted, todos mis planes se vendrían abajo. La única duda que tengo es saber si está dispuesta a realizar una función cuya titularidad corresponde a otra persona. Pienso que, siendo esa persona Giacomo Grande, no tendrá usted mayor inconveniente, pero debe asegurarme de que no me equivoco. Tanto el señor Grande como usted recibirán un contrato con todas las condiciones de trabajo que ya conocen, y con una indemnización en caso de despido...

—Pero...

—No me interrumpa, *figliola*, yo sé lo que me digo y sé por qué hago todas las cosas que hago. Dicen que yo jamás doy puntada sin hilo, y es posible que sea

verdad. Pero no acostumbro a dar explicaciones de mis actos. Se le firmará el contrato, usted lo firma también sin resistencia alguna, lo conserva por un acaso imprevisible y como decimos aquí, *tutto a posto*. Perdone que no la acompañe hasta la puerta, Marzia. Estoy un poco cansado. Hay palabras que fatigan más que una paliza, y yo estoy ya para pocas palizas. Gracias por todo, Marzia, gracias también por lo que no digo y que ni siquiera sé si lo sé o no lo sé.

Cuando salió a la calle, Marzia entró en una sucursal del Banco Ambrosiano y cambió veinte mil francos suizos en francos belgas. Le pidieron la documentación y entregó un pasaporte holandés. «¿Lo quiere todo en billetes de cinco mil, señora Milstein?» «Sí, por favor.»

Introdujo los billetes en un sobre con el membrete «BBL» de la Banque Bruxelles-Lambert. Pasó por Via Monte Napoleone, entró en el comercio de la firma Salvatore Ferragamo y compró tres corbatas para Giacomo. Recordó con cierta emoción el momento en que Giorgio, al volver de Milán después de unas cortas vacaciones, le había llevado como obsequio de Navidad un bolso de piel, unos guantes y un pañuelo para el cuello, todo ello de Ferragamo. Fue la primera señal de afecto especial que había recibido de su jefe. Ella no quería aceptar aquellos obsequios, pero Giorgio la convenció muy gentilmente, quitándole importancia al hecho. A los pocos días, ella le regaló la pitillera de plata con las iniciales «GN» en oro. Esa pitillera, recuperada en el apartamento del Square Marie-Louise, era lo único que había sido salvado de la destrucción. Compró también un bolso para Manja, «pobre madre mía, jamás le regalo nada si no es por necesidad», y después de dudar algunos minutos, eligió un paraguas de dibujos en varios colores para ella misma y tres pañuelos, «uno para Anne, otro para Totoya y otro para mí, esta Via Monte Napoleone es una ruina, huyamos de aquí».

Llegó al despacho de la División de un humor de cien legiones de diablos. Saludaba con bufidos o con sus ronquidos de jabalí. La muerte de Giorgio Notti, y precisamente dos días antes del empalamiento de Daniel Cordonnier, le había dejado de nuevo suspendido en el vacío, sin saber dónde poner los pies. Su única pista estaba convertida en cenizas en un cementerio del Lago Maggiore. Había encontrado un solo clavo ardiendo donde agarrarse y cuando iba a asirlo se le venía al suelo. Tomó notas rápidas en una cuartilla, que metió en el bolsillo de la americana. «Clínica Saint-Paul. Doctor Möller y doctor Pingle. Vittoria Notti y Giacomo Grande (Avenue Louise, 16 antiguo). Niño Notti. Buscar a Niño Notti, el ladrón elegante. Qué casualidad. Notti roba a Notti. Hay que buscar también al inglés de la furgoneta de las *Fleurs* y *La tulipe bleue*. Y la propia furgoneta. Apretar las tuercas a Le Muy, a Lacroix y a René. ¡Y a Marilyn!»

Intuía, o mejor, sabía con total certidumbre que buscar a Niño Notti o al inglés John Baxter sería, no ya buscar una aguja en un pajar, que al fin y al cabo puede ser

encontrada, sino como pedir peras al olmo. Estaba seguro de que ninguno de esos nombres era auténtico. Naturalmente, el que más le interesaba era el inglés, probable autor material del asesinato de Daniel Cordonnier. La existencia de Niño Notti, aparte de la identidad de apellidos, era una anécdota que complicaba la pesquisa, pero seguramente nada más. Extrajo del cajón de la mesa el sobre de las fotografías del empalado y la lupa grande. Llamó a Coleman.

—Coleman, vaya usted al número 33 del Square Marie-Louise. Que la portera le dé información concreta acerca del día en que una señora, muy de mañana, se llevó en un coche todas las pertenencias que Giorgio Notti tenía en su apartamento. Si hubiese sido el viernes de la pasada semana, que reitere la fecha. Pídale que relacione ese hecho con otros de ese mismo día. Quiero que ella esté bien segura y usted tome nota detallada de todo cuanto declare.

Héctor Battut sentía una excitación especial cada vez que empezaba a tirar del hilo de una investigación en busca del ovillo, ese ovillo del que siempre hablaba el juez Bodin. Se encontraba dominado por una fiebre estimulante que le hacía olvidar las horas de comer, las horas de dormir o cualquier otra cosa que no estuviese relacionada con su investigación. Pero ahora tenía la fastidiosa, desagradable y desalentadora impresión de estar tirando de un hilo largo, largo, que al final acabaría en un cabo suelto, sin ningún ovillo que sacar ni mostrar. «Que se joda Bodin.» Sí, que se joda Bodin, pero el fracaso sería de él, de Héctor Battut, y Battut no estaba acostumbrado al fracaso. Había perdido el clavo ardiendo de Giorgio Notti, y ahora tendría que agarrarse a otro clavo ardiendo, el de aquella judía irónica, segura de sí misma, impenetrable cuando se lo proponía, y que además se permitía el lujo de gastar chanzas con un comisario de policía que investigaba un crimen horrendo. Aquella judía le producía una sensación contradictoria. Por un lado, algo parecido a la admiración, incluso a la simpatía, y por otro, una indefinible prevención que a veces se convertía en repugnancia. «Parece una culebra, empinada sobre sí misma, con la cabeza alta, la lengua bífida y con ojos hipnotizadores, y que de pronto se convirtiera en Cleopatra.» Bueno, pues paciencia y barajar. Al clavo ardiendo.

Buscó pacientemente con la ayuda de una lupa de buen tamaño entre los rostros de los curiosos que contemplaban el macabro espectáculo del empalado. Fue pasando las fotografías, lentamente, deteniéndose en cada una de ellas. Por fin, soltó un juramento y su rebudio de jabalí. «¡Aquí está, coño!» Allí estaba el rostro de Marzia Bachner, rodeado de otros muchos, pequeño pero reconocible. Enmarcó aquel rostro dentro de un círculo blanco, hecho con una pluma especial para escribir sobre fotografías, y que destilaba una especie de leche por un punzón retráctil. A Battut le producía una especial repugnancia usar esa pluma de tinta láctea. Buscó en todas las demás *fotos* ese mismo rostro, y separó cuatro. Llamó al ordenanza. «Lleve al fotógrafo estas cuatro instantáneas y que aumente todo cuanto pueda el rostro enmarcado, sin que se pierda la precisión de las facciones. O mejor, déjele las fotografías y que me llame por teléfono.»

Al teléfono, antes que el fotógrafo, llamó Coleman.

—Comisario, la portera está absolutamente segura de que el apartamento de Notti fue vaciado el viernes. Se acuerda con exactitud porque esa mañana...

—Gracias, Coleman. Ahora necesito otra información. Entérese enseguida del domicilio particular de la señora Marzia Bachner, de los Electrodomésticos Notti, ya sabe, en Avenue Louise, 154, duplicado.

Coleman telefoneó a los pocos minutos de recibir el encargo.

—Comisario, Marzia Bachner vive en el Square Ambiorix, número 30, esquina a la Rué de Archiméde, en el piso...

—Gracias, Coleman. Por ahora, no necesito más. Anótelo todo.

Para trasladarse desde el Square Ambiorix, esquina a la Rué Archiméde, al Square Marie-Louise primero, y a la Avenue Louise después, sólo se pasaría por la Rué des Chartreux adrede y dando un largo rodeo. Siguiendo la ruta lógica para llegar a esos lugares, ni de lejos se podría contemplar el pequeño tumulto de la gente alrededor del empalado. Sacó del bolsillo la cuartilla donde había anotado los *deberes inmediatos*. Bajo los nombres que ya estaban escritos, añadió el de Marzia Bachner, y lo subrayó con un doble y grueso trazo, casi rabiosamente.

Llamó el fotógrafo y Battut le dio las instrucciones. «Que la ampliación no sea tan exagerada que se pierda la identificación de las facciones. Necesito también otra reproducción del rostro de la señora donde aparezca aislado de los demás que lo rodean. Limpie los contornos con el *escáner*. Dése prisa. Es muy urgente.»

Comió como casi siempre en *La Chaire*. Engulló un plato de espaguetis a la carbonara y un enorme entrecot con patatas fritas. Echó en la butaca del despacho una siestecita de casi una hora y se fue con Luc en el Peugeot 405 negro y viejo. «Vamos a la clínica Saint-Paul.»

El doctor Möller tenía el don de la concisión. Buscó un expediente en el archivador, pero ni siquiera lo consultó. Hablaba de memoria aunque con toda precisión y seguridad. «Recuerdo perfectamente el caso del señor Giorgio Notti. Ingresó en la clínica hacia las nueve de la noche del día 1 de noviembre, lunes. Padecía una patología pulmonar aguda, complicada con el avanzado estado del síndrome de inmunodeficiencia adquirida, ya sabe, lo que conocemos como sida...»

—¿Cómo? —saltó Battut sobre la palabra «sida» como un gato montés.

—Notti padecía el sida, comisario. Ordenó su ingreso en la clínica el doctor Pingle. No es un médico de nuestra plantilla, pero envía muchos enfermos suyos aquí y tenemos con él una excelente relación de varios años. Pingle nos informó de que el sida de Notti se hallaba en fase muy grave por culpa de un consumo continuado de drogas y alcohol. El enfermo murió a los dos días de ser ingresado, durante la tarde del miércoles, 3 de noviembre. No pudimos hacer nada. Estaba irremisiblemente condenado a morir.

—Gracias, doctor. ¿Dónde puedo encontrar al doctor Pingle?

Möller salió del despacho con él. «Enfermera, facilite al comisario el domicilio y

los teléfonos del doctor Pingle. A su disposición, comisario.»

El doctor Pingle era un calvo miope, estirado y campanudo, que hablaba en tono de profesor. Parecía que siempre estuviese pronunciando una lección magistral, y decía las frases más simples u obvias como si fueran trascendentales descubrimientos.

—¿Conocía usted a Giorgio Notti antes de tratarlo de una afección pulmonar y del sida, y de ordenar su ingreso en la clínica Saint-Paul?

—No, señor. Es una negación que puedo hacer con toda seguridad. No tenía la menor noticia acerca de la existencia de ese personaje.

—¿Quién le avisó?

—Me avisó el doctor Cohen, Ismael Cohen. Es cirujano y él no podía hacerse cargo del enfermo. Me pidió que le tratara yo, y él me puso en comunicación con la familia. Es natural. A mi compañero le constan mis conocimientos en la especialidad.

—¿De qué fecha hablamos, doctor?

Consultó un calendario de mesa con hojas movibles.

—Hablamos del lunes 1 de noviembre. Ese mismo día hacia las ocho y media de la noche ordené el ingreso del enfermo en la clínica Saint-Paul.

—¿Quiere indicarme dónde puedo encontrar al doctor Cohen?

—Faltaba más, comisario Battut. Battut, ¿verdad? Claro. El doctor Ismael Cohen es un ilustre cirujano con clínica privada. Opera en varios hospitales de Bruselas y en algunos del extranjero.

Se sentó a la mesa y escribió un domicilio y unos números de teléfono en una hoja de receta que le tendió al comisario.

—¿Está usted absolutamente seguro de que Giorgio Notti padecía el sida?

—Por favor. Tengo la certidumbre, comisario. No se me hubiese ocurrido dar una información tan confidencial y delicada como ésta sin tener la absoluta certeza de que estoy informando de la verdad. Además, el doctor Cohen me habló previamente a mi visita de unos análisis en el Instituto Pasteur, de París. Puede tener el convencimiento de que si Notti no hubiese padecido el sida, no estaría muerto.

—Doctor, permíname la posible impertinencia de una pregunta.

—Perdonado.

—El doctor Ismael Cohen, ¿es judío?

—Sí, claro. Lo pregonan el nombre y el apellido.

—¿Y usted?

—También, sí, señor. Pero ahora permíname usted a mí. ¿Qué tiene que ver eso con la muerte del señor Notti?

—No lo sé. Le juro que todavía no lo sé.

6. El rebudio del jabalí

La vida en Villa Luce se hacía cada vez más lánguida, rutinaria y aburrida. Elettra sólo tenía el aliciente de sus partidas de bridge, que terminaban por resultar un tanto tediosas, jugadas siempre con los mismos compañeros de mesa, mientras don Pelayo se engolfaba en las interminables batallas de ajedrez con Desmond, el ingeniero inglés, marido de la compañera de bridge de Elettra. Los negocios de la familia marchaban razonablemente bien, no daban trabajo y sólo había que pasarles un poco la mano por el lomo a las inversiones mobiliarias e inmobiliarias, como a un gato cebado y satisfecho. Por otra parte, los gastos de Villa Luce habían menguado considerablemente. Sin embargo, Elettra mantenía el servicio fijo de siempre, en prevención de que llegaran *los niños*, algunos amigos jóvenes invitados por Vittoria y Giacomino o la familia Notti.

Girolamo, es decir, Fiorenzo, cuidaba el parque y el jardín tan mimosamente como los cuidó Enrico, de quien lo aprendió todo. Giustina ayudaba en la casa a los trabajos más duros, a las limpiezas periódicas que imponía Marcela, a la revisión de cortinas, alfombras y tapicerías, todo eso. El cherro de la Giustina se criaba sano y grande como un cebón. Hasta su madre le llamaba el cherro (*il vitellone*) y cada día se le acentuaba más el hoyo de la barba, se le curvaba la nariz y se le agrandaban las orejas, así que era ya el vivo retrato del panadero de Solcio. Todos observaban aquel evidente parecido, menos —gracias a Dios— el jardinero, su padre putativo. Por la noche, en la cama, Giustina conducía a Fiorenzo por camino equivocado, eso que llaman los moralistas «vaso ilegítimo». No prescindía del traqueteo, al que ella imprimía tanta o más fuerza que el marido, pero decía que hasta que el cherro no hubiese cumplido los dos años, no quería otro bombo. Por otra parte, aquel camino estaba bastante trillado y eran numerosos los peregrinos que lo habían recorrido y frecuentado, empezando por don Pelayo cuando mostraba a Giustina, inclinada sobre la lente del telescopio, la maravilla sublime de las estrellas en el cielo y el ruin placer de la carne en este valle de lágrimas.

Don Pelayo ascendía ahora en soledad a la torre de los telescopios, y sólo permanecía allí en la contemplación de las estrellas, sin ninguna rolliza sirvienta que le subiera el café. Giustina no estaba disponible, dedicada a desvencijar con el traqueteo poderoso la cama de Fiorenzo. Marcela era ya un venerable vestigio de los embates del *bell'uomo*. Y don Pelayo pensaba que a Cecilia, la bizca y patizamba, y a Pasqualina, la pazguata y tontorrón, que se las tirara su padre. El orden y el quehacer de la casa tenían poco que entender. Giustina ayudaba en la cocina, que se le daba bien, y Fiorenzo cuidaba de los perros, una hermosa pareja de pastores alemanes, y conducía el Fiat pequeño o el Jaguar cuando era necesario.

Elettra leía a ratos, merendaba a media tarde con los compañeros de bridge, que generalmente se quedaban también a cenar, tejía alguna labor de punto y rezaba algún rato en la capilla, ante el cuadro de la *Madonna* atribuido a Andrea del Sarto. Aquella

Madonna era la reliquia de la familia. El banquero siciliano, padre de María Luce y bisabuelo de Elettra, don Luciano Perossi della Riviera, lo había comprado a unas monjitas de Messina, y quiso instalarlo en la capilla de Villa Luce cuando le regaló la finca a su hija. Allí había presidido bodas y tribulaciones, bautizos y funerales, fastos y nefastos de la familia. Y también en esa capilla había instalado don Salvatore Duchessi, años más tarde, un gran retrato al óleo de su hermana Leticia, sor Lucía, la monja de los estigmas. Don Salvatore no había querido que le pintaran las llagas, porque todo aquello de los estigmas le sonaba a superchería, y muy a su pesar, las monjas de Ghiffa habían mandado imprimir una estampa donde se veía a sor Lucía con las manos extendidas y abiertas, mostrando los estigmas en ambas palmas. De vez en cuando llegaban noticias a la familia de que avanzaba lenta, pero favorablemente, el proceso de beatificación de la tía Leticia.

Don Pelayo, por su parte, dedicaba un rato por las mañanas a leer periódicos y a revisar cuentas. Dormía una larga siesta, daba lentos paseos por el Camino de los Castaños, jugaba al ajedrez con Desmond y miraba los astros, es decir, hacía lo mismo de siempre excepto tirarse a las criadas. Cuando llovía, miraba la televisión y leía revistas de ovnis, cohetes espaciales y ciencia ficción. Caminaba pausadamente de la siesta al cielo. Es decir, hacía lo mismo que tantos otros españoles.

No anunció su visita, pero el doctor Cohen le recibió enseguida y con exquisita amabilidad, quizá con un leve exceso de obsequiosa afectación.

—Ese señor Giorgio Notti no era paciente mío. No lo fue nunca. Yo soy sólo cirujano. Recibí la llamada telefónica de una antigua y buena amiga que me pedía el nombre de un médico especialista en afecciones pulmonares. Su jefe, es decir el señor Notti, del cual creo recordar era secretaria particular, presentaba un cuadro grave, con fiebres muy altas, respiración difícil, y todos los síntomas clásicos de la bronconeumonía. Le recomendé que confiara el enfermo en las manos de un gran especialista, el doctor Pingle. Yo mismo telefoneé al doctor Pingle y le rogué que atendiera la llamada de mi amiga.

—Marzia Bachner, ¿verdad?

—Exacto, comisario. Marzia Bachner. Algunos días después, me encontré a Pingle y me informó de que este señor Notti había muerto. Era lógico. La afección pulmonar del enfermo venía complicada con un estado avanzado de la enfermedad del sida.

—¿Cómo se enteró usted de que el enfermo padecía el sida, doctor?

—Me lo avisó la señora Bachner. Me dijo que le habían hecho análisis en el Instituto Pasteur de París, todos ellos positivos, y así lo avisé también al doctor Pingle.

—¿En qué fecha ocurrió todo eso, doctor Cohen? Debo pedirle toda la precisión posible en ese dato.

Ismael Cohen no picó ese anzuelo.

—Tendré que mirar la agenda de mi secretaria. Lo más probable es que ella anotara la llamada de la señora Bachner y la mía posterior al doctor Pingle, pero no estoy seguro.

Pidió la agenda, y miró minuciosamente, día por día, hacia atrás desde la misma víspera de aquel miércoles. Por fin lo encontró.

—Aquí lo tenemos. Ambas llamadas se efectuaron el lunes 1 de noviembre, comisario. Puedo asegurarle la precisión del dato, salvo un impensable error de mi secretaria. De todas formas, se puede cotejar con la agenda del doctor Pingle.

—Claro, claro. Pero creo que no será necesario. Muchas gracias, doctor.

No sabría decir por qué, pero a Battut no le apetecía abandonar aquel despacho ni la compañía del doctor Cohen. Sin embargo, no se le ocurría nada más que pudiera preguntar.

—¿Hace mucho tiempo que es usted amigo de la señora Bachner? ¿Muy amigo? Bueno, perdone, perdone, doctor. Ésta es una pregunta personal que no tengo ningún derecho a hacerle.

—La responderé con mucho gusto. Conozco a Marzia Bachner desde hace cuatro o cinco años cuando visité como médico a su marido, afectado de una esclerosis en placas. Al poco, la encontré en un curso de conferencias acerca de las consecuencias del holocausto. Los dos somos hebreos. Hemos mantenido una amistad afectuosa aunque poco frecuente. ¿Puedo servirle en algo más, comisario?

—No, gracias. Una última curiosidad. ¿Es usted casado?

—Naturalmente. Tengo esposa y tres hijos.

—Es un hombre afortunado, doctor. Yo soy un solterón cascarrabias e impertinente.

Cuando salió a la calle produjo uno de sus descomunales desperezos y soltó el rebudio del jabalí. Los transeúntes que lo vieron y oyeron le miraban espantados. Y a Luc, que lo esperaba aparcado frente a la puerta, le dio un ataque de risa y casi se ahoga.

Desde el Peugeot 405, con Luc avanzando a saltos por las calles de Bruselas, llamó por el móvil a *La Chaire* y reservó una mesa de dos personas para las ocho y media. Después llamó a Alice.

—Cenamos en *La Chaire* a las ocho y media. ¿De acuerdo? Ni estoy vestido ni tengo humor para ir a un lugar más elegante, y allí siempre cenaremos bien. Si yo no he llegado, pregunta por la mesa que tengo reservada y me esperas. Yo voy camino de la División. Todavía tengo tiempo de hacer algo en el despacho. En el buzón de voz del portátil tengo catorce llamadas del juez Bodin. Ya no puedo dejar de llamarle esta noche. Hasta luego. Sé puntual. Te lo ruego, sé puntual, que estoy hambriento.

Encontró sobre la mesa un montoncito de esquelas amarillas con avisos de

llamadas telefónicas. Las contó. Catorce. Todas eran del juez Bodin. Preguntó por Coleman.

—Coleman no ha venido por aquí, señor comisario.

—¿Ha llamado mientras yo estaba fuera?

—Tampoco.

«Joder, ése ha ido a tirarse a la mulata. La mulata está como para poner derechos a todos los habitantes del depósito de cadáveres.»

—Bueno, que me pongan con el juez Bodin.

Miró el reloj. Las ocho y ocho minutos. Fue hacia la ventana a desperezarse ruidosamente. Alguna explicación secreta o subconsciente tendría que tener esa costumbre de desperezarse siempre frente a la ventana, pero ni él mismo la conocía.

—Battut, ¿es usted?, vaya hombre, por fin le encuentro y logro hablar con el hombre más importante de Bruselas. Me sería fácil hablar con el ministro de Justicia, pero es imposible hablar con el comisario Battut: ni está en el despacho ni responde su teléfono portátil, ni devuelve mis catorce llamadas a un teléfono y a otro, el de su despacho y el que lleva en el bolsillo, tal vez de adorno porque siempre está apagado, he dicho catorce llamadas, catorce, he hecho que las cuente mi secretaria, ¿quiere hacerme el jodido favor?, perdone la expresión, pero es que me tiene usted a punto de la desesperación, ¿quiere hacerme el jodido favor de explicarme qué pasa con el caso del maricón empalado?, conozco, sé, me he enterado, aunque no por usted, de que ha detenido e interrogado en su despacho a dos sospechosos, un chaperillo muy joven y un camello que vende droga en *Le Hibou rose*, ya me explicará usted por qué regla de tres tengo que conocer las novedades que se producen en un caso que se halla bajo «mi» responsabilidad, no por el comisario que lo investiga, sino por terceras personas y de mala manera, de manera indirecta, por debajo de la mesa, ¿y se puede saber por qué ha dejado usted escapar a dos sospechosos tan claros?, porque este crimen, está claro, es un crimen de celos entre homosexuales, esa gente es muy celosa y muy agresiva, o es un ajuste de cuentas por deudas de droga, y usted pone en la calle a dos sospechosos, que a lo mejor no han sido ellos los que han cometido el crimen, pero que seguramente saben quién lo ha cometido, en esos ambientes las noticias vuelan y se sabe todo, parece mentira que sea yo quien tenga que decirle todo esto a usted, que es un profesional de eso, y lo que ha debido hacer usted es tenerlos en remojo, y mano dura, con esa gente, mano dura, Battut, dentro de la ley, claro, yo no le incito a que salte usted por encima de la ley, faltaría más, yo soy juez, pero, dentro de la ley, mano dura, hay que exprimir a los chaperos, a los camellos y a las putillas que frecuenten ese sucio burdel de *Le Hibou rose* como si fueran limones, apretando bien el puño, mano dura, Battut...

Por fin pudo Battut meter baza en medio del chaparrón.

—Señor juez, yo no estoy muy de acuerdo en lo de la mano dura. Éste es un caso claro de mano blanda. Hay que dejar que adquieran confianza y se descuiden, si hay un poco de suerte, el autor o los autores, o quizá el inductor o inductores, porque este

crimen huele a cien leguas a una venganza refinada...

—No se me meta usted en dibujos de almohadón, Battut. Éste es el crimen vulgar de un chapero o de un camello.

—La gente vulgar mata vulgarmente, señor juez. La gente vulgar te mete un navajazo, te suelta un tiro o te abre los sesos con una barra de hierro, pero no se anda con el barroquismo artístico de un empalamiento. En ese crimen hay un mensaje simbólico. Eso es obra de alguien inteligente, y tiene algo de diabólico, de fanático...

—Battut, puede imaginar que no entra en mis cálculos ponerme a discutir con usted acerca de la influencia del arte barroco en el asesinato, y me deja muy preocupado verle distraído en estos momentos con los estilos artísticos. Un poco más y me explica usted el libro de Thomas de Quincey sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes. Lo que yo quiero es un responsable, y hasta tanto lo encuentra, quiero detenidos, detenidos, interrogatorios, careos, usted verá.

—Como usted indique, señor juez.

—Así me gusta, Battut. Quizá mañana pueda darme algún nombre.

—Lo intentaré, señor juez.

Mientras pronunciaba esas frases obedientes y sumisas, Battut, que mantenía el auricular del teléfono con la mano izquierda, hacía con la derecha una higa fenomenal, arquitectónica, barroca. «Joder, las ocho y treinta y cinco minutos. Alice estará ya en *La Chaire*. Y además le he pedido que sea puntual, me cago en santa Gúdula, coño, ya se me ha pegado lo del Marilyn. Un día de éstos pido la excedencia del Cuerpo, mando a este juez a tomar por el mismísimo culo y me dedico definitivamente a comer, a pasear, a fumar pipas, a leer novelas policiacas y a tirarme a Alice. Joder, Alice, Alice estará como una pantera. Lo único que no se le puede hacer a una mujer es tenerla esperándote en un sitio público donde os conocen a los dos. Y además, la gente siempre mira a una tía sola que esté esperando a un maromo en un café o en un restaurante. Sobre todo, ellas. Ellas son muy cabronas, y el juez Bodin, también, otro cabrón.» Y se lanzó hacia *La Chaire* con su pesado paso de oso.

Allí estaba Alice, con un gesto de sarcástica amabilidad. Pero la tormenta no pasó de un leve aguacero. Enseguida, Alice fue la mujer tierna, solícita y dócil que Battut soportaba precisamente porque era así, y no de otra manera ni de otras maneras. Además, Alice comprendió enseguida que Battut no estaba para malas caras ni para malos humores. Quien venía de un humor de perros era él. Le sucedía siempre que hablaba con el juez Bodin, y Alice ya lo sabía. Mientras cenaban, le contó la desesperante conversación. Battut sufría porque debía esforzarse en hablar en voz baja para no dar el sermón desde el *púlpito* a los demás clientes, y explotaba de deseos de gritar y de dar manotazos sobre la mesa. Alice le acariciaba el dorso de la mano, o descansaba una de ellas sobre la rodilla de él, y le hablaba bajo y dulce, mimosa y sedante.

—Para mí, Battut, que ése es el crimen de un profesional encargado por un señorito.

—Bendito sea Dios, me cago en santa Gúdula...

—Pero Battut...

—Perdona, ya te explicaré, es que santa Gúdula ya no es santa Gúdula, era una furcia que tuvieron que expulsarla del santoral, bueno que, eso, bendito sea Dios, porque hay una persona que piensa lo mismo que estoy yo pensando desde el principio de hacerme cargo de este maldito caso.

—¿Y sabes lo que te digo? Que eso está planeado por la cabeza de una mujer o de un mariquita. Es un crimen demasiado adornado para ser obra de un hombre. Ahí se ve una mano femenina, o mejor dicho, un cerebro femenino. Los hombres sois más simples, más directos, menos delicados, menos primorosos, menos historiados para todo, para el aseo, para el vestido, para el trabajo, para comprar y por supuesto para el amor. Salís de la ducha, y casi sin secar, hala, a vestiros. Os echáis encima lo que tenéis más a mano, y de mala manera. Mira cómo vienes esta noche, con las puntas del cuello de la camisa vueltas, con el nudo de la corbata ladeado, con la camisa fuera del pantalón —y mientras hablaba, se lo arreglaba todo—. Para comprar sois una calamidad. Os quedáis con lo primero que os dan en la tienda. —Bajó la voz—. Y en el amor sois unos farfulleros, hala, hala, aquí te pillo y aquí te mato. Si no fuera por nosotras, vosotros follaríais como los conejos. O como los pajaritos, como los colibríes. Triquití, y a dormir. Naturalmente, también sois simples y directos para matar.

—De acuerdo. Tienes toda la razón. Pero lo de que los hombres somos simples y farfulleros en el amor, ya lo veremos luego.

Claro está, sobra decirlo, que la simpleza de Battut en el amor se vio luego en toda su evidencia. Era Alice la que aportaba el barroquismo, ese estilo que ponía tan nervioso al juez Bodin. En un momento determinado le preguntó Battut:

—Oye, Alice, perdona, no me respondas si no quieres. ¿Y cómo te arreglabas antes de...?

—¿Antes de decidirme a montarme encima de ti? Pues, hijo, cabalgaba sola, y más que nada con la imaginación.

—¿En quién pensabas?

—Algunas veces, en ti. Te lo confieso aunque ya sé que te pondrás presuntuoso. Y otras veces, en mi marido.

Al oír lo del marido, Battut se desinfló como un globo.

—No seas tonto, Battut. Todas las mujeres pensamos en algo. Vosotros sois demasiado mirados en eso de los maridos. En los cinco años que estuve sin él y sin nadie, lo menos que podía hacer era dedicarle algún suspiro y algún desahogo al pobrecillo, que ya no podía disfrutarme. Además, un marido no es más que eso, un marido.

«Joder con las tías. Son todas unas cabronas. Y Bodin, también, pero Bodin no es un cabrón normal. Es un cabrón a rayas y con pintas.»

Jueves, 11. Se había levantado un poco más tarde que de costumbre. Alice no quería terminar nunca, prolongaba la conversación y las caricias, concedía tiempo a la naturaleza, ya no tan joven, del comisario, hasta que consiguió una segunda cabalgada. Llegó al despacho y llamó a Coleman.

—¿Cómo lleva el informe de Marzia Bachner?

—Casi completo, comisario. Mañana lo tendrá. No sé si por la mañana o por la tarde, pero mañana se lo entrego.

—Está bien, Coleman. Y ahora, hay otras cosas más. Es necesario circular a todas las comisarías del país la descripción y cuantas señas podamos dar de esos dos jodidos sujetos extranjeros, Niño Notti, supuesto italiano de Milán, el guaperas que le robó la ropa al falso Bianchi, o sea, a Giorgio Notti, y ese inglés John Baxter con aspecto de niño bueno. Este inglés John Baxter, que ni será inglés ni se llamará John Baxter, es el que más me interesa, porque es muy probable que cazándole a él hayamos cazado al asesino. Al menos, al asesino material. He dejado fotocopia de mis notas en este fichero que siempre tendré encima de la mesa, donde encontrará usted todos los datos que yo he obtenido y que usted no conoce. Ahí lo tiene todo. Está cerrado con llave. Aquí tiene una. No quiero que nadie meta la nariz ahí. O sea, Coleman, operaremos como siempre: usted me entrega sus informes y yo dejo mis notas a su alcance. Hay que enterarse de si en alguna ciudad belga existe una floristería llamada *La tulipe bleue*, y si alguien ha denunciado la desaparición de una furgoneta Mercedes, cerrada, de color crema, o si se ha producido el hallazgo de esa misma furgoneta abandonada en algún sitio dentro o fuera de Bruselas. No hay que descartar que la hayan despeñado por un barranco o un acantilado en la costa. Si se encuentra usted dedicado por entero a elaborar el informe sobre Marzia Bachner y estos trámites le van a distraer, encargue usted estas diligencias a quien le parezca, y avise de que son órdenes mías. Puede usted utilizar mi nombre. Me interesa muchísimo el informe sobre ese personaje, Marzia Bachner. Estoy deseando leerlo. Precisamente, de la señora Bachner me interesa también conocer si ha dispuesto en estos días de una cantidad de dinero algo considerable, por encima de los reintegros habituales. Entérese de cuál es el banco donde tiene cuenta corriente esa señora. Seguramente será un banco judío. Trate de que le den esa información amistosamente, de una manera verbal, sin más formalidades, con eso me remedio por ahora, pero si insisten en que necesitan un oficio del juez, que me preparen una petición oficial para el juez Bodin, y la envíen esta misma mañana. Hala, Coleman, póngase en marcha.

—Sin perder minuto, comisario. Joder, con la marcha —añadió rezongando.

—¿Decía usted algo, Coleman?

—Nada. Que ya estoy en marcha.

—Ya. De todas maneras, cuando quiera desahogarse, puede usted cagarse en santa Gúdula.

—¿En santa Gúdula? ¿Y por qué en santa Gúdula?

—Ya sabe. Porque era una puta y la han expulsado del santoral.

Iba retrasando instintivamente el momento de interrogar a Vittoria Notti. No sería fácil ni grato hacer preguntas a una viuda reciente y jovencísima, embarazada de su primer hijo, acerca de las singulares tendencias sexuales de su marido muerto y de la terrible enfermedad, malas costumbres y vida depravada que le habían conducido hasta la tumba. Hizo que llamaran por teléfono a la casa y pidieran hora para «visitar a la señora». Respondieron que aquella misma mañana, a las once.

Battut llegó al número 16 antiguo de la Avenue Louise a las once menos cuatro minutos de la mañana del jueves, 11 de noviembre de 1993. Después, durante algún tiempo recordó vivamente esa fecha. Le hicieron pasar a un gabinete amplio pero con un rincón acogedor formado por una mesita baja, un sofá y tres butacas cómodas. En una de ellas estaba sentada Vittoria, vestida con un traje sencillo y amplio, ya de premamá, y un par de cojines bajo los pies. Estaba sola. Sin levantarse, le tendió la mano a Battut, y le señaló otra butaca, frente a la suya. Battut comenzó su discurso con excusas y ringorrangos, ejercicio dialéctico para el que estaba clarísimo que no servía.

—Señora... yo... puede usted creer que me encuentro en una de las situaciones más incómodas entre las muchas que he debido atravesar en mi larga vida profesional. Realmente, estoy en una situación embarazosa.

—Y yo también, comisario —rió Totoya.

—Claro, claro. Precisamente su embarazo es una de las causas del mío. El problema consiste en que estoy obligado a hacerle una serie de preguntas que quizá le parezcan molestas o le resulten impertinentes.

—Si no se aclara...

—Mejor será que le hable claro desde el principio. En casos como éste, los policías empezamos con preguntas irrelevantes, inocuas, para establecer un clima relajado y de confianza, ¿sabe? Pero con usted no me sale ese juego de los preámbulos. Tendría la impresión de estar perdiendo el tiempo.

—Sigue sin aclararse, comisario.

—Hace aproximadamente una semana asesinaron a un muchacho homosexual y el cadáver apareció empalado frente a un local nocturno de mala nota de los varios que se encuentran situados detrás de la Bolsa. El nombre del muchacho, seguramente lo habrá oído nombrar estos días alguna vez, es Daniel Cordonnier. Tenemos datos y testimonios de que este tal Cordonnier tuvo alguna relación con su fallecido esposo, y permítame que aproveche la ocasión para ofrecerle mis condolencias.

—Gracias —replicó secamente Totoya.

—Señora Notti: ¿Tenía usted alguna noticia sobre la amistad, el trato o la relación del señor Notti con Daniel Cordonnier?

—En absoluto. Pero eso no es extraño. Mi marido tenía amigos y conocidos que yo no trataba. Compartíamos las amistades personales, pero no las de sus negocios.

—No me refiero a compañeros de trabajo ni a personas que conociera por razón

de sus negocios, señora. Me refiero a relaciones de otro tipo, me refiero a... algunas amistades particulares. Sabemos que el señor Giorgio Notti se encontraba frecuentemente en algún lugar reservado con muchachos de sexualidad equívoca y que además frecuentaba locales de mala fama, de espectáculos muy atrevidos y lugar de reunión de gente indeseable.

—¿Ah, sí?

—Señora, estoy tratando, seguramente con torpeza, de preguntarle de la manera más delicada posible si estaba usted al tanto de que su marido padecía, bueno, tenía ciertas tendencias homosexuales.

La respuesta de la señora viuda Notti, de soltera Vittoria Grande, veintiún años, estudiante de Historia del Arte en la Universidad Libre de Bruselas (ULB), fue inesperada. Battut quedó, más que desconcertado, estupefacto y patidifuso.

—Y usted, ¿sigue masturbándose, comisario? Porque usted se masturbaría de muchacho, ¿no? Acabo de leer un interesante libro donde se explica que todos los muchachos, ellos y ellas, se masturban, en algunos casos varias veces al día. Los solteros siguen masturbándose durante toda la vida, y muchos casados esperan a que sus esposas abandonen el lecho conyugal para masturbarse. ¿Es usted casado o soltero? Es igual, no me importa, déjelo. Dicen que la masturbación, a falta de otros ejercicios sexuales o alternándola con ellos, estimula la actividad del corazón, produce satisfacción íntima, descarga de complejos, alivia las preocupaciones y da seguridad en uno mismo. Sin embargo, la Biblia condena a Onán, que derramaba por tierra el licor de la vida. Nunca sabe uno a qué carta quedarse.

Battut se encontraba imposibilitado de pronunciar palabra. El desparpajo terrorífico de aquella pipiola encinta y viuda lo había paralizado. Hizo además de levantarse del sillón para marcharse, pero Vittoria volvía a hablar:

—Y ahora voy a responder directamente a su pregunta. Giorgio Notti era un espíritu libre, tan libre como el mío, y podía hacer y hacía todo aquello a lo que le empujaba su voluntad o su deseo. Yo también lo hacía, lo hago, y nada ni nadie habría podido separarnos. Me ha informado Marzia Bachner, la secretaria que fue de mi marido, de que está usted investigando a Giorgio por la muerte de ese maricón de *Le Hibou rose*, ¿no es eso? Pues, bien; mi marido murió dos días antes de que mataran a ese muchacho, no tiene nada que ver con esa muerte, a la única persona que ha matado en su vida es a sí mismo, y sepa que si le he recibido a usted ha sido porque no sospechaba que iba a comportarse de manera tan grosera e inconsiderada con una súbdita extranjera, joven, viuda y embarazada, que le ha recibido sin abogado y sin nadie de la familia que la acompañara.

Hizo sonar una campanilla de plata que descansaba sobre la mesita baja. Entró Celina.

—Celina, ten la bondad de acompañar al señor comisario hasta la puerta. Tiene mucha prisa y debe marcharse enseguida.

«Me cago en santa Gúdula, aquí querría yo ver al cabrón del juez Bodin, a ver si

le limaba los cuernos esta jodida niñata italiana, que me ha sacado los colores, joder, a mis años, y a ver qué respondía el cabrón del juez a la pregunta de la masturbación, que a lo mejor nos enterábamos de si es un picha fría o el tío se la hace astillas, y lo peor del caso es que lo más probable es que la muchacha no haya tenido nada que ver en el crimen. Aun en el caso de que esto sea una venganza de la familia Notti, a ella la habrían dejado al margen. El hecho de que esta niña conociera o no conociera que a su marido se le abría el trasero con los muchachos, no aclararía nada mi investigación. Muy mal, Battut, muy mal. Con razón te resistías a hacer este interrogatorio. Si no hubiese estado el juez Bodin por medio, no te metes en esta trampa para pardillos. Te está bien empleado, porque tienes miedo a que Bodin te diga que no has hecho todo lo que debieras hacer. Pues ahora, a joderse. Paciencia y barajar. O sea, lo de siempre, Battut.»

Regresó a la División. Al verle entrar en la planta dando bufidos y saludando con sonidos inarticulados cuyo parecido más próximo podía ser el barrido de un elefante encolerizado, el ujier que vigilaba la puerta sacudió en el aire varias veces su mano derecha como si se le hubiesen quemado los dedos. Aquel ademán equivalía a avisar: «¡Cuidado! ¡El Oso viene con un cabreo de mil pares de cojones!» Se sentó a la mesa y se aplicó a rellenar sus famosas fichas, a releerlas y a ordenarlas. La investigación había llegado a un punto en que lo mejor que se podía hacer era esperar. Tenía, claro está, que interrogar a Giacomo Grande y tenía que mantener otra conversación con Marzia Bachner. Pero el encuentro con Giacomo Grande prefería aplazarlo unos días, hasta la semana siguiente, para dejar que se olvidara un poco la visita a su hermana y que escampara la tormenta. La verdad es que Battut no esperaba nada interesante de ese interrogatorio, aunque en una encuesta siempre saltan sorpresas. Donde menos se piensa se caza el gazapo. Y para interrogar de nuevo a Marzia Bachner prefería contar con las fotografías del viernes en la Rué des Chartreux y conocer los informes que estaba preparando Coleman. «Saber cosas de la gente da mucha superioridad, y esa tía tiene más conchas que un galápago. No puede uno enfrentarse a ella desarmado. Tendrá algún punto débil, digo yo.»

Por otra parte, en cualquier momento podían llegar noticias de la furgoneta de las flores o de los dos jodidos extranjeros, Niño Notti y John Baxter, aunque Battut no confiaba absolutamente nada en esta segunda posibilidad. «Esos dos pájaros han volado y no habrá forma de echarles el guante.» En efecto, llegaron noticias. Le pasaron un fax. Una floristería de Amberes había denunciado el robo de una furgoneta Mercedes, cerrada, color crema, que por los lados llevaba escrita con grandes caracteres de letra cursiva las palabras «*Fleurs. La tulipe bleue*». La furgoneta había desaparecido en la mañana del jueves, 4, de la puerta de un huerto en las inmediaciones de Amberes donde venden flores al por mayor a los negocios y floristerías. La furgoneta estaba aparcada en espera de cargar un voluminoso pedido.

Hasta ese momento, la policía de la ciudad no tenía noticias de que alguien hubiese sido testigo del robo, y por lo tanto no disponía de una descripción del presunto ladrón.

La más grave consecuencia del compás de espera que proyectaba abrir en la investigación sería sin duda la larga y tediosa homilía del juez Bodin. Pero al juez Bodin, ya se sabe, «que le den por el culo». Porque a pesar de la filípica que sin duda se le vendría encima, no pensaba hacer nada hasta el lunes siguiente, a menos que surgiera algún acontecimiento nuevo. Al día siguiente, viernes, le entregaría Coleman el informe sobre la hebrea, y tal vez también el dato del dinero. Tenía la intuición de que Marzia Bachner había dispuesto esos días de alguna cantidad extraordinaria y esperaba con impaciencia las noticias que sobre ello le daría Coleman. Battut decía siempre que él no tenía olfato sino paciencia. Pero a veces, le avisaba el olfato, y entonces seguía la pista como un perro pachón.

El acontecimiento nuevo surgió. Llamaron desde la ciudad de Arlon, junto a la frontera con Luxemburgo. La furgoneta había aparecido. La habían abandonado en un rincón escondido cerca de la estación del ferrocarril. Todos los datos coincidían con los de la denuncia de la floristería de Amberes. Lo más probable es que la hubiesen dejado allí tres o cuatro días antes porque estaba cubierta de polvo y de barro seco ocasionado por la lluvia. Dio órdenes al telefonista de turno.

—Aviseme inmediatamente a la policía de Arlon para que nadie toque la furgoneta encontrada hasta que yo llegue. O mejor, que la precinten. La habrán tocado ya, como si lo viera, pero al menos desde ahora que se estén quietecitos. Que Luc, o el que sea, esté en la puerta con el coche y que se disponga a realizar un viaje algo largo. Nos vamos fuera de Bruselas. Si llamara el juez Bodin, que sí llamará, que Coleman o usted mismo le diga que yo me he ido a la frontera luxemburguesa para una diligencia inaplazable. Preguntará que qué diligencia. La respuesta será: «El señor Battut no ha dicho nada. Sólo que mañana le llamaré a usted.» No quedará satisfecho con esa respuesta y preguntará después si ha ocurrido algo importante o he recibido alguna llamada especial. La respuesta debe ser: «Ha ocurrido sólo lo normal.»

Cuando Battut llegó, pudo comprobar que la policía de Arlon había, efectivamente, precintado aquel vehículo que, con toda probabilidad, había sido el escenario del crimen. Tenía dos ruedas desinfladas, pero el comisario indicó que lo dejaran todo tal y como estaba, y dio orden de que una grúa transportara inmediatamente la furgoneta a Bruselas. Había avisado por teléfono a la policía científica para que estuviesen dispuestos a hacerse cargo de la furgoneta Mercedes color crema apenas llegara a Bruselas, y les pidió que se aplicaran cuanto antes al examen habitual. «Se trata del caso del empalado, de modo que me interesan las huellas dactilares, las que haya sobre todo en el volante y en la palanca de cambios, cualquier rastro que pueda servir para la identificación del conductor, y después deberemos comprobar si se trata del conductor habitual o no. Es importante hallar huellas de la tierra del macetero donde apareció Cordonnier empalado, sin que se

confundan con las que puedan dejar los recipientes de flores. Me interesa saber enseguida si se encuentra dentro una cazadora de cuero negro. Bien, no es necesario que yo les explique a ustedes cómo tienen que hacer su trabajo, puesto que lo hacen perfectamente. Busquen ustedes algún hilo de ropa gris, y concretamente de un abrigo de pelo de camello.»

A su regreso, encontró sobre la mesa del despacho varios papelitos amarillos con llamadas del juez Bodin. En el último citaba al comisario para que estuviera a las diez de la mañana del día siguiente en el Juzgado. Entre las llamadas del juez había una inesperada. Le había telefoneado dos veces Giacomo Grande, el hermano de la joven viuda Notti. «En la lista de obligados interrogatorios, me falta éste. Bueno, lo dejaremos en remojo hasta el lunes. Si quiere, que llame él de nuevo.» Trabajó un rato todavía poniendo las fichas al día. De repente se sintió cansado y con sueño. Se levantó y se situó frente a la ventana. Ya se sabe lo que vendría después. Alzó los brazos por encima de la cabeza en su desprezo de oso erguido y amenazante, y lanzó un enorme y redoblado rebudio de jabalí. Retemblaron los cristales de la estancia, las paredes y quizá los cimientos de la casa, pero la pareja de agentes que hacía guardia en el vestíbulo se quedó tan tranquila. Ya estaban habituados al rebudio, y lejos de alarmarse, se felicitaron con una mirada de inteligencia. Aquello significaba que el Oso se marchaba a su osera y ellos podrían echar una partida de *belote*.

Madame Nicole le había dejado, como siempre, una cena detestable: coles de Bruselas hervidas, un par de huevos duros y fruta, una manzana y un plátano. Eso era como un aperitivo. Fue al frigorífico. Encontró cuatro salchichas de Francfort metidas en un estuchito de plástico cerrado al vacío. Las untó de mostaza, las metió entre dos trozos de pan y las engulló con la ayuda de media botella de borgoña. Encontró también un cuarto de bola de queso holandés y también lo tragó bañado en mermelada de ciruela. Naturalmente, pasó mala noche. Se levantó varias veces para buscar agua fresca. «Joder, no hay manera de pegar ojo. Aquellos cabrones de la guardia estarán jugando a la *belote*. Si no fuera porque soy comisario, me iba a jugar con ellos.»

7. Battut toca el acordeón

Seguía extraña, Totoya. Cada vez más extraña. Había dejado de asistir a las clases de la universidad y sólo salía para pasar por la librería y comprar algunos libros curiosos que contaban costumbres sexuales de pueblos primitivos o civilizaciones exóticas, o relatos mitológicos, o tragedias clásicas. Por la noche, no llamaba a Giacomino a su dormitorio ni ella iba a la alcoba de su hermano. Sin embargo, durante el día le ofrecía constantes muestras de cariño y de cuidado, casi de mimo. Con el pretexto del embarazo, obligaba a Celina a bañarla y a vestirla, igual que cuando era niña y no tan niña, y Celina, además, le cepillaba largamente el cabello, le daba un suave masaje en los tobillos, en los hombros o en las pantorrillas, le acariciaba las sienes si le dolía la cabeza, buscaba en la tienda de los españoles, en el Midi, las yemas de Santa Teresa, cocinaba los platos que le apetecían, le abrigaba los hombros y colocaba los cojines bajo sus pies.

Había cumplido puntualmente con la visita de rigor al ginecólogo, y la nueva ecografía confirmó la revelación anticipada de la primera. Vittoria estaba embarazada de un varón y la gestación avanzaba con toda normalidad. «¿Está bien claro que es un *maschietto*, doctor?» El doctor se había permitido incluso gastar alguna broma acerca de la absoluta seguridad de la información. «Macho y bien macho.» Se apresuró a telefonar al abuelo y confirmar la buena nueva. No cabía duda alguna; lo que venía era un Notti. «Dios te bendiga, *figliola*.» A Totoya le había entrado la manía de componer nanas para su niño. Compró una guitarra, y arañaba torpemente sus cuerdas acompañando el sonido con letras que iba improvisando a compás de aquello que ella llamaba música. A cualquier oyente de esos cantos monótonos, una especie de melopeya monorrítmica, le habrían llamado la atención las insólitas metáforas con las que definía al niño que albergaba en su vientre. Le llamaba *bimbo* de ónice, *bambino* de coral, pececillo de plata, alevín de espuma, jilguero de las aguas, niño de mármol y cosas así. «¿Es que no puedes llamar a tu hijo rey, príncipe, lucero, terrón de azúcar, pedacito de cielo y esas cosas que todas las madres les dicen a los hijos? ¡Mira tú que llamarle a la pobre criatura niño de mármol! Hija, ni que fueras a parir una estatua o ese muñeco meón que tienen aquí tan adorado como si fuera san Francisco», le decía Celina. «Tú no me entiendes, Celina.» «Claro que no, y algunas veces que te entiendo, no quisiera entenderte. Ya lo sabes tú. Pero ahora te vas a tomar un par de yemas de Santa Teresa con medio vasito de oporto que te va a traer tu chacha Celina. Y después, te toco los pies y te duermes un rato.»

Le contó a Giacomino su conversación con Héctor Battut y al hermano se le cayó una sombra a los ojos desde las cejas. Se le frunció el entrecejo y dio un suspiro. «No te preocupes. Yo le llamaré y le pediré excusas. Le explicaré que estás desconcertada por la muerte de Giorgio y que también el embarazo te pone un poco nerviosa.» «Pero, ¿por qué tienes que pedirle excusas a ese guardia? ¿Es que puede hacernos algún daño, Giacomino?» «Sí, Totoya. Puede hacernos un daño desesperante. Puede

darnos mucho la lata. Mejor que nos deje en paz.»

Alguna tarde llamaba por teléfono a Anne y le pedía que viniese a acompañarla, y Anne llegaba enseguida, vestida alegremente, saludando alegremente, hablando alegremente, contando alegremente historias íntimas y asombrosas con la mayor naturalidad y con todo desparpajo. «Karlo me ha dicho que si me acuesto con otros más guapos y más atractivos, y luego vuelvo con él, es porque le quiero más que a nadie, y que eso es lo importante y él se queda contento. Es muy raro Karlo. Yo creo que lo que quiere es sufrir, Totoya, porque me dice que la mayor prueba de amor que podría darme es verme gozar con otros y perdonarme después. Yo creo que a lo mejor lo que le sucede a Karlo es que es un *voyeur*, a mí me ha dicho Jim que hay hombres a los que le gusta mirar. ¿Tú lo comprendes? A mí no me gusta mirar. A mí, lo que me gusta es intervenir. Si yo viera a Giacomino, pongo por ejemplo, tirarse a otra, no me daría gusto, me moriría de envidia o me metería en medio de los dos. ¿Y tú?» Vittoria no respondía. Sonreía y callaba. Pero de repente, sin un motivo aparente, despachaba con toda tranquilidad a Anne. «Anda, anda, termina el té y vete ya. Te llamaré otro día.» Y la llamaba. Y Anne volvía. Y de nuevo llevaba la conversación hacia el punto en que confesaba veladamente que estaba deseando acostarse con Giacomino.

Viernes, 12. Antes de salir de casa, un agente le había llevado un largo fax recién llegado de Londres. Lo leyó y se lo metió en un bolsillo junto al sobre que tenía preparado para el juez Bodin. Había amanecido un día gris, oscuro, feo y frío, pero no llovía y el viento parecía dormido. Le hicieron pasar enseguida al despacho del juez. Medio se alzó el magistrado en su asiento para estrecharle la mano por encima de la mesa. Bodin era un hombre pequeño, delgado, inquieto, muy estirado, la cabeza alta y los ojos vivos y sagaces; la boca un tanto prominente dejaba ver dos grandes incisivos. Su rostro recordaba el de un roedor, ratón o ardilla, y su voz era chillona, semejante también al chillido desagradable de las ratas. De la vida privada del juez Bodin, nada sabía Héctor Battut. Sólo sabía que se llamaba nada menos que Maximilien, y ese nombre, montado en el pequeño cuerpo del juez, producía una involuntaria sonrisa. Recordó la pregunta de Vittoria Notti, «y usted, ¿se masturba todavía?», y se imaginó al pequeño homúnculo haciéndose una masturbación matutina con toda seriedad y aplicación. «¿Matutina? ¿Por qué matutina? Porque sí. Matutina.»

—Siéntese, Battut. Siéntese, hombre de Dios. Veamos. Abrió las manos lentamente sobre la mesa del despacho como si estuviera estirando un acordeón invisible e inacabable. Estamos a viernes. Hoy hace una semana *exacta* —y recalcó lo de exacta— que en el centro mismo de la ciudad de Bruselas, a dos pasos de la Bolsa y en plena vía pública, apareció el cuerpo de un ciudadano belga, asesinado de una manera horrible y vergonzosa, empalado en una estaca, sobre un gran macetero. Fue

un espectáculo que debió de permanecer a la vista de muchos curiosos durante algunas horas, y cuya imagen ha sido reproducida en todos los medios de comunicación, televisión, periódicos y revistas. El muerto es un chico joven, actor de estriptís, profesional de la sodomía y adicto a las drogas. Se trata, sin duda, de un crimen *vulgar*, cometido por gente de la mala vida, un asesinato por celos o un arreglo de cuentas entre camellos y drogadictos. Si nos hubiésemos movido con rapidez y eficiencia, ya tendríamos en la cárcel al autor o autores del crimen. Pero ésta es la bendita hora en que no tenemos nada. Todavía no he recibido de usted un solo informe con el nombre de un sospechoso. Seguramente, estamos empezando a ser el hazmerreír de la opinión pública belga y quizá de media Europa.

Battut escuchó el chaparrón casi sin oírlo y con un gesto indicativo de que aquel torrente de palabras por un oído le entraba y por el otro le salía. Iba ya preparado para soportar con paciencia e imperturbabilidad la regañina del juez Bodin. Dejó un sobre cerrado encima de la mesa.

—Traigo yo mismo el informe que le iba a enviar, señor juez. Aquí encontrará usted el nombre y los escasos datos que hemos podido obtener del presunto asesino de Daniel Cordonnier. Estoy casi seguro de que un supuesto inglés, llamado supuestamente John Baxter, asesinó a Daniel Cordonnier. Estuvo con él en *Le Hibou rose* durante la noche del jueves, 4, al viernes, 5. A la salida, lo metió en una furgoneta color crema, abierta por detrás, robada en una floristería de Amberes, y que mantuvo aparcada un poco más abajo del local, durmió a la víctima haciéndole respirar cloroformo, le administró una dosis brutal de heroína purísima que le produjo la muerte, le rajó el pantalón y lo empaló en uno de esos maceteros que se usan para adornar la puerta de algunos locales, en el que había plantado una estaca con el extremo superior terminado en punta, afilado, y allí sentó a Cordonnier de modo que la estaca le penetró a través del vientre hasta casi el estómago. Esperó una hora de la alta madrugada en que la calle estuviera desierta. Arrimó la trasera de la furgoneta a la acera, casi en la misma puerta de *Le Hibou rose*, como si fuese a descargar plantas o flores, dejó el macetero con el cadáver y escapó con la furgoneta. Algunos detalles, como el del uso del cloroformo, está pendiente de confirmación por parte de la policía científica.

—¿Habrán usted detenido a ese supuesto inglés, claro?

—El supuesto inglés desapareció sin dejar rastro. Pedimos datos a Londres, y la policía londinense ha respondido que en Gran Bretaña hay unos cuantos cientos o miles de personas con el nombre de John Baxter. Esta misma mañana he recibido el último informe de Londres. Personas llamadas John Baxter cuyas señas coincidan más o menos con las que les hemos facilitado del sospechoso, hay tres o cuatro docenas. De treinta y dos que han investigado hasta ahora, veintinueve no han salido de Inglaterra en las últimas semanas, uno de ellos fue a París hace quince días y volvió a las pocas horas, y el tercero se encuentra haciendo un viaje de turismo colectivo por el Mediterráneo oriental. Por otra parte, Londres informa de que no

existe en el registro de pasaportes ninguno cuyo número sea el 0025789423 ni haya sido expedido en Liverpool el 14 de febrero de 1988 a nombre de John Baxter. De todas formas, el supuesto nombre, la nacionalidad y la descripción de la figura del sospechoso han sido facilitados según la rutina acostumbrada a la Interpol y con especial encarecimiento a varias policías europeas.

El juez Bodin cerró los puñitos, unos puños casi de niño enfurruñado, y los descargó sin demasiada violencia sobre la mesa.

—¿Se puede saber por qué no me ha informado usted de todo eso hasta este momento y no *motu proprio* sino porque yo le he citado?

—Señor juez, estoy dándole información ultimísima, alguna de ella necesitada todavía de confirmación. Al ofrecerle esta primicia estoy seguramente faltando a la prudencia. Estimo que no se deben dar al juez sospechas ligeras, datos sin confirmar y mucho menos intuiciones de investigador.

—Comisario, ¿eso quiere decir que debemos cerrar el caso a falta de que sea hallado y detenido el principal, mejor dicho, el único sospechoso?

—Señor juez, en el caso de que aceptemos, dándola por cierta, su hipótesis de que se trata de un asesinato por celos entre maricones o un arreglo de cuentas entre camellos y drogadictos, aquí no queda otra cosa que hacer. Tenemos la furgoneta donde se comete el crimen, tenemos el supuesto nombre y la descripción del asesino y tenemos también, según usted, el móvil del crimen. Ya no hay nada que investigar. No es necesario realizar una labor de investigación sino de búsqueda. En cambio, si se acepta mi hipótesis de que nos encontramos ante un homicidio por encargo, probablemente una refinada y diabólica venganza, es decir un asesinato *barroco* —y subrayó con retintín la palabra barroco—, debemos seguir investigando entre las personas que trataron a Daniel Cordonnier. Naturalmente, eso es buscar una aguja en un pajar, y usted y yo, sobre todo yo, deberemos armarnos de más paciencia que la del santo Job.

Y ahora fue Héctor Battut el que con un ademán amplio, claramente irónico, abrió las manos pausadamente como si llevara entre ellas un acordeón gigante para dar una larga nota, al mismo tiempo que se encogía de hombros y ponía en el rostro un gesto de decir: *Voilà!*

En el despacho le esperaban un fax de Milán, un nuevo fax de Londres y dos sobres de Charles Coleman, uno bastante más abultado que el otro. Milán informaba de que no tenía noticia alguna de un Notti conocido con el diminutivo Niño, cuyas señas personales coincidieran con la descripción cursada desde Bruselas. La policía londinense daba cuenta de que con toda probabilidad ningún John Baxter inglés había viajado a Bruselas en las últimas semanas. Coleman informaba de que Marzia Bachner había efectuado, el martes 9 de noviembre, en el Banco Bruxelles-Lambert un reintegro de quinientos mil francos belgas. «He necesitado el oficio del juez.

Aproveché una breve ausencia de Bodin y me firmó la petición el juez sustituto. En el banco fueron muy diligentes y me dieron enseguida la información. Tampoco yo pedí otros datos.» El sobre abultado contenía el informe sobre Marzia Bachner. El comisario desplegó las cuartillas, las alisó sobre la mesa, hincó los codos y se dispuso a una lectura lenta y a un nuevo y minucioso ejercicio memorístico.

«Asunto: Marzia Bachner.

»Viuda de Benjamín Bachner, fallecido recientemente, en este mismo año 1993. De soltera, Marzia Reibman, nacida en 1959, en Colonia, Alemania, en el seno de una familia judía. Su abuelo, Moisés Reibman poseía un pequeño negocio de relojería y joyería en Heidelberg. En 1941 fue detenido por los nazis y jamás se volvió a saber de él. No apareció su cuerpo, y se cree que murió en algún campo de concentración, quizá en Auschwitz, donde alguien creyó verlo en algún momento según una dudosa declaración. La esposa de Moisés Reibman, con un niño de nueve años llamado Absalón, consiguió escapar a Holanda donde encontró refugio en una pequeña aldea, acogida en la granja de unos parientes, también judíos, escapados de la persecución nazi gracias a un cambio de apellido. También los dos fugitivos hubieron de cambiarse apellidos y nombres. Allí vivieron madre e hijo Reibman hasta 1950, año en que se trasladaron a Amsterdam gracias a que el joven Absalón, de 18 años, encontró trabajo como aprendiz de tallista de diamantes en el taller de un importante importador-exportador de piedras preciosas que había tenido relaciones comerciales con el abuelo Moisés, el joyero de Heidelberg.

»En Amsterdam, Absalón conoció a Manja Feldmann, también judía, una muchacha muy joven, pequeña y activa, de sólo 17 años recién cumplidos, con la que se casó en 1956. El matrimonio se trasladó a Colonia, donde a Absalón Reibman le habían ofrecido el puesto de oficial en el taller de un negocio de creación y venta de joyas. En 1959, nació Marzia y allí creció y se graduó en Leyes y en Economía. Absalón Reibman murió de un cáncer de hígado en 1981. Dos años antes, en un viaje a Israel, Marzia Reibman conoció a un diplomático israelí llamado Benjamín Bachner. Aunque Bachner pasaba por diplomático, es muy probable que en realidad fuera un miembro del Mossad. Se casaron enseguida, en 1980. En 1982 fijaron su residencia en Bruselas, donde designaron a Marzia para un puesto directivo en cierta empresa alemana de gestión y asesoramiento en el Mercado Común Europeo. Benjamín Bachner pasaba a veces cortas temporadas fuera de Bruselas, pero aquí tenía su cuartel general y mantenía un domicilio estable, donde vivía con su mujer, su suegra Manja y su propia madre, viuda, llamada Sara, que ahora se encuentra en una residencia para ancianos en las afueras de Bruselas, aquejada de demencia senil. No tuvo hijos de ese matrimonio. Mantuvo relación aquí con un escaso grupo de amigos, todos ellos judíos, a los cuales estuvo tratando durante algunos años, casi siempre acompañado de su mujer, hasta que contrajo una cruel enfermedad llamada esclerosis

en placas, que le mantuvo varios años impedido y en un sillón de ruedas hasta su reciente muerte. Durante los años en que Bachner ha permanecido inmóvil en el sillón de ruedas, el comportamiento de su mujer, desde el punto de vista de la fidelidad conyugal, ha sido impecable. Todas las personas con las que he hablado coinciden en ese punto. No se le conoce ninguna veleidad sentimental ni sexual, ni siquiera un flirt ni un coqueteo. Tiene fama de ser muy seria y hasta severa en ese aspecto.

»Bachner gozaba de cierta fama en algunos círculos diplomáticos tanto belgas como extranjeros, y se dice que era uno de los agentes más seguros y precisos en el cumplimiento de cualquier misión, por arriesgada o cruel que fuera. Algunos de los que le conocieron aseguran que era un agente extraordinariamente temido en los círculos del terrorismo palestino y en otras organizaciones de ese tipo, porque aceptaba frecuentemente “trabajos especiales” al margen de sus compromisos con el Mossad.

»Marzia Bachner perdió su trabajo en la empresa alemana a la muerte de su fundador y la disolución de la sociedad. La delegación en Bruselas de los Electrodomésticos Notti, de Milán, publicó en la prensa un anuncio para cubrir la plaza de secretaria de Giorgio Notti, joven y nuevo delegado aquí. Nadie habría podido disputar el puesto a la señora Bachner. Licenciada con Premio Extraordinario en Leyes y en Economía por la Universidad de Heidelberg, con ambas licenciaturas revalidadas en Bélgica y en Holanda. Habla y escribe correctamente el alemán, el italiano, el francés, el inglés y el neerlandés. Puede entenderse razonablemente en ruso, en checo, en polaco y en rumano. Posee conocimientos apreciables de Física, Filosofía, Literatura e Historia. Lee el hebreo y es experta en Historia de las Religiones. Se acompaña fotocopia del currículum vitae que la señora Bachner envió a la firma Notti para optar al humilde puesto de secretaria particular. Eso es todo.»

Héctor Battut masculló un único comentario. «Conque eso es todo, ¿eh? Pues me cago en santa Gúdula.»

—¡Alice! ¿Oye? ¿Alice, qué tal? Bien, prepárate. Nos vamos a París.

Al otro lado del hilo se oyó un grito de alegría.

—A París. ¿Cuándo, Battut? Eres un sol. ¡A París! —Ahora mismo, en el primer tren. Lleva un maletín con lo necesario para pasar una noche. Yo voy a tomar un bocado en *La Chaire*, llego a casa, cojo una cartera con un pijama y el estuche de aseo, y nos vamos. Cuanto antes lleguemos, mejor. Tengo que hacer una diligencia y después, la noche es nuestra. Y hazme un favor. Llama tú a un hotel discreto, pero céntrico, sí, no importa que sea un poco caro, el caso es que estemos cómodos, y reserva para esta noche una habitación doble. Podríamos cenar en el Restaurante de la Ópera. Te invitaré a blinis con caviar. Reserva una mesa con dos cubiertos para las ocho. Ah, y encarga al conserje del hotel que nos tenga dispuestas dos buenas

localidades para el *Crazy Horse*. Yo no quiero hacer ese encargo desde aquí, ¿comprendes? De acuerdo. ¿Estás contenta? Pues hasta ahora mismo.

Alice se mostró eufórica durante todo el viaje. Cuando llegaron a París, respiró como si quisiera aspirar vida. O lujuria, quién sabe. El aire de París es el soplo de Eros. Dejó a Alice en el taxi y entró él en el Instituto Pasteur. Dio su nombre al vigilante de la entrada, mostró su credencial y pidió hablar con la persona de mayor responsabilidad que pudiera recibirle. No, no había solicitado previamente la visita. Se trataba de una investigación muy importante y urgente sobre un asesinato, y no hubo tiempo para cumplir ese trámite.

Le recibió un sujeto joven, afectado y suficiente, que dijo ser un secretario de Dirección.

—Pretende usted un imposible, señor. Los análisis del Instituto son estrictamente confidenciales. Sólo se le entregan al doctor que los prescribe y que tiene la responsabilidad del cuidado del paciente.

Mantén todavía en su mano la credencial de la policía belga donde constaban los datos y la fotografía del comisario Héctor Battut.

—Y siendo usted extranjero y policía, menos. Ni siquiera es usted médico.

«Los franceses son como son. Yo no sé si los soldados franceses llevan en la mochila un bastón de mariscal, pero todos los franceses llevan dentro de su cuerpo Notre-Dame, los Inválidos con la tumba de Napoleón, el Arco de Triunfo, la Revolución, la Marsellesa, la Torre Eiffel y Moi le general De Gaulle. Humildad y paciencia, Battut.»

—Mire, señor, ya le he dicho que se trata de la investigación de un asesinato. Yo conozco la circunstancia de que un señor italiano llamado Notti, Giorgio Notti, se hizo aquí determinados análisis. Sólo me interesa averiguar si al mismo tiempo, y prescritos por el doctor Ismael Cohen, de Bruselas, se hizo idéntico análisis la señora Marzia Bachner, una alemana también residente en Bruselas. Supongo que lo estrictamente confidencial será solamente el resultado, no el hecho de los análisis mismos.

—Todas las circunstancias en relación con los análisis que realiza el Instituto son confidenciales. Pero, además, ¿se da cuenta, agente? —El comisario pegó un salto, pero no rectificó al empleado del Instituto Pasteur—. Un súbdito italiano, una ciudadana alemana, un doctor de no sé dónde y un policía belga. Se podría organizar ahí un incidente diplomático grave —y encima, un poquito de cachondeo—. No insista, *monsieur*. Cualquier insistencia suya es ociosa por no decir impertinente. Sólo podemos informar de lo que usted solicita por mandato de la autoridad judicial.

—Sí, ya sé. Yo hago una solicitud al juez del caso, el juez la pasa al Ministerio de Justicia belga, el ministro de Justicia lo envía a su colega de Exteriores, el ministro de Exteriores belga lo remite por conducto diplomático al ministro de Exteriores francés, éste al de Justicia, el ministro de Justicia al juez francés, el cual, si estima oportuna la petición, pasa la instrucción al Instituto. Muchas gracias, señor.

Caminó hacia la puerta de salida. Antes de franquearla, se volvió. Aquel riguroso secretario todavía estaba de pie mirándole marchar, quizá asegurándose de que el extraño visitante se alejaba realmente. Battut alzó los brazos de oso por encima de la cabeza y soltó un rebudio sonoro y tremendo bajo un cartel que recomendaba: «Silencio». El empleado joven, afectado y suficiente se metió con prisa en el interior del edificio, casi despavorido.

Subió al taxi. «Vamos al hotel, y enseguida, a cenar.» «¿Tienes lo que buscabas?», preguntó Alice. «No, pero sí.» «¿Qué quiere decir eso?» «Que no, pero sí, que es lo contrario de sí, pero no.» «Ya, comprendido. ¿Quién me habrá mandado a mí interrogar a un policía?»

En París, ya se sabe, el aire está empapado de *grandeur* y de lujuria. La *grandeur* se puede marginar; la lujuria, no. París, París, buena cena, buen vino, en París, hasta las ancianas se mueven como si estuvieran fornicando y hasta las verduleras leen los versos eróticos de Rimbaud y las flores del mal de Baudelaire, tres sorbos de armagnac, las chicas del *Crazy Horse*, total, cabalgada. Con una buena propina les habían instalado en una mesita justo debajo del escenario. Salieron cuatro chicas sabiamente reclutadas entre Dios sabe cuántas aspirantes. Del suelo, entre sus pies, ascendía un viento que les alzaba las faldas como en aquella famosa escena cinematográfica de Marilyn Monroe. Las chicas llevaban una falda amplia, azul con lunares blancos y unas bragas de lo mismo, casi pudorosas. Bailaban con las faldas al viento, y enseguida eran relevadas por otras cuatro. Éstas se cubrían con unas braguitas más breves. Las cuatro siguientes salieron con un tanga brevísimo, que cubría lo imprescindible y desaparecía luego enterrado entre las nalgas. Por fin salían todas las chicas juntas al tiempo, formando una fila, y ahora el último reducto del pudor había desaparecido, y en su lugar era visible un cuidadoso trabajo de peluquería íntima. Battut estaba encandilado con aquellas apariciones sucesivas y cada vez más sugerentes, y tuvo que arreglarse ostensiblemente el pantalón por la parte de la entrepierna.

—¡Battut! —le reprochó Alice.

—Perdón, Alice, pero era necesario.

Luego, ya en la cama, Alice se recreaba en recordarle el numerito de los vestidos y bragas azules con lunares blancos, y quería saber cuál de las chicas le había gustado más.

—Mira, Alice, ya sé que estas preferencias no deben ser confesadas a una mujer, pero la que más me gustaba era la segunda empezando por la izquierda, de la segunda tanda.

—¿Y por qué?

—Por el culo. Joder, qué culo.

—Guarro. Todos los hombres sois iguales.

Pero Alice cabalgaba, cabalgaba, cabalgaba. Tomó las dos manos de Battut con las suyas y las puso enérgicamente sobre su propio culo.

La mañana del lunes, 15, venía fría, pero clara y en calma. Miró hacia el cielo. Quizá luego el sol lograría romper los velos de la bóveda celeste, baja y gris. Anduvo, como siempre, hasta la División. Poco después de las ocho, entraba al despacho. Toda la tarde del domingo la había pasado durmiendo, y repasando y completando sus fichas. Madame Nicole le había dejado dispuesta una comida mala y escasa. Alice le insistía para que en esos trances la llamase a ella, que era buena cocinera. «Te haría un menú para chuparte los dedos.» No, gracias. Battut se resistía a que Alice se metiera en la cocina. «En cuanto invada y conquiste mi cocina estoy perdido. Seguro que toma posesión de toda la casa, ordena mi ropa en los armarios, alinea mis libros, almacena en cualquier sitio mis pipas, mis relojes de arena y mis muñecas, encarga cortinas nuevas, cambia el cuero de mi viejo sillón, da órdenes a Nicole, administra mi dinero, guarda mis fichas en los cajones y se mete en mi cama todas las noches. Total, la señora de Battut. Nones. Las tías te pillan por los dos puntos débiles, la bragueta y el estómago. Cuando se les acaba la bragueta, siempre les queda el estómago. Pues, una mierda. Héctor, a joderse con la comida de madame Nicole. Cada uno en su casa, de vez en cuando un galope, y hasta otra.»

En el despacho le esperaban algunos datos e informaciones de indudable interés. Los de la científica informaban de que las huellas dactilares encontradas en el volante y la palanca de cambios de la furgoneta Mercedes, cerrada, color crema y con el letrero «*Fleurs. La tulipe bleue*» en los costados, aunque borrosas, pertenecían todas a su conductor habitual, empleado de la floristería. Las huellas medio borradas denotaban que alguien había conducido con guantes. En el suelo de la furgoneta se habían encontrado muestras de tierra igual a la del macetero donde fue empalado Cordonnier y una gruesa compresa de algodón que había sido empapada en cloroformo. El fotógrafo había enviado las fotografías ampliadas de Marzia Bachner dentro del corro de curiosos que rodeaba el cadáver empalado de Daniel Cordonnier. El comisario comprobó que a la hebrea se la reconocía perfectamente en las *fotos*, y sonrió con satisfacción. Probó a guardar el sobre con las fotografías dentro del bolsillo interior de su chaqueta, pero allí no cabía. Lo introdujo en una pequeña cartera de cuero, que dejó sobre la mesa, a la vista y a mano. Bodin preguntaba si se podía entregar el cadáver de la víctima a sus padres. Que bueno, que sí. Por Battut no había inconveniente. Ninguna novedad en Londres ni en Milán. Al supuesto Niño Notti y al supuesto John Baxter se los había tragado la tierra. Firmó una nota para el juez Bodin solicitando que se pidiera al Instituto Pasteur de París una información acerca de un probable análisis del sida efectuado a Marzia Bachner. Pidió un coche y le asignaron el Peugeot 405 negro y viejo de Luc. Hala, a dar por Bruselas saltos de canguro. «Luc, un día vas a hacerme echar la primera papilla.» «¿Por qué, señor comisario?» «No, por nada.»

Le pareció demasiado temprano para presentarse en las oficinas de Electrodomésticos Notti, y entró a tomar un café en *La Cage*. Habían tomado ya otro

camarero, con aspecto de padre de familia. Sissí le hizo una seña para que se acercara. Se inclinó hacia el mostrador y puso voz de confidencia.

—Señor comisario, Dan tenía una novia.

—¿Cómo es eso?

—Vino una tía de bastante más edad que él, con aspecto de profesora o abogada o algo así, y le preguntó a Maarten por Dan. Cuando Maarten le dijo que lo habían matado y cómo, se fue corriendo.

—Ya. ¿Ha vuelto?

—No, pero ese día había venido también por la mañana, a la hora del aperitivo, y estuvo hablando con ese señor viejo, italiano, que viene de vez en cuando. Tomaron dos campari. Yo creo que Cordonnier llevaba una doble vida sexual.

—Gracias, Sissí.

Era curioso el sentido de las relaciones humanas que tenía Sissí. Si una tía entraba al café y preguntaba por Dan, es que era su novia. Para Sissí, cualquier interés que mostrara una persona por otra, ya se sabía: asunto de cama. De todas formas, archivó en la memoria el dato de la «novia» de Dan. Llegó a las oficinas de Electrodomésticos Notti y se aproximó a la recepcionista. Dudó un momento, y se decidió a preguntar por el señor Giacomo Grande. Más tarde intentaría hablar con Marzia.

Giacomo Grande era casi un niño. Recibió a Battut en el despacho de Notti, el mismo donde había mantenido su conversación con Marzia Bachner, pero en la antesala de ese despacho ya no estaba la hebrea, y en su lugar se sentaba una chica muy joven. Se trataba de Nicoletta Pavani, una muchacha italiana que estaba destinada al puesto de secretaria particular de Giorgio Notti cuando Marzia abandonase los Electrodomésticos para establecerse por su cuenta. Ahora había sido destinada a secretaria de Giacomo Grande, el nuevo delegado de la Sociedad en Bruselas. Pero todo esto no lo sabía Battut, y sufrió un pequeño sobresalto al no encontrar a Marzia en el puesto donde él la había conocido. «A ver si se me ha esfumado, joder.»

—Tengo dos llamadas tuyas, señor Grande.

—Sí, señor comisario. Le telefoneé para pedirle perdón por el comportamiento de mi hermana. Sé que le dije a usted algunas impertinencias. Le ruego la perdone. Vittoria se halla un poco... desestabilizada desde la muerte de mi cuñado, y además el embarazo también la tiene nerviosa. De todas maneras, reconozco que su carácter es un poco especial. Es muy libre e independiente, y está acostumbrada a decir lo primero que se le viene a la boca sin pensarlo, no ya dos veces, sino ni siquiera una.

—No tiene importancia, señor Grande. También yo debo pedir perdón a la señora Notti, porque tal vez le hice una pregunta tan molesta como innecesaria. Yo tengo la obligación de cerciorarme de determinadas tendencias sexuales de su fallecido cuñado e investigar sus diferentes relaciones para satisfacerlas, sobre todo las venales, es decir, en el mundo de la prostitución y de la droga. Pero quizá eso podría

haberlo obtenido por otros cauces sin necesidad de interrogar a su hermana. Por ejemplo, interrogándole a usted. ¿Puedo rogarle que me hable de ello?

—Claro que puede, comisario. Mi cuñado, Giorgio Notti, era un hombre atraído por los placeres más diversos, lleno de curiosidades y de inquietudes y sin demasiados prejuicios, ni sociales, ni morales, ni religiosos. Había sido un niño muy mimado y después era un muchacho muy caprichoso. Caía en muchas tentaciones, y tuvo mala suerte.

—Perdone que insista, señor Grande. Pero lo que interesa, no a mi curiosidad, sino a mi investigación, es saber si entre esas tentaciones en las que caía el señor Notti figura la homosexualidad.

—Homosexualidad, bisexualidad, heterosexualidad, esas fronteras no son fáciles de definir de una manera precisa y mi cuñado tal vez las cruzara demasiado fácilmente, pero ni usted ni yo tenemos autoridad para juzgarle. Alguna autoridad para eso podría tener Vittoria y ella no quiso nunca juzgar a su marido. Lo comprendía y lo perdonaba. Lo amó, lo recuerda con amor y con tristeza, y basta. Giorgio Notti se enamoró de mi hermana, se casó con ella, han sido muy felices durante algún tiempo y luego les castigó cruelmente la desgracia.

Y eso es todo.

—Yo no quiero ni intento juzgar a nadie, hijo mío, bueno, perdone, señor Grande. Yo sólo quiero y pretendo, y haré todo cuanto pueda para conseguirlo, que, no yo, sino los tribunales juzguen a un asesino. Entre las relaciones habituales o, al menos, frecuentes de la víctima aparece el nombre de Giorgio Notti y debo conocer en qué consistían esas relaciones.

—Comisario, quizá yo no esté siendo muy explícito, pero a veces parece que usted se ha caído de un nido. Estoy diciéndole que para Giorgio Notti las fronteras que la gente vulgar...

—Querrá decir normal.

—Quiero decir vulgar. Usted llame a esa gente como quiera, pero deje que yo la llame como me dé la gana. Sigo. Para Giorgio Notti, las fronteras entre las diversas formas de entender el sexo no existían. ¿Cuál habrá sido su relación con un muchacho sodomita que ejerce la prostitución? Pues, hombre, la misma que tendría con una putita, con dos, con una pareja o en una cama redonda, salvando, lógicamente, las diferencias que la naturaleza impone. La imagina usted, ¿verdad, señor comisario?

No respondió a esa pregunta. «Joder con el niñato. Los dos hermanitos son dos alhajas», pensó Battut.

—¿Conoció usted en algún momento a Daniel Cordonnier?

Acusó el impacto. El rival había acertado con un golpe en la mandíbula. Tardó unos segundos en responder y el comisario anotó inmediatamente aquella vacilación en su memoria de precisión.

—No. Conocerlo, no lo conocí. Sólo le vi de lejos una noche en que Notti se

empeñó en que le acompañara a *Le Hibou rose*. Cordonnier no se acercó a nosotros. Desapareció enseguida y ya no le vimos más.

—Es extraño. Siendo tan amigos, lo normal es que se hubiese aproximado a saludar.

—Pues no se aproximó.

—Está bien, está bien. ¿Nada más que esa noche vio usted a Cordonnier? ¿Está seguro, completamente seguro?

Aquel cabrón de comisario tenía en el rostro un gesto inequívoco de saberlo todo antes de preguntar. Se le escapó una mueca de desagrado o de impaciencia.

—Señor Grande, por ahora —y recalcó la expresión «por ahora»— no tiene usted obligación de responder a mis preguntas. Si lo desea, lo dejamos.

—No, no. Respondo a sus preguntas con mucho gusto. Considero que debo responderlas porque tengo obligación, como todo el mundo, de ayudar a que se haga justicia. Mire, yo creo recordar que a Cordonnier le vi en otra ocasión en *La Cage*. Entré allí a tomar un café y me parece que lo sirvió él.

—¿Le habló usted?

—Supongo que lo necesario para pedir el café y pagarlo.

—¿Supone sólo? ¿Quiere decir que no tiene la certidumbre? ¿Lo insultó?

—Bueno, quizá le dijese algo desagradable porque sabía que estaba haciéndole daño a Giorgio. «Coño, este tío lo sabe todo.»

—¿Cuándo sucedió eso?

—Antes del verano, creo.

Battut quedó pensativo unos instantes. De repente, alzó la cabeza y preguntó a bocajarro:

—Su hermana y usted mismo, ¿se han hecho a raíz de la enfermedad que llevó a la tumba a Giorgio Notti la prueba del sida?

—Por favor, comisario. Ése es un dato íntimo...

—¿En el Instituto Pasteur de París, quizá?

—¿Pero qué tiene que ver eso con el asesinato de Daniel Cordonnier? Ni siquiera en mi deseo de colaborar con usted me considero obligado a responder a esa pregunta.

—No lo está, señor Grande. Como si no le hubiese preguntado nada. Por otra parte ya no necesito la respuesta. En cierto modo, ya me ha respondido usted. Y ahora, écheme del despacho si quiere. ¿Compartía usted con su cuñado algunos caprichos sexuales?

—Si es a eso a lo que se refiere, jamás he pagado dinero para acostarme con alguien, ni hombre ni mujer. Pero si lo que pretende es hacer una nómina de homosexuales, podemos empezar por los clásicos. ¿Sabe usted que Platón, en *El banquete* hace una defensa de la homosexualidad, que Sócrates estaba enamorado de Alcibíades, o que Píndaro cantó la belleza de los jóvenes muchachos...?

—Déjelo, déjelo. ¿Le une a su hermana un cariño especial?

—Mi hermana es un ser adorable y yo la amo con pasión, comisario. Lo demás pertenece al secreto del pecado de los dioses. Yo soy un pobre mortal.

—Quizá mi última pregunta sea una tontería, pero ¿tiene usted alguna relación con la mafia?

Tras unos segundos de estupefacción, a Giacomino se le iluminó el rostro y soltó una sonora y larga carcajada.

—¡Claro que sí, comisario! Todos los italianos tenemos algo que ver con la mafia. En mi familia se sabe que mi tatarabuelo materno, Luciano Perossi della Riviera, fue un poderoso *capo* de la mafia siciliana. Había nacido en Monreale, a cuatro pasos de Palermo. Por lo visto, allí sólo se puede ser una de estas dos cosas: o mafioso o cadáver. Mi tatarabuelo era banquero y muy rico. Se decía que había tenido negocios con las organizaciones mafiosas americanas, y al mismo tiempo era administrador, fiduciario y testaferro de muchos bienes del Vaticano.

—¿Cómo, cómo? Explíqueme eso. Su antepasado era jefe de la mafia y persona de confianza del Vaticano, ¿es eso lo que quiere decir?

—Pero, comisario, vuelve usted a caerse de un nido. Ese hecho no escandalizaría en Italia ni a los Santos Inocentes.

—¿Y han seguido ustedes la relación con la mafia?

—Mire usted. El banquero tuvo una hija llamada María Luce, y cuando la chica se casó le compró la finca a orillas del Lago Maggiore que todavía es de la familia y que se llama Villa Luce en homenaje a mi bisabuela. Naturalmente, en mi familia todos sabemos que Villa Luce fue comprada seguramente con dinero de la mafia. La pobre bisabuela murió muy joven, de parto. Su marido, el bisabuelo, se llamaba Salvatore Duchessi, prohombre de la región y mecenas de las letras y las artes, en parte gracias al dinero de su mujer, o sea, de la mafia, y en los pueblos de alrededor de Villa Luce, a mi familia todavía la llaman los Duchessi. Mi madre se llama Martinelli y nosotros nos llamamos Grande, pero es igual. Somos los Duchessi. Mi bisabuela María Luce dio a luz primero a mi abuela Vittoria, y en el segundo parto, al nacer mi tío abuelo Giacomo, que por él me llamo yo así, murió de fiebres puerperales. Mi abuela Vittoria sólo tuvo una hija, mi madre, Elettra. Mi padre es español y se llama Pelayo Grande. Le he contado toda esta larga historia para terminar diciéndole que todos los años, por Pascua, desde que murió mi tatarabuelo el siciliano, recibimos en mi familia un breve mensaje que dice simplemente: «Vuestros amigos de Sicilia no os olvidan. Estamos en Monreale. A mandar. Buena Pascua.» Enrico, el viejo jardinero de Villa Luce, ya fallecido, que conocía todos los secretos de la familia, me contó que mi antepasado el *capomafia* dejó una fortuna a su «familia» de Monreale con la condición de que estuvieran siempre dispuestos a prestarnos cualquier servicio que necesitáramos. Esa gente mantiene siempre sus compromisos y los pasa de padres a hijos.

—¿Ha necesitado alguna vez la familia esos servicios tan especiales?

—Eso no lo sé, comisario, y si lo supiera...

—Tampoco me lo diría.

—Exacto.

—Gracias. ¿Puedo hablar ahora con Marzia Bachner?

—Le diré que venga aquí enseguida. Así no tendrá usted que moverse de mi despacho. ¿Quiere tomar algo, comisario?

—No, gracias.

8. Quinientos mil francos belgas

Tardó en llegar siete minutos y cuarenta segundos, medidos en el cronómetro de Héctor Battut. Eso quería decir que Giacomo Grande había dispuesto de algún tiempo para hacerle un breve resumen de su interrogatorio. Vendría alertada. También era posible que Marzia Bachner hubiera querido pasar por el baño antes de someterse a un interrogatorio, tal vez largo, sin peligro de verse apremiada por alguna necesidad. «Las señoras, lo primero que hacen en cualquier trance es meterse en el baño, aunque sólo sea para mirarse en el espejo», pensó Battut. Entró en el despacho Marzia, después de tocar levemente con los nudillos en la puerta. Estaba muy seria y los saludos fueron fríos. Battut no se anduvo con circunloquios y desde el primer momento se metió en harina.

—Señora Bachner, tengo noticias, no confirmadas, de que antes del verano su jefe Giorgio Notti sufrió una enfermedad que obligó a trasladarlo en una ambulancia. Lo bajaron en una camilla y estaba acompañado por una señora joven, que supongo era usted, y por un señor, también joven.

—Vaya, ya ha dado usted con el arca secreta. La portera otra vez, claro. Debí figurármelo y adelantarme a contárselo antes de que usted lo descubriera, pero me divertía ver cómo daba con ello.

Le contó con mucho pormenor el episodio de la pinza de la cigala. Alguien, probablemente un chaperero o un bromista cruel que se hizo pasar por homosexual sólo por divertirse, había clavado la pinza de una gran cigala en el ano de Giorgio Notti, le había robado todo el dinero que llevaba y había huido dejándole solo, herido, con fuertes dolores y casi sin poder moverse, en el apartamento del Square Marie-Louise. Notti, avergonzado, no quiso llamar a su mujer y la llamó a ella.

—¿Tanta confianza tenían ustedes dos?

—No. Confianza, ninguna, pero Notti conocía perfectamente mi absoluta discreción.

—¿Pudo ser Cordonnier la persona que le agredió?

—Pudo ser, claro. Es probable que fuese Cordonnier y yo desde luego tengo esa sospecha. Notti se murió sin revelar el nombre del agresor. Le insistí mucho en eso, pero no logré nada. Me repetía una y otra vez que se trataba de un desconocido.

—¿Podría haber sido un chaperillo muy joven al que llaman Marilynno? ¿Conoce a Marilynno o ha oído hablar de él?

—En absoluto. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿Quién atendió al herido?

—El hombre que nos acompañaba era el doctor Ismael Cohen.

—Hum —gruñó Battut.

—Pero el doctor Cohen —se apresuró a precisar Marzia— no supo entonces ni sabe ahora que aquel señor con una pinza de cigala incrustada en esa íntima parte del cuerpo era mi jefe Giorgio Notti. Yo le dije que se trataba de un judío amigo mío,

cuyo apellido coincidía además con el del doctor: exactamente, Ezequiel Cohen, y como Ezequiel Cohen fue trasladado a un hospital de Aquisgrán, donde le operó el propio Cohen. Allí se descubrió que estaba enfermo del sida.

—¿Cómo se las arregló Notti para convertirse en señor Cohen? ¿Le proporcionó usted una documentación falsa?

—No, señor —negó Marzia con firmeza, «demasiada firmeza quizá», pensó Battut—. La documentación a nombre de Ezequiel Cohen la tenía o la obtuvo el propio señor Notti.

—¿Cómo?

—Eso jamás me lo dijo.

—¿Ni usted lo sospecha?

—En absoluto.

—No deja de ser curioso que el nombre falso que eligió Notti coincidiera con el apellido del médico que le atendía. ¿Cree usted que eso sería así de propósito o por casualidad? ¿Dispondría de esa documentación el señor Notti antes de la agresión o después? Y si fue después, ¿cómo y en qué momento llegó a sus manos?

—Para ninguna de esas preguntas tengo respuesta. Lo siento.

—Es todo muy extraño.

—Muy extraño, sí, señor.

—Más tarde el mismo doctor Cohen atendió a Notti de una afección pulmonar, exactamente la que le llevó a la muerte.

—No, no. Eso no sucedió así. Cuando Notti tuvo los síntomas alarmantes de su bronconeumonía, sobre todo la fiebre altísima y el delirio, su mujer me pidió ayuda. Ella no conoce a nadie en Bruselas. Yo acudí de nuevo al doctor Cohen, pero él, sin visitar al enfermo, me puso al habla con el doctor Pingle, que es un especialista en enfermedades de pulmón. Cohen es sólo un médico cirujano. Ni siquiera vio a Notti. No pudo percatarse de que se trataba de la misma persona que él había operado en Aquisgrán.

—Hum —volvió a gruñir Battut—. ¿Y la familia? ¿No tuvo la familia noticia del episodio de la cigala?

—Yo me inventé un viaje de negocios del señor Notti para justificar su ausencia durante los días que permaneció en Aquisgrán. A Giorgio, al señor Notti, le horrorizaba que su familia se enterara de la vergonzosa historia de la cigala. Ayudarle en ese trance era una obra de caridad.

—Es lógico. ¿Se enteró de eso Giacomo Grande?

—Creo que sí. Me parece que se lo contó el propio Notti.

—Ya comprenderá, señora Bachner, que esta historia resulta muy interesante y quizá muy significativa para mi investigación. Lo más probable es que tengamos que volver sobre ella.

—Estaré a su disposición, como siempre.

—Otra cosa. Perdone. Soy muy pesado, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues todavía debo preguntarle algo.

—Vaya por Dios.

Abrió la cartera de cuero, extrajo las fotografías y se las tendió a Marzia, que las contempló brevemente, sin demostrar ningún interés, ni siquiera curiosidad, y las devolvió enseguida. No hizo comentario alguno en espera de la pregunta del comisario.

—¿Se reconoce en esas fotografías, señora Bachner?

—Claro que sí.

—Son instantáneas tomadas por un fotógrafo de la policía en el lugar donde apareció el cuerpo empalado de Daniel Cordonnier. Aquí no se ve el cadáver porque se trata de una ampliación. ¿Cómo se explica su presencia allí, señora Bachner?

—¿Y por qué tendría yo que explicar mi presencia allí, señor comisario? Curiosidad, simple curiosidad. Como ve, no soy precisamente la única persona que ha acudido a ese lugar.

—¿Quiere decir que pasaba usted por allí casualmente y se detuvo a curiosear el espectáculo del pintoresco empalado?

—No, señor. Quiero decir que fui allí adrede.

—Explíqueme, por favor, señora Bachner, cómo se enteró de que a esa hora tan temprana del viernes 5 de noviembre había aparecido un muchacho muerto en la Rué des Chartreux, lejos de la casa de usted y lejos del lugar de su trabajo, delante de un local llamado *Le Hibou rose*, que era un local precisamente muy frecuentado por su jefe Giorgio Notti.

Marzia hizo de nuevo un leve gesto de impaciencia. No disimulaba que las preguntas del comisario le parecían ociosas y en algún extremo también impertinentes.

—Comisario: aquella mañana del viernes 5 yo me había levantado más temprano de lo habitual porque tenía pensado pasar por el Square Marie-Louise a retirar de allí los efectos de Giorgio Notti. No quería que nadie metiese la nariz en aquellas cosas de mi jefe. Eso ya se lo expliqué a usted, y sin duda lo recuerda. Cuando terminé de retirar las pertenencias del señor Notti, subí a mi coche, encendí la radio y escuché la noticia de que en la Rué des Chartreux había aparecido un muchacho empalado en la estaca de un gran macetero, y que esperaban al juez para que levantara el cadáver. Confieso que sentí una cierta curiosidad morbosa y llegué con el coche hasta allí.

—¿En qué emisora oyó usted la noticia?

—No lo recuerdo, y seguramente nunca lo supe, porque un locutor estaba leyéndola en el momento de encender el aparato de radio. Pero eso es fácil de conocer. Basta con comprobar los boletines informativos de las emisoras de Bruselas en la mañana de ese día.

—Sí, claro, gracias por la sugerencia —dijo Battut con cierta sorna—. Otra cosa. Usted declaró que se había enterado por los periódicos del terrible fin de Daniel

Cordonnier. Fingió una divertida extrañeza ante el nombre de *Le Hibou rose* y se permitió usted una broma macabra acerca de la posición *incómoda* del empalado. ¿Puede explicarme por qué razón o razones me ocultó el hecho de que había contemplado a Cordonnier, empalado todavía, en plena calle y frente al local donde trabajaba?

—Ninguna razón, comisario. No fue una ocultación. Eso fue simplemente un olvido imperdonable. Debí olvidar que estaba hablando con un comisario de policía, y que a un policía hay que contarle la autobiografía completa bajo pena de caer en ocultación sospechosa. De cualquier manera, yo no le engañé a usted. Le dije que me había enterado del empalamiento de Cordonnier por los periódicos. En realidad, me enteré por la radio, o sea, por un periódico hablado.

—Señora Bachner. Debo darle las gracias. El hecho de que no me contara aquel día su visita a la Rué des Chartreux es para mí un dato mucho más valioso que si lo hubiese confesado. Otra cosa más. ¿Se ha hecho alguna vez un análisis de sida? El sábado fui a París y pasé por el Instituto Pasteur y pregunté...

—Entonces, ya lo sabe.

—No lo sabía, señora Bachner. En el Instituto no quisieron decir nada. Lo sé ahora.

—Es usted odioso.

—Ésta es la segunda vez que me dice eso. Gracias. Adiós.

Cuando estaba en la puerta, se volvió de repente.

—¿Ha sacado recientemente de su banco una cantidad fuerte de dinero, señora Bachner?

—Bueno, no sé a qué llama usted una cantidad fuerte. Siempre saco del banco algún dinero para el presupuesto de la casa y para algunos otros pequeños gastos míos. Saco una cantidad y de ahí voy gastando y dándole a mi madre, que es la que se encarga de la compra diaria.

—No me refiero a esa cantidad, sino a una cantidad más fuerte.

—¿Más fuerte? Por ejemplo...

—Por ejemplo, medio millón de francos belgas. El martes, 9, retiró usted quinientos mil francos de su cuenta corriente en el Banco de Bruxelles-Lambert.

—Bueno, ¿y qué?

—Que parece una cantidad excesiva para el presupuesto de una casa de dos personas y sus otros *pequeños* gastos personales. Quizá tuvo que pagar algún servicio extraordinario, no sé, usted me dirá...

Battut no pudo ver un gesto de ironía o cachondeo que se pintó en el rostro de Marzia Bachner, porque ella ya estaba de espaldas y se dirigía a la mesa de despacho. Tocó un timbre y entró un ordenanza.

—Tráigame mi bolso, Beto. Lo encontrará sobre la mesa de mi nuevo despacho, ya sabe, el que era antes del señor Monteverde.

Vino el ordenanza con el bolso. Extrajo de él un sobre con el membrete «BBL»

que contenía una cantidad medianamente abultada de billetes de cinco mil francos belgas. Lo tendió a Battut.

—Tenía el sobre en una cajita fuerte que hay en un cajón de esa mesa, pero este despacho ya es del señor Grande, a quien desde luego no tengo que pagar ningún servicio extraordinario, así que lo he cogido para llevarlo a casa. —Extendió el contenido sobre la mesita pequeña, bajo los ojos del comisario—. Puede contarlo. Encontrará cuatrocientos cincuenta mil francos. Los otros cincuenta mil los di a mamá para el gasto de una modesta casa de dos personas. Comisario, si yo tuviera que mantener a un *gigoló*, lo habría descubierto usted en este momento. Qué indiscreto.

—Perdone de nuevo mi curiosidad, señora Bachner. Ya la dejo.

Y luego, para sus adentros: «Me cago quinientas mil veces en santa Gúdula. Esta tía me ha toreado con el asunto de los quinientos mil francos. Lo tenía todo preparado esperando mi pregunta. Estoy tan seguro como que me llamo Battut.»

Pasó por el despacho de la División. Nada de particular. Se acercó andando a *La Chaire*. Aunque no había avisado, su mesa habitual estaba vacía.

—¿Qué va a comer, señor Battut? —preguntó obsequiosamente el dueño.

—Tigre.

El señor Gregorio Notti, fundador y presidente de Electrodomésticos Notti, murió a las seis horas y cuarenta y cinco minutos de la mañana del martes, 16 de noviembre de 1993, a los 78 años de edad. Murió de repente, de un infarto de miocardio, en su casa de Via Monte Napoleone. La abuela dormía junto a él cuando oyó un fuerte ronquido a su lado. Miró a su marido y se le puso un gesto de espanto en la cara. El *nonno* tenía desencajado el rostro, la boca abierta en el inútil deseo de respirar, la mirada angustiada, las dos manos en el pecho, cerca de la garganta, y un gesto extraño como si estuviera ahogándose de risa, en una enorme carcajada sardónica. La abuela buscó nerviosamente las pastillitas de cafinitrina para poner una debajo de la lengua de su marido y gritó con todas sus fuerzas pidiendo auxilio mientras apretaba, sin levantar el dedo, el botón del timbre. Llegó Fabrizia, la vieja sirvienta, corriendo despavorida, haciendo aspavientos y dando, ella también, nerviosos gritos de socorro. Alguna otra sirvienta avisó a los hijos, que ocupaban el ala opuesta del edificio, y Gaspare y Tilde acudieron enseguida, sólo cubiertos por una bata encima de las ropas de dormir. Cuando llegó el médico con la maleta para hacer el electrocardiograma, era ya tarde. Gregorio Notti había entregado el alma. No respiraba. Leonarda, su compañera de toda la vida durante un largo y fatigoso viaje de esfuerzos, de trabajo y de ahorro, rodeaba la vieja cabeza de animal de lucha de su marido con brazos amorosos y temblorosos. Pero Leonarda se encontraba abrazada a la cabeza de un muerto.

Un avión trajo por la tarde desde Bruselas a Totoya y a Giacomo Grande. La

abuela los estrechó en sus brazos con emoción. Tilde y Gaspare los saludaron con su falta de entusiasmo habitual, quizá más fríos y lejanos aún que de costumbre. Intercambiaron unos besos protocolarios, casi dados al aire. Elettra y don Pelayo vinieron en automóvil desde Villa Luce con Fiorenzo al volante. Los dos sobrinos de Tilde estaban ya en la casa, avisados por su tía, porque vivían en el mismo Milán. Monteverde apareció pálido y desolado, llorando sin consuelo. Nadie lloró más que él, ni siquiera la *nonna*. La casa se llenó de amigos íntimos hasta que el cadáver fue trasladado al tanatorio. Allí fueron llegando empleados, clientes y amigos. Al día siguiente, con la noticia ya en el periódico, la manifestación de duelo fue excepcionalmente numerosa. Los diarios daban cuenta de la desaparición repentina del «gran emprendedor industrial, que levantó de la nada una de las empresas más sólidas y florecientes de Milán, de Italia y aun de Europa». Algunos años antes, el Gobierno había concedido a Gregorio Notti, «trabajador incansable y creador de riqueza», la distinción de «Cavaliere della Gran Croce». El cadáver, sin incinerar por expreso deseo de la *nonna*, fue enterrado en el panteón familiar, que él mismo había mandado construir, y doña Leonarda quiso que se reservara un nicho gemelo y vecino donde debería ser enterrada ella misma. «Dios querrá que sea pronto. Yo, sin el *nonno*, ya no sé qué hacer aquí. Siempre hemos caminado juntos, y yo no voy a acostumbrarme a andar sin que él me sostenga.»

A su muerte, Gregorio Notti dejaba una fortuna importante, la fábrica, el negocio de distribución de electrodomésticos, una flota de camiones y vehículos de transporte, inmuebles, etcétera. La mitad de todo eso iría a parar a la abuela al disolverse la sociedad de gananciales, pues todo había sido ganado durante los años de matrimonio. De la otra mitad, se harían dos partes, una también para doña Leonarda y la otra para el único hijo, Gaspare. Así se dividirían también las acciones del abuelo Notti en la gran sociedad anónima, propietaria además de todas las filiales. Ése fue el dictamen claro, sencillo y terminante del abogado Guido Torelli, jefe de la Asesoría jurídica de la Casa Notti y secretario del Consejo de Administración de la sociedad. Doña Leonarda Notti se convertía así en propietaria de más de las tres cuartas partes de toda la herencia de Gregorio Notti, y de más del 50 por ciento de la sociedad madre del *holding*.

Después del entierro, Totoya y Giacomo se volvían con sus padres a Villa Luce y allí permanecerían un par de días. Luego, en las Navidades, que ya estaban encima, se quedarían en el Lago hasta enero, después del *Capodanno*. Giacomino debía regresar a Bruselas después del fin de semana y tomar las disposiciones necesarias para el buen funcionamiento de la oficina. No había problema. Allí estaba Marzia. Doña Leonarda dirigió a Totoya, a la hora de la despedida, algunas palabras un tanto enigmáticas: «*Figliola*, el abuelo te quería mucho. Era muy sabio y muy bueno. Contemplaba siempre el lado bueno de todas las circunstancias, incluso de las más ingratas y penosas. Yo no soy como él ni puedo llegar a él por mucho que me esfuerce. No soy tan inteligente, ni siquiera tan bondadosa. Pero quiero que sepas que

mientras pueda la *nonna*, todo será para ti en esta casa como si también viviera el abuelo. Cuando yo falte, lo que suceda ya no lo veré ni me hará sufrir. Dios te bendiga y bendiga a tu hijo.»

Marzia había dado a Giacomo sus corbatas y le hizo el encargo de llevarle a Totoya el pañuelo de Ferragamo. Pero todavía guardaba el de Anne. No había comentado con Mino la argucia que le preparó a Héctor Battut con el suceso de los quinientos mil francos belgas. Por cierto, el comisario no había vuelto a dar señales de vida. Ahora Mino estaba en Milán a causa de la muerte del patrón Gregorio Notti, y ella estaba aburrida. Los acontecimientos de los últimos días la habían sometido a una actividad intensa, y el sosiego que siguió a ellos la tenían sumida en el aburrimiento. Total, que llamó a Anne.

—Tengo algo que compré en Milán para ti. Tendremos que buscar una ocasión de vernos para dártelo. Espero que te guste.

—Oh, qué alegría, Marzia. ¿Una ocasión para vernos? Esta noche sin más. Ahora mismo si quieres. ¿Por qué no me invitas a cenar?

—Claro que te invito. Podemos vernos a las siete y media en el café Wiltcher's del hotel Conrad, y nos quedamos a cenar allí o nos vamos a algún restaurancito de pescado.

Marzia entró en el Wiltcher's a las siete y veinticinco, pero allí estaba ya Anne, que había elegido una mesa orillada y discreta. Para los besos del saludo, Marzia sólo ponía las mejillas, una tras otra, pero Anne no las rozaba levemente con las suyas según la costumbre general de las mujeres para preservar el maquillaje, sino que las besaba con esos besos casi sonoros que se dan a los niños. Se había puesto una minifalda negra, ceñida y minúscula, indudablemente provocativa porque dejaba ver casi toda la longitud de la larga pierna y porque obligaba a subirla un poco más para poder sentarse con cierta comodidad en el pequeño sofá de detrás de la mesa. Se había despojado de una chaqueta a listas de colores diversos y brillantes y por debajo de la blusa sutil y blanca, casi transparente, se entreveían los dos senos breves y agresivos. A Marzia se le salía por los ojos un indicio de inquietud, quizá de nerviosismo. Ella, por el contrario, iba vestida muy formalmente, con un traje negro de falda amplia y larga hasta más abajo de las rodillas, sólo alegrado en el pecho con delgados cuchillos de color malva.

El pañuelo de Ferragamo traía dibujos grandes y colores vivos, y Anne lo recibió con extremos de alegría, casi palmoteando, y enseguida besó de nuevo a Marzia, esta vez con más fuerza y más veces, tal vez también con mayor intención, abriendo un poco los labios y dejándolos así un segundo sobre la piel de Marzia.

—Ya está bien, Anne. No es para tanto, mujer.

—Es precioso, Marzia, precioso, precioso. Te quiero, te quiero. —Y ahora le besó la mano, que Marzia retiró enseguida, avergonzada.

Tras una breve consulta entre las dos, decidieron cenar allí mismo. Se podía cenar a la carta, aunque el menú no era muy largo, y por un precio razonable, inferior a los mil quinientos francos.

—¿Cómo vas con Karlo?

Fue Marzia quien comenzó así la conversación llevándola desde un principio al terreno donde Anne se explayaba con más gusto y con más picantes pormenores.

Explicó que con Karlo iba como siempre. «Sigue tan pasivo y yo lo tengo que hacer todo.» Y tampoco le iba mucho mejor con Jim, «porque él se satisface enseguida, Marzia, es que tengo muy mala suerte con los hombres, a Karlo cuesta tanto trabajo moverlo como si tuvieras que levantar en peso a un muerto, todavía no hemos llegado a hacer eso del *voyeur*, de que esté mirando cómo me lo paso bien con otro, y Jim es todo lo contrario, en cuanto me ve medio desnuda se engarabita y casi no me deja tiempo para terminar de quitarme la ropa interior, y luego parece un conejo, cuando yo era pequeña veía a los conejos aparearse en la granja de mis abuelos en Yugoslavia, y era visto y no visto, y yo pensaba, pues si esto es así con los hombres, prefiero recrearme yo sólita, ¿tú te recreas sólita, Marzia, o tienes a alguien que te lleve a la cueva?, bueno es que yo, cuando alguien me vuelve loca, digo que me ha llevado a la cueva, los bestias prehistóricos te cogían por los pelos y te llevaban arrastrando a la cueva, y allí te debían de follar a lo animal, joder qué machos, y a Jim no le da tiempo de llevarme a la cueva, el primer día fue otra cosa, pero después, nada, me deja con la miel en los labios, y es que yo creo que el primer día venía de estar con otra y el tío aguantaba como un tigre, luego, cuando se va, tengo que hacer como cuando era pequeña, y entonces pienso en alguien, no sé, un hombre o una mujer, ya sabes que a mí me da igual, algunas veces pienso en Giacomino, pienso muchas veces en Giacomino, porque me gusta con rabia, y algunas veces, no sé si decírtelo, me da vergüenza decírtelo, pero como es verdad te lo digo, algunas veces pienso en ti».

El camarero llegó muy oportunamente, se plantó delante de ellas y esperó con el cuadernito en una mano y el bolígrafo en la otra. Encargaron la cena con media botella de vino blanco, y para entretener la espera un par de martinis. Enseguida Anne retomó el hilo de la conversación.

—No me has contestado, Marzia. ¿Tú te recreas sólita? Si no quieres hacerme ninguna confidencia, no me la hagas. Hay chicas vergonzosas que se dejan dentro todos sus sentimientos y todos sus deseos y todas sus frustraciones, y no se confiesan con una amiga, y todo eso se les pudre, y les hace daño, y es como si llevaran una gangrena en el alma, bueno, me estoy poniendo trascendente y cursi, perdona, además, no me acordaba de que me ha contado Totoya que te has quedado viuda hace muy poco, o sea, que tenías a tu marido para que te llevara todas las noches a la cueva, claro que todas las noches es una exageración, casi todas sería.

Marzia miró con tristeza a Anne. Sorbió lentamente, pero de una sola vez, el martini. Y permaneció en silencio. Anne también calló. «Ahora, le toca hablar a ella.

Tengo que darle tiempo. Lo que sucede es que yo hablo demasiado. Me lo dicen todos. Bueno, todos menos Karlo. Yo hablo y hablo, lo toco y lo toco, lo beso y lo beso, y él tan a gusto, una hora, o dos, lo que se presente.» Trajeron la cena y la comieron calladas. Sólo pronunciaban las frases del rito. ¿Quieres un poquito más de vino? Está rico el *foie*. ¿Te sirvo agua? ¿Qué te apetece para postre? Yo, el café lo tomo también por la noche, el café no me quita el sueño, a mí lo único que me quita el sueño por la noche y a cualquier hora es el amor. Es estupendo el amor, ¿verdad? Y ya estaba de nuevo enhebrado el hilo y reanudada la conversación. Anne siempre tiraba al mismo lugar. Por muchos rodeos que diera terminaba indefectiblemente en el sitio de su costumbre. Era una criatura amasada de ingenuidad y de lujuria. «Marzia, a mí me hubiera gustado ser Friné, y Venus y Safo, o las tres a la vez, y si hubiese sido la mujer de Lot, seguro que me convierto en estatua de sal. Pero a lo mejor, a la mujer de Lot la lamían los perros. Dicen que hay perros a los que les gusta lamer las cosas saladas. En la residencia hay una chica danesa que tiene un perro, un pequinés llamado *Harold*, y dicen que todas las noches la lame. ¿Tú crees que puede ser eso? Bueno, qué tonterías pregunto. Claro que puede ser.»

Por fin habló algo Marzia. «Anne, en el sexo puede ser todo. Pero yo no sé seguirte por ese camino. Mi historia sexual es muy desgraciada. Jamás la he contado a nadie, y me avergüenza recordarla. Me he acostumbrado a no hablar de mí, a no dejar que los demás se interesen por mi vida. Para mí, el sexo ha sido, desde hace años, triste y humillante.» Habían terminado la cena. Anne puso su mano encima de la de Marzia, que descansaba sobre la mesa, cerca de la taza del café, ya vacía. Alguien las miraba desde una mesa lejana. Marzia retiró la mano. «Nos están mirando», dijo alarmada. Rió Anne. «Bueno, ¿y qué? Pues vaya una preocupación», pero también ella escondió la mano. La llevó entonces a una rodilla de la hebrea, y ésta sufrió o fingió un sobresalto. «No te preocupes. El mantel casi arrastra por los suelos, y nada se ve desde las mesas de enfrente.» Le acariciaba la rodilla y luego el interior de los muslos, subiéndole poco a poco la falda.

—Anne, no, por favor. Déjame, déjame.

—Pero, amor, si son caricias de amiga, sin malicia ninguna. Es que me ha impresionado saber que has sido desgraciada. Tú mereces cariño, Marzia. Eres una mujer extraordinaria, bella, inteligente, joven, estás en la plenitud de la juventud, y a mí me entristece que hayas sido tan desgraciada como dices.

—Hace años que vivo sin sentir una caricia, Anne, sin que nadie me acaricie ni me trate con cariño.

—Eso es terrible, Marzia.

—Es mucho más terrible de lo que tú puedas imaginar.

—Pero tenías tu marido. Dices que para ti el sexo ha sido triste y humillante, pero el sexo siempre da placer. Por muy raro que fuese tu marido... ¿es que te pegaba, Marzia? Hay hombres que disfrutan pegando, y hay mujeres que gozan cuando les pegan.

—No, pobrecillo. No podía pegarme, ni siquiera ponerme la mano encima.

Se resistía Marzia a contar la extraña historia sexual vivida con Benjamín, pero por otra parte estaba deseando contarla, ¿ya quién mejor que a aquella muchacha despreocupada, sin prejuicio alguno, a la que todo le parecía admisible? Por fin lo soltó: «Era un inválido, Anne. A los pocos años de casada, dejé de tener un marido normal. Padecía una enfermedad terrible, esclerosis en placas, que lo tenía en un sillón de ruedas, sin movimiento. Había que hacérselo todo, darle de comer y de beber, lavarlo, peinarlo, ponerlo a hacer sus necesidades como a un bebé, como a un enorme muñeco de trapo con las extremidades sin vida.» Anne intensificó la presión de la mano sobre el muslo y ascendía un poco en su caricia. Marzia temblaba, temiendo y esperando a la vez la audacia de Anne. «Entonces, ¿qué hacíais? ¿Lo tocabas tú a él? Tendrías que hacerlo aunque sólo fuese por caridad. Se te han ido los mejores años de la vida sin disfrutar de lo mejor que tiene.» Marzia bajó la cabeza. Puso su mano encima de la que Anne tenía en su pierna y la apretó fuertemente desplazándola algo hacia la rodilla. «No quería que lo tocara. Seguramente había perdido sensibilidad también allí. Me pedía que me desnudara delante de su silla de ruedas, que me desnudara lentamente, muy poco a poco, en un largo estriptís, que me acariciara el cuerpo durante un rato y por fin que me masturbara con un ritmo creciente. Cuando yo daba un suspiro final, él sentía placer. Yo lo limpiaba, y entonces él, unas veces me daba las gracias con emoción lastimosa o al contrario, me insultaba con las palabras más soeces. Ahora ya lo sabes.» Había descansado la cabeza en el hombro de Anne, cuyas caricias se habían hecho mucho más atrevidas. De nuevo gimió Marzia, «no, no, Anne, no», en un ruego equívoco, en el que no se sabía bien lo que rogaba, si que detuviera el roce y la exploración o que los intensificara.

—Anne, no, por favor, no. Después de tantos años de no sentir en mi cuerpo otra mano que no sea la mía, me conmueve cualquier contacto... y este tuyo especialmente. No puedo resistirlo. Me va a suceder lo que jamás me ha sucedido, que voy a perder el dominio de mí misma.

—Marzia, eres admirable. Mejor que admirable, eres increíble. ¿Jamás en estos años le has sido infiel a tu marido?

—Nunca. Bueno, una vez le traicioné, pero yo sentí un gozo un poco triste. El remordimiento no me permitía el placer completo. Una sola vez tuve una experiencia maravillosa. Gocé un rato de paraíso. Jamás había sentido un goce igual, físico, desde luego, pero también espiritual.

—¿Y fue con un hombre o con una mujer?

—Con un hombre... Bueno, no sé. Quizá no. O quizá sí. Sólo sé que era un ser humano prodigioso, dulce, amable, delicado, con una generosidad infinita...

—¿Generosidad?

—Sí. El único placer que él podía sentir era el de dármele a mí, y lo hizo como no lo habría hecho nadie sino él.

—De todas formas, es heroico que a lo largo de esos años sólo hayas engañado a tu marido esas dos veces.

—La última vez no lo engañé. Eso ocurrió el mismo día en que Benjamín había muerto.

—¿Y por qué no lo has repetido?

—Porque ese ser maravilloso también ha muerto.

Por la mente de Anne pasó inmediatamente el recuerdo de Giorgio, pero se guardó mucho de pronunciar el nombre. Acercó su boca a la oreja de Marzia.

—Marzia, llévame enseguida a la residencia y subes a mi cuarto. O llévame a tu casa, ¿quién vive en tu casa?, sólo tu madre, ¿verdad?, le puedes decir que soy una amiga que no tengo donde dormir esta noche y que me has ofrecido dormir contigo, en tu cama, y que mañana me iré porque ya tendré una residencia donde vivir. O mejor todavía, tomamos una habitación en el hotel y nos subimos ahora mismo. Puedo tomarla a mi nombre y así no figurará el tuyo. Tú subes después. Nadie se entera. Estoy deshecha, Marzia, deshecha, y sé muy bien que también tú estás deshecha. Te tengo ardiendo. Lo noto. Vamos, Marzia. Quiero quedarme dormida entre tus brazos. O al revés, que tú te quedes dormida entre los míos. Te llenaré de besos, Marzia. Anda, vamos.

—No, déjame, déjame.

—¿Cómo voy a dejarte así? ¿Y yo? ¿Cómo me dejas a mí?

—Perdóname, Anne. —Había recuperado la seguridad en sí misma después de los momentos de flaqueza, y también su habitual energía—. No quiero sentir placer con otra mujer, ni siquiera contigo. Es cierto que me tienes deshecha, pero no quiero empezar ese camino.

Se había liberado de la mano de Anne y arreglaba su falda.

—¿Qué harás? ¿Recrearte solita?

—Tú no lo comprendes, porque siempre estás con alguien a tu lado, en una cama o en otra. Mi dormitorio está vacío, pero mi imaginación está poblada.

—Pues, por lo menos, méteme en ella. Méteme en tu imaginación, Marzia.

—Descuida. Esta noche me desnudaré para ti.

Le dio un beso rápido en los labios, pagó la nota, salieron, dejó a Anne en la residencia sin nueva despedida y se fue a casa, agarrotada al volante y apretando los dientes como si de entre ellos se le hubiera escapado una pulposa, olorosa y tentadora manzana de un extraño y prohibido árbol del Paraíso.

Envió dos agentes al domicilio de Marilyn, es decir, de Honoré Perret, con la orden de que lo trajeran, de grado o por fuerza, al despacho del comisario. Los agentes volvieron sin la pieza. En el domicilio que Marilyn le dio a Battut no vivía ningún Honoré Perret ni ningún Marilyn ni tenían remota noticia de su existencia. El chico había dado, fingiendo mala gana para perfeccionar el engaño, un domicilio falso y lo

más probable es que falso fuese también el nombre de Honoré Perret. «Mamón de niño.» Sabía que a los agentes les sería prácticamente imposible cazarlo en las inmediaciones de *Le Hibou rose*, su puesto habitual de pesca de clientes. «Tendré que cazarlo yo.»

Se dedicó pacientemente a una labor que de antemano sabía infructuosa. El doctor Ismael Cohen confirmó ce por be la versión de Marzia acerca del episodio de la pinza de cigala, el pasaporte falso a nombre de Ezequiel Cohen, el viaje a Aquisgrán y todo lo demás. Lo mismo declaró el doctor Pingle. «No, no, el doctor Cohen me avisó por teléfono para que tratara al señor Notti. Él no lo había visitado. Recuerdo este dato muy claramente. Si no hubiese sido así, le hubiese pedido a Cohen que me acompañara siempre en mis visitas a su enfermo, porque guardo escrupulosamente esa vieja costumbre.» Igual confirmación recibió del doctor Möller: «El doctor Cohen no visitó al enfermo Giorgio Notti en ningún momento mientras permaneció en la clínica.» Volvió al Square Marie-Louise. La portera insistió en que una señora mayor, entre 50 y 60 años, visitó al enfermo antes de que se lo llevaran en una ambulancia. Obviamente, esa señora no era Marzia Bachner. ¿Quién sería? Llamó por teléfono a la judía. «Aquella señora era mi madre. Yo tenía que ir a la oficina, y no quise dejar solo al señor Notti. Rogué a mi madre que estuviese unas horas con el enfermo, le diese la comida, arreglase la casa y se cuidara de que tomara las medicinas que había recetado el doctor.»

—¿Puedo hablar con su madre?

—Cuando guste, comisario. Avíseme, por favor, para que yo le anuncie su visita.

—Claro está. Así lo haré.

No había prisa. La madre de Marzia Bachner le ofrecería una nueva y total confirmación a todo cuanto había declarado su hija.

Cenó en *La Chaire*. Prolongó la sobremesa para hacer tiempo a que se hiciera la hora en que Marilynó saldría de caza. Esta vez no se ocultó. Paseaba por la calle ostensiblemente. Al cabo de un rato, vio venir a Marilynó. Se detuvo un momento al reconocer al comisario, pero enseguida continuó caminando hacia él. Battut le hizo una seña para que se acercara. Y Marilynó se acercó.

—¿Quieres venir a mi despacho voluntariamente o prefieres que extienda una orden de detención?

—Andando.

—¿Hoy no te cagas en santa Gúdula?

—A santa Gúdula la tengo más cagada que el suelo de un gallinero.

—Grosero.

Hasta que llegaron al despacho, no empezó Battut el interrogatorio.

—Te has metido en la boca del lobo. Me has dado, le has dado a la policía un nombre falso y un domicilio también falso. Eso es grave.

—No tan grave. Además, no tiene testigos.

—Sí tengo, granuja. ¿Es que no te acuerdas del inspector Coleman, mamón?

—No sirve. Ese policía trabaja con usted. Y además, no me insulte. Usted no puede insultarme.

—Yo puedo insultarte y además darte una buena somanta. No tienes testigos.

—Eso es verdad, me cago en santa Gúdula.

—¿Fuiste tú el de la pinza de cigala?

—Coño, no.

—Pues, ¿quién fue?

—Fue Cordonnier.

—Mentira. Cordonnier no iba al Square Marie-Louise. Quien iba allí eras tú. Tú le metiste a Bianchi, o a Notti, la pinza de la cigala por el culo.

—Que no, comisario. Que fue Cordonnier. Se lo llevó una noche y se vengó de él porque se venía conmigo y se iba también con otros.

—¿Cómo lo sabes?

—Joder, porque Cordonnier iba por ahí presumiendo de que se había vengado del italiano metiéndole una pinza de cigala por el culo, y de que le había robado doce mil francos.

—No seas estúpido, Marilyno. Cordonnier, en vez de presumir, habría desaparecido por miedo a que Notti lo denunciara.

—Ca, comisario. Los señoritos maricones nunca denuncian a los chaperos. Pasan por todo con tal de que no se enteren sus familiares, ni sus compañeros de trabajo, ni sus amigos. Cordonnier estaba seguro y bien seguro de que el italiano no diría palabra de eso a nadie.

—¿Quién más oyó a Cordonnier contar lo de la cigala?

—En *Le Hibou rose* lo saben hasta las mesas, los artistas, los clientes, los camareros. Pregunte, pregunte.

—¿Le Muy?

—¡Pues claro! Y Madame la Marquise, y René, y Max, y todos.

—Dame las papelinas y vete.

—No me haga eso, comisario. La información también vale. Tendría que pagarme algo. Seguro que me he perdido un cliente.

—Lo que tendría que hacer es detenerte por ejercer la prostitución siendo menor de edad y meterte en un reformatorio.

—No puede, comisario.

—¿Cómo que no puedo? ¿Por qué no puedo, mamoncete?

—Porque no soy menor de edad. Lo digo porque así pican más.

—Muéstrame la documentación.

—Ya sabe usted que nunca la llevo encima.

—Anda, desaparece ya y que te den por el culo.

—Eso es lo que me está haciendo falta, comisario. Santa Gúdula le oiga.

El día después del entierro, jueves 17, antes de las ocho de la mañana, Gaspare Notti entró en el despacho de su padre y fue derechamente a sentarse en el viejo sillón giratorio que durante tantos años había sido del fundador de la firma. Nadie había llegado todavía a la oficina. Se repanchigó en el sillón y estiró las piernas con placer. Tomó impulso para imprimir al sillón un movimiento rotatorio. Extendió ambas manos sobre la gran mesa de despacho, con las palmas hacia abajo en un ademán indicativo de que estaba tomando posesión de todo aquello, y permaneció así durante varios minutos. Sobre la mesa no se veía ni un solo papel. La carpeta de cuero repujado estaba vacía, y la escribanía de plata, perfectamente inútil, cumplía su misión de ennoblecer el mueble. Sin duda, Palma, la eficientísima secretaria de Gregorio Notti, apenas conocer la muerte del jefe, se había ocupado en dejar el despacho en orden y en retirar todas las carpetas, expedientes, firmas y correspondencia. Los cajones de la mesa estaban cerrados con llave y también la gran estantería del fondo con puertas de cristales. Gaspare Notti intentó en vano encontrar papeles o registrar muebles. Tendría que esperar la llegada de Palma.

Llegó enseguida y al entrar al despacho de su jefe muerto y hallar allí a Gaspare, sentado en el sillón, en indubitable actitud de posesión y dominio, no pudo reprimir un gesto de desagradable sorpresa.

—Señor Gaspare, si me hubiese avisado, habría venido antes. Dios mío, ¿desde cuándo está usted aquí?

Para Palma, Gregorio Notti era el señor Notti, y su hijo era el señor Gaspare. Ahora, permanecía delante de la mesa, en actitud de espera, un tanto intrigada, y aunque no hiciera nada por demostrarlo podía adivinarse sin demasiado esfuerzo que no sólo estaba intrigada sino también molesta. Lo más seguro es que no le pareciera respetuosa esa invasión prematura del sanctasanctórum del viejo empresario. Por otra parte, todos sabían en la sociedad que, desaparecido Gregorio Notti, la verdadera propietaria de Electrodomésticos Notti era su viuda. El hijo debería haber guardado unos días de respeto y esperar a que su madre renunciara a favor de él a la presidencia de la sociedad, como era previsible que sucediera. «Las normas y las formas deben ser respetadas incluso por los miembros de una familia», solía decir el abuelo Notti. «Cuando una familia no respeta las normas ni guarda el orden en la administración de un negocio, todo el mundo termina por meter la mano en la caja y el negocio se va a pique.»

—Palma, primera providencia: a partir de este momento, no debe salir ninguna correspondencia que no esté revisada y autorizada por mí. Todo el correo que esté preparado para enviar, debe ser recuperado por usted y sometido a mi supervisión. Dé este aviso inmediatamente, y vuelva aquí.

—Sí, señor Gaspare.

—Ah, desde ahora mismo, se ha acabado eso de «señor Gaspare». Para todo el

personal, y para usted la primera, yo soy «el señor Notti» o «el señor presidente». ¿Entendido?

—Entendido, señor Notti.

—Tráigame todos los documentos que dejara mi padre firmados y que no hayan sido remitidos todavía a sus destinatarios, o que estuvieren pendientes de su firma, y entrégume la llave de la mesa y de los armaritos de la estantería.

—El señor Notti dejó firmadas las nóminas del mes, que deben ser enviadas a Administración cuanto antes, y los nuevos contratos del señor Grande y la señora Bachner, que fueron remitidos el lunes por la Asesoría jurídica.

—Envíe las nóminas y traiga los otros documentos, Palma. ¿Cuántos ejemplares de los contratos hay firmados por mi padre?

—Hay tres, como siempre, señor Notti, uno para los interesados, otro para Asesoría jurídica y otro para Personal. Una copia sin firmar se conserva en el archivo personal del presidente.

—Tráigalo todo.

Lo trajo. Con toda probabilidad, lo trajo a regañadientes. No le gustaba esta revisión de las decisiones del señor Notti que iniciaba tan precipitada y desconsideradamente el «señor Gaspare». Comprobó él los documentos, que estaban todavía en el portafirmas de la presidencia. Allí estaban los tres ejemplares del contrato de Giacomino y los tres ejemplares para Marzia. Aparte venía la copia sin firmar. En una mesita adosada a la pared, detrás del sillón giratorio, descansaba un gran portafolios de cuero negro. La pequeña llave colgaba de un cordón anudado al asa. La cartera de documentos del abuelo Notti estaba vacía. Gaspare introdujo en ella todos los documentos de los contratos.

—Pero señor Notti, deben salir hoy. En realidad, si no han sido enviados antes a Bruselas fue porque llegó la inesperada noticia del fallecimiento de don Gregorio y todos nos descompusimos. El trabajo en la oficina se paralizó. Fue culpa mía, y le pido perdón.

—No se preocupe por eso, Palma. Me llevo estos documentos para revisarlos. Veamos ahora la correspondencia.

En la correspondencia no encontró Gaspare nada interesante. Eran todas cartas comerciales de trámite. No obstante dio una orden:

—Recopie todo esto para que lo firme yo.

—¿También como presidente?

Gaspare dudó un momento.

—Sí, naturalmente, como presidente. Encargue hoy mismo el papel timbrado sustituyendo el nombre.

—Así se hará. ¿Algo más, señor Notti?

—Sí. Cite usted para el lunes por la mañana en este despacho a los señores Trifogli, Adamo y Zacearía, ya sabe, los sobrinos de la señora Tilde. Nada más. Ah, otra cosa, Palma. Fedora, mi secretaria particular, seguirá siéndolo en estas

circunstancias. Usted quedará a sus órdenes y la asistirá en su trabajo, sobre todo en los primeros momentos, hasta que se familiarice con el nuevo puesto, las obligaciones del presidente, los archivos, etcétera. Luego, ya le buscaremos un nuevo acomodo en la firma.

Palma, que durante veintidós años había sido la mano derecha de Gregorio Notti, dio media vuelta y salió del despacho, erecta y altiva, sin pedir permiso para ello ni despedirse. Hasta que no hubo cerrado la puerta, no le estalló el primer sollozo.

9. El dios de los cananeos

Con la muerte del abuelo Notti, la crisis anímica y sentimental de Totoya mostraba síntomas de más gravedad. En Villa Luce canturreaba nanas a su niño, cada vez más surrealistas, cuyas disparatadas letras cambiaba a su capricho continuamente.

*Gusanito de plomo,
trino de plata,
aguilucho de mármol,
muñeco de agua,
jinete del deshielo,
sangre y manzana,
fuego fatuo mi niño,
flor de mortaja,
viborezno en mi ombligo,
ángel y espada,
bajarás por mi vientre
arañando mi entraña.*

—¡Qué cosas cantas, Totoya! Tiene razón Celina. ¿Es que no puedes cantar al niño las nanas que canta todo el mundo, y llamarle lucero de la mañana, pimpollo de nardo, capullo de lirio y gozo de la *mamma*?

—Este niño no es como todos los niños, Giacomino. Este niño me pesa en el vientre como una montaña desierta que se desplomara a un abismo en busca del agua. Este niño me matará al nacer, Mino. Nacerá para que yo muera. Yo sé que me matará. Este niño me matará lo mismo que el tío Giacomo nació sólo para matar a su madre, la bisabuela María Luce, y después se ahogó él mismo en el lago para buscar los besos de su madre en el abrazo del agua. Una noche me dijo Enrico que tía Leticia odiaba a los niños desde que Giacomo nació matando a su madre. Y mi hijo hará igual conmigo. Has engendrado en mí un niño asesino. Tía Leticia se fue al convento asustada por los lamentos de su cuñada María Luce en los dolores del parto y de después. Y seguramente de eso, decía Enrico, le salieron los estigmas y le creció en el vientre virgen el terror a los hombres.

Giacomino no sabía cómo cortar ese torrente de insensateces y de premoniciones sin sentido, y algunas veces, mientras Totoya hablaba y hablaba, se tapaba la cara con las manos y lloraba en silencio. Una noche que Totoya lo llamó a su cama y le pidió un amor frenético y repetido, Mino notó un cuerpo extraño que rodeaba uno de los cálidos muslos de su hermana.

—¿Qué es esto, Totoya?

—Calla. Deja eso.

Echó hacia abajo las sábanas, y quedó al descubierto el cuerpo desnudo de la hermana. En el muslo derecho, un aro de hierro le apretaba la carne blanca y suave hasta hacerle saltar puntos de sangre. Totoya se había sujetado en la pierna uno de los cilicios de tía Leticia, sor Lucía, de los dos que todavía se guardaban en uno de los baúles del trastero, un aro de hierro con pequeñas puntas internas que dejaban alrededor de la pierna un cerco en forma de corona de espinas. Seguramente, aquellos minúsculos pinchos conservaban la sangre seca y santa de sor Lucía, la monja de los estigmas. Giacomino desató el cilicio y besó el lugar de la mortificación, lamiendo las pequeñas heridas y refrescándolas con su saliva.

La actitud de Totoya con el hermano era imprevisible. Desde luego, persistía en ella el rechazo y aun la repugnancia al varón, y por lo general no dejaba que Giacomino la besase o la abrazase, y a veces ni siquiera que la tocara o que se aproximara a ella. «Perdóname, Giacomino, me perturba tu olor. No soporto el perfume de tu pelo, de tus manos, de tu cuerpo.» Pero había surgido un síntoma nuevo, aún más desconcertante y contradictorio. Porque de repente, expresaba un deseo frenético y urgente de que Mino la poseyera, sin esperar a que llegara la noche o al menos a estar en la casa y poder entrar en la alcoba. «Mino, ámame, abrázame aquí mismo, entra dentro de mí, que te espero con ansia. Yen a mí como en aquellas noches de julio cuando engendraste en mi vientre este niño que un día nacerá para matarme.» «¿Qué te pasa, Totoya? ¿Qué fiebre te hace hablarme de esa manera? No te entiendo.» Y no encontraba una manera dulce y solícita de calmar el súbito y caprichoso acceso amoroso de la hermana, que se enfurecía al comprobar que Mino no satisfacía enseguida su repentino e inoportuno deseo.

Estaban en Villa Luce desde el mismo día del entierro del abuelo Notti. Fiorenzo les había llevado desde Milán en el Jaguar junto con Elettra y don Pelayo, y permanecerían en la Villa hasta el lunes siguiente, 22 de noviembre, en que regresarían a Bruselas. Luego, en Navidad, otra vez al Lago. Una mañana, paseaban lentamente los dos hermanos por el Camino de los Castaños. Llevaban las manos cogidas, y a veces las balanceaban hacia atrás y hacia adelante como si las echaran a volar. Hacía un sol enfermizo y enclenque, pero que fue tomando fuerza a medida que se aproximaba el mediodía. Cuando alcanzaron el recoleto claro de los sauces llorones, Vittoria se adentró en él, y comenzó a desnudarse con rapidez. Recitaba una de sus urgentes solicitudes. Cuando la muchacha entraba en uno de esos ataques de erotismo urgente, hablaba con la ampulosidad retórica de la heroína de una tragedia clásica, que en ella sonaba ridícula. «Ven sobre mí, amado de mis ojos, hermano mío, sangre mía, y calma esta tormenta de amor hacia ti que se alza en mi vientre, henchido de tu pecado», y seguía diciendo frases semejantes mientras intentaba desnudar a Giacomino y rasgaba impaciente su ropa interior para ofrecerse desnuda al hermano incestuoso. Giacomino se asustaba de esta urgencia y de las palabras insólitas, y la estrechaba con fuerza entre sus brazos, tanto para detenerla

como para abrigarla.

—Hace frío, Totoya. Vas a pillar una pulmonía. Estás loca, estás loca. Esta noche iré a tu cama y te tendré abrazada toda la noche, si quieres, toda la noche, hasta desmayarme en tus brazos, hasta el último suspiro. Pero aquí no puedes permanecer desnuda más tiempo. Deja que te vista.

Vittoria echó a correr hacia la orilla del Lago. Se introdujo en el agua hasta sumergir media pierna y llamaba desde allí a Giacomino, muerta de risa. Por fin regresó a los sauces y se dejó enjugar, frotar y vestir por Giacomino, que puso, sobre el de ella, su jersey de lana. Llevándola abrazada por el hombro, emprendieron el camino de regreso. Aquella noche, cuando Giacomino entró en su cuarto, Totoya lo despidió fríamente:

—Mino, no te acerques. No quiero tenerte en mi cama ni que dejes en mi almohada el repugnante olor de tus cabellos.

Estaba alarmado, Mino. Le preocupaba la salud de la hermana. Totoya había sido siempre un poco original. «Cosas de Totoya», decían todos. Pero estos saltos de la euforia a la depresión y viceversa, la falta de sentido de la realidad, el deseo repentino del amor, eran síntomas que no podían dejar de poner en guardia al hermano, y él era quien en realidad los conocía y los sufría.

—Mamá, estoy preocupado por Totoya.

Elettra estaba sentada en el saloncito pequeño, frente a la ventana por donde entraba el paisaje del Lago, aquel lugar que era, de toda la casa, el preferido de don Salvatore Duchessi, el padre de la abuela Vittoria. Bajó con las dos manos el libro que leía hasta hacerlo descansar en la falda, sobre el regazo.

—¿Qué te preocupa, hijo?

—No sé, la encuentro rara. Dice y hace cosas raras.

—¿Qué cosas?

—Le canta al niño nanas absurdas. Salta y se alegra como una chiquilla, y después se deprime, se calla, se entristece. Conmigo se comporta de un modo extraño. Lo mismo me busca para que la acompañe a pasear o para que le dé conversación mientras descansa, que me echa de su lado de una manera seca. Quizá debiera verla un médico, mamá.

—No digas tonterías, Mino. Lo que le sucede a tu hermana es todo muy natural. Es una niña de veinte años que se ha quedado sin marido y que espera un hijo de él, su primer hijo. Sufre los temores del primer embarazo, y se atormenta cuando recuerda las circunstancias terribles en que ha muerto su marido, y el peligro que corrieron ella y el niño. Ha conocido el amor de un hombre, y de repente lo ha perdido de un modo brutal. ¿Cómo quieres que esté Totoya? ¿Quieres que sea un prodigio de equilibrio? Tiene altibajos en el estado de ánimo, y es natural. A cualquier persona, por muy equilibrada y serena que fuese, le sucedería eso y más. Además, esos decaimientos del ánimo son cosas de mujeres que los hombres no comprendéis. Los hombres encontráis muy natural que una mujer esté preñada, que

dé a luz un niño, que lo cuide, y si me apuras, os parece muy lógico que se resigne a la viudez desde la juventud. No te preocupes. Dentro de poco tiempo, tu hermana se enamorará de nuevo de un chico, se casará y volverá a ser ella, con su carácter y con sus genialidades, que siempre las ha tenido. Mira, a mí, con tu padre...

Giacomino huyó con presteza. «Perdona, mamá. Quiero ir al pueblo en bicicleta antes de que se haga más tarde.» El rollo de su madre con don Pelayo, no. Ya lo conocía de memoria. Además, lo que le pasaba en realidad a Totoya no se lo podía explicar a la madre.

Cuando montaba sobre la bicicleta, lo llamó Totoya.

—Mino, ¿adónde vas?

—Voy al pueblo.

—Espera. Llévame contigo.

—Pero Totoya, ¿cómo voy a llevar en el cuadro de la bici a una señora embarazada de más de cuatro meses?

—Pues llevándola.

Totoya era así y tampoco Mino podía ni quería cambiarla. Por el camino, le dijo: «Además, yo no soy una señora. Yo soy Leda y tú eres mi cisne. En cuanto me baje de la bicicleta, me meto entre tus alas.»

Después de su última conversación, el pequeño juez cascarrabias Maximilien Bodin no había dado señales de vida. Battut ya no encontraba su mesa de despacho sembrada de avisos de llamadas telefónicas del juez. No parecía sino que se hubiese olvidado del «caso Cordonnier». El comisario había aprovechado los tranquilos días finales de la semana para poner orden en sus notas y completar sus fichas. Sábado y domingo había salido a cenar con Alice, y luego habían celebrado la sólita cabalgada. Alice siempre añadía a aquellas carreras alguna picardía nueva, de modo que el galope ofrecía con frecuencia un aliciente imprevisto. Luego, prolongaban la estancia en la cama con una conversación, que casi siempre recaía en el asesinato de Cordonnier, y eso servía a Battut para pensar en voz alta y para añadir a las suyas las observaciones de Alice, llenas de sentido común y de agudeza femenina. El comisario estaba embebecido por completo en el «caso del empalado», al que dedicaba toda su atención y descuidaba las pequeñas fechorías de ladronzuelos y rateros que caían bajo su investigación. Ese trabajo lo dejaba para los inspectores que le auxiliaban. Naturalmente, algo había que hacer con aquel misterio para no dejarlo así eternamente, sin cerrar y sin proseguir, de modo que el lunes anunciaría su visita a Bodin. Cuando llegó al juzgado, explicó al magistrado, que parecía un dechado de sosiego, la situación en que se encontraba la investigación. Se cuidó de no referirse concretamente a sus intuiciones y sospechas acerca del inductor o inductores, verdaderos responsables del asesinato.

—¿Qué aconseja usted, Battut? Hábleme claro.

—Aconsejo que se archive provisionalmente el caso del asesinato de Cordonnier, en espera de que aparezca el supuesto inglés John Baxter o la persona que se esconda bajo ese nombre. O bien que surjan nuevos elementos o circunstancias que permitan continuar la investigación por los mismos o por otros caminos, cosa que me parece muy poco probable. Sin embargo, para agotar todas las vías de posible información valiosa, le ruego que autorice la intervención del teléfono particular de Marzia Bachner, la secretaria particular que fue de Giorgio Notti. Vive en el Square Ambiorix, 30, y el número de su teléfono es el 7351177. He traído la petición, cumplimentada y firmada, pero he de advertirle honradamente que ni siquiera podría justificar esta petición en sospechas vehementes. En definitiva, me rindo, señor juez. Lo digo con rabia y con sentimiento de fracaso, porque es el asunto más espectacular que me ha tocado investigar en mi vida de policía. Pero me rindo.

—De acuerdo, Battut. Concedida la autorización para intervenir ese teléfono. No podemos hacer otra cosa. Lo siento, pero lo comprendo. Quizá no le venga mal a su soberbia una cura de humildad. Está usted muy mal acostumbrado. Lo malo es que este fracaso ha tenido que ser precisamente con un caso mío.

—Es posible que nos venga bien un poco de humildad. No sólo a mí. A todos. Gracias, señor juez.

Estuvo a punto de añadir: «No hay que lamentarse tanto. Incluso a mí se me puede resistir una investigación.»

Pero si Bodin pensó que Battut se había dado por vencido en toda la línea, es que no conocía ni por asomo el carácter del Oso. El Oso Battut seguiría corriendo detrás de la pieza con su paso lento pero implacable. Ya en su despacho, permaneció un rato sentado a la mesa, metida la cabeza entre los brazos cruzados. No parecía sino que estuviese durmiendo. Se alzó, se dirigió a la ventana y ya se sabe lo que vendría después. Alzó los brazos y soltó su característico ronquido de jabalí, que se oyó fuera del despacho y provocó la risa de los agentes de guardia. Regresó a la mesa tras el desahogo. Habló con el telefonista.

—Deseo comunicar con el señor Jean-Marie Lavalley, en la Sécurité Interne. Si se va a poner él, me avisa enseguida para que el señor Lavalley no tenga que esperar.

Lavalley y Battut eran compañeros de estudios. Tenían aproximadamente la misma edad y los mismos años en el Cuerpo. Battut prestaba ahora sus servicios en la Policía Judicial mientras que Lavalley pertenecía al Bureau des Renseignements pour la Sécurité Interne, más conocida por sus siglas BRSI, o sea, el Servicio de Inteligencia belga. La conversación fue muy breve. Battut invitaba a almorzar a Lavalley. «Hoy, lunes, imposible. Ya tengo comprometida la comida. Mañana.» Quedaron de acuerdo. «Mañana, a la una, en *La Chaire*. ¿Te parece bien?» A Lavalley le parecía bien. «O. K.» Pidió al dueño de *La Chaire* que le reservase como siempre la mesa del rincón, pero le rogó que la situara alejada de la mesa más próxima. «No se preocupe, monsieur Battut, y además les pondré un panel movable de separación para que quede la mesa más aislada», le tranquilizó el vasco-francés. A Battut se le escapó el O. K.

habitual de Lavallo. «O. K. Gorka.»

Hasta los postres no entró Battut en materia. Los dos hombres eran comilones y ya se sabe que el estómago vacío apresura y arruina la conversación. Sólo el estómago lleno reposa los conceptos y acompasa sabiamente las palabras. En los almuerzos de negocios o de trabajo, la sabiduría consiste en esperar al café hablando del menú. Hablar de platos de cocina estimula el apetito y hace más agradable el sabor de los manjares.

—Se trata de conocer si tenéis noticia de que algún miembro del Mossad o agente que trabaje para ellos se encuentra en Bruselas o ha permanecido aquí en los últimos días. Estoy encargado del asesinato del maricón empalado y creo que por ahí existe una pista que conviene seguir. Me da en la nariz que ése es un crimen de encargo, ejecutado mediante precio, y por ahí me sale un hilo del que intento tirar. Naturalmente, no tengo que ofrecerte la seguridad de mi discreción. El caso fue cerrado ayer, y esta investigación la prosigo por mi cuenta y no tengo que informar puntualmente a nadie. Siento un irresistible prurito policiaco de conocer la verdad de este misterio, aunque estoy convencido de que jamás podré probar nada. No conseguiré probarlo, pero quiero conocerlo. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Claro que te entiendo, Battut. Y conociéndote como te conozco, más.

—Te prometo que de lo que me informes haré sólo uso particular, para mis elucubraciones, mis conclusiones y mi satisfacción personal. Si tu información me sirviera para conocer con razonable certidumbre al sospechoso de haber ejecutado el crimen y a los responsables de haberlo inducido y pagado, os pediría permiso para actuar, a ti primero y al Bureau después.

Lavallo permaneció pensativo unos segundos, los suficientes para hacer que Battut esperase con impaciencia la respuesta.

—Déjame una semana. Puede haber algo de eso que me dices. Creo que un sujeto que pertenece o tiene algo que ver con el Mossad ha permanecido en Bruselas varias semanas después del verano. Pero yo no llevo ese asunto directamente. Tendré que convencer a Notrhomme, que es quien lo sigue, de que me lo cuente todo, y ya conoces a Notrhomme. Le gusta hacerse el impenetrable. No te prometo nada. El lunes próximo comemos de nuevo y te cuento lo que haya podido obtener.

Sacó del bolsillo una pequeña agenda. «Lunes, lunes. Lunes, 29. Mismo lugar. Misma hora. Mismo menú. Mismo anfitrión. ¿O. K.? ¿Dónde vas ahora? Te llevo en el coche.» «No. Voy andando. Estoy cerca.»

Apenas llegada a Bruselas, Vittoria Notti, viuda de Giorgio Notti, de soltera Grande y para todo el mundo en el Lago Vittoria Duchessi, recibió una citación por telegrama para asistir a la Junta General de accionistas de la empresa Electrodomésticos Notti, S. A., convocada para el miércoles 24, a las cuatro de la tarde en primera convocatoria y a las cuatro y media en segunda. Le extrañó que no le

hubiesen avisado a Villa Luce, y naturalmente le fastidiaba emprender otro viaje a Milán a las pocas horas de regresar de allí. Llamó por teléfono a la *nonna*.

—¿Debo ir, *nonna*? Estoy recién llegada a Bruselas desde el Lago, y el viaje me cansa.

—Creo que sí debes venir, *figliola*, porque entre otras cosas se deberá tratar de la situación económica que plantea a ti y al niño la desaparición de Giorgio, y tendremos que adoptar una fórmula para resolverla. Ya la tengo pensada, pero prefiero que estés presente y que prestes tu conformidad a lo que se acuerde. Son cosas de Gaspare, hija. Perdónale esta incomodidad. Quiere que todo esto se haga con las más escrupulosas formalidades.

La acompañó Giacomino, en avión.

—Esta jodida criatura pesa cada vez más, y eso que se pasa la vida en el aire.

—Totoya, no me gusta que hables así. Ese niño es un ángel, inocente de todas nuestras culpas o de todos nuestros errores. No es una jodida criatura. Es una bendita criatura. No me gusta esa manera de referirte a un hijo que ni siquiera ha nacido.

—Pues es una jodida criatura, y si no te gusta que lo diga, te jodes tú también, muñeco.

—Está bien, Totoya. No hables fuerte que está escuchándote todo el avión.

—Mejor. Y deja ya de darme órdenes.

A las cuatro de la tarde, con toda puntualidad, estaban en el antedespacho del abuelo Notti, ocupado ahora por Gaspare, los dos hermanos, Vittoria y Giacomino, y Franco Monteverde. Giacomino buscó a Palma, la secretaria del abuelo Notti y preguntó por su contrato. «Estaba ya preparado para enviarlo, pero lo retiró don Gaspare. Dijo que tenía que estudiarlo.» Un poco más tarde llegó Guido Torelli, el abogado de la firma y secretario del Consejo de Administración, que saludó cordialmente a todos. A Monteverde lo conocía de antiguo, con Giacomino había tratado algunos asuntos de Bruselas y a Vittoria la había conocido en el entierro del abuelo. A Giacomino le advirtió Torelli que no podía estar presente en la sesión del Consejo. «Sólo he venido a acompañar a mi hermana.» La *nonna*, Gaspare y Tilde llegaron casi veinte minutos después de las cuatro y media. Doña Leonarda y su hijo habían celebrado un conciliábulo aparte y quizá eso había motivado el retraso.

—*Mamma*, no me has explicado todavía tus proyectos en relación con la sociedad. No creo que pretendas presidir el Consejo, que sería demasiado trabajo para ti y te traería muchos quebraderos de cabeza, y lo normal es que asuma yo la presidencia ejecutiva, aunque tú continúes perteneciendo a él como en vida de papá.

—No, hijo. Nada hay que explicar. No temas que vaya a privarte de un puesto que tanto ambicionas. Mis proyectos no tienen nada que ver con la sociedad. Ahora, la fábrica y los demás negocios son responsabilidad tuya. Ni siquiera quiero vivir en Milán. Tengo el propósito de irme a la casa de Portofino con Fabrizia, y esperar allí el momento de acudir a reunirme con tu padre, que creo no tardará mucho. Desde el día en que le dio el infarto he envejecido años. Hasta me fallan las piernas y por primera

vez en mi vida noto que no me valgo por mí misma y debo apoyarme en este bastón que guardaba el *nonno* no sé para qué, porque jamás lo usó. Preside tú la sociedad y sólo si ocurre algo grave, vienes y me lo dices. A lo mejor puedo darte en alguna ocasión un buen consejo. Espero que Tilde y tú vayáis a verme con alguna frecuencia a Portofino y tu nuera, cuando nazca el niño, que vaya y me lleve a mi bisnieto.

—¿Tu bisnieto, *mamma*? Yo no estoy seguro de que ese niño sea tu bisnieto. Es más, me parece muy improbable por no decir imposible.

—No digas eso, Gaspare. Eso es hacer juicios temerarios. Insinuar esa clase de acusaciones es propio de gente infame.

—Bueno, pues dejemos eso. Claro está que Tilde y yo iremos a verte a Portofino. Si tú renuncias al puesto que te corresponde en el Consejo de Administración, pienso formarlo con cinco personas. Además de mí mismo como presidente, figurarán Tilde, Monteverde y los dos sobrinos de mi mujer, Adamo y Zaccaria Trifogli. Los he citado a las cinco de la tarde, ya deben de estar ahí, para que puedan aceptar el cargo y que empecemos inmediatamente a trabajar.

—Ésa es ya tu responsabilidad, hijo. Yo sólo tengo una cosa que pedirte. El día en que enterramos a tu padre, prometí a esa muchacha, a Vittoria, que mientras yo estuviera en el mundo, ella sería tratada de la misma forma que cuando vivía el abuelo. Ya sé que en este momento cuenta con una participación del 10 por ciento en el capital de la empresa, y eso sería suficiente para que vivan los dos, madre e hijo, con todo decoro y aun con mucha holgura. Pero yo recuerdo que tu padre, de vez en cuando, usaba los beneficios para ampliar el capital y mejorar la empresa, o aumentaba con ellos las reservas. No quiero que Vittoria tenga que pedir nada a su familia para ella ni para mi bisnieto. Quiero que se le asignen a tu nuera al menos veinte millones de liras al mes, diez para ella y diez para su hijo. Ese dinero puede ser considerado como anticipo a cuenta de los beneficios. Ese niño es un Notti y debe vivir como un Notti. Nadie le va a pagar al bisnieto de Gregorio Notti los alimentos ni los vestidos ni los estudios ni los caprichos.

—Eso es injusto, *mamma*. Eso es colocar a esa extraña chiquilla, que apenas ha entrado en nuestra familia, en una situación por encima de Tilde, que sólo posee un 5 por ciento de la sociedad y no recibe pensión alguna de la empresa.

—No digas sandeces, Gaspare, hijo. Tilde te tiene a ti, ¿te parece poco? Y esa «extraña chiquilla» como tú dices no tiene a su marido, que era tu hijo. No te resistas a eso, porque por eso no paso. O eso se hace así, o tomo las riendas y hago las cosas como me dé la gana. Llama a Guido Torelli, que pase y que me explique si yo tengo o no tengo la mayoría absoluta de esta sociedad que hemos levantado, solos, tu padre y yo, con nuestro trabajo y nuestro sacrificio y si puedo hacer y mandar aquí lo que quiera hacer y mandar.

—No te pongas así, *mamma, cara mamma*. Se hará como dices.

—Así me gusta, hijo. Sería una vergüenza que en esta casa se le regateara una lira al último retoño de los Notti.

—Ya te he dicho que paso por eso y por todo lo que tú mandes y quieras. Pero ese niño no es un Notti. Ese niño no puede ser un Notti, *mamma*, y lo digo con toda tristeza porque para mí desaparece la esperanza de tener un nieto. ¿Qué más querría yo en este mundo que tener un nieto de Giorgio? Pero ese niño ha tenido que ser engendrado durante el mes de julio. Tilde ha hecho muy bien las cuentas. Y durante el mes de julio Giorgio ya padecía el sida y habría contagiado a su mujer y a su hijo. Además, ya no dormía con Vittoria. Tilde se fijó muy bien, y en la alcoba grande dormía Giorgio, solo, y Vittoria se había ido a dormir a otra habitación. Ni siquiera se acostaban juntos. Y desgraciadamente, en aquella fecha, Giorgio ya estaba metido en esos malditos vicios que le han llevado a la tumba. Ese niño no es un Notti. Es imposible que sea un Notti. A saber de quién es hijo ese niño al que llamas Notti. Y además, hasta se va a llamar Giacomo. Lo más seguro, como imagina Tilde, es que sea un hijo del inces...

Doña Leonarda dio un bastonazo sobre la mesa. En el cristal se formó una especie de sol con rayos irregulares y Gaspare dio un brinco en la butaca. Jamás había visto así a su madre.

—Qué lástima, hijo mío. Seguramente tengo la culpa yo, pero no has sacado la cabeza de tu padre. Ni la cabeza ni el corazón. Pero, en fin, eso no tiene remedio. Vamos.

De pronto le salió su juventud de peluquera en un barrio popular: «Y dile a tu mujer que de vez en cuando se meta la lengua en el *sedere*.»

La sesión del Consejo duró poco. Todas las propuestas fueron aprobadas por unanimidad. Cuando tocó el turno a la pensión para Totoya y para el futuro Notti, la muchacha se levantó para besar a la *nonna*, mientras Tilde no disimulaba un gesto de asco. Pasaron los Trifogli, saludaron untuosos, aceptaron el cargo y pronunciaron palabras de condolencia asegurando que jamás habrían querido acceder al Consejo por tan luctuosas circunstancias. Al abogado Guido Torelli se le pintó en el rostro un gesto indefinible, de comprensión, de aseveración, de admiración o de cachondeo. Más bien de cachondeo disfrazado de todo aquello. Si alguien hubiese mirado por debajo de la mesa, habría visto cómo la mano del solemne abogado Guido Torelli hacía una higa en dirección al puesto que ocupaban los hermanos Trifogli.

Cuando ya se despedían, Tilde preguntó a Totoya:

—¿Dónde vas a dar a luz, aquí o en Bruselas?

—No lo he decidido todavía. Pero seguramente en Bruselas.

—Entonces irá allí tu madre. Los partos son para la madre de la madre. Los niños son mucho más de la madre que del padre. Bueno, es que, como dice Fabrizia, que sean del padre nunca se sabe cierto. Este niño, y mucho más sin que viva Giorgio, es más bien tuyo y casi sólo tuyo. Bueno, que venga bien, y nosotros lo veremos cuando lo traigas, si es que quieres traerlo.

Totoya no contestó. Sólo un sordo o un mentecato no se habría percatado del retintín y la mala intención con que Tilde había silbado sus palabras.

—¿Qué hablas con Totoya, Tilde?

—Cosas del pequeño Giacomo, mamá. Quería saber si Totoya va a dar a luz aquí o en Bruselas.

—Pues déjala que dé a luz donde le parezca mejor.

—Claro. Yo, en eso, no pinto nada.

La abuela hizo un gesto de disgusto. Dio con el bastón un golpe en el suelo y volvió la espalda.

Lunes, 29. No se puede decir que comieran mal los dos amigos policías. Gorka les había preparado para empezar una piperade. Continuaron con una lubina al horno, en un lecho de patatas y cebollas, rociada de vino blanco y acompañada de salsa holandesa. Y terminaron con un chuletón de buey a la parrilla, ya sin otras historias. Vino blanco alemán y tinto francés. Postre de chocolate, café y cuatro sorbos de armagnac para Battut y una copa de calvados para Lavalle.

—¿Calvados? Como Maigret.

Lavalle no contestó. Se limitó a indicarle a Gorka que dejase allí la botella. Sacó una tarjeta del bolsillo donde había escritas, en líneas apretadas, letra pequeña y casi sin márgenes, una serie de frases. Con esa cartulina a la vista, comenzó el relato. Obviamente, la memoria de Lavalle tenía algo que envidiar a la de Battut.

—A principios de la primavera, tal vez en abril o quizá antes, llegó a Bruselas un antiguo miembro del Mossad, muy conocido en el mundo de los servicios de Inteligencia con el nombre de Moloch. Indudablemente se trata de un apodo y no de un apellido. Pero no me preguntes por qué le llaman Moloch porque no lo sé. Fue detectado por nuestros servicios de contraespionaje el 10 de mayo, pero sin duda estaba instalado ya en Bruselas y habría cambiado de vivienda dos o tres veces. Se trata de un sujeto muy escurridizo. Moloch es un individuo nacido en Norteamérica de padres judíos. Su edad debe de andar por los cuarenta y cinco años, pero aparenta ser mucho más joven. Habla a la perfección varios idiomas, por supuesto el inglés, y además el francés, el alemán, el español y naturalmente el hebreo. En un principio, trabajó como diplomático con el nombre, real o supuesto, de Elias Milstein, pero Milstein, como sabes, es un apellido bastante frecuente entre los judíos alemanes y holandeses, y no sería extraño que también fuese falso.

Sorbo de calvados, leve chasqueo de la lengua, ojeada a la ficha.

—Apareció enseguida como miembro del Mossad, especializado en la lucha antiterrorista. Es una pieza muy buscada por los palestinos, que lo odian porque con ellos se ha ensañado. Llevó a cabo servicios arriesgados y crueles. Parece ser que incendió una escuela de párvulos, atestada de niños, para hacer salir a cuatro terroristas que se habían escondido allí y disparaban parapetados dentro de una trinchera humana, una especie de fortaleza infantil. En el incendio murieron varias docenas de críos y otros muchos resultaron con quemaduras al atravesar el fuego

despavoridos. Creo que aquella operación fue un espectáculo horroroso. Ahí comenzó la fama de Milstein, o de Moloch, o como ahora se llame.

Miró la copa vacía y vertió un par de dedos de la botella que había dejado Gorka.

—Otra de sus habilidades más notable es la de falsificar toda clase de documentos de identidad, pasaportes, carnés de conducir, etcétera. Parece ser que es hijo de uno de los más minuciosos falsificadores de Europa, cuyo nombre no conocemos, claro está que si conociéramos el nombre del padre conoceríamos también el nombre auténtico del hijo, y tampoco sabemos en este momento si el padre de Moloch vive o no. Tal vez lleve una vida retirada en algún rincón de Israel, o tal vez se esconda en alguna ciudad o aldea europea, y desde allí provea al hijo de documentos falsos. De él habrá aprendido Moloch el arte de la falsificación. Eso le permite usar una cantidad ilimitada de nombres supuestos. Que nosotros conozcamos, ha usado ya media docena —consultó su tarjeta—, Charles Pitt, Oscar Peerson, François Renard, Benvenuto Polidori, Wolfgang Steinman y Alfred Land.

—¿No aparece en la lista de nombres falsos el de John Baxter?

—No. Por lo que se sabe, Moloch cambia de nombre inmediatamente después de haber terminado una operación, e incluso usa varias identidades durante el desarrollo de una misión determinada.

Mientras Lavallo saboreaba otro sorbo de calvados y consultaba de nuevo la tarjeta con los datos sobre Moloch, Battut ponía a funcionar la máquina de su lógica. «Es casi seguro que fue Moloch quien proveyó a Giorgio Notti, a través de su secretaria Marzia Bachner, de un pasaporte falso a nombre de Ezequiel Cohen. La identidad de apellidos pudo no ser caprichosa. Un doctor Cohen llevando en una ambulancia a un enfermo llamado Cohen ofrecería más confianza en cualquier emergencia o identificación del enfermo.» Prosiguió Lavallo su relato:

—No conocemos con seguridad cuál es en estos momentos la situación profesional del tal Moloch. Desde luego, sigue trabajando para el Mossad, pero tal vez lo haga para operaciones concretas y aisladas, mediante contratos específicos, porque se ha observado su presencia o se han detectado sus métodos en acciones que nada tienen que ver con los intereses sionistas, y eso demostraría que sirve al mejor postor.

—¿Puedo preguntarte qué coño hacía en Bruselas ese sujeto Moloch?

—Puedes. Según me ha dado a entender Nothomme, buscaba información acerca de una fábrica belga de armas cuyos productos han aparecido en manos palestinas. Ya sabes tú que las armas se venden a veces a través de intermediario, y éste debe de ser uno de esos casos. Moloch buscaba noticias acerca de cómo, quién y a través de qué intermediario esas armas fabricadas en Bélgica habían llegado a Palestina.

—¿Tenéis una descripción aproximada del tipo?

—Es un experto en el maquillaje y en el disfraz, y puede adoptar diversas apariencias. Pero al natural parece ser que se trata de un individuo que aparenta menos edad de la que en realidad tiene, con cara un poco infantil y con un rictus de

crueledad en los labios finos y largos. Es alto, delgado y le gusta usar ropa inglesa y muy elegante. Se viste con frecuencia como un típico inglés.

—Casi no cabe duda, Lavallo. El inglés John Baxter es Moloch.

—¿Quién es John Baxter?

—El asesino del homosexual se hizo pasar por un inglés llamado John Baxter, que naturalmente desapareció como por ensalmo después del crimen. Otra cosa, perdona. ¿Tienes noticia de otro supuesto miembro del Mossad llamado Benjamín Bachner, que ha vivido bastantes años en Bruselas y que hace poco ha muerto aquí?

—Claro, hombre. Todos conocíamos a Bachner. Se retiró forzosamente del oficio cuando quedó paralítico, y ha vivido aquí con su mujer, también hebrea, muy inteligente, que ha trabajado y trabaja para extranjeros, alemanes e italianos. Dicen que era tan temerario, tan inhumano y tan cruel como Moloch.

—Se conocerían, claro.

—No lo sé, Battut. Quizá sí porque los dos empezaron como diplomáticos y deben de tener la misma edad. Bueno, Bachner, ya no, porque murió hace poco.

—Ya. Muchísimas gracias, Lavallo. Me has hecho un gran favor. ¿Me dejas que me lleve la chuleta?

—No. Además, no es necesario. Tu memoria es famosa en el Cuerpo. A lo mejor podrías repetir de pe a pa todo lo que te he contado de ese curioso sujeto llamado misteriosamente Moloch.

—A lo mejor.

Cuando llegó al despacho, consumió más de dos horas en pasar notas a sus famosas fichas rayadas. «Moloch, Moloch, ¿quién coño será Moloch? Eso suena a demonio, a Biblia, a Historia Sagrada. A lo mejor lo sabe Alice. Y desde luego, quien lo sabe es Marzia Bachner. ¿Habrá en casa una Biblia? Algo de Moloch tendrán que decir las enciclopedias.»

Ese mismo lunes, a las nueve de la mañana, entró Zaccarìa Trifogli en las oficinas de los Electrodomésticos Notti, Avenue Louise, 154, duplicado. Tan victorioso era el aire con que cruzó el portal de entrada que hubiese necesitado un arco triunfal para desfilar bajo sus piedras gloriosas. Portaba una certificación del Consejo de Administración nombrándole jefe de la Delegación de la empresa en Bruselas y traía también sendos oficios del presidente de la firma, Gaspare Notti, destituyendo a Giacomo Grande y a Marzia Bachner de sus puestos de delegado y secretaria general acordados en el último consejo de administración celebrado bajo la presidencia de don Gregorio. La comunicación del cese añadía que cualquier reclamación que quisiera hacerse contra el nuevo acuerdo del Consejo de Administración se encauzara por vía judicial.

Preguntó inmediatamente por ambos empleados. No se encontraban en sus despachos. Aún no habían llegado aquella mañana. «Telefóneen a sus domicilios y

que se presenten aquí inmediatamente.» Al cabo de un rato informó, balbuciente, la telefonista.

—No sé si debo repetir el recado, señor... señor Trifogli.

—Claro que debe.

—En casa del señor Grande, una sirvienta con la que ya habíamos hablado otras veces y siempre se había comportado de manera educada, ha dicho que el señor Grande estaba desayunando y leyendo el periódico y no tenía ningún interés en hablar con ese señor Trifogli. En casa de la señora Bachner, ha sido peor. La propia señora Bachner ha dicho que, por ella, ese señor Trifogli podía irse a hacer puñetas.

El viernes anterior, Marzia Bachner había hablado con Palma, la fiel secretaria de Gregorio Notti, tan maltratada por Gaspare, y Palma le había contado todas las novedades de la sociedad. Marzia avisó de ello a Giacomino. Ambos recogieron discretamente sus pertenencias personales y se fueron de allí sin despedirse de nadie. Como diría doña Leonarda en el caso de que le saliera de nuevo la peluquera de barrio popular, el señor Trifogli podía meterse la comunicación del cese en el *sedere*.

Cuando el comisario Héctor Battut llamó a los Electrodomésticos Notti y preguntó por la señora Marzia Bachner, le respondieron secamente que «esa señora ya no trabaja aquí». La encontró en el teléfono de su casa.

—No quiero ser indiscreto, señora Bachner, pero me ha sorprendido la noticia de que ya no trabaja en la Casa Notti.

—Así es —fue la lacónica respuesta.

—¿Algún incidente grave?

—Quizá para ellos, sí. Me establezco por mi cuenta.

—Enhorabuena. Necesito verla. He de hablar nuevamente con usted.

—¿Más preguntas?

—Más preguntas. —Y le devolvió de esta forma el laconismo.

—¿Dónde podemos vernos, comisario?

—Yo prefiero verla en mi despacho.

—¿Y hay alguna razón para esa preferencia?

—Sí, que eso es lo normal. Hasta ahora, he hecho una excepción con usted y con el señor Grande. También con la viuda de Giorgio Notti, pero esta última deferencia está más que justificada. Le ruego que venga a mi despacho. Si lo desea, puedo enviarle un coche de la policía.

—No, eso no, comisario. Me asaltaría la sensación de que voy detenida.

—Señora Bachner, si hubiese que detenerla, puede creer que por nada del mundo cedería yo a nadie ese privilegio. Acudiría yo mismo a realizar la detención con suma cortesía.

—Mire, comisario, si yo me pusiese en la situación de que tuvieran que detenerme, puede tener la absoluta seguridad de que usted no me encontraría.

—Eso nunca se sabe, señora. A lo mejor, yo conozco exactamente dónde podría encontrarla a usted.

—¿Dónde, comisario?

—En el Infierno.

—¡Pero, comisario...!

—Perdóneme, perdóneme. Es que usted me saca de quicio y me hace ser desconsiderado. Voy a permanecer en el despacho toda la mañana hasta la una y toda la tarde desde las tres a las ocho. Venga cuando quiera y le sea más cómodo. De todas maneras, puede telefonar antes por si hubiese tenido que salir a causa de cualquier imprevisto.

—Perdonado, comisario. Dentro de media hora estaré ahí con usted. O sea, en el Infierno.

Battut salió de detrás de la mesa, ofreció una de las butacas de delante a la señora Bachner y ocupó él la otra. Quería, sin duda, extremar la cortesía. Había puesto una mano sobre la otra y las había llevado al rostro para descansar en ellas la barbilla. Indudablemente, intentaba dar a la señora Bachner la impresión de que se trataba de un interrogatorio muy importante, más importante que los anteriores. Naturalmente, Marzia se había percatado de ello y miraba al comisario con una sonrisa un punto burlona. Cada uno de los dos interlocutores hacía lo posible para dominar al otro y no quedar en una situación de desventaja. Battut contaba con el privilegio de elegir el terreno, dar primero y utilizar la sorpresa.

—¿Quién es Moloch?

—¡Vaya una pregunta, comisario! Ésa es una pregunta de bachillerato. Cómo se ve que no frecuenta usted la lectura de los Libros Sagrados. ¿Aceptará el pequeño obsequio mío de una Biblia, o se lo prohíbe el Reglamento? Moloch es una divinidad de los cananeos, y por tanto un dios falso, un dios de los gentiles. En varios pasajes de las Escrituras, en el *Levítico*, en el *Libro de los Reyes* y en el de *Jeremías*, el Señor ordena a David que el pueblo de Israel se guarde de adorar a Moloch y de ofrecerle los rituales sacrificios infantiles. Si un hebreo desobedeciera esta orden, se le debe dar muerte, y si no lo mata su propio pueblo, el Señor se encargará de fulminarlo con su rayo. Es una divinidad perversa, comisario. Si tuviera usted ocasión de detener a Moloch, debería hacerlo, pero a ver quién va ahora a meterse entre los cananeos.

El comisario la había dejado hablar. Principalmente, su oficio consistía en escuchar, en dejar hablar.

—Sí, muy bien, gracias por la lección, algo de eso he leído en la enciclopedia, porque le confieso que no soy muy versado en las Escrituras, pero usted sabe muy bien que no me refiero a ese Moloch, sino a un agente del Mossad que, ignoro por qué, es conocido con ese nombre tan abominable como usted explica.

—Ah, ya. También sé quién es ese Moloch.

—¿Lo conoce usted?

—Sí, sí. Le conocí hace varios años. Me lo presentó mi marido como un amigo suyo diplomático, pero entonces no le llamaban Moloch. Lo de Moloch fue por lo de los niños. Ya le expliqué, hablando del Moloch cananeo, que a esa horrible divinidad le ofrecían en sacrificio niños quemados, achicharrados vivos. En algunos ambientes israelíes contaban que aquel diplomático que fue compañero y amigo de mi marido, Milstein, eso es, Milstein, ahora me acuerdo, creo que se llamaba Elias Milstein, ingresó en el Mossad. Dicen que prendió fuego a una escuela de primera enseñanza para poder encontrar a unos terroristas palestinos, y en el incendio murieron muchos niños. Desde entonces, le pusieron de mote Moloch. Tampoco estoy segura del apellido Milstein, ni siquiera del nombre Elias, porque a lo mejor lo de Elias se lo llamaban por lo del carro de fuego, yo qué sé, habladurías, comisario.

—¿Cuándo ha visto a ese Moloch por última vez?

—Uhhh. Ni lo recuerdo siquiera. Si viviera mi marido, que en paz descanse, quizá podría darle alguna información más precisa, pero desgraciadamente quedé viuda hace unos meses.

—Lo sé. Y lo siento, señora Bachner. La acompaño en el sentimiento.

—Gracias, comisario.

—Estoy casi seguro de que usted sabe que Moloch ha pasado estos últimos meses en Bruselas. Imagino que habrá tratado de ponerse en contacto con usted, la viuda de su amigo.

—Ay, comisario. Yo llevo una vida de trabajo y sólo de trabajo. Hace tiempo que nadie trata de ponerse en contacto conmigo. Excepto usted, claro, que me halaga con su asiduidad.

—Por supuesto, usted sabe que Moloch tiene fama de ser un habilísimo falsificador de documentos.

—No lo sabía, pero si usted lo dice, será así. Ahora lo sé yo también.

—¿No podría haber sido él quien proveyera a Giorgio Notti de un pasaporte con un nombre precisamente judío, Ezequiel Cohen?

—Supongo que sí. Tendría que ser Moloch u otro falsificador cualquiera. Alguien tiene que haber sido. Si viviera Giorgio Notti podría aclararlo, pero así...

—¿Qué otros nombres usaba Moloch? ¿Conoce alguno de ellos?

—Creo recordar uno. Ya se lo he dicho: Elias Milstein.

—¿Puede ser otro el de John Baxter? ¿Le dice algo el nombre de John Baxter?

—John Baxter, John Baxter, John Baxter... Ese nombre me suena a actor de cine.

—¿Continúa Moloch prestando servicios en el Mossad?

—Comisario, me temo que ésa pregunta tendrá que hacérsela más bien a las autoridades israelíes. Y quizá con escaso éxito.

—¿Es casado ese Moloch?

—Que yo sepa, no. ¡Ah, sí! Se decía en su época de diplomático que tenía gustos sexuales extraños. Contaban que se acostaba con una mujer de goma, a la que

llamaba Esther, Esther Milstein. Pero eso también puede ser una habladuría sin sentido. Tengo la idea de que es un personaje que se prestaba mucho a levantar a su alrededor la murmuración y las historias fantásticas.

—Por último, señora Bachner. Ya sé que es ocioso, pero estoy en la obligación de preguntárselo. ¿Puede usted decirme dónde es posible encontrar a Moloch?

—Puedo decírselo con mucho gusto.

—Sí, pero no me lo diga. En el Infierno, claro.

—Exacto, comisario.

La acompañó hasta la puerta de la primera planta. La despidió con una reverencia y casi le besa la mano. Cuando desapareció por las escaleras, miró al cielo con un ademán de súplica. Le pareció ver que el santo Job le sonreía con ternura.

10. La mujer de goma

El Gabinete de Escucha enviaba por fax a la División la transcripción de las conversaciones telefónicas mantenidas desde el número particular de Marzia Bachner. A los pocos minutos de haberse celebrado, ya tenía Héctor Battut el texto encima de la mesa de su despacho. En realidad, usaban poco ese teléfono, y las conversaciones eran inocentes y domésticas, algún encargo a los proveedores de alimentos y alguna conversación irrelevante de Marzia. Hablaba alguna vez con Giacomino Grande, y llamaba también una tal Anne con la pretensión de salir a cenar juntas o de ir a un cine, invitaciones que la señora Bachner rechazaba invariablemente con algún pretexto. A pesar del carácter doméstico o amistoso de las llamadas, Battut las estudiaba escrupulosamente intentando encontrar en ellas algún mensaje oculto en frases convenidas. Se desesperaba Battut con estos ejercicios inútiles de paciencia, siempre fallidos. Sin embargo, persistía en el intento con su tenacidad inacabable.

Pero una mañana, cerca de las nueve, llegó el mensaje que el terco comisario esperaba. La transcripción que le pusieron encima de la mesa, bajo los ojos, era la siguiente:

«¿Marzia? ¿Eres tú?

»Sí, sí. Soy yo. Dime, ¿dónde andas?

»Estoy en Cannes, en el hotel Majestic.

»¿Dónde dices? ¿En el hotel Majestic?

»Exacto. En el Majestic de Cannes, en la Costa Azul. Ven cuanto antes.

»Llegaré enseguida. Reserva una habitación para mí.

»¿Para qué quieres una habitación, Marzia? Con la mía nos arreglamos.

»No, Elias. Quiero una habitación.

»¿Para qué?

»Para dormir sola.

»Bueno, como quieras. ¿Cuándo llegarás?

»Tan pronto como me sea posible. *Shalom*.

»*Shalom*.»

Héctor Battut se puso en movimiento. Se le veía excitado. Olía la presa. «Coleman, necesito la lista de pasajeros en todos los vuelos Bruselas-Niza. Me interesa la pasajera Marzia Bachner o Marzia Reibman. Dígame quién está al frente de la Jefatura de policía de Cannes, y si conocemos a alguien allí. Quiero hablar con ellos. Que el telefonista los tenga localizados. Reserve dos plazas, una para usted y otra para mí, en el primer avión para Niza que salga a partir de dos horas desde este momento. Que le traigan un maletín con lo más imprescindible para el viaje por si tenemos que pasar allí la noche. Necesito un automóvil. Voy a casa, vuelvo, le recojo y salimos hacia el aeropuerto. Coleman, es muy probable que al pájaro lo tengamos a punto de entrar en la jaula.»

Cuando recogió a Coleman, éste le entregó una nota con la transcripción de otra conversación de esa mañana.

«Mamá, te llamo desde el aeropuerto. Me voy a la Costa Azul. Quiero descansar tres o cuatro días y me voy buscando sol y descanso. Te llamaré para decirte dónde estoy y en qué hotel por si necesitas algo. Un beso, mamá.» «Adiós hija. Descansa y diviértete lo que puedas. De mí, no te preocupes.»

En el aeropuerto de Niza, les esperaba un coche de la policía que les llevó directamente a la Jefatura de Cannes. El jefe era un comisario nuevo y Battut no lo conocía, pero ofreció la ayuda que fuese necesaria.

—Tengo noticias de que se encuentra en Cannes y se alberga en el hotel Majestic el individuo que responde al supuesto nombre de John Baxter, cuya descripción os enviamos hace algunos días. Según mis noticias, le acompaña una señora de treinta y tantos años llamada Marzia Bachner, que también podría utilizar su nombre de soltera, Marzia Reibman. Se trata de un sujeto muy peligroso, agente del Servicio de Inteligencia israelí, que no dudaría en matar para evitar una detención.

—Vamos.

En el Majestic les recibió el jefe de seguridad del hotel, un antiguo policía de origen italiano llamado Ferrari. Examinaron una por una, detenidamente, las fotocopias de las documentaciones de todos los clientes que en aquel momento se albergaban en el hotel. Ninguno de ellos podía ser Moloch. Héctor Battut torció el gesto. Se imaginaba lo peor.

—¿Hay alguna reserva a nombre de Marzia Bachner, o Marzia Reibman, señor Ferrari?

—Veamos.

El jefe llamó al departamento de reservas por el teléfono interior, hizo que le deletrearán un nombre, tomó nota y dio estas estupendas noticias:

—En estos momentos sólo hay una reserva pendiente a nombre de Elias Moloch. Tendría que haber venido anoche, pero todavía no ha llegado.

—Ni vendrá —aseguró Battut—. Ese hijo de la gran puta me ha tomado el pelo. Muchas gracias, Ferrari.

El coche de la policía les devolvió al aeropuerto y embarcaron de nuevo para Bruselas. Battut estaba en su casa a las nueve de la noche, después de doce horas de excitación, de esperanzas y, finalmente, de decepción y de fracaso. Llamó a Alice, que vino solícita.

—Acuéstate conmigo, Alice. Pero esta noche sólo quiero descansar a tu lado. Y mañana empieza a preparar los papeles necesarios.

—Los papeles necesarios, ¿para qué?

—¿Para qué va a ser? Para casarnos.

Alice se abrazó a su cuello y lloraba, lloraba silenciosamente de dicha, de gratitud, de felicidad.

—No seas tonta. No llores. Ya era hora de que nos casáramos. Además, un

marido no es más que eso, un marido.

Pasó buena parte de la noche desvelado, dándole vueltas en la cabeza al asunto del engaño del Majestic y a la burla de Marzia. Se sentía dominado por una rabia silenciosa que le apretaba la garganta y casi lo ahogaba. Alice le acariciaba suavemente la pelambreira del pecho, ríspida e hirsuta como la de un oso, intentando aquietarlo. Por fin, debió de tomar alguna decisión que le dejó relativamente tranquilo y se sumió en un sopor salpicado de ronquidos y sobresaltos.

Se levantó temprano y se fue a la División. «Tan pronto como llegue a su despacho el juez Bodin, me pone en comunicación con él. Es muy urgente.» Menos mal. El juez Bodin había madrugado esa mañana. «Señor juez, necesito con urgencia una orden de registro del domicilio de Marzia Bachner. Ya le explicaré.» «Está bien, Battut. Usted siempre tan misterioso y tan reservado. Mándeme la petición con un agente y él mismo le llevará la orden. Suerte.»

—Coleman, pida usted un coche y espéreme en la puerta. Vamos al Square Ambiorix, número 30.

Naturalmente, Manja se llevó el pasmo. Repetía una y otra vez: «Esto no lo pueden hacer, porque no está mi hija. Estoy yo sola. Vuelvan cuando esté aquí Marzia.» La casa tenía poco que registrar, y Battut tampoco sabía bien lo que buscaba. Tenía que confesarse para sus adentros que buscaba a ciegas, a lo que saliera, en espera de que le cayera en los sesos la manzana de Newton o que le brotaran a Fleming los hongos de la penicilina. Charles Coleman le mostró una pitillera de plata. No tenía nada de particular, era una pitillera corriente, pero a Coleman le había despertado la atención un hecho. Pegadas en una esquina de la pitillera se veían dos iniciales en oro: «GN.» Sin duda, eran las iniciales de Giorgio Notti. «Requísela, Coleman, y déjele un recibo a la señora Reibman.» La pitillera no era una prueba de nada, pero era el subrayado de una intuición. Lo más probable es que fuese un regalo de la señora Bachner a su jefe, que ella habría recuperado entre las cosas del Square Marie-Louise.

«¿Dónde guardaba sus cosas Benjamín Bachner, señora Reibman?» Una pequeña estantería con algunos libros, unas cuartillas escritas en hebreo y algunos sobres de diverso tamaño con análisis de sangre y radiografías. Claro está que Benjamín Bachner había destruido, años atrás, todos los vestigios de su paso por el Mossad. Entre aquellos papeles estaba el cuaderno con la lista de los hoteles. Lo hojeó y volvió a dejarlo en su sitio. Pero de repente, con un ademán rápido, lo tomó de nuevo. Algo le había llamado la atención en aquel hojeo tan superficial. Los hoteles no estaban agrupados por ciudades. «Lo normal es poner juntos los hoteles de París, y los de Londres, y los de Roma, y no mezclarlos caprichosamente, como aquí.» Se dio una palmada en la frente. «Ya está. Es como un juego de niños.» Asíó el cuaderno como si fuese un tesoro:

—Coleman, vámonos. Andando. Ya tengo lo que buscaba.

—¿Qué buscaba, comisario?

—La verdad es que no buscaba nada. He buscado al buen tuntún.

Ya en la División, cuatro agentes se encargaron de llamar por teléfono a todos los hoteles que figuraban en el cuaderno por encima y por debajo del hotel Majestic de Cannes. Debían preguntar si figuraba entre los clientes o tenía habitación reservada una señora de treinta y tantos años, llamada Marzia Bachner o Marzia Reibman, o cualquier señora cuyo nombre de pila fuese Marzia. Las llamadas dieron en todos los casos resultado negativo. Al final de la mañana, habían telefoneado a todos los hoteles europeos registrados en el cuaderno.

—Coleman, ponga usted un *poste* en la puerta de la casa de Marzia Bachner y que avise cuando llegue. Debe vigilar tanto la puerta principal de la casa, en el Square Ambiorix, 30, como la entrada al garaje por la Rué Archiméde. Si es necesario, organice turnos.

Telefoneó al pequeño juez Maximilien Bodin. «Lo siento, señor juez. Un nuevo fracaso.» Al otro lado del teléfono sonó una palabra que ningún caballero educado, y menos un juez, debe pronunciar: «¡Mierda!»

Cuando Marzia colgó el teléfono, después de recibir el recado de Moloch, corrió a buscar entre los libros y papeles de su marido el cuaderno con la lista de hoteles que servía de código a Benjamín para sus encuentros secretos y burlar así la posible interceptación de conversaciones telefónicas donde se diera una cita con otro agente. Tres líneas más abajo del hotel Majestic de Cannes figuraba el hotel Barbizon de Amsterdam. Terminó de llenar una pequeña maleta. Echó en el bolso el pasaporte holandés a nombre de Esther Milstein. Cogió también el sobre de los francos suizos que le había dado el abuelo Notti el día de su conversación en Milán, del cual había sacado aquella misma tarde los veinte mil francos suizos para convertirlos en francos belgas y resarcirse del anticipo que le diera a Moloch. Tomó un taxi. «A la estación de ferrocarril, por favor.» Llamó a su madre y le contó el cuento del aeropuerto y de la Costa Azul. Manja le respondió lo que se sabe. «Descansa y diviértete lo que puedas», esas cosas que dicen todas las madres. Marzia habría apostado algo a que Battut le había interceptado el teléfono. «Ojalá. Si es así, ese aprendiz de policía se llevará otro chasco y empezará a enterarse de con quién se está jugando los cuartos.»

El tren la dejó casi en la misma puerta del Barbizon. La estación de Amsterdam se halla muy cerca del hotel. Preguntó en recepción si había una habitación reservada a nombre de Esther Milstein. «Si no está a ese nombre...», empezó a decir. Pero sí. Ahí tenía Marzia la habitación reservada a nombre de Esther Milstein, que en realidad era una muñeca de goma, un juguete sexual. Verdaderamente, aquel asesino con cara de niño era un cachondo. No podía preguntar por Moloch porque no imaginaba con qué nombre se habría inscrito en el hotel. De vez en cuando, en

situaciones especiales, a Moloch le gustaba gastar bromas. «Si pregunta alguien por mí, estoy en la habitación.» Realmente, la única persona en el mundo que podía preguntar por Esther Milstein era Moloch. No dio señales de vida hasta casi la hora de cenar. A Marzia le llevó un tiempo dejarle entrar en la habitación porque no lo había reconocido. Se había disfrazado hábilmente. Era un inglés pelirrojo, con el cabello grifo. Parecía el hincha seguidor de un equipo de fútbol. Cuando se le pasó la sorpresa, sufrió un ataque de risa. Le dejó entrar y le entregó el sobre de los francos suizos, que él trató con el mismo desprecio elegante con que recibió los francos belgas.

—Gracias.

—Es tu dinero.

—Ha sido todo muy fácil. Es curioso que a veces sea más fácil matar que amar. ¿Cuánto te has llevado tú?

—Eso es algo que pertenece a mi intimidad. Todo lo que he podido. No olvides que soy hebrea.

—No me importa que hayas mordido mi dinero, pero a cambio déjame que te muerda el labio inferior. Se te cae de ganas de ser mordisqueado por un sujeto tan experto como yo.

—No empieces con eso, Moloch. Eres muy pesado —aunque, en efecto, el labio inferior le temblaba levemente.

—No empiezo. Vamos a otra cosa. ¿Quieres que hagamos una comprobación divertida?

—Si es divertida y no se trata de comprobar nada de mi fisiología, claro que quiero.

Marcó el teléfono del Majestic.

—¿Hotel Majestic? Deseo hablar con Recepción, por favor.

Le pasaron con Recepción.

—Buenas noches. Soy Elias Moloch. Mi llegada al hotel se retrasará durante dos días. Le ruego anule la reserva y la aplace para pasado mañana. Otra cosa. ¿Puedo hablar con el jefe de seguridad del hotel?

—Le paso, señor.

—Mire, señor. Soy Elias Moloch. Tengo habitación reservada ahí y llegaré dentro de dos días. Tengo puesta la denuncia de un robo importante ante la policía de Bruselas. Espero noticias acerca de ese robo. ¿Se ha interesado la policía belga de allí por mi llegada?

—Sí, señor Moloch, la policía belga está interesada en encontrarle. Debe ponerse en contacto con el comisario Battut, de Bruselas. Se desplazó esta mañana hasta aquí ex profeso para hablar con usted. Parece ser que es muy importan...

De repente, se detuvo. Se percató de que había caído en la trampa. Masculló para su colete: «Joder, Ferrari, has picado como un pardillo.» Quedó callado unos segundos, y después preguntó con evidente excitación:

—¿Dónde se encuentra ahora, señor Moloch? ¿Debemos mantener todavía la reserva de su habitación?

La respuesta fue solamente: «Clic.» Moloch estaba muerto de risa, y Marzia, sólo de verle, también. Explicó entre carcajadas:

—Battut se ha presentado enseguida en el Majestic para trincarnos. Y el jefe de seguridad del hotel es un querubín. Ha tragado el anzuelo como un pececillo. Hala, vamos a cenar.

—¿Adónde vamos?

—A cualquier parte. Ya sabes que en Amsterdam se come mal en todos sitios. No he logrado encontrar aquí un restaurante decente donde den bien de cenar a un asesino y a su adorable enemiga. Lo más cómodo es quedarnos aquí, en el restaurante del hotel.

—De acuerdo.

Después de la cena prolongaron la sobremesa. Marzia se divertía contándole a él sus conversaciones con Battut. Prosiguieron la conversación en la habitación de él.

—¿Le contaste lo de la muñeca?

—Sí, me preguntó si estabas casado, y le dije que sí, que estabas casado con una muñeca de goma porque tienes unos gustos sexuales muy extraños y originales.

—Sí, eso es verdad, pero tú te resistes a conocerlos a fondo. Sólo conoces un breve preámbulo.

—Ya empiezas otra vez. ¿Es que no puedes dejar ese tema?

—Lo dejo. Se me ocurre otra broma. Dame tu pasaporte a nombre de Esther Milstein.

Aplicando el aire caliente del secador de cabello que había instalado en el baño, despegó la fotografía de Marzia. Infló la muñeca de goma, que dormía, plegada, en la maleta de Moloch y con una Polaroid retrató varias veces el rostro de Esther desde distintas distancias. Escogió después la instantánea con el tamaño del rostro más adecuado al recuadrado del pasaporte, y lo pegó cuidadosamente sobre él. Extrajo después una cajita con plumillas y tintas de diversos colores, y prolongó sobre el retrato de la muñeca las líneas del sello de la Oficina holandesa de pasaportes. Toma.

—¿Qué hago yo con esto? ¡Ah, claro! Eres el demonio, Moloch.

—Soy el divino Moloch. —Cambió el tono de voz y lo hizo suplicante—. Marzia, quédate esta noche conmigo.

—Ya sabes que no, Elias.

—Pues aquella vez fue maravilloso.

—Aquella vez fue una cabronada que le hicimos al pobre Benjamín.

—Bueno, ahora no creo que le importe nada a Benjamín que nos acostemos juntos. A lo mejor, entonces, tampoco. Tu marido no podía hacerlo, y en realidad lo hice yo por él.

—No seas cínico. No hables así de Benjamín. No lo merece de ti.

Moloch se fue hacia la puerta como si estuviese dispuesto a impedirle la salida,

pero el gesto severo y decidido de Marzia le hizo desistir.

—Entonces...

—Entonces, ahí tienes a Esther. Tíratela. Está deseándolo. Pórtate con ella como un hombre.

—Cabrona.

—Asesino.

Totoya había dejado de ir a la universidad. No salía de casa, y ya ni siquiera llamaba a Anne, y si era la yugoslava quien llamaba, encontraba un pretexto banal para no invitarla a casa. Alguna vez llamaba Marzia, pero eran llamadas corteses y convencionales, «¿cómo estás?, ¿te encuentras bien?, ¿necesitas algo?, ¿quieres que salgamos una noche a cenar por ahí?» Leía tragedias griegas, dramas de Shakespeare, novelones largos de muchas adversidades y desgracias y siempre con desenlaces desventurados, y luego se los contaba a Celina o le leía párrafos o capítulos enteros, mientras la sirvienta le cepillaba el cabello de mies o le daba suaves masajes en el cuello, «tienes cuello de cisne, *ragazza* mía», y también en los hombros, en la espalda y en las piernas. Celina escuchaba aquellas historias terribles, de amores agitados e infelices, de odios y de muertes, y siempre terminaba por preguntar lo mismo:

—Totoya, hija, ¿es que no tienes ninguna historia donde un hombre y una mujer se quieran, terminen casándose como Dios manda, no se muera nadie y sean los dos felices? Con esas historias que te ha dado por leer, se te va a entristecer el huevecillo —Celina le llamaba «el huevecillo» a lo que habría de nacer—, pobre criaturita mía, y a ti se te va a poner el corazón con la sangre hecha agua.

Totoya se reía.

—Celina, lo que tú quieres es que te lea una fotonovela. A mí me parece que estás deseando que te salga un novio. Por fin te ha picado el bicho del amor. A la vejez, viruelas. ¿A que sí? ¿A que lo que te pasa es que no quieres quedarte soltera?

—Mira, niña mía, yo hasta ahora no he necesitado ningún hombre. Me apaño sola divinamente. No necesito tanta complicación como vosotros, los señoritos. Mi padre, el *bell'uomo*, le zurraba a mi madre la badana cada lunes y cada martes, y a los dos minutos ya estaba metido en la cama con ella, y yo no sé cuándo gritaba más mi madre, si cuando le pegaba o cuando la cubría, que la oía yo, asustada, desde el cuarto de al lado con tu cuna junto a mi cama. Con esa costumbre del *bell'uomo* le tomé despego a los hombres, pero si quieres que te diga la verdad, ahora pienso que se me acaba la edad de tener un hijo. Más que en un marido, pienso en un hijo, Totoya. No me importaría pedirle el favor a un buen mozo, y luego que me dejara en paz, pero tampoco quiero tener un hijo sin padre. A los hijos sin padre, aquí, no sé, pero en mi pueblo todo el mundo les llama hijos de puta.

—Entonces, cástate. Estás de muy buen ver, Celina, y eres una alhaja de limpia, trabajadora y apañada. No te faltará quien te mire y te diga «ojos negros tienes». Yo

lo sentiré, porque no sé qué será de mi comida, ni de mi baño, ni de mi ropa sin ti.

—Bueno, ese portugués del supermercado me ha echado alguna vez los tejos. Parece buena persona, trabajador como el que más, y es un hombrachón muy cumplido. Ya que me caso, no me voy a casar con un alfeñique.

—Pero Celina, qué callado te lo tenías. Ha sido preciso que te lo saque con sacacorchos. ¿Cómo se llama?

—Niña, que no, que no hay nada de nada. Yo sólo sé de él que se llama Sebastián. Pero es buena señal que tenga el mismo nombre que el *bell'uomo*, bueno, a mi padre en España todo el mundo le llamaba Sebas, pero es el mismo nombre, y me alegro, porque mi padre era como era, pero a hombre, no le ganaba nadie, ni a trabajador y honrado, tampoco. El portugués me ha tirado los tejos así como de pasada, pero no sé si lo habrá hecho por broma y quiero estar segura. Hombre serio sí que lo parece, pero Dios sabe las intenciones que trae. A saber si está casado y lo que busca es lo que buscan todos, divertirse, empreñarte si a mano viene, y si te he visto no me acuerdo.

—No seas mal pensada, Celina. No todos los hombres vienen con malas intenciones.

—Los señoritos sois otra cosa, niña. Con los señoritos, todo es más fácil, pero también más enrevesado. El *bell'uomo* decía que los señoritos sois la leche.

Después de estas conversaciones normales, Totoya entraba frecuentemente en largos lapsos de silencio, o se quedaba en un duermevela extraño, en un estado que Celina calificaba de eclipse. Pasaba en un segundo, sin motivo alguno, de la euforia a la depresión y de la normalidad a la extravagancia.

A veces, si Giacomino preguntaba por ella, Celina daba una respuesta casi sideral.

—Está eclipsada.

Una tarde, Giacomino planteó a Totoya la conveniencia de tomar una decisión acerca de sus estudios universitarios y de su residencia. Giacomo pensaba que permanecer en Bruselas ya no tenía sentido para ninguno de los dos hermanos. Muerto Giorgio, la única razón para que él residiera en Bruselas era su trabajo en la firma Notti. Pero eso, con la muerte del abuelo, se había acabado. Gaspare no tenía talento para llevar la empresa adelante y además la había entregado a los sobrinos de su mujer, los Trifogli, que estaban esperando, ociosos desde años, que les cayera esa breva, confiados en la desgana de Giorgio para el trabajo y en su tendencia a la vida de ocio y de diversión. Totoya le había contado la última conversación con Tilde, después de la sesión de la Junta General. Estaba segura de que Tilde le había dado a entender de alguna manera que repudiaba al hijo que ella llevaba en el vientre y que no iba a considerarlo nieto suyo. Por tanto, había que abandonar Bruselas y olvidarse de los Notti. Lo más probable es que pagaran puntualmente a Vittoria la pensión alimenticia acordada en la Junta por el temor a un escándalo. Pero nada más.

La casa de Bruselas que el *nonno* había regalado a Giorgio estaba escriturada a nombre de la empresa por conveniencias fiscales. Ni siquiera se podía reclamar como

herencia. Totoya estaba segura de que Gaspare no reconocería la donación, y no quería de ningún modo pedir nada a la *nonna* y mucho menos a sus suegros. Ni siquiera podía estar segura de que, al faltar Giorgio, no le exigieran que dejara la casa de la Avenue Louise para ir a vivir a un apartamento más pequeño y modesto. Ésa era una razón más para volver a Villa Luce y allí decidir si seguían estudiando en Milán, puesto que los Duchessi tenían casa puesta allí, en el Corso Venezia, cuidada por la hija solterona de una pareja de viejos sirvientes, llamados Tina y Tino, o en otra ciudad, Turín o Pavía, por ejemplo, si no querían vivir cerca de los Notti para evitar roces familiares.

Total, que decidieron levantar la casa de Bruselas. Hablaron por teléfono con Elettra y le explicaron sus planes.

—Hijos, qué alegría más grande me dais. Es la mejor noticia que podría oír. Si resultara imposible trasladar la matrícula desde la ULB, Mino puede matricularse como oyente, y Totoya, lo primero que tiene que hacer es tener el niño y luego descansar y dedicarse al bebé. Tiempo tendrá de estudiar arte, si quiere.

Dicho y hecho. Sin más preámbulos y sin informar a los Notti, enviaron a Villa Luce todos los muebles de la casa, casi todos comprados y regalados por la *nonna* días antes de la boda de Giorgio y Totoya. Cuando ya estaba embalado el óleo atribuido a Magritte, a Totoya se le saltaron las lágrimas. El cuadro representaba un joven bello, algo amadado, que de cintura hacia abajo era la mitad de una mariposa, de tal manera que las alas salían de la cintura mientras que el cuerpo anillado y largo representaba el sexo del muchacho. Cuando compraron el cuadro, no tenía título y Totoya lo bautizó con el nombre de *La mitad de una mariposa*. Al verla llorar, la abrazó el hermano y le sorbía las lágrimas, besándole las mejillas y los párpados.

—Estás llorando, Totoya. ¿A qué viene ese llanto, ahora? ¿Es que no quieres irte de esta casa?

—No es eso. Soy una tonta, Mino. De repente me dan ganas de llorar. He visto el cuadro y me he acordado de Giorgio. ¿Quieres que se lo regalemos a Marzia? La otra noche, cuando vino a cenar y le enseñé la casa, se quedó prendada de él. Yo no quiero tenerlo conmigo. No quiero verlo, Mino, no quiero verlo más. La mariposa está destrozada, y ha puesto un huevo en mi vientre. Celina, al niño le llama «el huevecillo» y tiene razón, un huevo que crece y que terminará por devorarme.

—Anda, anda, no empieces a decir tonterías. Y claro que me parece bien que le mandes el cuadro a Marzia. Seguramente, es lo que más puede agradecernos.

Y Marzia recibió aquella tarde en su casa del Square Ambiorix, 30, el supuesto Magritte *La mitad de una mariposa*.

Casi al tiempo que llegaba la mariposa a casa de Marzia, Héctor Battut recibía en su despacho un extraño envío. Marzia había regresado a su casa hacía un par de días. El

poste que había plantado Coleman delante de la casa había telefonado al comisario:

—Señor comisario, la coneja ya está en la madriguera.

—No sea usted gilipollas, agente. Haga usted el puñetero favor de darme los informes seriamente. Con eso querrá usted decir que la señora Bachner ha llegado a su domicilio, ¿verdad?

—Sí, señor comisario.

—¿Cómo ha llegado?

—En taxi.

—¿Lo han encontrado?

—He podido hablar con el taxista, porque se ha quedado en la parada que hay cerca de allí.

—Pues eso es lo que me tiene que decir en vez de andarse con las gilipolleces de la coneja.

—La traía desde la estación del ferrocarril, señor comisario.

Le entregaron el sobre que acababa de llegar a su nombre con la advertencia de «Confidencial y personal». Contenía un pasaporte holandés extendido a nombre de Esther Milstein, nacida en Rotterdam, en 1959. En la fotografía aparecía un rostro mofletudo y sonriente, enmarcado en una maraña de cabello pelirrojo. Los ojos muy abiertos y la mancha redonda del color de las mejillas le daban a la cara un aspecto de muñeca. Fijándose mejor, se llegaba a la certidumbre de que se trataba del rostro de una muñeca hinchable, de uno de esos juguetes sexuales que venden en cualquier sex-shop. Battut daba vueltas entre las manos a aquel pasaporte. «Elias Milstein, Esther Milstein, la mujer de goma...» De repente, dio un salto en la butaca, y empezó a gritar como un loco: «¡Cabrones, cabrones, hijos de la gran puta!»

No quiso confiar en nadie. Buscó el cuaderno intervenido en el registro de la casa de Marzia Bachner, y él mismo empezó a llamar por teléfono sistemáticamente, un hotel de arriba, un hotel de abajo, a todos los que figuraban junto al Majestic. Pedía siempre hablar con el director, y en algún caso le ponían en comunicación con un secretario o con el jefe de seguridad. La pregunta, naturalmente, era la misma para todos. «¿En la noche del viernes, 4 de diciembre, durmió en el hotel la señora Esther Milstein?» Le hacían esperar unos minutos y enseguida respondían negativamente. Hasta que llegó al tercer hotel de la lista por debajo del Majestic: el Barbizon, de Amsterdam.

—Sí, señor, efectivamente. Esa señora durmió en una habitación individual del Barbizon el viernes, 4.

—¿Puede decirme quién hizo la reserva de esa habitación? Es muy probable que se hiciera desde el mismo hotel, un cliente que ya estaba allí.

—Espere, por favor. Debemos mirar las reservas formalizadas en los días anteriores al viernes.

La espera no duró mucho.

—¿Señor? Sí, ya lo tengo. Tiene usted razón. La reserva la hizo un huésped del

hotel que ya se encontraba aquí desde dos días antes.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Battut, nervioso.

—Se trata de un inglés llamado Phileas Fogg.

—Me cago en santa Gúdula.

—¿Cómo dice, señor?

—Nada, nada. Habrá dejado ya el hotel, claro.

—Ayer mismo, señor.

—Agradezco su información, que me ha sido muy valiosa.

«Coño con el 007 de los cojones, y qué cachondo nos ha salido el achicharrador de niños. Phileas Fogg es el personaje de Julio Verne que da la vuelta al mundo en ochenta días. ¿Pues, y la cabrona de la judía? La próxima vez que la vea, que la veré, vaya si la veré, la voy a saludar diciéndole ¡Heil Hitler!»

Fue Marzia para dar las gracias por el Magritte y para despedir a los chicos. «Qué maravilla, qué maravilla. Os habéis vuelto locos. Yo debería decir que no puedo aceptarlo, pero no me atrevo a decirlo. Al fin y al cabo, me sale la avaricia de mi raza, claro. Presidirá mi despacho de directora en el Gabinete de Gestión y Asesoramiento, y alguna vez iré a veros, al Lago, a Milán, a donde sea.»

Celina se despidió de Sebastián. El portugués anunció, sin mediar ninguna otra palabra de amor o compromiso, que acudiría pronto a Villa Luce a conocer a Marcela y a fijar el día de la boda, que sería en la primavera, abril o mayo. Sólo en ese momento, Celina consintió que él la cogiera por los hombros y le diera dos sonoros besos en las mejillas.

—Celina, eres una exagerada. Ese muchacho se va a casar contigo. Podrías haberle dejado que te trasteara un poco, mujer. A los hombres hay que encelarlos, hija.

—Mira, niña, los señoritos sois otra cosa, pero yo, cuando se case conmigo, ya lo cogeré por mi cuenta. Entonces que me trastee todo lo que quiera. Mujer, alguna gana de que alguien me trajine sí que tengo.

—Pero conviene saber, antes de casarse, cómo reacciona cada hombre en esos momentos. A lo mejor, luego le da por pegarte, como hacía tu padre con Marcela.

—Bueno, él es un mocetón, pero yo no soy manca, y lo que tenga que pasar, que pase, pero por la Iglesia.

Giacomino hizo que Totoya firmara una comunicación que envió a Adamo Trifogli por medio de notario. En ella le avisaba de que dejaba la casa, que en adelante ya no la necesitaría, que todo quedaba en buen estado, y acompañaba el manojito de llaves del piso. Cuando llegaron a Villa Luce, Totoya se empeñó en que Fiorenzo la llevara a Portofino, donde ya estaba la *nonna*, instalada con la sola compañía de Fabrizia.

Comieron juntas y hablaron de temas convencionales. Totoya comentó con la

abuela su decisión de dejar Bruselas. «Lo comprendo, *figliola*. Con quien mejor estarás es con tu madre. Los alrededores del Lago son muy sanos, el aire allí es muy puro y el paisaje es precioso. En tu estado, aquello te sentará muy bien.»

Después de comer, antes de despedirse, Totoya se sentó en el suelo a los pies de la *nonna*, que ocupaba su butaca preferida, alta, pero acogedora, y se abrazó a sus rodillas.

—*Nonna*, ha sido todo muy triste, pero quiero que sepas lo mucho que he querido al abuelo y también a ti. Pero sobre todo, tienes que saber que mi amor más grande ha sido siempre para Giorgio. Me enamoré de él y de él sigo enamorada a pesar de todo lo que sucedió. Yo lo quise más que a nadie y a nada en el mundo. No es fácil que alguien que tenga del amor una idea tranquila y apacible lo entienda. Pero yo amé a Giorgio con una pasión hermosa y diferente que muchos quizá tendrán por perversa y como un pecado horrible. Cada uno ama a su manera. Yo amé a Giorgio tal y como era, muy raro y muy caprichoso, *nonna*, tal y como vosotros no sabíais que era, y no hice nada, no hicimos nada por cambiarlo, y él me amó, él nos amó sin hacer tampoco nada por cambiarnos, y yo creo, abuela, que ése es el amor de verdad. Sólo cuando se apartó de nosotros y cayó en esos lugares sórdidos y con esas gentes enfermas y malditas que le quitaron la vida sin darle amor, nada más que miserias, tiramos de él con todas nuestras fuerzas. No logramos arrancarlo de eso. El único consuelo que me queda es que también él me amó y amó al hijo que llevo dentro hasta su último suspiro. Con que tú sepas esto y me creas, yo me sentiré aliviada y tendré mucho consuelo. Créelo, abuela. Mi amor por Giorgio no acabará nunca. Ni con la muerte. No ha acabado con la muerte de él ni acabará con la mía.

—Qué cosas dices, hija. Me vas a hacer llorar. Bueno, ya estoy llorando. Yo soy muy vieja y duraré poco, pero la abuela te quiere. Te quiere. No sé qué otra cosa puedo decirte.

Fabrizia, que escuchaba medio escondida, también lloraba. Fiorenzo tenía ya el coche preparado en la puerta.

11. El abrazo del agua

Héctor Battut llamó por teléfono a Marzia Bachner. Antes, había reservado un pequeño comedor privado en *La truffe noir* para dos personas.

—Señora Bachner, nuestra relación profesional ha terminado. El juez ha cerrado el «caso del empalado» sin imputar el crimen a nadie en concreto. Lo lógico sería que usted y yo no volviéramos a vernos. Pero nuestras conversaciones han sido demasiado... no sé, demasiado belicosas, como batallas de un combate dialéctico, para terminarlas así, sin más, en un final de interrogatorio vulgar y rutinario. La llamo para decirle que su teléfono ha dejado de estar intervenido, que nadie intercepta ya sus comunicaciones y sobre todo para invitarla a cenar conmigo. Mejor dicho, perdone a este pobre y palurdo policía, para rogarle que me conceda el honor de cenar una noche conmigo.

—El honor me lo hace usted a mí, comisario. ¿Cuándo será el acontecimiento?

—Si le va bien, mañana. Mañana noche, a las ocho, en *La truffe noir*. Habrá un comedor reservado para nosotros.

—Qué emocionante, señor Battut. —Era la primera vez que le llamaba por el apellido—. Tenía usted prevista mi rendición y se ha apresurado a reservar.

—Así es, Marzia. Hasta ahí alcanza mi agudeza. —También era la primera vez que él se permitía llamarla por su nombre de pila.

A la noche siguiente, antes de salir para *La truffe noir*, metió en un sobre la pitillera de plata, el cuaderno de Benjamín Bachner con la lista de hoteles y una escueta nota donde el Instituto Pasteur certificaba que la señora Marzia Bachner se había sometido a un análisis de sida con resultado negativo. Fue a su casa y, con la ayuda de Alice, disfrazó como pudo de oscuro protocolario aquel enorme y desgarrado corpachón de oso. Se le salía la humanidad por el cuello, por los puños, por los botones de la pechera. Llegó al restaurante con diez minutos de anticipación. Marzia llegó con sólo tres minutos de retraso. Venía vestida, seguramente adrede, con la mayor sencillez, dentro de un traje negro, liso y sin adornos. Estaba hermosa, aunque iba casi sin maquillar, con el pelo recogido atrás en un moño a la antigua. Marzia ordenó un menú discreto, consumé y una codorniz con trufas. En cambio, Battut pidió tostadas con *foie* para abrir boca y colocó el plato en medio de la mesa para dar a Marzia la posibilidad de compartirlo, una ensalada de bogavante con vinagre balsámico y un pichón relleno de trufa blanca. Y un margaux respetable.

Le tendió el sobre:

—Tome. Guárdese esto. Contiene la pitillera con las iniciales de Giorgio Notti, el cuaderno con la lista de los hoteles que sin duda fue de su marido y un certificado del Instituto Pasteur acerca de su análisis del sida. Hubiera querido devolverle también otro documento muy especial y burlón, pero eso no me era posible. Es la prueba de un delito. En realidad, es el cuerpo de un delito de falsificación de documentos oficiales, y debe ser conservado en los archivos de la policía. Ya sabe usted a lo que

me refiero.

—Yo, de cuerpos de delito, no sé nada de nada, comisario. Usted se lo dice todo.

—Claro, claro. Sin embargo, para su conocimiento y tranquilidad de espíritu, he de asegurarle que considero este encuentro como amistoso y solamente amistoso, sin ningún carácter profesional. Nada de lo que aquí diga lo escuchará el policía. Esta noche no estoy de servicio.

—Huy, comisario, su profesión, como el sacerdocio, imprime carácter. Un policía es un policía hasta cuando *come foie* con una señora, por no poner otro ejemplo más procaz. Y yo creo que, para usted, resultan sospechosas incluso las ocas.

—No, no. Tendría que confesarme usted que había asesinado a Daniel Cordonnier, y yo pensaría que el margaux se le estaba subiendo a la cabeza. Vamos a ver, Marzia, ¿me permite que la llame Marzia?

—Ya lo ha hecho tres veces sin mi permiso, así que continúe. A cambio, yo le llamaré Battut. Lo de Héctor me sobrecoge un poco y me transporta en cierto modo a la guerra de Troya.

—De acuerdo. Mire, Marzia —se interrumpió mientras el camarero servía el consomé y el bogavante—, yo soy un pobre policía belga sin otro antecedente literario que el imbécil de Hércules Poirot a quien Agatha Christie ponía gomina en los mostachos y le hacía dormir con una bigotera. Reconozco que he sido burlado cruelmente por un inteligentísimo agente de los servicios secretos más temibles del mundo. Acepto la derrota y me resigno al ridículo. Pero conste que no cierro este caso quedándome con la boca abierta y en la higuera. Nada puedo demostrar, porque la lógica y la deducción no son pruebas judiciales indubitables, pero ante usted, y sólo ante usted, ni siquiera ante el juez ni ante mis colaboradores, quisiera evidenciar que conozco la verdad de esta historia.

—Pues cuénteme la verdad de esta historia, comisario, porque a mí me tiene intrigada, y le agradezco que me haya elegido para tener el privilegio de conocerla. Será como leer una novela policiaca, aunque no sea de Hércules Poirot.

—Voy a hacerlo con una única condición. No me interrumpa con sus protestas de inocencia. Si me interrumpe cada vez que se crea obligada a negar lo que puede entender como una imputación, jamás acabaríamos. Óigame como si le contara una novela, y al terminar, dice usted lo que quiera decir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Empiece cuando quiera. Las conversaciones con usted siempre resultan emocionantes. Ahora me voy a enterar, en exclusiva mundial, de quién mató a Daniel Cordonnier.

—A Daniel Cordonnier lo mató un agente o ex agente del Mossad, hebreo, quizá nacido en Norteamérica, conocido por Moloch, y que usa diversos nombres, yo podría citarle ocho o diez de ellos, pero aquí me interesan sobre todo los de Elias Milstein, John Baxter o Phileas Fogg, el personaje de Julio Verne que dio la vuelta al mundo en ochenta días, y que es el nombre que eligió para el bromazo de Amsterdam. De ese angelito, abrasador de niños, frío asesino, terrorista temible y

criminal a sueldo, sabe usted mucho más que yo, hasta el punto de que parte de mis informaciones sobre él las he obtenido de usted. Por otras fuentes, he sabido que es hijo de uno de los más hábiles falsificadores de Europa, así que para él no es problema cambiar de identidad, de nacionalidad, de domicilio o de profesión, y lo mismo puede hacer con cualquiera, por ejemplo, con usted, suponiendo que a usted le hiciese falta o le hiciese gracia cambiar de identidad. No es temerario imaginar que fue él quien proveyó del pasaporte falso a Giorgio Notti, y precisamente con un apellido igual al del médico que había de llevarlo a Aquisgrán para operarle allí de una herida vergonzante. El doctor Cohen transporta en una ambulancia y opera a otro Cohen, que muy bien puede ser un hermano o un pariente cercano.

Engullía mientras hablaba, casi sin masticar y sin interrumpirse, y de vez en cuando miraba a Marzia para observar el efecto que iban haciéndole sus palabras. Marzia, fiel a su promesa, escuchaba en silencio y con toda la atención absorbida por lo que narraba el comisario. Regresó el camarero para servir vino y agua, y cuando estuvieron solos de nuevo, prosiguió Battut.

—Moloch había venido a Bruselas a husmear en un asunto de venta de armas a los terroristas palestinos. Naturalmente, había telefoneado a la mujer de su antiguo amigo y compañero de misiones *diplomáticas* —y subrayó intencionadamente lo de diplomáticas— Benjamín Bachner. Es muy probable que Moloch fuese un antiguo admirador de la señora Bachner. Esto es sólo una intuición mía, pero, por otra parte, admirarla a usted entra dentro de lo más previsible. Todas las informaciones que poseo acerca del comportamiento de usted durante los varios años en que su marido ha permanecido impedido en un sillón de ruedas coinciden en señalar una conducta impecable. Nadie puede decir que le haya conocido una infidelidad conyugal, ni siquiera una veleidad. Si me permite una intromisión en un terreno tan íntimo, reciba el testimonio de mi admiración por su conducta ejemplar y quizá heroica. Pero eso no descarta un viejo enamoramiento o un viejo deseo erótico de Moloch hacia la mujer de su amigo, joven, bella, atractiva, apetecible...

—Ahí sí debo protestar, comisario. Eso ya no es el relato de un crimen. Eso parece un madrigal o una declaración de amor.

—Perdone, Marzia. Hablaba del deseo erótico de Moloch hacia la mujer de su amigo, joven, bella, atractiva, apetecible y desgraciada. Por lo general, los hombres pensamos que las mujeres desgraciadas están predispuestas de una manera natural a otorgarnos sus favores sexuales, y si su desgracia proviene de la del marido, muerto, impedido, perseguido, enfermo o fracasado, pensamos que son, ¿cómo diría sin ofenderla?, pan comido. A esta conclusión he llegado después de meditar en el hecho, casi común, de que ninguna mujer confía un secreto inconfesable a un hombre que no la ame o que, de alguna manera, no esté enamorado de ella. A un antiguo novio o amante, todavía embobecido, se le confían los secretos con más facilidad que al confesor o al psiquiatra.

Trajeron la codorniz con trufas y el pichón relleno, y sirvieron otro chorrito de

margaux.

—Siga, siga, comisario. Sus teorías sobre la psicología femenina son muy interesantes, sobre todo, viniendo de un policía.

—¿Y son también atinadas?

—Bueno, Sherlock Holmes diría que elementales, querido Watson. Atinadas aunque someras. Pero continúe, que me tiene en ascuas, y me parece que estamos llegando al meollo de la cuestión.

—Bien. Ya tenemos a Moloch en Bruselas y localizado por la viuda de su antiguo compañero Benjamín Bachner, y quizá también inalcanzable amada o deseada esquiva, paloma codiciada por el gavilán. Perdone la cursilería de la metáfora, pero debe de ser la influencia de este pichón relleno, que por cierto está exquisito. ¿Y su codorniz?

—La codorniz es una avecilla siempre más pequeña y avisada que el pichón, pero también está exquisita. Gracias, comisario.

—Vamos al otro término de la ecuación. Giorgio Notti es un italiano joven y rico, inmaduro, bisexual, caprichoso, vicioso y mimado. Se casa con Vittoria Grande, una chica muy joven, igualmente rica y mimada, y que ha vivido siempre con su hermano, inclinado igualmente a la homosexualidad y seguramente al incesto, fisiológico o espiritual, que esto para el caso es lo mismo. Se encuentra apegado a la hermana y también a su marido, hasta el punto de pasar temporadas en la casa del nuevo matrimonio. Es un chico que depende casi enfermizamente de la hermana. Eso quedó muy claro en mi conversación con él. Sin embargo, es muy inteligente y, para su edad, todavía corta, muy culto. Ya volveré sobre el carácter de este chico, porque en él hay un rasgo que resulta esencial para desentrañar el intrínquilis de su conducta. La pareja de recién casados viene a Bruselas, donde él, es decir, Giorgio, se hace cargo de la empresa de fabricación de electrodomésticos propiedad de su familia, y en ese momento aparece usted en la escena. Ha perdido su trabajo y acepta otro que se halla muy por debajo de sus merecimientos, pero que está razonablemente retribuido y le permite conocer a Giorgio Notti, guapo, rubio, joven y sobre todo tan necesitado de protección como un niño perdido en la selva.

Nueva pausa y nueva intervención del camarero, que al entrar en el comedor, obliga a callarse a Battut. El comisario solamente prosigue cuando se cierra otra vez la puerta.

—Vuelvo al tema de los hermanos. En ese delicado punto, opero con intuiciones más que con datos. No he querido hacer una investigación sobre ello. Tampoco me era muy necesaria. Basta con que las cosas sean, aproximadamente, como se las cuento. No es mi intención hacer juicios temerarios acerca de las relaciones entre los tres chicos, pero no me extrañaría que se hubiese producido una cierta promiscuidad sexual. Se daban todas las condiciones favorables para algo así. Sólo sé que alguna vez Giacomo Grande acompaña a Giorgio Notti a *Le Hibou rose*, lugar de reunión de homosexuales, lesbianas y travestidos, y eso es ya un indicio. Bien. Los gustos

sexuales de Giorgio Notti van degenerando cada vez más, y se acentúa su homosexualidad, hasta el punto de que abandona, no sé si completamente, las relaciones, no sólo con su mujer, sino con la mujer en general. Se introduce en un ambiente de compraventa de sexo, de chaperos, de pornografía dura, de abuso del alcohol, de adicción a las drogas y de falta de precauciones elementales en las relaciones sexuales con esa clase de gente, tan peligrosa desde todos los puntos de vista, especialmente desde el punto de vista sanitario.

Terminaron de comer el segundo plato. Battut había dejado mondos y casi relucientes los huesos del pichón y miraba con tristeza la botella de margaux vacía, pero no se atrevió a pedir una nueva. Postre de chocolate a la mandarina. En Bruselas no se debe tomar otro postre sino ese de chocolate, con mandarina o con cualquier otra cosa, porque los belgas fabrican el mejor chocolate del mundo. Café, un licor de pera Williams para Marzia y los «cuatro sorbos» de armagnac para el comisario.

—¿Seguimos? Seguimos. Giorgio Notti conoce a Daniel Cordonnier en *La Cage*. Se enamora o se encapricha de él y empieza una relación más o menos frecuente entre los dos. Notti se arriesga incluso a llevar a cenar a algún restaurante céntrico a aquel mariconzuelo vestido de una manera estridente. Lo atestigua el conserje de *Le Hibou rose*. Seguramente sentía vergüenza, pero era más fuerte el deseo. Perdóneme un inciso, Marzia. Voy a hacerle una pregunta absolutamente indiscreta. Ya sé que no la va a responder, pero veré el gesto que pone y algo sacaré en conclusión. ¿Se enamoró usted de Giorgio Notti? Esa pitillera de plata con las iniciales del muchacho encierra sin duda un episodio en el que algo tuvo que ver el amor, la atracción, la tentación, la compasión, lo que fuera. Y el análisis de sida al que se somete una mujer de vida casta y ordenada es un indicio, al menos un indicio, de que quizá se produjo algún encuentro amoroso entre los dos, jefe y secretaria, con el miedo consiguiente a haber adquirido la enfermedad cuando se descubrió que la padecía Giorgio Notti.

Marzia puso cara de póquer.

—Bueno, está claro. Indudablemente, sí. Se enamoró usted un poco. De otra forma habría negado con vehemencia. Habría puesto un gesto cuyo significado sería: «¡Qué asco!», o «¡Qué disparate!». Es muy natural, Marzia. Para una gran mujer como es usted, redimir a un hombre de las inclinaciones homosexuales de Giorgio Notti, que además es su jefe, y es educado, y es cortés, y es cariñoso, resulta algo así tan atrayente como un desafío. Yo tuve un amigo con la misma inclinación, un gran amigo, inteligente y sensible, que alcanzó la redención gracias a una gorda espléndida, una mujer inmensa... Pero ésta es otra historia.

—Comisario, tengo la impresión de que me haya invitado a cenar, no para relatarme la novela del crimen del empalado, sino para averiguar la plural historia de mis amores secretos. Ya van dos, Moloch y Notti. ¿Con quién me va a emparejar la próxima vez?

—Tiene usted razón. Perdone de nuevo. Sigo con la novela policiaca. Llegó un momento en que Giorgio Notti no se conformaba con las efusiones de Dan

Cordonnier, y se iba con unos y con otros, sobre todo con Marilyn, un chapero que se hace pasar por menor de edad para engatusar mejor a los clientes. Cordonnier se vengó del «señorito italiano» de la manera que usted conoce mejor que yo. Terrible. Que por nadie pase. —Y Battut bebió con avaricia un sorbo de armagnac. Abrió las manos sobre la mesa—. Lo que viene después es inútil que se lo explique porque yo lo conozco en buena parte por usted misma.

—Comisario, se alarga usted demasiado en el relato. No parece sino que tuviera prevención, diré prevención, a meterse en el meollo de la historia. ¿De dónde saca usted que Moloch caiga en el capricho de asesinar a Cordonnier?

—Mire, Marzia. Que es Moloch quien asesina a Cordonnier no tiene duda. Robó una furgoneta de una floristería de Amberes y la dejó aparcada cerca de la puerta de *Le Hibou rose*. Entró en el local. Se hizo pasar por un inglés maricón llamado John Baxter. Se llevó a Cordonnier a la furgoneta. Lo durmió aplicándole una compresa de cloroformo y le aplicó una dosis brutal de heroína pura. Lo empaló en el macetero y volvió frente a *Le Hibou rose* y descargó el macetero con el empalado aprovechando un momento en que la calle estaba desierta, y adiós, Bruselas. Abandonó la furgoneta en Arlon y se esfumó. Volaverunt.

—Seguimos en las mismas, Battut. ¿Por qué hizo eso Moloch? ¿Acaso Cordonnier era un enemigo de Sión?

—No, señora. Moloch hizo eso por dinero. Podría haberlo hecho por afecto, pero no me casa eso en un judío. Oh, perdón, perdón. Perdóneme no sólo la desconsideración sino el tópico.

—No se preocupe. Ese tópico es absolutamente cierto y lo tengo asumido. Prosiga.

—Me faltan dos piezas en este rompecabezas. Primera: ¿A quién se le ocurre el detalle macabro del empalamiento? Sólo se le puede haber ocurrido a cuatro personas: a Gregorio Notti, que es probablemente quien paga el crimen, luego hablaremos de eso porque es la segunda pieza que me falta; a Moloch, que es quien con toda seguridad lo ejecuta; o a cualquiera de los personajes que lo planifican, Giacomo Grande o Marzia Bachner. Al primero que descarto es al viejo Notti. Según mis deducciones, el viejo paga el precio del crimen y sólo quiere saber que se ha efectuado el trabajo. El modo y el estilo le importan un rábano. También descarto a Moloch. Lo lógico es que el asesino no añada realces ni ornatos caprichosos por su cuenta. Mata de la manera más cómoda para él a la vista de las circunstancias, y *au revoir*. Mi duda es si ese simbólico ringorrango siniestro se le ocurre a Giacomo Grande o a Marzia Bachner. Estoy convencido de que se trata de la obra de una mentalidad femenina. Pero los dos sospechosos de haber ideado esa pintoresca crueldad tienen, por distintas razones, una gran dosis de psicología femenina, aunque no por completo. Usted posee un talento en buena parte masculino...

—Hombre, gracias por elevarme en alguna medida a la categoría superior del macho, comisario.

—De nada, Marzia. Y Giacomo tiene en el cerebro una parcela claramente femenina. ¿Tiene alguna opinión acerca de esta duda mía? ¿Puede echar alguna luz sobre ella?

—Comisario, en el fantástico supuesto de que los hechos se hubiesen desarrollado así como usted los cuenta, yo me inclinaría a pensar que la idea del empalamiento fue de la mujer y no del hombre. De este modo, ella toma una doble venganza: la de matar al malvado y la de exhibir en público, dramatizada hasta la crueldad, una inclinación sexual que le repugna y que la ha vencido en un combate amoroso.

—Bien. Pues entonces llegamos a la segunda pieza del puzzle: ¿Quién dio el dinero para pagar a Moloch? ¿Fue el viejo Gregorio Notti? Ya le he adelantado mi idea de que fue él. El dinero suele salir de los bolsillos de quien lo tiene.

—Creo que tiene usted toda la razón, Battut. En el supuesto, desde luego impensable, de que yo hubiese tenido algo que ver en esta historia, estaría convencida de que el dinero para matar a Cordonnier tenía que darlo Gregorio Notti. Primero, porque lo tenía, como usted apunta con sentido común. Segundo, porque al viejo empresario, que empezó vendiendo baterías de cocina a domicilio, no sólo le habían matado a un nieto, sino que habían vaciado de sentido los últimos años de su vida. Iba a dejar mucho dinero en este mundo. No se lo iba a llevar a la tumba, y la forma mejor de emplearlo era tomar una venganza cómoda en la persona que había arruinado sus más queridas esperanzas. El plato de la venganza, alimento de los dioses, sería un plato caro, pero no indigesto. Tercero, porque no se crea de la nada uno de los negocios más prósperos de Italia sin un ave de presa en la dirección, un hombre que esté habituado a devolver las dentelladas de los tiburones. Eso es lo que yo concluiría acerca de esa incógnita que plantea.

—Sí, eso es razonable. Muy bien razonado, Marzia. Pero la venganza no la planifica Gregorio Notti. El viejo subvenciona la *vendetta*, pero no la inventa, ni la decide ni la prepara. ¿De qué iba él a conocer a Moloch, y cómo podía establecer contacto con ese asesino o con cualquier otro? No, no, Marzia. Es usted y sólo usted quien se encuentra en óptimas condiciones para contratar a un asesino sin escrúpulos, con el cual no sólo tiene conocimiento, sino también amistad. Quienes organizan y preparan el eximen, los verdaderos inductores del asesinato de Daniel Cordonnier son Giacomo Grande y Marzia Bachner, de soltera Marzia Reibman y en algún momento Esther Milstein. El joven Giacomo lleva en la sangre los genes de un banquero relacionado con la mafia, Luciano Perossi della Riviera, su tatarabuelo, padre de su bisabuela María Luce. El chico, ese Giacomo, es listo, listo y pícaro, y quiso hacerme creer hábilmente que el crimen podría haber sido cometido por descendientes de los amigos mafiosos de su tatarabuelo. Hasta me dijo que en su familia se recibía todos los años una felicitación de Pascua de la mafia de Monreale, diciendo, más o menos, «aquí estamos para lo que se ofrezca». Bonito papel habría hecho yo si me largo a Monreale a seguir investigando el crimen del empalado. Y es que en este drama hay muchos personajes que creen que el pobre Battut, el torpe y tardo Héctor Battut, a

quien todos llaman el Oso, es tonto de remate. Al menos, creen que son más inteligentes que yo y que le dan cien vueltas a mi obtuso caletre.

Marzia no hizo comentario alguno a esta observación de Battut. Terminó de un sorbo lo que en la copa quedaba de licor, y el comisario se levantó de la mesa para tocar un timbre y encargar al camarero, que acudió solícito, más licor de pera y más armagnac.

—Giacomo Grande y Marzia Bachner, o Esther Milstein, como usted quiera que llamemos al personaje femenino que participa en la operación *vendetta*, se reparten los papeles. Giacomo habla con el viejo Notti y obtiene la autorización y la promesa del dinero para pagar al asesino material. Marzia Bachner se encarga de contratar a Moloch.

—Pero...

—Sí, señora Bachner, ya sé que ahora me preguntará cuáles eran las graves razones de usted y de Giacomo Grande para meterse nada menos que en la preparación de un asesinato. Y ahí es donde tiene que ayudarme. La decisión de Giacomo se explica no sólo por los genes mafiosos, si es verdad que los tiene, cosa que dudo mucho, sino por celos, seguramente mortificantes, o algo muy parecido a ese sentimiento que conduce a acciones insospechadas de gentes pacíficas. No es descartable la admiración y la pasión amorosa de Giacomo Grande por Giorgio Notti. Lo de Marzia Bachner o Esther Milstein, de nuevo le dejo la elección del nombre, es más complejo y se me escapan muchos matices. Usted podría completarme el rompecabezas, pero tal vez esté pidiéndole demasiado. Por supuesto, existe un sentimiento de gratitud mezclado con el de protección. Giorgio Notti es más joven que su inteligente y eficiente secretaria, más indefenso, más incauto y menos precavido. Existe también el desafío de la redención de esa tendencia sexual del hombre hacia otro hombre que necesariamente irrita a una mujer entera, a una mujer que se ve combatida por un enemigo innatural. Sabe cómo luchar contra otra mujer, pero no conoce las armas para luchar contra el amor de un hombre a otro hombre. ¿Cómo se aman los tíos? No me refiero, claro está, a la manera fisiológica sino a la psicológica. Sin embargo, nada de esto me parece suficiente para justificar una acción tan grave y tan temeraria.

Battut se detuvo de nuevo en el largo discurso, suspiró profundamente, sorbió, abrió las manos en aquel ademán que adoptaba en ciertas ocasiones, miró el rostro de Marzia que permanecía impasible, y continuó:

—Aquí, en este punto del drama, no me queda más remedio que meterme en un terreno intrincado y resbaladizo, en el que yo no me muevo con demasiada desenvoltura. Es más, camino por él con repugnancia, porque es muy discutible el derecho que pueda tener un policía a asomarse a esa parcela de intimidad última que todos reservamos para nosotros mismos. La vida sentimental y sexual de Marzia Bachner no podía ser un paraíso terrenal durante los años que duró la terrible enfermedad de su marido. El matrimonio para ella no fue un lecho de rosas. No hay

que ser un lince para obtener esa deducción. Nunca se puede saber si una mujer ha tenido su día de debilidad, pero la señora Bachner permanece durante años manteniendo una fidelidad admirable, ¿admirable sólo?, más bien heroica, a su marido paralítico. No parece disparatado pensar que entre un jefe como Giorgio Notti y una secretaria como Marzia Bachner se estableciese un vínculo de algo más que una buena relación profesional. Y además, Benjamín Bachner muere, y la razón de la terca renuncia de la señora Bachner a entregarse a un amor más o menos platónico, desaparece. No creo que sea demasiado temerario imaginar que, después de tantos años de cruzar en soledad un desierto amoroso, la viuda de Bachner se entregara casi desesperadamente a un amor que sería como una guerra, como un incendio, como una liberación, como una entrada en la gloria. Ese misterio está encerrado en el corazón de la señora Bachner y en esa pitillera de plata con las iniciales «GN». El resto de la historia, con el engaño del Majestic, la noche en el Barbizon y el pasaporte de Esther Milstein, la mujer de goma, lo conoce usted mejor que yo. Todo eso ya son anécdotas, y pertenece a ese ajedrez de ingenios, sutilezas y travesuras que, desde un principio, quiso usted jugar contra mí. Y yo, deportivamente, confieso que he perdido. Señora mía, usted gana.

Paradójicamente, la rabia, una rabia eléctrica, centelleante, indisimulada, se le salía por los ojos. Marzia comprendía con claridad meridiana que negar las conclusiones del comisario equivalía sencillamente a negar la evidencia y hacer el ridículo. Se alzó y quedó erguida.

—Por favor, pida mi abrigo.

Tendió la mano a Battut, que la estrechó al tiempo que insinuaba una reverencia. «Muchas gracias, señor comisario. La cena, excelente.» Y tras llamar por primera vez a Battut «señor comisario», abandonó el comedor andando despacio, con un cierto aire de reina ofendida.

Totoya llegó de Portofino derrumbada sobre sí misma. Un ala de tristeza le ensombrecía el rostro. Los ojos, siempre vivos y brillantes, habían perdido la viveza y la brillantez, y se mostraban apagados, más sumidos en las órbitas, subrayados por dos manchas lívidas. Lo más triste de Totoya era la sonrisa, una sonrisa amarga, de despedida total de lo que la rodeaba. Cantaba las nanas a su niño pesado, niño de cobre, de plomo, de bronce, de mármol, niño que tiraba de ella hacia no se sabía dónde, hacia el agua, hacia la tierra, hacia la muerte.

Había entrado diciembre y hacía frío en el Lago. Pero en las mañanas soleadas, los dos hermanos todavía encontraban grato el paseo por el Camino de los Castaños, abrigados con lana, cogidos de la mano o abrazados, acurrucada Vittoria entre los brazos del hermano cuando ya estaban lejos de la vista de los habitantes de la casa. La muchacha sufría terrores nocturnos, pesadillas en las que fieras feroces o pajarracos hambrientos desgarraban su vientre para devorarle al niño. Saltaba de la

cama y corría a la de Giacomo. Celina, que estaba también en Villa Luce, y dormía en su vieja habitación, entre las dos alcobas de los muchachos, se pasaba las noches en vela, escuchando las idas y las venidas y a veces los gritos de terror de Totoya. También ella intentaba sosegar a su niña, la llevaba a la cama, le acariciaba la espalda y le alisaba el cabello hasta que se dormía. Algunas tardes, Totoya buscaba a Marcela y le preguntaba por pasajes de la vida de la abuela Vittoria. Recordaba con horror, y muchas veces era motivo de sus terrores soñados, la tarde en que la abuela la había citado en su habitación del balcón grande para hacerle el regalo de boda. El regalo fue verdaderamente fastuoso, porque se trataba de la diadema de brillantes que el banquero le regaló a su hija María Luce el día de su boda. Estaba allí, junto a su estuche rojo de terciopelo, con una nota que explicaba: «Para Totoya en el día de su boda.» Pero al abrir la puerta de la alcoba de la abuela, a las seis de la tarde, hora fijada con exactitud por la *vecchia signora*, «no vengas antes ni después», se encontró la escena cuyo recuerdo todavía la perseguía como un espectáculo siniestro e imborrable. La abuela estaba tendida sobre los encajes blancos de la cama, completamente blanca, desangrada, rodeada de manchas oscuras. Se había abierto las venas de las muñecas. Totoya estuvo varios minutos sin que le saliera el grito de la garganta, hasta que por fin dio un quejido desgarrador y acudieron los demás, Elettra y Marcela, don Pelayo y Giacomino. Ahora, sacaba la diadema de la caja fuerte de Villa Luce, y se la ponía sobre el cabello de miel, y se miraba y remiraba, y lloraba recordando a la abuela, que le ofreció para celebrar su boda con Giorgio una diadema de brillantes digna de una reina y el espectáculo terrorífico y sangriento de su suicidio, digno de una heroína de tragedia griega.

Elettra, a pesar de su aparente despreocupación en aquella conversación que mantuvo con Giacomino, estaba nerviosa. Le inquietaba el estado de excitación en que a veces entraba su hija, y a renglón seguido los largos letargos en silencio, o las salmodias monótonas de las nanas interminables, o esos decaimientos que la entregaban en brazos de una tristeza sin consuelo. Habló con don Pelayo, pero a don Pelayo sólo se le ocurría que Vittoria fuese al médico. «Cuando uno no está bien de salud, y Totoya parece enferma de no se sabe qué, lo que hay que hacer es visitar al médico. Hay que conocer el diagnóstico de un médico internista, del ginecólogo y si es necesario del psiquiatra.» Eso del psiquiatra le horrorizaba a Elettra. «Tu hija no está loca, Pelayo. Tu hija está triste y deprimida. Todo es natural, pero algún remedio habrá para levantarle el ánimo. No sé, una alimentación adecuada, un entretenimiento, una compañía, algo que no sea llevarla a un loquero.» Don Pelayo no entendía nada de lo que intentaba decirle su mujer. «Elettra, lo que me estás contando son cosas de mujeres. Sois muy raras, y en cuanto estáis embarazadas, os ponéis más raras todavía. A ti te toca decidir lo que se hace con la niña. Si se tratara de un chico, si se tratara de Giacomo, ya me ocuparía yo, y sabría perfectamente lo que el muchacho necesitaba.»

Y así, en aquellos y parecidos sucesos nocturnos y en estas y parecidas

conversaciones, se pasaban las horas y los días. Una de las soleadas mañanas de diciembre, con nieve en los montes cercanos, última progenie de los Alpes, con el Lago henchido y el agua presurosa, caminaban los dos hermanos por el Camino de los Castaños. Llegaron a los sauces, y Vittoria quiso detenerse allí. Intentaba inútilmente encaramarse al último sauce de la tribu, el que estaba ya al borde mismo del agua.

—Ayúdame, Mino.

—No hagas tonterías, Totoya. Te caes, empiezas a abortar y a ver qué hago contigo.

—Cobarde. Eres un cobarde. Ya no te querré más ni querré más tu *pistolilla*. Si no me ayudas, me subiré yo sola y será cuando me caiga.

Giacomino logró encaramarla a la cruz del tronco, y allí se sentó Vittoria.

—Mino, lo que se contempla desde las ramas de estos sauces es maravilloso. Todo el Lago está sembrado de margaritas, margaritas blancas con el corazón amarillo, margaritas que me dirán con sus hojas si me quieres o no me quieres, si Giorgio me amaba y por qué dejó de amarme para amar a las parcas y a los sátiros, para amar a la Muerte fea y terrible. Oh, Mino, Mino, cómo reconozco tu amor sin igual en lo que me dicen las hojas leves de las margaritas blancas. Y también hay dalias, y hay hibiscos, y hay camelias de muchos colores. Tal vez son flores para la tumba de mi niño o para mi propia tumba. Este niño me pesa, Mino. No puedo con él. Tira de mí, me arranca de estos sauces donde tan feliz fui contigo. La abuela tuvo una mala muerte, fea, cubierta de sangre. Mi niño tendrá una muerte rodeada de flores y a él lo sepultarán los pétalos y las espumas. Este niño tira de mí. No puedo con él. Me lleva hacia el agua.

Mino acudió bajo el sauce, pero Vittoria ya se había lanzado hacia el Lago y se adentraba en él. «Vuelve, Totoya, que el agua viene con fuerza. No te metas hacia el centro. Voy a sacarte. Ven hacia la orilla.» Se despojó rápidamente de los zapatos y de la cazadora de cuero, y se metió en el agua. Pero ella cada vez se alejaba más. «No vengas, Laertes, no vengas —gritaba Totoya—. Soy Ofelia y debo morir, porque el peso de mis vestidos y el peso de mi niño de plomo tira de mí hacia el fondo del Lago.» Giacomino nadaba y lloraba. El cuerpo de Vittoria, ya en el centro de la corriente, adquiría velocidad y se hacía inalcanzable por el hermano. Giacomino, aterido, paralizado por el frío y arrastrado por el empuje del Ticino, se dejó ir detrás de su hermana Lago abajo. Los dos cuerpos se sumergieron atrapados en el abrazo helado del agua.

Lo demás era sólo una noticia para la sección de sucesos en los medios de comunicación, para los responsos del latín gregoriano y para las habladurías de los habitantes de todos los pueblos que viven asomados al Lago. Es decir, anécdotas para el olvido o para recordar en las noches de invierno en las historias que narran los viejos del lugar. Nada importante.

Llegó al aeropuerto de Malpensa. Alquiló un coche y tomó el camino del Lago Maggiore. Cerca de Lesa se detuvo a preguntar cuál de aquellas fincas era Villa Luce. Casi no hubiese hecho falta la pregunta. La alta verja de hierro forjado, la puerta grande, la casa frente al Lago, el camino que salía desde la explanada hasta meterse en la espesura del parque le indicaban que aquel paraíso terrenal tenía que ser Villa Luce. La puerta estaba cerrada, pero en cuanto se asomó a ella ladraron los perros y acudieron los dos pastores alemanes para investigar al visitante. El cherro de la Giustina correteaba por la explanada, bajo la gran escalera. Fiorenzo realizaba alguna operación en una tabla rectangular, delgada, como de medio metro de larga y algo menos de alta. La casa grande tenía cerradas puertas y ventanas. Bajo el dintel de la puerta de la habitación del jardinero, apareció Giustina secándose las manos en un delantal de lienzo grueso y oscuro. «Mira a ver quién viene, Fiorenzo. Y sujeta a los perros.»

Fiorenzo llegó a la puerta y los perros se calmaron, expectantes.

—Me llamo Marzia Bachner. Soy amiga de los señores. ¿Puedo pasar?

Fiorenzo le franqueó la verja y los perros; escoltaron a la visita por el camino, jugando al corro a su alrededor. Giustina le ofreció una silla y le preguntó si quería tomar algo. Para la gente del pueblo, lo primero es la hospitalidad y después los negocios y las diligencias. Marzia pidió un vaso de agua, y Giustina la trajo fresca, en un vaso grande, sobre una bandeja, junto a una pequeña servilleta. «Yo me llamo Giustina, señora, para servirle, y éste es Fiorenzo.»

—¿No están los señores? He llamado varias veces por teléfono y nadie me ha contestado.

—Los señores están en la casa de Milán, en Corso Venezia. Ya no volverán por aquí.

—¿Se han ido todos, los señores jóvenes también?

—¿Se refiere la señora a la señorita Vittoria y al señorito Giacomo? ¿Es que no sabe usted la desgracia?

—¿La desgracia?

—Ay, señora, ha sido una gran desgracia la que ha caído sobre esta familia. Los dos señoritos se ahogaron en el Lago. El agua estaba muy fría y bajaba de los montes helada y muy revuelta. La corriente era muy fuerte y se llevó a los señoritos. Aparecieron luego por allá abajo, donde las esclusas. Eso es una maldición que persigue a esta familia, porque el otro señorito Giacomo, el hermano de doña Vittoria, también se ahogó en el Lago, y precisamente el día en que se casaba su hermana. Ya ve usted, a la señorita le faltaban menos de cuatro meses para dar a luz, iba a ser un varón, como este mío que corre por ahí, que no para en todo el día. Así come, señora, que traga como una persona mayor. El agua del Lago en invierno baja muy fría, señora, porque baja desde la nieve, y es muy peligroso meterse en el Lago. Nadie sabe qué pudo pasar para que los señoritos se metieran en el lago. Bueno, a la señorita, con el embarazo, se le había ido un poco la cabeza. A lo mejor, se cayó y su

hermano se tiró para sacarla y murió también.

Giustina seguía hablando y hablando. Fiorenzo trabajaba en el tablero rectangular. El cherro corría y corría, al norte y al sur, al este y al oeste. Cada vez se parecía más al panadero de Solcio en las napias curvas, con un gran caballete, en el hoyo de la barbilla y en las enormes orejas, pero Marzia no conocía al panadero de Solcio. Los perros continuaban vigilantes. Marzia se secó dos lágrimas. No sabía qué decir, ni tampoco acertaba a levantarse así, sin más, e irse. Hizo una pregunta estúpida.

—¿Cómo se llaman los perros? Son muy hermosos.

—Éste se llama *Júpiter*, que es la estrella que más le gusta a don Pelayo. Era la que más le gustaba mirar desde el telescopio de la torre. En aquella torre hay un telescopio muy grande. Bueno, hay dos, uno más grande y otro más pequeño. Y ésta se llama *Venus*, que es la estrella que más me gusta a mí. Don Pelayo me ponía muchas noches a mirar las estrellas con el telescopio, y Venus es la última que se apaga. Cuando se habían ido todas, yo me agachaba de nuevo sobre el telescopio para mirar a Venus. Es muy bonito mirar las estrellas. Usted conocía a los señoritos, claro.

—Sí, los conocí en Bruselas.

—Allí empezaron las desgracias. Si los señoritos no se hubieran ido de aquí, a lo mejor no le hubiese pasado nada al señorito Giorgio. Dicen que murió de una enfermedad muy mala, y a la señorita Totoya no se le habría ido la cabeza. Nunca se sabe por dónde van a venir las desgracias ni dónde nos va a coger la muerte. Cuando vivía Enrico, que en paz descansa y que fue el jardinero de Villa Luce toda la vida, hasta que murió, adivinaba muchas cosas, por dónde iban a venir las desgracias y la muerte. Enrico era vidente, señora, y anunció el gran aluvión del año 92, y la muerte de la señorita Lella, que era amiga de doña Vittoria, bueno, y su propia muerte, que se lo dijo a Fiorenzo, «mira Fiorenzo, esta noche me muero», y se murió.

Fiorenzo había terminado su labor. Tomó la tabla rectangular y unos alambres. Fue hasta la verja de entrada y sujetó la tabla a los hierros de la verja. Cuando Marzia salió contempló el letrero escrito en la tabla, que decía simplemente: VILLA LUCE. SE VENDE.



JAIME CAMPMANY (Murcia, 10 de mayo de 1925 - Madrid, 13 de junio de 2005).

Estudió Derecho, Filosofía y Letras en Murcia. En Madrid estudió la carrera de Periodismo. Fue colaborador en *Línea* y *La Verdad*, de Murcia, redactor de *La Hoja del Lunes*, *Juventud*, *Ateneo* y *La Hora*, y redactor de RNE (1955-1977). En 1953 ingresa en *Arriba*, diario de la Falange Española, siendo redactor entre 1957 y 1961, donde tuvo la sección denominada *La pajarita de papel*. Más tarde sería director del mismo (1970-1971). Corresponsal en Roma de la agencia PYRESA del Movimiento Nacional (1964) y más tarde director de la misma (1966-1970). En 1974 fue designado Presidente del Sindicato Nacional del Espectáculo. Durante esa época, en febrero de 1975, los actores iniciaron la negociación de un nuevo convenio que desencadenó una huelga de los artistas; algunos fueron encarcelados. Otros artistas fueron reprimidos durante su mandato, como Joan Manuel Serrat, que fue expulsado de la Agrupación Sindical de Circo, Variedades y Folklore del Sindicato Provincial del Espectáculo, de Barcelona, puesto que las declaraciones del cantautor podrían perjudicar al resto de los artistas españoles que «sólo deben actuar en una línea apolítica. Conforme a esto es loable proponer sanciones según el régimen disciplinario, a los artistas que atenten a la idoneidad profesional».

Dirigió *Carta de España* (1974-1975) y fue columnista habitual en *ABC* desde 1977 hasta el mismo día de su fallecimiento por infarto en 2005. También tuvo columnas en *Informaciones*, *La Vanguardia* de Barcelona y *Hoja del Lunes* de Madrid. Firmaba a veces sus artículos con una pajarita de papel. Fue colaborador en las revistas *Blanco y Negro*, *Gaceta Ilustrada* y *Sábado Gráfico*, y dirigió la agencia Beta Press en 1980.

Fundó en 1985, y dirigió hasta el año 2000, la revista *Época*. Ejerció como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo y dictó cursos Internacionales en Santander. Fue consejero nacional de Prensa y miembro de su comisión permanente. Era un habitual columnista no sólo en el diario *ABC* sino también en tertulias radiofónicas (RNE, Onda Cero, últimamente la COPE). Tuvo la columna de Escenas políticas en *ABC*, y la denominada Episodios Nacionales en el semanario conservador *Época*, del que fue fundador y director. Se casó con Concepción Bermejo y tuvo tres hijos; Emilio Campmany, Beatriz Campmany y la poetisa Laura Campmany.

Poseía una aguda inteligencia, mucha ironía y humor, un léxico amplio y variado y una gran inventiva verbal. A veces escribía artículos rimados, bien como romances, bien como raps. Sus columnas, en las que hacía gala de un estilo marcadamente satírico, eran tan admiradas por sus seguidores como denostadas por sus detractores que lo consideraban muy ofensivo como ocurrió, por ejemplo, cuando calificó a la huelga general del 20 de junio de 2002 como «de los gandules, que así prolongan su largo y subvencionado descanso». En ese sentido estuvo varias veces procesado por ilícitos relacionados con el honor, aunque más por su etapa al frente de *Época* que por su columna de *ABC* y en temas más cercanos al corazón que a la política por sus informaciones sobre Alberto Alcocer o Marta Chávarri. Fueron también conocidas sus discrepancias con el historiador Javier Tusell, el periodista Juan Luis Cebrián y el también columnista Eduardo Haro Tecglen.

Obtuvo más de ciento diez premios, entre los que destacan el Jacinto Polo de Medina de poesía por su libro *Alerce*, 1943, el Mariano de Cavia (1965) por su artículo “César o nada”, necrológica sobre otro gran periodista, César González Ruano, el Premio Extraordinario de la Fiesta de las Letras de Barcelona, el Nacional de Crítica de Teatro, el de Cuentos de la revista “Juventud”, el Premio nacional extraordinario de periodismo (1966), el premio Jaime Balmes (1969), el premio Víctor de la Serna (1978), el premio Luca de Tena (1978) y el Premio González-Ruano (1984).